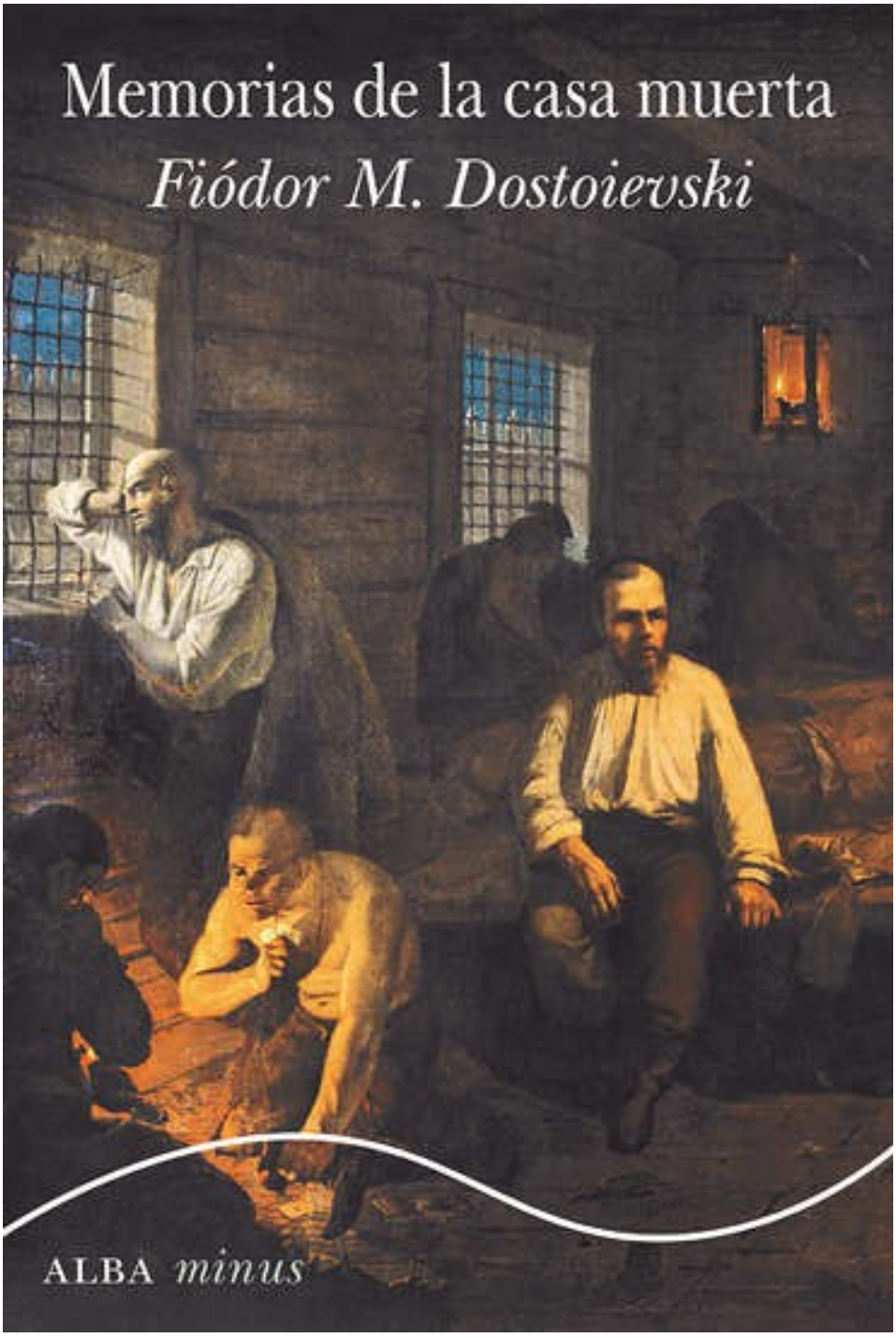
Memorias de la casa muerta

Fiódor M. Dostoievski



ALBA *minus*

En abril de 1849 Fiódor Dostoievski, con otros veintisiete jóvenes, era detenido y acusado de «crímenes contra la seguridad del Estado»; unos meses después, se le sometía a un simulacro de ejecución, y finalmente a una condena de ocho años de trabajos forzados en Siberia. En 1862 aparecería en forma de libro *Memorias de la casa muerta*, el recuento autobiográfico de sus experiencias en presidio, presentado, bajo una ficticia primera persona, la del «difunto» Alexánder Petróvich Goriánchikov. Este hombre, noble e instruido, que jamás ha trabajado, se encuentra de pronto privado de libertad, obligado a los esfuerzos más penosos, rapado y encadenado, en compañía de montañeses, bandoleros, asesinos, presos políticos y mendigos.

Fiódor Dostoyevski

Memorias de la casa muerta

ePub r1.0
Titivillus 09.02.2018

Título original: Записки из Мёртвого дома
Fiódor Dostoyevski, 1862
Traducción: Jesús García Gabaldón & Fernando Otero Macías

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓLOGO

LA INTELIGENCIA DEL CORAZÓN

I

«Hoy, 22 de diciembre, nos llevaron a la plaza Semiónovskaya. Ahí nos leyeron a todos la sentencia de muerte, nos permitieron besar la cruz, rompieron las espadas sobre nuestras cabezas y nos ataviaron con las camisas blancas para recibir la muerte. Después amarraron a los primeros tres al poste para llevar a cabo la ejecución. Yo era el sexto y nos llamaban de tres en tres; por lo tanto estaba en el segundo grupo y no me quedaba de vida más de un minuto […]. En eso se oyó el toque de retirada. Los que estaban amarrados al poste fueron devueltos a su lugar y nos comunicaron a todos que su Majestad Imperial nos concedía la vida. Después siguieron las verdaderas sentencias[1]». Así escribe Fiódor Dostoievski a su hermano Mijaíl desde la fortaleza de San Pedro de Petersburgo el 22 de diciembre de 1849, contándole el cruel simulacro de ejecución al que fue sometido. Había sido arrestado y llevado allí en la madrugada del 23 de abril de 1849. En ese lugar permaneció encerrado ocho meses y escribió *El pequeño héroe*. Dostoievski fue acusado, junto con otros veintisiete jóvenes intelectuales que pertenecían al llamado Círculo de Petrashevski, de cometer crímenes contra la seguridad del Estado. La sentencia del tribunal militar le condenaba «por haber alimentado proyectos criminales y por haber divulgado la carta del literato Bielinski» a ocho años de trabajos forzados en Siberia. El propio Nicolás I escribió de su puño y letra en el margen: «A cuatro años, y después como soldado raso». El joven escritor tenía entonces veintiocho años y había publicado

ya dos novelas (*Pobre gente* y *El doble*) y varios relatos, cuentos y novelas cortas (*El señor Projarchin, La patrona, La mujer de otro y el marido bajo la cama, Corazón débil, El ladrón honrado, El árbol de Navidad y la boda, Noches blancas* y *Nétochka Nezvánova*).

En las tertulias organizadas en casa de Petrashevski se difundían las ideas de los socialistas utópicos y de los comunistas. Para ellos, la libertad de prensa, la emancipación de los campesinos y la reforma de la justicia eran las vías necesarias para hacer progresar a Rusia hacia un régimen democrático. Hay que tener en cuenta, además, que la literatura y la crítica literaria rusas constituían en esa época una tribuna para la manifestación del pensamiento político y una influyente fuerza social. En este sentido, no deben extrañarnos las palabras de Dostoievski recogidas en las actas judiciales del proceso: «Amo la literatura y no puedo menos de interesarme por ella […]. La literatura es una de las formas de expresión del pueblo y de su vida, un verdadero espejo de la sociedad. ¿Quién ha formulado nunca ideas nuevas de forma que pudiera entenderlas el pueblo, sino la literatura?». En realidad, Dostoievski fue condenado por un «crimen literario»: la lectura pública de la famosa «Carta a Gógol» que escribió Visarión Bielinski en 1847 como respuesta crítica a los *Pasajes selectos de la correspondencia con mis amigos*. En ella, el gran crítico literario ruso, tras atacar despiadadamente esa extraña e incomprendida obra de Gógol, declaraba, a modo de manifiesto político:

> Rusia no necesita sermones (¡ya ha escuchado bastantes!) ni rezos (¡bastante los ha repetido!), sino el despertar en el pueblo de un sentimiento de dignidad humana, durante tantos años perdido en la suciedad y el estiércol, y de derechos y leyes conformes no con las enseñanzas de la Iglesia, sino con un sentido racional y justo […]. Las cuestiones nacionales de más viva actualidad en Rusia son, en este momento, la liquidación del régimen de servidumbre, la supresión de los castigos corporales, la aplicación, según las posibilidades, del cumplimiento estricto siquiera de las leyes ya existentes. Esto lo siente hasta el mismo gobierno (que sabe muy bien lo que hacen los terratenientes con sus campesinos y a cuántos de los primeros degüellan anualmente los últimos).

La reacción de Nicolás I contra los miembros del Círculo de Petrashevski se enmarca en la represión desencadenada contra las revoluciones de 1848, y tiene como precedente la insurrección fallida de diciembre de 1825 por parte de un grupo de oficiales denominados popularmente como los decembristas. Al igual que ellos, Dostoievski fue deportado a Siberia, a la *kátorga*, palabra rusa de origen griego, cuyo significado original era «galera» y que equivalía a la expresión española «ser condenado a galeras», esto es, a trabajos forzados. Dostoievski fue desprovisto de su título de noble, de su graduación militar (teniente de ingenieros) y de sus derechos civiles. Se convirtió en un *kátorzhnik*, en un presidiario. Otro tipo de pena era la deportación como colono. A los presidiarios se les obligaba a llevar media cabeza rapada, un uniforme especial y grilletes. Además, a los presos políticos, como era el caso de Dostoievski, se les sometía a una vigilancia especial. La sentencia que le condenaba podía haber sido más dura. Aunque la pena de muerte estaba abolida oficialmente en Rusia desde 1756, se aplicaba en caso de insurrección. Además, normalmente las condenas llevaban consigo un castigo corporal que podía consistir en ser azotado con un *knut* («látigo») —castigo abolido en 1843—, con *rozgui* («varas» o «palos»), o ser sometido a una carrera de baquetas, castigo al que los presos llamaban «pisar la calle verde» o «pasar por las baquetas» (en ruso, *prognat' skvoz' stroj*).

> «Exactamente a las doce de la noche, es decir, exactamente en Navidad —escribe Fiódor a Mijaíl en la misma carta—, me pusieron por primera vez los grilletes. Pesaban unas diez libras y era terriblemente incómodo caminar con ellos. Luego nos subieron en un trineo descubierto a cada uno por separado, junto con un gendarme, y así, en cuatro trineos, con un correo especial a la cabeza, salimos de Petersburgo». El 11 de enero de 1850 llegó a Tobolsk, donde permaneció seis días. Allí las mujeres de los decembristas Muraviov, Fonvizin y Annenkov le entregaron una Biblia, con dinero escondido en la cubierta.

Dostoievski fue enviado al presidio militar de Omsk, donde cumplió su condena a trabajos forzados desde el 23 de enero de 1850 hasta el 15 de febrero de 1854. Después sirvió como soldado —posteriormente ascendería hasta subteniente— en el Séptimo

Batallón de línea de Semipalatinsk, hasta marzo de 1859. Gracias a la amnistía promulgada por el zar Alejandro II al llegar al trono en agosto de 1856, tras la muerte de Nicolás I, Dostoievski recobró sus derechos civiles, pudo solicitar el retiro del ejército y fijar su residencia, en agosto de 1859, en Tver, hasta que finalmente fue autorizado, a mediados de diciembre, a regresar a San Petersburgo, ciudad en la que pudo proseguir su oficio de escritor. Después de prácticamente diez años de tener prohibido publicar con su nombre, vio la luz en marzo de 1859 el relato *El sueño del tío* y, unos meses después, la novela *La aldea de Stepanchíkovo y sus habitantes*. A comienzos de 1860 apareció su traducción de *El último día de un condenado a muerte*, de Dumas; en septiembre de ese mismo año publicó los primeros capítulos de las *Memorias de la casa muerta*.

II

Las *Memorias de la casa muerta* constituyen, al menos en tres aspectos, una obra esencial de la literatura en la que triunfa la inteligencia del corazón. En primer lugar, es la obra más humana y conmovedora de Dostoievski, ya que da cuenta de su experiencia como preso político, deportado y condenado a trabajos forzados en Siberia entre 1850 y 1854. Desde ese punto de vista, tiene un gran valor histórico como documento de la sociedad rusa de mediados del siglo XIX y como memoria escrita de un acontecimiento decisivo en la vida del escritor. En segundo lugar, el libro pone de manifiesto su inquebrantable compromiso ético y cívico frente a la tortura y el horror. No se trata sólo de una novela de educación que muestra la conflictiva convivencia de todas las clases sociales, creencias religiosas e ideológicas en un espacio desprovisto de libertad, sino también de un informe preciso y un relato fidedigno que denuncia la pésima organización de la justicia y del sistema penitenciario en Rusia, las torturas, humillaciones y castigos a los que eran sometidos los presos. A ello se añade una penetrante, breve y original reflexión intercalada a lo largo del relato a modo de ensayo (o estudio, en la acepción de Dostoievski) sobre el «crimen» y los «castigos», la psicología criminal, la filosofía del bien y del mal, la violencia y, en última instancia, la condición humana. Sorprende, asimismo, la escalofriante actualidad de esta obra, en un mundo

como el nuestro en el que los derechos humanos se convierten con frecuencia en mero papel mojado en amplias zonas de nuestro planeta, en el que aún sigue en vigor el sistema penitenciario. Por otra parte, se trata de un libro central y único, que marca un hito y un punto de inflexión decisivo en la producción de madurez de Dostoievski y en la literatura rusa del XIX, en lo concerniente al género literario, a la composición artística y a la tipología de los personajes.

La gestación de la obra fue larga y compleja, y se desarrolló en tres etapas. La primera de ellas corresponde a los años 1852 y 1853, en los que Dostoievski, durante sus frecuentes y prolongadas estancias en el hospital militar debido a sus ataques epilépticos, anota en un cuaderno frases que oye a los presos. Ese cuaderno, conservado gracias al doctor I. P. Troitski, constituye lo que se denomina el «Cuaderno de Siberia». Se trata de una serie numerada compuesta inicialmente de 348 frases (más tarde, de 522) anotadas a mano por el propio autor a modo de palabras clave o recordatorio para reconstruir a través de anécdotas, historias, canciones, proverbios y dichos, el lenguaje y las historias de los presidiarios a los que conoció. En cierta manera, es el cuaderno de bitácora de las futuras *Memorias de la casa muerta*, así como un valiosísimo documento sociolingüístico y etnográfico, imprescindible para conocer el lenguaje y el folklore carcelario ruso del XIX.

La segunda etapa tiene lugar ya en Semipalatinsk, adonde se trasladó Dostoievski al salir del presidio de Omsk, para servir como soldado raso. De ella conservamos la conmovedora carta que escribe a su hermano Mijaíl entre el 30 de enero y el 22 de febrero de 1854, en la que le cuenta por primera y única vez su largo calvario de deportado y preso político, desde que abandonó la fortaleza de San Pedro y San Pablo de San Petersburgo hasta que salió del penal de Omsk. «Te escribiré sólo lo esencial», avisa a su hermano, y continúa: «¿Cómo transmitirte mi mente, mi pensamiento, todo lo que he vivido y en lo que me he detenido durante todo este tiempo? No puedo hacerlo. Es una tarea definitivamente imposible. No me gusta hacer las cosas a medias y decir solamente una u otra cosa no significa nada en absoluto. Por lo demás, tienes ante ti el relato más importante. Lee y extrae de él lo que quieras. Yo estoy obligado a hacer esto y por eso ahora me dispongo a contarte mis recuerdos».

En dicha carta se halla el germen del relato titulado «La casa muerta», que constituye el primer capítulo de lo que, por entonces, Dostoievski concebía como sus «Memorias de presidio». En ella encontramos también toda una declaración de principios del escritor maduro («no escribiré más tonterías»), de su estado espiritual («hay claridad en mi alma») y sobre los presos:

> Los hombres son hombres en todas partes. Incluso en el presidio, entre criminales, durante esos cuatro años pude, finalmente, distinguir a la gente. ¿Lo creerás? Hay caracteres profundos, fuertes, magníficos y cuánta alegría me proporcionaba encontrar el oro bajo una ruda corteza. Y no encontré sólo uno o dos, sino unos cuantos. Hay algunos a quienes es imposible no respetar y otros son decididamente estupendos. Yo enseñé a un joven cherqués (enviado a presidio por bandolerismo) a leer y escribir en ruso. ¡De cuánto agradecimiento me colmó! Otro presidiario lloró al separarse de mí. Yo solía darle dinero, pero ¿acaso podía ser mucho? Y en cambio su gratitud era ilimitada. Mientras tanto mi carácter se había dañado; yo era con ellos caprichoso, impaciente. Ellos respetaban el estado de mi alma y lo soportaban todo con resignación. *À propos*. ¡Cuántos tipos de caracteres de gente del pueblo he sacado del presidio! Me compenetré con ellos y por eso, me parece, los conozco suficientemente bien. ¡Cuántas historias de vagabundos y de bandidos y, en general, de toda esa negra y desdichada existencia! Tengo suficiente para escribir tomos enteros. Qué gente tan maravillosa. En general, el tiempo no ha pasado en vano para mí. Si no fue Rusia lo que conocí, en cambio sí he conocido al pueblo ruso, y lo he conocido tan bien como muchos, quizá, no lo conocen.

A partir de ese primer relato epistolar, Dostoievski escribe de manera fragmentaria sus memorias de prisión. Como declara al editor A. N. Maikov en una carta de comienzos de 1856: «En las horas en que no tengo nada que hacer, anoto algunos recuerdos de mi estancia en el presidio, que fue de lo más curiosa. Por lo demás, tienen muy poco de personal. Si los acabo alguna vez y algún día se presenta una ocasión muy propicia, le enviaré un ejemplar, escrito a mano por mí, como recuerdo mío».

La tercera etapa se desarrolla entre Tver y San Petersburgo desde el otoño de 1859 hasta la primavera de 1860. Dostoievski, como siempre por aquella época, andaba escaso de dinero y pide a su hermano Mijaíl un préstamo de 300 o 400 rublos para poder terminar las *Memorias de la casa muerta*, o *La casa muerta*, como también denomina a la obra, explicándole en una carta escrita en Tver:

> Estas *Memorias de la casa muerta* han adquirido ya en mi cabeza un plan completo y determinado. Será un libro de unos seis o siete pliegos de imprenta. Mi persona desaparecerá. Serán las memorias de un desconocido; pero garantizo el interés. El interés será más que capital. Tendrá aspectos serios, sombríos, humorísticos, además de la manera de hablar del pueblo, con cierto matiz de presidio (te he leído algunas de las expresiones que anoté en el lugar); también habrá en ella el retrato de personalidades nunca vistas en la literatura, escenas conmovedoras y finalmente lo más importante: mi nombre. Recuerda que Pleshéiev adjudicaba el éxito de sus poemas a su nombre (¿comprendes?). Estoy convencido de que el público lo leerá con avidez. ¡Pero ahora no hace falta publicarla en ninguna revista! La publicaremos por separado. Mis cálculos son los siguientes: la terminaré hacia el 1 de diciembre; en diciembre habrá que someterla a la censura (será necesario entregarla a un censor culto), en enero publicarla y ese mismo mes sacarla a la venta. Hay que imprimirla en el formato de Miliukov (*Sobre poesía rusa*) y con el mismo tipo de letra. Si el libro sale del mismo grosor que el de Miliukov, su precio será de 1 rublo 50 kopeks, si es más delgado, entonces será 1 rublo 25 kopeks. Tenemos que imprimirlo nosotros mismos y no a través de los editores. Estoy tan seguro del interés que suscitará como de mi propia vida. Dos mil ejemplares se agotarían en un año (estoy seguro de que se podrían agotar en seis meses), supongamos que a 1,25 rublos; eso hace 2000 rublos al año. Ahí tienes dinero para el primer caso; además es un dinero segurísimo.
> Pero puede acaecer una terrible desgracia: que prohíban el libro. (Estoy convencido de que lo escribiré a la perfección, de que será no censurable en el más alto grado). Si lo prohíben, entonces podría dividirse en artículos y publicarse por fragmentos en las revistas. Darán dinero y mucho. ¡Pero es una

desgracia! Tener miedo del lobo y no ir al bosque.

Como le sucederá con frecuencia, el autor de *Crimen y castigo* es compulsivamente optimista respecto al tiempo de escritura de sus obras (que se prolonga inevitablemente debido a las numerosas correcciones que realiza), lo cual le acarreará algunas situaciones engorrosas, distanciamientos esporádicos o definitivos con amigos e incluso familiares, inevitables malentendidos con editores y el excesivo alargamiento del plazo de devolución de sus deudas. Sin embargo, el escritor no se equivoca respecto del interés y del éxito editorial de su empresa literaria. Estando ya en San Petersburgo, Dostoievski piensa en el título de *Memorias de un presidiario (pasajes)* [*Zapiski katorzhnika (otryvki)*], aunque finalmente se decanta por *Memorias de la casa muerta*.

Por otra parte, el escritor ruso siempre es consciente de que su primer lector será el censor. A pesar de ello, Dostoievski, convencido de que «nadie debe avergonzarse de sus convicciones» y de que «quien tiene una palabra que decir debe decirla», escribe para publicar, para ser leído por la sociedad rusa de su tiempo. La dilatada gestación de las *Memorias de la casa muerta* se explica, en parte, por la prohibición de publicar que pesó sobre él durante diez años, desde finales de 1849 hasta comienzos de 1859. La censura condicionó también la composición y el tono de la obra. De entrada, no se trata de las memorias de presidio del propio Dostoievski, ni tampoco de un preso anónimo, sino de una figura inventada, el difunto Alexánder Petróvich Goriánchikov. Pero nótese que a través de esa astucia literaria el escritor logra hacernos sentir la desgracia (*gore*, en ruso, significa «desgracia») y la figura histórica de Rusia a través de la evocación de los zares Pedro I y Alejandro II. Nada es casual. Evidentemente, el precio era la autocensura y la presentación, en apariencia torpe e ingenua, de sus propias ideas, imágenes y experiencias, bajo el disfraz protector de la ficción. Quizá tampoco sea casual que Dostoievski prefiriera publicar la obra en *El Mundo Ruso*, una pequeña revista de aparición semanal, cuyo redactor jefe llevaba el sugerente nombre de A. Guieroglífov («jeroglifo») y fue quien se encargó inicialmente de la batalla con los censores. La opinión del barón Medem, presidente del comité de censura de San Petersburgo, sorprendió al escritor: «Los individuos

que no están moralmente desarrollados y a quienes solamente el rigor del castigo contiene ante el delito pueden concluir, gracias a la humanidad de las acciones del gobierno, que los delitos graves sólo son castigados por la ley de forma muy poco enérgica». En razón de ello, Dostoievski se vio forzado a cargar las tintas y presentar de modo más tétrico las condiciones de vida de la prisión y las ejecuciones de los castigos corporales. El problema más serio con la censura surgió a propósito del capítulo titulado «Los camaradas», en el que habla de los presos polacos para dar a conocer, a través de ellos, las condiciones de vida de los presos políticos. Si no se tiene esto en cuenta, se puede llegar a pensar que el escritor ruso desprecia a los polacos, cosa que no sucedía. Finalmente, con las amputaciones y cambios de rigor, se autorizó la publicación de este capítulo en diciembre de 1861. En todo caso, cabe afirmar que la publicación en Rusia de una obra como *Memorias de la casa muerta* sólo fue posible gracias a la especial coyuntura de reformas políticas que se derivó de la muerte de Nicolás I y la subida al trono de Alejandro II.

El título de la obra, *Zapiski iz mertvogo doma*, que hemos traducido como *Memorias de la casa muerta*, presenta una definición del género literario en que inicialmente se encuadra y del lugar en que se desarrolla. *Zapiski* significa en ruso «apuntes», «notas sueltas» y «recuerdos» escritos gradualmente por una persona. Literariamente, el término se aplica a una reunión de textos atribuidos a un mismo narrador, constituidos por episodios, no unidos por una intriga única, y que presentan, en cambio, una fuerte unidad temática y de tono. Cuando se trata de recuerdos vividos por la persona que los escribe o anota y los presenta de manera fragmentaria, el sentido de *zapiski* se corresponde, a nuestro juicio, con el término español «memorias». La obra se presenta como parte de las memorias del difunto Alexánder Petróvich Goriánchikov, ex presidiario y colono, editadas por un personaje anónimo, que a su vez, es autor de la «Introducción» y de una nota previa al capítulo séptimo de la segunda parte. Este ardid cervantino remite, en la tradición literaria rusa, directamente a Pushkin y a sus *Relatos del difunto Iván Petróvich Belkin*. No obstante, el principal antecedente literario de las *Memorias de la casa muerta* se halla en la *Vida del arcipreste Avvakum* escrita por él mismo, el

relato autobiográfico del arciprestre Avvakum, el principal ideólogo y guía espiritual de los viejos creyentes en la época del Cisma (*raskol*, en ruso; de ahí deriva el nombre de Raskólnikov, personaje principal de *Crimen y castigo)*, quien sufrió, al igual que Dostoievski, la persecución política, la cárcel y la deportación a Siberia. También ha de tenerse en cuenta que Avvakum es el primer gran ensayista y escritor moderno ruso. Ambas obras comparten la aproximación autobiográfica y realista a una realidad adversa, un ambicioso intento de dibujar un cuadro «nítido e intenso» de la sociedad rusa (del siglo XVII, en el caso de Avvakum, y del XIX, en el de Dostoievski) y el gusto por los detalles emotivos y simbólicos. En concreto, Dostoievski rinde homenaje a Avvakum en la figura del *viejo creyente* de Starodub y, sobre todo, de Shárik, el perro del penal que durante un tiempo fue su único consuelo y su único amigo, y que recuerda al perro que acompañó a Avvakum en la cárcel. El episodio, por otra parte, remite a la escena bíblica del perro que lame las heridas a Lázaro. Avvakum y Dostoievski consideran la prisión como tumba y se identifican con Lázaro, viven a la espera de su resurrección moral, de la libertad y de una nueva vida. Curiosamente, la *Vida* de Avvakum se publicó oficialmente en Rusia en 1862, el mismo año en que vieron la luz en forma de libro las *Memorias de la casa muerta* de Dostoievski. Estas entroncan, además, de manera directa con los *Relatos de un cazador (Zapiski okhótnika),* de Iván Turguéniev. Ambas son las dos obras literarias que tuvieron mayor repercusión social y política en la Rusia del siglo XIX. Si los cuadros de la vida rural que componen los *Relatos de un cazador* contribuyeron decisivamente a denunciar las pésimas condiciones de vida de los campesinos rusos y desencadenaron un debate social que daría lugar al decreto de abolición de la servidumbre firmado por Alejandro II el 19 de febrero de 1861, la obra de Dostoievski descubrió la existencia de los presidios de Siberia y la durísima vida de los presos y fue decisiva para impulsar una reforma judicial en Rusia en 1864 y la abolición —parcial— de los castigos corporales. A este propósito quizá no sea ocioso señalar que Turguéniev fue detenido por atreverse a publicar los *Relatos de un cazador*, bajo la acusación de haber escrito una nota necrológica sobre Gógol, y condenado a lo que hoy día llamaríamos «arresto domiciliario» en su finca de Spasskoie, en la que redactó durante

ese tiempo su primera gran novela, *Rudin*, biografía literaria de Bakunin, otro noble e intelectual ruso perseguido y encarcelado por sus ideas políticas. Si en los *Relatos de un cazador* las «almas muertas» de los siervos reviven, lo mismo sucede con los presos en la obra de Dostoievski.

La «casa muerta» es el presidio de Omsk, convertido metafóricamente en la definición de una cárcel: «una casa muerta en vida», «un mundo aparte», un lugar donde se entierra en vida a los presos. Entonces, de modo inevitable, la casa muerta se convierte en la casa de los muertos, en un cementerio de muertos-vivos. El título remite asimismo a las *Cartas filosóficas* de Chaadáiev, quien caracterizó en ellas a Moscú como «ciudad de los muertos». Alude, además, a las *Almas muertas*, de Gógol (obra a la que se alude varias veces en la segunda parte, así como a *El inspector*) y a la muerte moral de la Rusia de su tiempo. También se ha relacionado con el *Uboguii dom*, el cementerio común para suicidas, vagabundos y criminales que había junto al Hospital de María, donde trabajaba como médico el padre del escritor. La idea de muerte, al igual que el concepto de belleza, tiene en Dostoievski un carácter moral. Aquí se trata de la muerte moral de una sociedad que entierra en vida, castiga y mata, como él denuncia al final de la obra, a «la gente mejor dotada, la gente más fuerte de todo nuestro pueblo. Pero han perecido en vano esas fuerzas poderosas, han perecido de un modo anormal, ilegítimo, irremediable. ¿Y quién es el culpable? Sí, ¿quién es el culpable?». Dostoievski traslada así el sentido de culpa del individuo caído en desgracia a la sociedad que lo condena. Por eso, la salida del presidio equivale a «la libertad, una nueva vida, la resurrección de entre los muertos… ¡Qué maravilloso momento!».

La estructura compositiva de la obra es ciertamente singular. Aparentemente se trata de un informe sobre la vida de los presos redactado a modo de relato directo, un tanto desorganizado y cauteloso, tejido con recuerdos fragmentarios. Todo ello aparece envuelto en una ficción narrativa: han sido escritos por Alexánder Petróvich Goriánchikov, un antiguo presidiario y colono en Siberia, ya fallecido. Un personaje anónimo, que le conoció casualmente, compra los papeles del difunto a su antigua patrona y descubre «un cuaderno, bastante voluminoso, de letra menuda, sin acabar y acaso

abandonado y olvidado por su autor. Era una descripción, aunque inconexa, de los diez años de vida de presidio soportados por Alexánder Petróvich. En algunos pasajes, esta descripción era interrumpida por otro relato, por recuerdos extraños y espantosos, escritos con trazos desiguales, febriles, como forzados por algo». El desconocido relee varias veces «aquellos fragmentos» y, añade: «casi me convencí de que habían sido escritos en un estado de locura. Pero los apuntes de presidio, *Escenas de la Casa Muerta*, como los denomina él en algún lugar de su manuscrito, me parecieron interesantes. Un mundo totalmente nuevo, hasta ahora desconocido, lo extraño de algunos hechos, determinadas observaciones sobre la gente caída en desgracia, todo ello me entusiasmó y lo leí con verdadera curiosidad. Naturalmente, puedo equivocarme. Como prueba, elegiré, en principio, dos o tres capítulos. Y que el público juzgue…». Así pues, el desconocido se convierte en editor de «dos o tres capítulos» de los apuntes de presidio de Goriánchikov, cambia el título de la obra, originariamente inacabada, y añade una introducción. De hecho, el editor anónimo es el primer narrador de la obra. Presenta una imagen bastante convencional y, en cierto modo, idílica de la vida en Siberia, donde se supone que ocupa un cargo administrativo. En suma, estaríamos ante un relato autobiográfico disfrazado de novela.

Las memorias de Alexánder Petróvich Goriánchikov constan de veintiún capítulos distribuidos en dos partes. El primer capítulo, titulado significativamente «La casa muerta», presenta una descripción detallada del penal de Omsk y de la vida de los presidiarios. Este capítulo constituye una obra aparte y, a su modo, una síntesis de la obra, que procede de la mencionada carta que escribió Dostoievski a su hermano Mijaíl al salir de presidio; sirve también como presentación preliminar de ese mundo «aparte» y de esa vida «muerta» que el autor se propone describir para que el lector pueda «formarse una idea medianamente cabal de la vida de los presos». La composición de la obra obedece así a la intención de Goriánchikov-Dostoievski de «presentar todo nuestro presidio y todo lo que yo viví en el curso de esos años *en un cuadro nítido e intenso* [la cursiva es nuestra]». Los veinte capítulos restantes, repartidos simétricamente —diez en la primera parte y diez en la segunda— ofrecen el relato de las vivencias de Goriánchikov como

presidiario a lo largo de diez años. Pero el autor no cuenta toda esa vida, todos sus años en prisión, ni presenta por orden, consecutivamente, todo lo que ocurrió, todo lo que vio y experimentó en aquellos años, sino que relata de manera selectiva y fragmentaria sus impresiones y recuerdos de presidio, con la idea de dibujar con todo ello «un cuadro nítido e intenso». En función de esa idea, Dostoievski procede a presentar las impresiones de Goriánchikov en su primer día de presidio: todo le es extraño y desagradable; casi no comprende nada de aquel mundo. La descripción de lo que ve se mezcla con el relato de las «rutinas» o «escenas» de un día de vida de *kátorzhnik*: levantarse, desayunar, formar para el recuento, salir al trabajo, regresar, cenar, formar de nuevo para el recuento, ser encerrado en el barracón, dedicarse a sus labores privadas, dormir. De las impresiones del primer día, pasamos a los tres primeros días y, acto seguido, al cuarto día, en el que Goriánchikov sale a trabajar; a todo ello dedica tres capítulos. Después describe el primer mes y, a lo largo de la primera parte, el primer año. Todo ello se intercala con los relatos de los presos a los que Goriánchikov va conociendo: desde Akim Akímich, que hace de guía e introductor suyo, a Petrov y Baklushin, que se convierten en sus ayudantes, pasando por sus compañeros de camastro (Alí y los montañeses del Cáucaso) y de barracón (el judío Isái Fómich, el viejo creyente de Starodub, etc.). A medida que los conoce, los presenta y cuenta su historia, frecuentemente en forma de diálogo directo con el personaje o de conversación entre varios presos, entre los que se encuentra él mismo. También describe todo aquello que concierne al presidio: desde la comida a las vendedoras de rosquillas, desde la prostitución femenina y masculina al contrabando de vodka. A ello dedica los seis primeros capítulos. A continuación, se centra en el retrato individual de cinco presos y en tres acontecimientos: la salida a los baños, la fiesta de Navidad y la función de teatro que representan los presos en los días de Navidad. En general, la primera parte describe todos los «crímenes» y los «criminales». Con frecuencia se producen digresiones en el relato y el narrador expone sus meditaciones sobre el crimen, la desigualdad de las penas, los sufrimientos de los presos, los grandes criminales y el teatro popular. La segunda parte está dedicada a presentar sobre todo los «castigos» a los que son sometidos los presidiarios, a los

que conoce o de los que oye hablar en el hospital. Allí es testigo de la conmovedora agonía y muerte de Mijáilov. Se suceden los capítulos como relatos autónomos, de gran valor simbólico y artístico, especialmente «El marido de Akulka» (sobre el sufrimiento de las mujeres campesinas) y «Los animales del presidio» (con el episodio del águila herida que los presos dejan libre). Las meditaciones del narrador tratan de la crueldad de los castigos corporales, de los médicos y las instituciones sanitarias, de los jefes, los verdugos y la filosofía de los presos. Por último, encontramos las historias de la reclamación, de los presos políticos y de una fuga. El libro termina cuando sale Goriánchikov del penal.

La composición plástica y pictórica de la obra fue agudamente percibida por Herzen, quien en el capítulo titulado «Una nueva fase en la literatura rusa», de sus memorias *Pasado y pensamientos*, anotó:

> No debemos olvidar que esta época nos ha dejado un libro espantoso, una especie de *carmen horrendum* que estará para siempre a la salida del sombrío reino de Nicolás I como la famosa inscripción de Dante a la entrada del infierno; nos referimos a las *Memorias de la casa muerta* de Dostoievski, una terrible narración, en la que el autor mismo probablemente no tomó conciencia de que, al dibujar con su mano encadenada la imagen de sus compañeros de presidio y describir las costumbres de una prisión siberiana, creó una serie de frescos al estilo de Miguel Ángel.

En efecto, Dostoievski dibuja un espantoso cuadro que se compone de una serie de frescos o bocetos (escenas y retratos de la vida de los presos en un penal de Siberia) vinculados por un fondo común; se trata de un cuadro de conjunto de la *kátorga*. Sin embargo, el artista ruso sí fue consciente de su creación. Aun cuando no acentúa melodramáticamente su ingreso en el penal, hace coincidir la tensión dramática de la obra en la escena dantesca del capítulo noveno de la primera parte. La visión infernal del baño de los presos constituye la imagen artística y simbólica más lograda de la obra. Así describe la entrada en la sala de baños:

> Cuando abrimos la puerta de la sala de baños, pensé que habíamos entrado en el infierno. Imaginad una habitación de doce pasos de largo y otros tantos de ancho, en la que se apretujaban, quizá, hasta cien personas a la vez, o, por lo menos, ochenta, puesto que habían separado a los presos en dos tandas y, en total, habíamos ido a los baños unos doscientos. El vapor cegaba los ojos, reinaban el tufo y la mugre. Era tal la estrechez que no había donde poner un pie.

Y la escena:

> Sentí pánico y quise volverme atrás, pero Petrov me dio ánimos entonces. De algún modo, con grandísimas dificultades, nos abrimos paso hasta un banco, por entre cabezas de gente sentada en el suelo […]. Incluso los sitios de debajo de los bancos estaban ocupados; allí también se amontonaba la gente. En todo el suelo no había ni un solo palmo en el que no estuviesen los presos encorvados, echándose agua de sus cubos. Otros estaban entre ellos erguidos y, sosteniendo el cubo en la mano, se lavaban de pie; el agua sucia se escurría directamente de sus cuerpos a las cabezas rapadas de los que estaban sentados en el suelo. En el banco superior y en todos los peldaños que conducían a él, había gente sentada, apretujada y encorvada, que se estaba lavando.

Por otro lado, se trata de una imagen en movimiento, de gran plasticidad:

> Unos cincuenta manojos de ramas de abedul subían y bajaban a la vez en el banco superior; todos se azotaban hasta el paroxismo. Echaban vapor cada minuto. Aquello no era calor: era un infierno. Todo vibraba y retumbaba con el ruido de las cien cadenas que se arrastraban por el suelo. Algunos, queriendo pasar, se enredaban en los grilletes de otros y tropezaban con las cabezas de los que estaban sentados abajo, se caían, blasfemaban y tiraban de aquéllos con los que habían tropezado. El agua sucia corría por todas partes. Todos estaban en un estado de embriaguez, de excitación; resonaban los gritos y los chillidos. Junto a la ventanilla del vestíbulo, a través de la cual daban el

> agua caliente, había insultos y empujones, toda una refriega. El agua caliente recibida se vertía sobre las cabezas de los que estaban sentados en el suelo, antes de llegar a su destino. De cuando en cuando, por la ventana o por la puerta entreabierta asomaba el bigotudo rostro de un soldado que, fusil en mano, vigilaba si había algún desorden. Las cabezas rapadas y los cuerpos de los presos, enrojecidos por el vapor, parecían aún más monstruosos. En las espaldas sometidas al vapor suelen destacar con mayor claridad las cicatrices de los latigazos y palos recibidos, de tal modo que aquellas espaldas parecían ahora recién fustigadas. ¡Qué terribles cicatrices! Sentí escalofríos al verlas. Soltaban más vapor y se formaba una nube densa, ardiente en la sala; todos chillaban y gritaban. De entre la nube se distinguían espaldas apaleadas, cabezas rapadas, manos y pies torcidos.

La originalidad compositiva de las *Memorias de la casa muerta* obedece a tres aspectos interrelacionados: la mirada del narrador, el tratamiento temporal y la amalgama de relatos y reflexiones. El segundo narrador, Goriánchikov, es un autonarrador y se presenta como noble condenado a diez años de trabajos forzados por haber matado a su mujer. Sin embargo, considera a los presos políticos camaradas suyos y es tratado como preso político por los demás reclusos. La mirada del narrador es gradual y de carácter dinámico. Al comienzo, abarca la imagen más general y colectiva del presidio y de los presos y progresivamente se hace más detallada e individual. A lo largo de la obra asistimos a un proceso de descubrimiento que se organiza mediante la penetración gradual del narrador en el penal, considerado como «otro mundo». Poco a poco, la mirada inicial, borrosa e imprecisa, va superando sus prejuicios y concepciones previas y se va haciendo más particular y nítida: la imagen de los presos da paso a una serie de retratos individuales de algunos presos con los que el narrador se relaciona. Gradualmente se va produciendo una asimilación psicológica y moral de ese mundo extraño y cruel en la mente del narrador, hasta llegar a un momento de catarsis o de regeneración moral —que no se relata de manera explícita— y que produce una nueva comprensión de esa realidad y de los seres humanos que viven inmersos en ella. El lector acompaña al narrador en este proceso y es invitado a sufrir

esa misma catarsis con la lectura de la obra. Desde esa perspectiva, Goriánchikov es más un recurso narrativo introducido por Dostoievski para evitar problemas con la censura que un narrador, y desempeña en la obra una función catártica. A través de ese disfraz transparente que es Goriánchikov, Dostoievski nos enseña a mirar con compasión y a comprender la tragedia humana que representa cada preso en particular. Es un proceso de descubrimiento y regeneración moral que él personalmente experimentó en el penal. Pero, sea por pudor o por otros motivos, Goriánchikov-Dostoievski no lo presenta en *Memorias de la casa muerta*: siempre cuenta las historias de los otros presos, pero nunca la suya. Apenas conocemos detalles sobre la evolución de su estado de ánimo y el proceso de rememoración que Dostoievski llevó a cabo en el presidio. Sólo lo describe en el capítulo noveno de la segunda parte, titulado «La evasión»:

> Recuerdo que tan sólo el anhelo de resurrección, de renovación, de una vida nueva, me dio la fuerza para esperar y confiar. Y por fin me hice fuerte: esperaba, descontaba cada día que iba pasando […]. Recuerdo que en todo ese tiempo […] permanecí en un aislamiento terrible, y acabé por amar ese aislamiento. En mi soledad espiritual, me dedicaba a revisar toda mi vida anterior, examinando hasta el último detalle, y reflexionaba profundamente acerca de mi pasado; a solas, me juzgaba a mí mismo implacablemente, con toda severidad, y en ocasiones llegaba a bendecir el destino por haberme enviado esa soledad, sin la cual no habría sido posible ni ese juicio sobre mí mismo ni esa revisión tan estricta de mi vida anterior.

Para ello hay que remontarse al *Diario de un escritor*. En su entrega de febrero de 1876, Dostoievski incluyó un capítulo titulado «El *mujik* Marei», que constituye el epílogo de las *Memorias de la casa muerta*. En «El *mujik* Marei», el escritor evoca un antiguo recuerdo: el sueño que tuvo el segundo día de Pascua del segundo año de presidio. En el sueño recuerda un episodio de su infancia, cuando tenía nueve años y fue ayudado por el *mujik* Marei. Para Dostoievski el sueño supone una revelación, una especie de milagro que le hace comprender la vida de los campesinos rusos encarnada en los presos, que elimina de su corazón todo odio y toda rabia. A

partir de ese momento, el escritor inicia una regeneración de sus convicciones, que le llevará posteriormente a la idealización del pueblo ruso. En otras palabras: Dostoievski, como intelectual noble, cree reconciliarse con el pueblo ruso al compartir el dolor y el destino de los presos. El siguiente paso de su evolución espiritual consistirá en la crítica demoledora de los ideales políticos por los que había ido a prisión. A ello se dedicará en las *Memorias del subsuelo*, obra que guarda una estrecha relación con las *Memorias de la casa muerta*. En este sentido, se puede considerar autonarrador de las *Memorias del subsuelo* al propio Alexánder Petróvich Goriánchikov, y la obra como el relato interiorizado de los «recuerdos extraños y espantosos, escritos con trazos desiguales, febriles, como forzados por algo», que el editor anónimo de las *Memorias de la casa muerta* relee varias veces y no publica por creer que habían sido escritos en un estado de locura. En resumen, de la revelación del presidio surgen las *Memorias del subsuelo*, que parecen la obra complementaria de las *Memorias de la casa muerta*. En este sentido, las *Memorias del subsuelo* presentan el mundo interior y la evolución mental y espiritual de la conciencia humillada de Goriánchikov, intelectual preso y símbolo del hombre del subsuelo, el personaje central, como supo ver muy bien Rafael Cansinos-Assens, de la producción literaria de Dostoievski[2].

La galería de personajes que aparecen en las *Memorias de la casa muerta* son los presos y jefes con los que se relacionó el escritor, quien desplaza los nombres de personas y lugares, sin inventar ninguno de ellos. Dostoievski no quería que los censores le identificaran directamente como el autor de estas memorias, pero sí quería presentar la obra a los lectores de modo verídico y verosímil. Por eso, el tono de Goriánchikov es objetivo, distante y desapasionado. De los doscientos cincuenta presos (en realidad, ciento cincuenta y cuatro) que había en el penal, Dostoievski nos presenta un retrato individual de más de treinta, que cuentan su historia personal y su caso judicial. Cinco de ellos tienen un gran peso en el relato: Petrov, Luchka, Isái Fómich, Baklushin y el marido de Akulka. Si nos fijamos, el modo de nombrarlos, el tipo de crimen y la forma narrativa elegidos por el escritor se basan en la variación. Cada uno de estos personajes (inspirados en presos reales) reaparecerá como prototipo en sus novelas de madurez,

desde *Crimen y castigo* hasta *Los hermanos Karamázov*. Otros dos personajes nobles, el delator A…v y el parricida inocente, darán lugar a Svidrigailov y a Dmitri Karamázov. De igual manera, Alí, el joven montañés al que Dostoievski enseña a leer y escribir, convertido, al igual que la viuda Nastasia Ivánovna, en ideal de inocencia y pureza, se reencarnará en el príncipe Mishkin de *El idiota*. En general, el escritor estudia a cada personaje y ofrece un retrato psicológico externo y un relato de su crimen (en la primera parte) y de su castigo (en la segunda), reproduciendo con exactitud la manera de hablar, el aspecto, las costumbres y los gestos.

Una de las características más sorprendentes de la obra es, sin duda, el tratamiento temporal de la narración. Con gran maestría Dostoievski condensa y dilata el tiempo del relato para hacernos sentir el monótono transcurrir de los días de prisión, la falta de acción, que es compensada con la fluidez y la variación en la sucesión de relatos orales de los presos, con diálogos de gran expresividad, refranes, canciones e incluso una función de teatro popular. El narrador hace coincidir el comienzo del año con su entrada en prisión, de tal manera que pasa a describir la vida de presidio en un día, tres días, un mes y un año, que finaliza al acabar la primera parte. En la segunda, el tiempo se detiene; el tiempo detenido es símbolo de la muerte y suscita el anhelo de libertad, la salida del presidio, el final del libro. El tiempo adquiere entonces un sentido trascendente de purificación simbólica y redención moral. En este sentido, cabe hablar de la composición musical de la obra, de sus contrapuntos, motivos musicales y textura temática, que la acercan a esa otra gran obra de simbolismo musical que es *La montaña mágica* de Thomas Mann.

Por todo lo expuesto, estamos convencidos de que las *Memorias de la casa muerta* ocupan un lugar central en la producción literaria de Dostoievski y en la literatura moderna. En realidad, sólo podía ser una obra única e irrepetible en la medida en que también lo fue la experiencia del presidio en la vida de su autor. Pero, además del complejo y fascinante equilibrio entre autobiografía, ensayo y ficción, Dostoievski construye el gran puente entre las formas del relato literario y la narración oral, que dará lugar al descubrimiento de un modo genuinamente dostoievskiano de contar, llamado «polifonía» por el gran crítico ruso Mijaíl Bajtín. Desde esa

perspectiva, estamos ante un asombroso relato de relatos orales. El narrador cede su voz a las voces de los presos que cuentan, dramatizan e incluso escenifican sus propias historias. Pero, al mismo tiempo, las presenta y, en sus frecuentes y variadas digresiones, las comenta. Sin embargo, en estas vertiginosas y caleidoscópicas configuraciones narrativas, lo decisivo no es la voz en sí, sino su integración en la figura compleja del personaje-narrador, en todo el conjunto de su imagen como persona individual e inmersa en el mundo. Porque aquí se trata de personajes e historias con valor de transposición real en cuanto que representaciones de personas reales y de historias verídicas. Dostoievski no impone aún al lector —como hará a partir de las *Memorias del subsuelo*— una interpretación psicológica de los acontecimientos extraordinarios que narra con la mayor precisión y sobriedad posibles, y deja la interpretación en sus manos. En otras palabras, el escritor aquí es todavía un narrador, un cronista, si queremos, que deja sus huellas en lo narrado y que sabe entroncar su relato con la riquísima tradición oral rusa. Este arte de narrar que encontramos en las *Memorias de la casa muerta* es único en toda la obra de Dostoievski. Paradójicamente, sería desarrollado magistralmente por Nikolái Leskov como un tipo de escritura propiamente rusa, alternativa a la novela realista, mientras que Dostoievski optaría por expandir el género de la novela mediante la profundización psicológica del folletín y de la intriga detectivesca trágica a partir de *Crimen y castigo*.

III

Como la mayoría de las novedades literarias rusas de la época, las *Memorias de la casa muerta* aparecieron por entregas en revistas. Así, la introducción y el primer capítulo vieron la luz en *El Mundo Ruso (Russkij mir)* el 1 de septiembre de 1860. Esa misma revista los reimprimió en enero de 1861, añadiendo los capítulos II, III y IV. Por cada pliego de imprenta (equivalente a 32 páginas impresas), el escritor recibió 250 rublos, cantidad considerable en la época. En 1861, Fiódor Dostoievski fundó con su hermano Mijaíl la revista literaria *Tiempo (Vremia)* y, en su primer número de abril, reimprimió los primeros capítulos. El resto de la primera parte de la

obra (capítulos V-XI) apareció en dicha revista a finales de 1861, y la segunda parte durante el año siguiente. El editor A. F. Bazunov publicó la obra en dos volúmenes en 1862, con una tirada inicial de 2000 ejemplares, pagando como derechos de autor la cantidad de 1250 rublos de plata. En vida de Dostoievski se editó de nuevo en 1865 y 1875.

La obra tuvo una acogida muy favorable de crítica y público. En realidad, fue aceptada como el relato fiel del propio pasado de Dostoievski como preso político. En menor medida, la maestría artística y compositiva de la obra interesó a los críticos, con la honrosa excepción de Lev Tolstói, quien la releyó, al menos, en cuatro ocasiones, y escribió: «No conozco libro mejor de toda la nueva literatura. No es el tono, sino el punto de vista lo asombroso: sincero, natural y cristiano. Es un libro bueno y edificante». En España, Emilia Pardo Bazán, en *La revolución y la novela en Rusia*, opinaba así:

> Ni una sola línea quiero citar de *La casa muerta*. Es menester leerla, y con paciencia, pues no es corta ni amena, ni suelen serlo los libros rusos. El estilo está tan desprovisto de artificio y pretensiones retóricas, y la narración corre tan sin afeite, que no puede extractarse una página dada como modelo de belleza, pues la belleza en este libro se desprende del conjunto, de la fuerza de observación acumulada, del espectáculo del alma que siente con profundidad y ve con tanta lucidez. No amortigüemos la impresión trágica del círculo de hielo, del infierno siberiano[3].

Las *Memorias de la casa muerta* inauguran en grande la literatura penal rusa, configurando decisivamente el desarrollo de un tipo de literatura carcelaria que ha dado grandes obras como *Resurrección*, de Lev Tolstói, la *Isla de Sajalín*, de Antón Chéjov. O, en el siglo XX, y dentro de la literatura rusa, *Un día en la vida de Iván Ilich* y *Archipiélago Gulag*, de Alexánder Solzhenitsin, y los *Relatos de Kolymá*, de Varlám Shalámov. Y en otras literaturas, *La sala enorme*, de e. e. cummings, *Si esto es un hombre*, de Primo Levi y *Adiós a María*, de Tadeusz Borowski, por nombrar sólo las más conocidas. Uno de los presos polacos, Simon Tokarzewski (1821-1899), compañero de presidio de Dostoievski, escribió la obra *Siete años en*

el presidio, que fue publicada en 1907, y en la que reproduce sucesos y personajes descritos por el autor ruso. En 1928, el músico checo Janacek se basó en la obra de Dostoievski para componer el libreto y la música de la ópera *La casa muerta*.

En España, la obra fue traducida por primera vez por Fernando F. Villegas y apareció en 1889 en *La España Moderna*, bajo el título de *La novela del presidio*. Fue la primera versión de una obra de Dostoievski en español. Para esta retraducción hemos utilizado el tomo IV de la edición de las obras completas de Dostoievski, llevada a cabo en la Academia de Ciencias, y que apareció en Leningrado en 1972, dirigida por F. Ya. Priima. Los nombres propios rusos han sido transcritos intentando aproximarlos, en la medida de lo posible, a la fonética española. En cuanto a los nombres propios polacos, se ha optado por ofrecerlos en su forma original en vez de transcribirlos a través del ruso.

JESÚS GARCÍA GABALDÓN
FERNANDO OTERO MACÍAS

Primera parte

INTRODUCCIÓN

En los lejanos confines de Siberia, entre estepas, montañas o bosques impenetrables, se encuentran a veces pequeñas poblaciones de mil o dos mil habitantes a lo sumo, con destartaladas casas de madera y dos iglesias, una en el pueblo y otra en el cementerio; poblaciones que se parecen más a las aldeas de los alrededores de Moscú que a una ciudad. Suelen estar bien provistas de comisarios de policía, asesores y demás funcionarios subalternos. En general, dejando aparte el frío, servir al Estado en Siberia es algo sumamente grato. La gente vive sencillamente, sin liberalismos. Las costumbres son antiguas, sólidas, consagradas por los siglos. Los funcionarios, que desempeñan justamente el papel de nobleza siberiana, son autóctonos, de raigambre siberiana, o bien oriundos de Rusia, en su mayor parte de las capitales, atraídos por los complementos del sueldo, las dietas dobles por desplazamiento y seductoras perspectivas de futuro. De ellos, los que saben descifrar el enigma de la vida casi siempre se quedan en Siberia y echan a gusto raíces. Más tarde, producen ricos y dulces frutos. Pero otros, gente frívola incapaz de descifrar el enigma de la vida, enseguida se aburren y se preguntan con nostalgia por qué fueron allí. Cumplen con impaciencia el tiempo legal del servicio, tres años, y a su término solicitan inmediatamente el traslado y regresan a su tierra echando pestes de Siberia y burlándose de ella. No tienen razón: no sólo desde el punto de vista del servicio, sino también desde muchos otros, se puede ser feliz en Siberia. El clima es excelente; hay muchos comerciantes notables por su riqueza y hospitalidad; muchos oriundos viven extraordinariamente bien. Las jóvenes florecen como rosas y son extremadamente honradas. Las aves de caza vuelan por las calles y caen al chocar con los cazadores. Se bebe muchísimo champán. El caviar es maravilloso. En algunos sitios el rendimiento de las cosechas es de uno a quince… En suma,

es una tierra bendita. Sólo hace falta saberla aprovechar. Y en Siberia saben aprovecharla.

En una de esas villas alegres y satisfechas de sí mismas, con una población sumamente agradable, cuyo recuerdo permanecerá indeleble en mi corazón, conocí a Alexánder Petróvich Goriánchikov, colono, nacido en Rusia, de familia noble y terrateniente, que luego fue presidiario de segunda clase por haber matado a su esposa y que, tras cumplir los diez años de condena impuestos por la ley, acababa plácida y tranquilamente su existencia en la villa de K., como colono. En realidad, había sido asignado a una alquería vecina, pero vivía en el pueblo, donde tenía la posibilidad de ganarse la vida dando clases a niños. En las poblaciones de Siberia es frecuente encontrar como maestros a colonos deportados; no se les desprecia. Enseñan principalmente francés, lengua tan indispensable para hacer carrera en la vida y de la cual, sin ellos, en los lejanos confines de Siberia no tendrían conocimiento alguno. Vi por primera vez a Alexánder Petróvich en casa de un viejo funcionario, servicial y hospitalario, Iván Iványich Gvózdikov, el cual tenía cinco hijas de distintas edades, llenas de hermosas esperanzas. Alexánder Petróvich les daba clase cuatro veces a la semana, a treinta kopeks de plata por lección. Su aspecto me interesó. Era un hombre extraordinariamente pálido y delgado, todavía joven, de unos treinta y cinco años, bajo y enclenque. Su ropa, a la europea, siempre estaba completamente limpia. Si le dirigíais la palabra, os miraba fijamente y con mucha atención, escuchaba cada palabra vuestra con rigurosa cortesía, como si pensara en ella, como si a cada pregunta le plantearais un problema o quisierais arrancarle un secreto. Por último, respondía con claridad y concisión, pero sopesando cada palabra de su respuesta de tal modo que de pronto os sentíais incómodos y, finalmente, os alegrabais al término de la conversación. Después pregunté por él a Iván Iványich y supe que vivía de modo irreprochable y honrado, pues, de lo contrario, no estaría junto a sus hijas, pero que era un hombre terriblemente solitario, que rehuía a todo el mundo, extraordinariamente culto, que leía mucho y hablaba muy poco, y con quien era bastante difícil entablar conversación. Algunos afirmaban que estaba completamente loco, aunque reconocían que eso, en el fondo, no era un defecto tan grave; que muchos miembros

ilustres de la villa estaban dispuestos a colmar de atenciones a Alexánder Petróvich, dado que podía serles útil para redactar solicitudes, etc. Suponían que debía de ser de una familia respetable de Rusia, y puede que, incluso, no de las últimas, pero sabían que, desde que fue deportado, había roto toda relación con ella. En una palabra, que se había hecho daño a sí mismo. Todos conocían su historia, sabían que había matado a su mujer en el primer año de matrimonio, que la había matado por celos y que se había entregado voluntariamente (lo cual había suavizado mucho su condena). Tales crímenes siempre se consideran una desgracia y dan lástima. Pero, pese a todo ello, aquel hombre extraño se apartaba tercamente de todos y sólo aparecía en público para dar sus clases.

Yo, al principio, no le presté particular atención; pero, no sé por qué, poco a poco empezó a interesarme. Había en él algo enigmático. De conversar con él, no había ni la menor posibilidad. Claro está que contestaba a todas mis preguntas, e incluso como si lo creyese su más sagrado deber; pero, después de sus respuestas, me resultaba violento continuar preguntándole, pues, en su semblante, después de tales conversaciones, siempre se veía cierto sufrimiento y fatiga. Recuerdo que una vez salimos juntos una hermosa tarde de verano de casa de Iván Ivánich. De repente, se me ocurrió invitarle a entrar un momento en mi casa a fumar un cigarrillo. No puedo describir el espanto que se dibujó en su rostro; completamente aturdido, comenzó a murmurar palabras incoherentes, y, de pronto, mirándome mal, echó a correr hacia la acera opuesta. Me quedé asombrado. Desde entonces, al encontrarse conmigo, me miraba como asustado. Pero yo no me detenía: algo me atraía hacia él y al cabo de un mes, sin más ni más, me presenté en su casa. Desde luego, fue algo estúpido y nada delicado. Él vivía en las afueras, en casa de una vieja que tenía una hija tísica, y ésta tenía a su vez una hija natural, una niña de diez años, hermosa y alegre. Alexánder Petróvich estaba sentado con ella, enseñándole a leer, en el momento en que yo entré en su cuarto. Al verme, se quedó tan desconcertado como si le hubiese sorprendido cometiendo un crimen. Completamente aturdido, saltó de la silla y me miró con los ojos abiertos como platos. Finalmente, nos sentamos; él seguía atentamente cada una de mis miradas, como si

en cada una de ellas sospechase una intención particular y enigmática. Me di cuenta de que era suspicaz hasta la locura. Me miraba con odio, como preguntándome: «¿Te vas a ir pronto de aquí?». Yo me puse a hablarle de la ciudad, de las noticias del día; él callaba y sonreía maliciosamente: parecía como si no sólo ignorase las noticias más corrientes, y que todos conocían, sino que ni siquiera le interesase conocerlas. Después le hablé de nuestra comarca, de sus necesidades; me escuchó en silencio y me miró a los ojos de un modo tan raro que acabé sintiendo vergüenza de nuestra conversación. Por lo demás, apenas suscité su deseo con revistas y libros nuevos; los llevaba en la mano, recién recogidos de Correos, y se los ofrecí, aún sin abrir. Los miró ávidamente, pero inmediatamente cambió de idea, alegando falta de tiempo. Finalmente, me despedí de él y, al salir de su casa, sentí que me quitaba de encima un peso insoportable. Me avergoncé y me pareció insensato importunar a una persona que precisamente como propósito principal se plantea cómo esconderse lo más lejos posible de todo el mundo. Pero el mal ya estaba hecho. Recuerdo que apenas vi libros en su casa; por tanto, no era cierto lo que decían de que leía mucho. Sin embargo, al pasar dos veces, muy de noche, por delante de sus ventanas, vi luz. ¿Qué hacía en vela hasta la madrugada? ¿No escribía? Y, si lo hacía, ¿qué escribía?

Las circunstancias me alejaron de nuestra ciudad unos tres meses. Al regresar a casa, ya en invierno, supe que Alexánder Petróvich había muerto en otoño, en soledad, y ni siquiera una vez había llamado al médico. En la ciudad ya casi se habían olvidado de él. Su habitación estaba vacía. Enseguida fui a hablar con la patrona del difunto, con la intención de sonsacarle: ¿a qué se dedicaba su inquilino? Y ¿no escribía algo? Por una moneda de veinte kopeks me trajo un cesto lleno de papeles que había dejado el difunto. La vieja me confesó que ella ya había usado dos cuadernos. Era una mujer desabrida y taciturna, de la que resultaba difícil sacar algo en claro. De su inquilino no pudo decirme nada nuevo. Según ella, casi nunca hacía nada y pasaba meses sin abrir un libro ni empuñar la pluma; en cambio, pasaba noches enteras yendo de un lado a otro de la habitación sin dejar de pensar, y a veces hablaba solo; quería mucho y hacía muchas caricias a su nieta Katia[4], sobre todo desde que supo que se llamaba Katia; y el día de Santa Catalina iba

siempre a encargar una misa de réquiem, aunque ella no sabía para quién. No podía soportar las visitas; sólo salía de casa para dar la lección a los niños; incluso la miraba con malos ojos a ella, la vieja, cuando, una vez por semana, entraba en su cuarto para arreglárselo un poco, y casi nunca le dirigió la palabra durante los tres años. Pregunté a Katia: ¿se acordaba de su maestro? Ella me miró en silencio, se volvió de cara a la pared y se echó a llorar. Así pues, aquel hombre había podido encontrar a alguien que le quería.

Me llevé sus papeles y los estuve examinando todo el día. Tres cuartas partes eran borradores insignificantes, vacíos de contenido, o ejercicios de caligrafía de los alumnos. Pero había un cuaderno, bastante voluminoso, de letra menuda, sin acabar, y acaso abandonado y olvidado por su autor. Era una descripción, aunque inconexa, de los diez años de vida de presidio soportados por Alexánder Petróvich. En algunos pasajes, esta descripción era interrumpida por otro relato, por recuerdos extraños y espantosos, escritos con trazos desiguales, febriles, como forzados por algo. Releí varias veces aquellos fragmentos y casi me convencí de que habían sido escritos en un estado de locura. Pero los apuntes de presidio, *Escenas de la Casa Muerta*, como los denomina él en algún lugar de su manuscrito, me parecieron interesantes. Un mundo totalmente nuevo, hasta ahora desconocido, lo extraño de algunos hechos, determinadas observaciones sobre la gente caída en desgracia, todo ello me entusiasmó y lo leí con verdadera curiosidad. Naturalmente, puedo equivocarme. Como prueba, elegiré, en principio, dos o tres capítulos. Y que el público juzgue…

CAPÍTULO I

LA CASA MUERTA

Nuestro penal estaba situado en un extremo de la fortaleza, al borde de su terraplén. A veces mirabas por las rendijas de la empalizada el mundo de Dios: ¿no veías nada?; sólo veías un trozo de cielo y el terraplén cubierto de malas hierbas, y, por detrás y por delante de él, día y noche hacían guardia los centinelas. Al instante pensabas que pasarían años enteros y tú irías puntualmente a mirar por las rendijas de la empalizada y verías el mismo terraplén, los mismos centinelas y el mismo trocito de cielo, no del cielo que estaba sobre el penal, sino de otro cielo lejano, libre. Imaginad un gran patio, de unos doscientos pasos de largo y unos ciento cincuenta de ancho, completamente vallado, en forma de hexágono irregular, por una alta empalizada de altas estacas hincadas profundamente en la tierra, fuertemente atadas unas a otras con cuerdas, unidas por travesaños y de punta afilada: así era el recinto exterior del penal. En uno de sus lados había un recio portalón, siempre cerrado, custodiado día y noche por los centinelas; lo abrían, previa solicitud, para salir a trabajar. Tras ese portalón estaba la luz, el mundo libre, vivía la gente, como en todas partes. Pero, a este lado del recinto, te imaginabas el mundo como un cuento irrealizable. Aquí había un mundo aparte, que no tenía semejanza con nada; aquí había leyes especiales, con su indumentaria, su moral y sus costumbres propias, y una Casa Muerta en vida, una vida como en ningún otro lugar, y gente especial. Ese rincón especial es el que me propongo describir.

Al entrar en el recinto se ven algunos edificios. A ambos lados del amplio patio interior se extienden dos largas barracas de

madera. Son los barracones. Aquí viven los prisioneros, repartidos por categorías. Luego, al fondo del recinto, hay otra barraca similar: es la cocina, dividida en dos secciones; algo más allá, otro edificio, donde bajo un solo techo se encuentran las despensas, los almacenes y las cuadras. El centro del patio está vacío y forma una plaza llana, bastante espaciosa. Allí forman los presos, se hace el recuento por la mañana, a mediodía y por la tarde, y en ocasiones, varias veces más al día, según sea la suspicacia de los guardianes y su habilidad para contar deprisa. Alrededor, entre los barracones y la empalizada, queda todavía un espacio bastante grande. Por aquí, en la parte trasera de los barracones, les gusta pasear, en las horas libres, a algunos reclusos retraídos y de carácter desabrido, al abrigo de todas las miradas, y entregarse a sus pensamientos. Al encontrarme con ellos a la hora de aquellos paseos, me gustaba contemplar sus rostros sombríos, marcados al rojo vivo, y adivinar en qué pensaban. Había un deportado cuya ocupación favorita, en el tiempo libre, era contar estacas. Había mil quinientas y él las reconocía por el número y la marca. Cada estaca significaba para él un día; cada día contaba una estaca y de esa manera, por el número de estacas que le quedaban por contar, podía calcular a simple vista cuántos días le faltaban aún por pasar en el presidio hasta cumplir su pena de trabajos forzados. Se ponía muy contento cuando acababa alguno de los lados del hexágono. Todavía tenía que aguardar muchos años, pero en el penal había tiempo para aprender a ser paciente. Vi una vez cómo se despedía de sus compañeros un preso que había pasado allí veinte años y que por fin recobraba la libertad. Había gente que recordaba cómo había entrado en el penal por primera vez, joven, despreocupado, sin pensar en su crimen ni en su castigo. Salía ya anciano, canoso, con cara triste y lúgubre. En silencio recorrió nuestros seis barracones. Al entrar en cada barracón, rezaba ante los iconos y luego, inclinándose profundamente, se despedía de sus compañeros, rogándoles que no se acordaran mal de él. Recuerdo también cómo, en cierta ocasión, un preso, antiguo campesino siberiano acomodado, fue llamado al portalón, ya entrada la noche. Medio año antes había recibido la noticia de que su antigua esposa se había vuelto a casar, lo que le causó una gran pena. Era ella quien había venido al penal, lo había mandado llamar y le había dado dinero. Hablaron dos minutos,

lloraron y se despidieron para siempre. Vi su cara cuando regresó al barracón… Sí, en ese lugar se podía aprender a ser paciente.

Cuando empezaba a oscurecer nos metían en los barracones, donde permanecíamos encerrados toda la noche. Siempre se me hacía duro volver del patio a nuestro barracón. Era una habitación de techo bajo, alargada y sofocante, débilmente alumbrada por dos velas de sebo, con un hedor pesado y asfixiante. No comprendo ahora cómo pude vivir en ella diez años. En el camastro corrido yo ocupaba tres tablas: ése era todo mi sitio. Esos camastros los ocupaban, en nuestra única habitación, treinta hombres. En invierno nos encerraban pronto: había que esperar unas cuatro horas a que todos se durmieran. Hasta entonces, todo era bulla, jaleo, carcajadas, tacos, tufo, mugre, ruidos de cadenas, cabezas rapadas, rostros marcados, ropas harapientas. Sí, denostado, degradado… ¡el hombre sobrevive! El hombre es un ser que se acostumbra a todo; ésa es, pienso, su mejor definición.

Ocupábamos la prisión, en total, doscientos cincuenta hombres, cifra casi constante. Unos llegaban, otros cumplían su condena y salían, y otros morían. ¡Y qué gente no había allí! Creo que cada provincia o comarca de Rusia tenía a sus representantes. Había también gente de otros lugares, algunos deportados de las montañas del Cáucaso. Todos ellos estaban divididos según el grado del delito y, por consiguiente, por el número de años de condena.

Se supone que no había ningún delito que no tuviera allí su representante. El grueso de la población reclusa lo constituían los deportados a trabajos forzados de régimen civil («los forzados[5]», como les llamaban ingenuamente los propios presos). Eran criminales, absolutamente privados de todos los derechos civiles, miembros amputados de la sociedad, con el rostro marcado en señal perpetua de reprobación. Los enviaban a trabajos forzados entre ocho y doce años y luego los mandaban a alguna localidad de Siberia en calidad de colonos. Había asimismo criminales de régimen militar, no privados de los derechos civiles, como sucede generalmente en las compañías de castigo rusas. Los destinaban allí por poco tiempo. Al cumplir su condena, se les devolvía a su lugar de procedencia, como soldados en los batallones fronterizos de Siberia. Muchos de ellos regresaban casi de inmediato al penal, por reincidir en algún delito grave, pero ya no por poco tiempo, sino

para veinte años. A esta categoría la llamaban la de «los perpetuos». Pero no todos «los perpetuos» perdían en su totalidad los derechos civiles. Por último, había una categoría especial, la de los más terribles criminales, en su mayoría militares, que era bastante numerosa. La llamaban «la sección especial». De toda Rusia enviaban a ella criminales. Ellos se consideraban condenados de por vida y desconocían la duración de su condena. Según la ley, se les debía duplicar y triplicar los trabajos forzados. Permanecían en el penal a la espera de que se emprendiesen en Siberia trabajos forzados más duros. «Vosotros estáis por un tiempo, pero nosotros tenemos penal para largo», decían a los demás presos. Después oí que suprimieron esta sección. Además, suprimieron en nuestra penitenciaría el régimen civil y crearon una compañía de castigo general para presos militares. Naturalmente, todo eso supuso un cambio de jefes. Lo que yo describo es viejo, son hechos pasados, que sucedieron hace mucho tiempo.

Hace ya mucho tiempo de ello y todo se me aparece ahora como en un sueño. Recuerdo cómo ingresé en el penal. Fue por la tarde, en el mes de diciembre. Ya oscurecía. La gente volvía del trabajo y se preparaba para el recuento. Un suboficial con mostacho me abrió por fin la puerta de aquella casa extraña, en la que había de pasar tantos años, experimentar tantas emociones de las que, de no haberlas sufrido en mi propia carne, no habría podido tener siquiera una idea aproximada. Por ejemplo, nunca podría haber imaginado el horror y la tortura que fue para mí el no estar solo ni una sola vez, ni un solo instante, en los diez años de mi condena. En el trabajo, siempre con escolta; en la casa, con doscientos compañeros, y ni una sola vez, ni una sola vez, ¡solo! Además, ¡tuve que acostumbrarme a muchas otras cosas!

Había allí asesinos fortuitos y asesinos de profesión; bandidos y atamanes o jefes de bandidos. Había ladrones y vagabundos, amantes del dinero ajeno y estafadores. Y había otra gente sobre la cual era difícil averiguar por qué había podido ir a parar allí. Sin embargo, cada uno tenía su historia, turbia y pesada, como la resaca de una borrachera. En general, hablaban poco de su pasado, no les gustaba contarlo ni pensar en el ayer. Conocí entre ellos a asesinos tan alegres, tan despreocupados, que se hubiera podido apostar que su conciencia nunca les había reprochado nada. Pero

también había rostros sombríos, casi siempre silenciosos. En general, era raro que alguien contara su vida; además, se diría que la curiosidad no estaba de moda, ni era una costumbre, ni estaba bien vista.

A lo sumo, si en alguna rara ocasión alguien, aburrido de no hacer nada, contaba algo, el otro le escuchaba fríamente y con semblante sombrío. Allí nadie podía asombrar a nadie. «Somos gente instruida», solían decir, con extraña suficiencia. Recuerdo que un día un bandido, borracho (en el penal a veces era posible beber), se puso a contar cómo había degollado a un niño de cinco años, cómo le había engañado al principio con un juguete, le había llevado a una cabaña vacía y allí le había degollado. Todo el barracón, que hasta entonces se había reído con sus bromas, se quedó callado, gritó como una sola persona, y el bandido tuvo que callarse; gritaron, no por indignación, sino porque no hacía falta hablar de eso; porque hablar de eso no estaba bien visto. Hago constar, por cierto, que aquella gente era verdaderamente instruida, y no en sentido figurado, sino en el literal. Seguramente, más de la mitad sabía leer y escribir. ¿En qué otro sitio donde se reúnan grandes masas del pueblo ruso es posible apartar un grupo de doscientas cincuenta personas, de las cuales la mitad sepa leer y escribir? He oído decir después que alguien llega a la conclusión, a partir de datos semejantes, de que la instrucción pierde al pueblo. Es un error: los motivos son otros; aunque hay que reconocer que la instrucción alimenta en el pueblo la autosuficiencia. Mas eso no es, en absoluto, un defecto. Todas las categorías se distinguían por la indumentaria: unos presos llevaban una mitad del chaquetón de color pardo, y la otra, gris; lo mismo sucedía con los pantalones: una pierna de color gris y la otra, pardo. Una vez, en el trabajo, una muchacha que vendía rosquillas se acercó a los presos, me miró con atención y de pronto rompió a reír. «¡Uf, qué estrafalario! —gritó—. ¡Se les acabó la tela gris y también la parda!» Había otros que llevaban el chaquetón de color gris y de pardo las mangas. Las cabezas también se afeitaban de manera diferente: a unos les rapaban la mitad a lo largo del cráneo y a otros, de través.

Era posible distinguir a primera vista pronunciados rasgos comunes en aquella extraña familia; hasta los individuos más duros y originales, que destacaban involuntariamente sobre los demás,

intentaban amoldarse a la tónica general de la prisión. Toda aquella gente, a excepción de algunos pocos de una alegría inagotable, que les valía el desprecio de todos, era sombría, envidiosa, terriblemente vanidosa, jactanciosa, susceptible y extremadamente formal. La capacidad de no asombrarse de nada era la mayor virtud. Estaban obsesionados con guardar las apariencias. Pero, con frecuencia, de la actitud más provocadora se pasaba, con la rapidez del rayo, a la más pusilánime. Había gente verdaderamente fuerte: era simple y nada pretenciosa. Pero, cosa extraña, entre esa gente verdaderamente fuerte, algunos eran de una vanidad extrema, casi enfermiza. En general, la vanidad y la apariencia estaban siempre en primer plano. La mayoría estaba corrompida y era terriblemente vil. Las intrigas y los chismorreos eran continuos: aquello era el infierno, las tinieblas profundas. Pero nadie se atrevía a rebelarse contra el reglamento interno y las costumbres establecidas en el presidio; todos se sometían. Había quienes destacaban por su carácter, personas que a duras penas y con dificultad se sometían, pero que, no obstante, se sometían. Llegaban al presidio aquellos que, en libertad, habían perdido toda medida y rebasado todos los límites, hasta tal punto que daban la impresión de haber acabado cometiendo sus crímenes, no por voluntad propia, sino sin saber por qué, en una especie de delirio o de embriaguez; a menudo por una vanidad elevada a un grado sumo. Pero en nuestra casa enseguida les ponían en su sitio, sin tener en cuenta que algunos de ellos, antes de ingresar en el penal, habían aterrorizado a poblaciones y ciudades enteras. Al mirar a su alrededor el novato caía enseguida en la cuenta de que se había equivocado de lugar, de que allí no conseguiría asombrar a nadie y, sin llamar la atención, se resignaba a su suerte y se adaptaba a la tónica general. Vista desde fuera, ésta consistía en una particular dignidad personal de la que estaban imbuidos casi todos los habitantes del penal. Precisamente, en ese sentido, el nombre de presidiario, de recluso, constituía una especie de rango, incluso de honor. ¡Ninguna señal de vergüenza, ni de arrepentimiento! Por lo demás, había una especie de resignación externa, por decirlo así, oficial, una especie de razonamiento tranquilo: «Somos gente acabada —decían—, no supiste vivir en libertad, pues pisa ahora la *calle verde*[6], pasa revista». «No escuchaste a tu padre y a tu madre, pues escucha ahora el redoble

de tambor». «No quisiste bordar con oro, pues golpea ahora la piedra con el mazo». Todo esto se decía a menudo, a modo de moraleja y de dichos y sentencias habituales, pero nunca en serio. Sólo eran palabras. Que probara alguno de los no forzados a recriminar a un preso su delito, a injuriarle (aunque no es propio del alma rusa acusar al delincuente): los insultos no habrían tenido fin… ¡Qué maestros del insulto eran todos! Insultaban refinadamente, con arte. Habían elevado el insulto al rango de ciencia; se esforzaban por escoger no la palabra, el sentido, sino el espíritu, la idea ofensiva; lo cual es más refinado, más venenoso. Las continuas disputas entre ellos hacían progresar aún más esta ciencia. Toda esa gente trabajaba de mal grado, después no hacía nada y, por consiguiente, se pervertía: si antes no estaba pervertida, se pervertía en el penal. Estaban juntos allí contra su voluntad; todos eran extraños para los demás.

«El diablo gastó tres pares de *lapti*[7] para ponernos juntos aquí en un montón», decían de sí mismos. Los chismes, las intrigas, el comadreo, la envidia, las discusiones y la malicia siempre estaban en el primer plano de aquella vida infernal. Ninguna comadre podría ser tan intrigante como algunos de aquellos homicidas. Repito que había entre ellos hombres de carácter fuerte, acostumbrados durante toda su vida a destruir y mandar, gente dura, intrépida. Eran respetados aun contra su voluntad; ellos, por su parte, aunque a menudo se mostraban muy celosos de su fama, procuraban no convertirse en una carga para los demás, no participaban en disputas inútiles, se comportaban con extraordinaria dignidad, eran sensatos y casi siempre obedecían a las autoridades, no por obligación, ni por conciencia del deber, sino como en virtud de un contrato, del que reconocían las ventajas mutuas. Por lo demás, se les trataba con cuidado. Recuerdo cómo uno de esos presos, un hombre intrépido y decidido, famoso entre las autoridades por su ferocidad, fue llamado en una ocasión para recibir un castigo corporal por algún crimen. Era un día de verano, en las horas libres. El oficial superior, que era el jefe directo e inmediato del presidio, acudió en persona al cuerpo de guardia que había junto a nuestro portalón, para presenciar la ejecución del castigo. Aquel mayor era un ser fatídico para los presos; hasta tal punto que temblaban ante él. Era de una severidad cercana a la

locura, «atropellaba a la gente», como decían los presidiarios. Lo que más temían era su mirada penetrante, de lince, a la que no se podía ocultar nada. Parecía que veía sin mirar. Al entrar en el penal ya sabía lo que pasaba en la otra punta. Los reclusos le llamaban «Ocho-ojos». Su sistema era erróneo. Con sus actos vejatorios y malignos enfurecía aún más a hombres furiosos; de no haber tenido por encima al comandante, hombre noble y sensato, que a veces moderaba sus feroces salidas de tono, habría ocasionado grandes desgracias con su dirección. No recuerdo cómo pudo acabar bien; se retiró vivo y sano, aunque, por lo demás, fue sometido a juicio.

El recluso palideció cuando le llamaron. Normalmente, se tendía en el potro de castigo, en silencio y con decisión, para recibir los varazos, y en silencio soportaba el castigo y se levantaba con presteza tras su ejecución, considerando filosóficamente, con sangre fría, la desgracia ocurrida. Además, se le trataba con cuidado. Pero esta vez consideró por algún motivo que tenía razón. Palideció y, a hurtadillas de la escolta, logró esconder en la manga un afilado punzón inglés de zapatero. Los punzones y todos los instrumentos afilados estaban severamente prohibidos en el penal. Los registros eran frecuentes, inesperados y concienzudos, y los castigos, crueles. Pero, como es difícil descubrir a un ladrón cuando se decide a ocultar algo en particular, y como los punzones y los instrumentos cortantes siempre eran necesarios en el penal, resultaba que, a pesar de los registros, siempre había y, si los descubrían, enseguida aparecían otros. Todos los presidiarios acudieron a la empalizada y, con el corazón en vilo, se pusieron a mirar por las rendijas de las estacas. Todos sabían que en aquella ocasión Petrov no iba a tenderse para recibir los varazos y que al mayor le había llegado su hora. Pero, en el instante decisivo, nuestro mayor se montó en el *drozhki*[8] y se marchó, encomendando la ejecución del castigo a otro oficial. «Dios le ha salvado», decían más tarde los presos. En cuanto a Petrov, soportó pacientemente el castigo. Su cólera se disipó con la marcha del mayor. Un preso es obediente y sumiso hasta cierto punto; pero hay un límite que no se debe rebasar. A propósito: nada puede ser más curioso que esos extraños estallidos de impaciencia y rebeldía. A menudo un hombre lo soporta todo durante varios años, se somete, sufre los castigos más crueles y de pronto estalla por cualquier menudencia, por cualquier bagatela,

casi sin motivo. Desde cierto punto de vista, incluso se le puede llamar loco; y eso hacen.

Ya he dicho que durante aquellos años no vi entre aquella gente ni el menor indicio de arrepentimiento, ni la menor pesadumbre por su crimen, y que la mayoría se consideraban en su fuero interno completamente justos. Es un hecho. Por supuesto que la vanidad, los malos ejemplos, la osadía y la falsa vergüenza son en gran parte la causa de ello. Por otro lado, ¿quién puede decir que ha penetrado en las profundidades de esos corazones degenerados y que ha leído en ellos lo que está oculto a todo el mundo? Sin embargo, cabía la posibilidad, a lo largo de tantos años, de percibir, atrapar, captar, en aquellos corazones, al menos algún rasgo que diera testimonio de la angustia interior, del sufrimiento. Pero no fue así, decididamente no fue así. Sí, el crimen, al parecer, no puede ser comprendido a partir de puntos de vista predeterminados y establecidos de antemano, y su filosofía es un poco más difícil de lo que se supone. Desde luego, los penales y el sistema de trabajos forzados no corrigen al criminal; sólo le castigan, preservando a la sociedad de nuevos atentados de un delincuente contra su tranquilidad. En el criminal, el presidio y los trabajos forzados más duros sólo fomentan el odio, el ansia de placeres prohibidos y una terrible imprudencia. Estoy firmemente convencido de que el famoso sistema celular consigue sólo resultados falsos, engañosos y superficiales. Exprime el jugo vital del hombre, le contrae el alma, la debilita e intimida, y después presenta una momia moralmente seca, un medio loco, como modelo de corrección y de arrepentimiento. Evidentemente, el criminal que se ha rebelado contra la sociedad la odia a muerte y casi siempre se considera a sí mismo inocente, y a ella, culpable. Además, él ya ha sufrido el castigo que aquélla le impuso y, por eso, cree que está limpio, que ha saldado su cuenta. Se puede pensar, por último, desde ese punto de vista, que casi haría falta absolver al criminal. Pero, pese a todos los puntos de vista posibles, es sabido que hay delitos que siempre y en todas partes, según todas las leyes posibles, se consideran desde el principio del mundo crímenes indiscutibles y así serán considerados mientras el hombre sea hombre. Sólo en presidio escuché historias de los actos más horribles y antinaturales, de los asesinatos más monstruosos, contadas con la sonrisa más irresistible

y más infantilmente alegre. Recuerdo en particular a un parricida. Era noble, estaba al servicio del Estado y para su padre sexagenario era como el hijo pródigo. Su conducta era absolutamente licenciosa, estaba lleno de deudas. Su padre le refrenaba, le reconvenía. El padre tenía una casa, una alquería, se le suponía adinerado, y el hijo lo mató, ávido de la herencia. Al cabo de un mes se descubrió el crimen. El asesino fue a denunciar a la policía que su padre había desaparecido. Pasó todo ese mes de la manera más depravada. Al final, en su ausencia, la policía encontró el cadáver. Atravesaba el patio el canalillo del desagüe, que estaba cubierto por unas tablas. El cadáver yacía en él. Estaba vestido y arreglado. La cabeza canosa, cortada, había sido unida al tronco, y debajo de ella el asesino había puesto una almohada. No confesó su crimen. Fue desposeído de su título de nobleza y de su rango y condenado a veinte años de trabajos forzados. Todo el tiempo que conviví con él mostró una disposición de ánimo excelente, jovialísima. Era un individuo atolondrado, ligero de cascos y sumamente insensato, aunque nada tonto. Nunca vi en él una crueldad particular. Los reclusos no le despreciaban por su crimen, que ni siquiera mencionaban, sino por ser imbécil y por no saber comportarse. A veces, conversando, se acordaba de su padre. En cierta ocasión, hablándome de la recia constitución heredada de su familia, añadió: «Pues mi padre nunca se quejó de ninguna enfermedad hasta el fin de sus días». Una insensibilidad tan bestial resulta, naturalmente, imposible. Es un fenómeno; hay en ella algún defecto congénito, alguna monstruosidad física y moral, aún no conocida por la ciencia, y no un simple crimen. Como es natural, yo no creía en ese crimen. Pero la gente de su pueblo, que debía conocer todos los detalles de su historia, me contó el caso. Los hechos eran tan evidentes que era imposible no creerlos.

Los presos oyeron cómo gritaba una noche en sueños: «¡Agárralo, agárralo! ¡Córtale la cabeza, la cabeza!…».

Casi todos los presos hablaban por las noches y deliraban. Los insultos, las palabras del hampa, las navajas y las hachas eran lo que con más frecuencia acudía a su lengua en sus delirios. «Somos gente deshecha —decían—, estamos destrozados por dentro, y por eso gritamos por las noches».

Los trabajos forzados eran, no una ocupación, sino una

obligación: el preso cumplía su tarea o pasaba las horas legales de trabajo y volvía al penal. Miraban el trabajo con odio. Sin una ocupación particular y propia, a la que poder entregarse con toda su inteligencia, con todo su empeño, el hombre no podría vivir en prisión. Además, ¿de qué otra manera toda aquella gente instruida, que había vivido intensamente y que ansiaba vivir, amontonada a la fuerza, arrancada a la fuerza de la sociedad y de la vida normal, habría podido llevar allí una vida normal y regular por su propia voluntad e impulso? El mero hecho de estar ociosos habría fomentado en ellos inclinaciones criminales de las que ni siquiera se tenía noción. Sin trabajo y sin una propiedad legítima y normal, el hombre no puede vivir, se pervierte y se transforma en una bestia. Por eso, por una necesidad natural y por una especie de instinto de supervivencia, cada preso tenía un oficio y una ocupación. En verano, los largos días se ocupaban casi por completo con los trabajos forzados; las noches eran tan cortas que apenas si daba tiempo a dormir. Mas, en invierno, los presos, según las ordenanzas, debían ser encerrados apenas oscurecía. ¿Qué hacer en las largas y aburridas noches de invierno? Así pues, casi todos los barracones se transformaban, a pesar de estar prohibido, en inmensos talleres. En realidad, el trabajo en sí y las ocupaciones no estaban prohibidos; lo que estaba severamente prohibido en el penal era tener herramientas propias y, sin ellas, era imposible trabajo alguno. Pero trabajaban a hurtadillas, y los jefes, en algunas ocasiones, hacían la vista gorda. Muchos reclusos llegaban al presidio sin saber hacer nada, pero aprendían de los demás y luego salían en libertad convertidos en buenos maestros. Había zapateros, sastres, carpinteros, cerrajeros, orfebres y plateros. Había un judío, Isái Bumstein, que era joyero y usurero. Todos trabajaban y ganaban algunos kopeks. Los encargos de trabajo venían de la ciudad. El dinero es libertad contante y sonante, y por esto, para el hombre que está privado de libertad, vale diez veces más. Si lo oye tintinear en su bolsillo, le sirve de consuelo, aunque no pueda gastarlo. Pero el dinero se puede gastar siempre y en todas partes, tanto más cuanto que el fruto prohibido sabe mejor. En el penal incluso se podía conseguir vodka. Las pipas estaban severamente prohibidas, pero todos fumaban en pipa. El dinero y el tabaco salvaban del escorbuto y de otras enfermedades. El trabajo salvaba del crimen:

sin el trabajo, los presos se habrían devorado unos a otros, como arañas en un tarro. A pesar de ello, el trabajo y el dinero estaban prohibidos. Con frecuencia, por las noches, hacían registros y requisaban todo lo que estaba prohibido y, por muy escondido que estuviese el dinero, a veces lo encontraban. Debido, en parte, a eso, los presos no lo ahorraban, sino que se apresuraban a gastárselo en bebida; por ese motivo había hasta vodka en el presidio. Después de cada registro, el culpable era privado de todo cuanto poseía y solía sufrir un doloroso castigo. Pero, después de cada registro, inmediatamente se colmaban los vacíos, y enseguida aparecían nuevos objetos y todo volvía a ser como antes. Las autoridades lo sabían, y los presos no murmuraban contra los castigos, aunque aquella vida se parecía a la de los habitantes de las laderas del Vesubio.

Quien no tenía oficio se las ingeniaba de otras maneras. Algunas eran bastante originales. Algunos, por ejemplo, se hacían revendedores, y vendían a veces cosas que fuera de los muros del presidio a nadie se le ocurriría no sólo comprar y vender, sino considerar siquiera como objetos. Pero el penal era muy pobre y de bastante ingenio. Allí, el último trapo tenía su precio y valía para algo. A causa de la pobreza, el dinero tenía en el presidio un valor muy distinto que en libertad. Por un trabajo grande y complicado se pagaban unos kopeks. Algunos se dedicaban con éxito a la usura. El preso que estaba arruinado o en la completa miseria llevaba sus últimos objetos al usurero y recibía algunas monedas de cobre a un interés atroz. Si luego no desempeñaba a tiempo aquellos objetos, eran vendidos sin dilación ni piedad; la usura florecía tanto que se llegaba a empeñar incluso las prendas reglamentarias y sujetas a revista: ropa blanca, botas, etc., necesarias en cualquier momento a cualquiera de los presos. Pero a veces las cosas tomaban otro giro, no del todo inesperado: el que había empeñado sus efectos, tras recibir el dinero, iba inmediatamente al suboficial, la autoridad más próxima del presidio, y denunciaba el empeño de las prendas reglamentarias, de las cuales el prestamista era inmediatamente desposeído sin que nadie diera parte a la autoridad superior. Curiosamente, a veces no se producía ninguna discusión: el prestamista, callado y con aire sombrío, devolvía los efectos, como si esperara que eso sucediera. Quizá no podía dejar de reconocer

que, de haber estado en la piel del otro, habría hecho lo mismo. Y aunque a veces luego protestase, lo hacía sin rencor, para descargo de su conciencia.

En general, todos se robaban unos a otros de una manera terrible. Casi todos tenían un baúl con cerradura para guardar las prendas reglamentarias. Eso estaba permitido; pero los baúles no servían de nada. No creo que sea difícil imaginar qué ladrones tan hábiles había en presidio. Un recluso que me profesaba sincero afecto (y lo digo sin exagerar) me robó una Biblia, único libro que estaba permitido tener en el penal; me lo confesó ese mismo día, no porque estuviera arrepentido, sino porque le dio lástima que yo perdiera el tiempo buscándola. Había taberneros que comerciaban con vodka y que se enriquecían rápidamente. De ese comercio hablaré luego con detalle; es bastante especial. En el penal había muchos condenados por contrabando y por eso nada tiene de extraño que, de alguna manera, con las visitas y los escoltas, entrase vodka. A propósito: el contrabando, por su propia índole, constituye un delito especial. ¿Es posible, por ejemplo, creer que el dinero, el lucro, es algo secundario para algunos contrabandistas, algo que está en un segundo plano? Pues, en realidad, así es. El contrabandista trabaja por pasión, por vocación. En parte, es un poeta. Corre todos los riesgos, se expone a peligros terribles, se vale de astucias, inventa, sale de apuros y a veces incluso actúa bajo cierta inspiración. Es una pasión tan fuerte como el juego de cartas. Conocí en presidio a un recluso de estatura colosal, pero tan sumiso, tranquilo y afable que era imposible imaginar qué había podido llevarle allí. Era hasta tal punto inofensivo y conciliador que durante todo el tiempo que pasó en el penal no discutió con nadie. Pero procedía de la frontera occidental, había sido condenado por contrabando y, como es natural, no pudo resistir la tentación y empezó a pasar vodka. ¡Cuántas veces le castigaron por ello y cuánto miedo tenía a las baquetas! Además, el contrabando de vodka le procuraba unas ganancias insignificantes. El único que se enriquecía con el vodka era el patrón. El pobre contrabandista amaba el arte por el arte. Lloraba como una mujer y ¡cuántas veces, después de sufrir un castigo, juraba y perjuraba que no lo haría más! Con coraje lograba cumplir su palabra un mes entero, pero al final claudicaba… Gracias a esos individuos el vodka nunca faltaba.

Por último, había otra fuente de ingresos, que no enriquecía a los reclusos, pero que era constante y benéfica. Eran las limosnas. La clase alta de nuestra sociedad no tiene idea de cómo se preocupan por los «desgraciados» los comerciantes, la gente humilde de las ciudades y nuestro pueblo. Las limosnas eran casi constantes y consistían en pan de centeno, pan blanco y bollos, y muy rara vez dinero. Sin estas limosnas, los presos, sobre todo los que están pendientes de juicio, y que sufren un régimen mucho más severo que los condenados, lo pasarían muy mal. Las limosnas se distribuyen religiosamente entre los presos de forma equitativa. Si no llegan para todos, se cortan los bollos en partes iguales, a veces hasta en seis, y cada recluso obtiene sin falta su trozo. Recuerdo la primera vez que recibí una limosna en dinero. Fue al poco de llegar al penal. Volvía del trabajo de la mañana, solo, con un soldado de escolta. A mi encuentro salieron una madre y su hija, una niña de unos diez años, linda como un ángel. Ya las había visto otra vez. La madre era la viuda de un soldado. Su marido, un joven soldado, fue procesado y murió en el pabellón de los presos del hospital en el que yo estaba ingresado. La mujer y la hija fueron a despedirse de él; las dos lloraban a lágrima viva. Al verme, la chica se puso colorada y susurró algo a la madre; ésta se detuvo enseguida, buscó en su portamonedas un cuarto de kopek y se lo dio a su hija. Ésta echó a correr tras de mí. «Toma, desdichado, coge este kopek por el amor de Cristo», me dijo, adelantándome y poniéndome la moneda en la mano. La cogí, y la niña volvió muy contenta al lado de su madre. Llevé conmigo aquel kopek mucho tiempo.

CAPÍTULO II

PRIMERAS IMPRESIONES

El primer mes y, en general, el comienzo de mi vida de presidiario se dibujan hoy vivamente en mi imaginación. Los años siguientes pasan por mi memoria mucho más apagados. Algunos parecen haberse borrado casi por completo, confundiéndose entre sí y dejándome sólo una impresión de conjunto: pesada, monótona, sofocante.

Pero todo lo que viví en los primeros días de presidio me parece ahora como si hubiera ocurrido ayer. Así debía ser.

Recuerdo claramente que desde mi primer paso en esa vida me sorprendió no hallar en ella nada particularmente llamativo, extraordinario o, por mejor decir, inesperado. Era como si todo eso ya lo hubiera visto antes en mi imaginación, cuando, camino de Siberia, intentaba adivinar mi porvenir. Pero pronto un cúmulo de cosas extrañas e insólitas y de los hechos más monstruosos me obligó a detenerme casi a cada paso. Sólo mucho después, tras vivir largo tiempo en el penal, comprendí plenamente todo lo excepcional, todo lo inesperado de esa existencia, y cada vez sentía mayor asombro. Confieso que ese asombro me acompañó a lo largo de toda mi estancia en el presidio; nunca pude adaptarme a él.

Mi primera impresión, al entrar en el penal, fue horrible; pero, no obstante —¡cosa extraña!— me pareció que en el presidio era mucho más fácil vivir de lo que yo había imaginado en el camino. Los presos, aunque con grilletes, andaban libremente por todo el penal, discutían, cantaban canciones, trabajaban para sí mismos, fumaban en pipa e incluso bebían vodka (aunque muy poco), y por las noches jugaban a las cartas. El trabajo en sí, por ejemplo, no me

pareció tan duro y forzado, y sólo al cabo de mucho tiempo caí en la cuenta de que lo duro y forzado de aquel trabajo no era tanto su dificultad o su carácter continuado como el hecho de ser obligatorio, impuesto bajo coacción. Un *mujik* en libertad trabaja, sin duda, incomparablemente más, a veces incluso de noche, sobre todo en verano; pero trabaja para sí mismo, trabaja con un fin racional, y se siente incomparablemente mejor que un preso que realiza una labor impuesta y totalmente inútil para él. Me vino a la cabeza una vez la idea de que, si se quisiera machacar, aniquilar a un hombre, castigarle al más horrible de los castigos, hasta el punto de hacer temblar al más terrible criminal, hacerle que sintiera miedo de antemano, bastaría con dar al trabajo un carácter completamente inútil y sin sentido. Si los actuales trabajos forzados son aburridos y carecen de interés para el presidiario, considerados en sí mismos, como trabajo, son razonables: el preso hace ladrillos, cava la tierra, enluce paredes, construye; este trabajo tiene un sentido y un fin. El trabajador forzado se apasiona a veces con su labor, quiere hacerla con más destreza, más aprisa, mejor. Pero, si se le obligara a trasegar agua de una tina a otra, y luego de la segunda a la primera, a apisonar arena, a acarrear un montón de tierra de un lugar a otro y viceversa, creo que el preso se ahorcaría al cabo de unos días o cometería acaso mil crímenes con tal de morir y verse libre de esa humillación, vergüenza y tormento. Tal castigo se convertiría en una tortura, en una venganza, y carecería de sentido porque no alcanzaría ningún fin razonable. Pero como una parte de esa tortura, de ese sinsentido, de esa humillación y vergüenza existe necesariamente en cualquier trabajo impuesto, el trabajo forzado es incomparablemente más doloroso que cualquier trabajo libre, por el mero hecho de que es un trabajo impuesto.

Por lo demás, yo ingresé en presidio en invierno, en el mes de diciembre, y aún no tenía idea del trabajo de verano, cinco veces más duro. En invierno, en nuestra fortaleza se hacía poco trabajo reglamentario. Los reclusos iban al río Irtish a desguazar viejas barcazas del Estado, trabajaban en talleres, barrían de los edificios oficiales la nieve arrojada por las tormentas, cocían y molían alabastro, etc. El día de invierno era corto, el trabajo acababa pronto y toda nuestra gente regresaba temprano al penal, donde apenas había nada que hacer, a no ser el trabajo propio. Pero a éste

sólo se dedicaba, quizá, un tercio de los reclusos; los demás no hacían nada, iban sin necesidad de un barracón a otro, discutían, tramaban intrigas, historias, y se emborrachaban, si caía en sus manos algún dinero; por las noches se jugaban a las cartas hasta la última camisa; y todo ello por aburrimiento, por ociosidad, por no tener nada que hacer. Más tarde comprendí que, además de la privación de libertad, además de los trabajos forzados, existe en la vida carcelaria un tormento quizá más duro que todos los demás: la convivencia forzosa. La convivencia existe, desde luego, en otras partes; pero a un presidio llega gente con la que no todo el mundo querría convivir, y estoy seguro de que todos los presos sentían ese tormento, aunque, por supuesto, la mayoría de ellos inconscientemente.

También me pareció que daban suficiente comida. Los presos aseguraban que no sucede así en las compañías de castigo de la Rusia europea. No me atrevo a juzgarlo: no he estado en ellas. Muchos podían tener su propia comida. La carne de vaca costaba un *grosh*[9] la libra, y en verano tres kopeks. Pero sólo tenían comida propia aquellos que siempre disponían de dinero; la mayoría de los reclusos comía el rancho. Por lo demás, cuando se jactaban de la comida, hablaban sólo del pan y daban las gracias porque era común a todos y no se repartía al peso. Esto último les aterrorizaba: si se repartiera al peso, un tercio de los presos pasaría hambre; mientras que siendo común bastaba para todos. Nuestro pan era particularmente sabroso y tenía fama en toda la ciudad. Su calidad se atribuía a la buena instalación de los hornos del penal. El *schi*[10] era una bazofia. Hervían la sopa en un caldero común, le echaban muy poca sémola y, sobre todo los días de entre semana, estaba aguada y grasienta. Me horrorizaba la gran cantidad de cucarachas que había en ella. Pero los presos no le daban ninguna importancia a eso.

Los tres primeros días no fui a trabajar; así se hacía con los recién llegados: se les permitía descansar del viaje. Pero al día siguiente tuve que salir del presidio para cambiar los grilletes. Mis grilletes no eran los reglamentarios, eran de anillas, de «suave son», como les llamaban los presidiarios. Se llevaban por fuera. Los grilletes reglamentarios del presidio, adecuados para el trabajo, no llevaban anillas, sino cuatro varillas de hierro, casi del grosor de un

dedo, unidas entre sí por tres argollas. Tenían que llevarse debajo de los pantalones. A la argolla del medio se ataba una correa, sujeta, a su vez, a un cinturón que iba sobre la camisa.

Recuerdo mi primera mañana en el presidio. En el cuerpo de guardia del portalón, un tambor tocó diana, y a los diez minutos el suboficial de guardia empezó a abrir los barracones. A la pálida luz de una candela de a seis la libra, se iban incorporando de sus camastros los presos, temblorosos de frío. La mayoría se levantaba con sueño, taciturnos y malhumorados. Bostezaban, se desperezaban y fruncían sus frentes marcadas. Unos se santiguaban y otros empezaban a bromear. La atmósfera era asfixiante. El aire frío de invierno entraba al abrir la puerta y recorría el barracón formando nubes de vapor. Junto a los cubos de agua se arremolinaban los presos; cogían por turno un cazo, se llenaban la boca de agua y se lavaban con ella las manos y la cara. El agua había sido traída la noche anterior por el aguador. En cada barracón había, según el reglamento, un preso, elegido por ellos mismos para el servicio interno. Se llamaba el *parashnik*[11], y no iba a trabajar. Su ocupación consistía en mantener limpio el barracón, fregar y raspar los camastros y el suelo, traer y llevar el bacín de noche, y acarrear agua fresca en dos cubos, por la mañana, para lavarse, y para beber durante el día. Por el cazo, que era único, surgían rápidamente las discusiones:

—¿Adónde vas, cara de carpa? —refunfuñaba un preso alto, sombrío, flaco y moreno, con unas extrañas protuberancias en su cráneo rapado, empujando a otro, gordo y bajo, de cara colorada y alegre—. ¡Para!

—¿Qué gritas? Por una parada, aquí pagan. ¡Apártate tú, que eres más estirado que una estatua! Ya veis, hermanos, que ni siquiera tiene «forticulación».

La «forticulación» produjo efecto: muchos se rieron. Era justo lo que necesitaba el alegre gordo, el cual, por lo visto, pasaba por ser el gracioso de turno del barracón. El preso alto le miró con profundo desdén.

—¡Vaca cebona! —exclamó, como hablando consigo mismo—. ¡Cómo se ha cebado con el pan blanco de la cárcel! ¡Está contento porque para después de la Cuaresma parirá doce terneros!

El gordo, finalmente, se enfadó.

—Y tú, ¿qué clase de pájaro eres? —gritó de pronto, poniéndose colorado.

—Tú lo has dicho: un pájaro.

—Pero ¿cuál?

—Pues uno.

—¿Y cuál uno?

—Pues eso, uno.

—Sí, pero ¿cuál?

Los dos se devoraban con los ojos. El gordinflón esperaba la respuesta y apretaba los puños, como si fuera a golpearle. Yo, a decir verdad, pensé que habría una reyerta. Para mí todo eso era nuevo, y lo contemplaba con curiosidad. Más adelante supe que tales escenas eran del todo inocentes y se representaban, como en una comedia, para regocijo general: rara vez llegaban a las manos. Todo ello era bastante característico y representativo de las costumbres del penal.

El preso alto estaba tranquilo y con aire majestuoso. Sentía que todos le miraban y esperaban a ver si se cubría o no de vergüenza con su respuesta; tenía que mantener el tipo y demostrar que él, efectivamente, era un pájaro y concretar de qué tipo.

Con inexpresable desdén miró de reojo a su adversario, procurando, para mayor ofensa, hacerlo como por encima del hombro, de arriba abajo, como si mirase a un bicho, y despacio y claro pronunció:

—¡Un señor!

Lo cual quería decir que era un señor pájaro. Una sonora carcajada premió la ocurrencia del preso.

—¡Tú eres un tunante, y no un señor! —replicó el gordo, sintiéndose batido en todos los puntos, muerto de rabia.

Y cuando la discusión empezó a ponerse seria, los demás les calmaron.

—¡Vaya jaleo! —les gritó todo el barracón.

—¡Que se peguen, en vez de chillar! —gritó uno desde un rincón.

—¡Eso crees tú, que se van a pegar! —replicó otro—. Somos gente provocadora, con coraje: no tenemos miedo a luchar siete contra uno.

—¡Sí, los dos son buenos! Uno vino al presidio por una libra de

pan, y el otro, ladrón de cántaros, se comió la cuajada de una mujer, y por eso probó el látigo.

—¡Bueno, bueno! ¡Basta ya! —gritó el inválido, encargado de mantener el orden en el barracón, y que por eso dormía en un rincón, en un catre aparte.

—¡Agua, chicos! ¡Que ya se ha despertado Nevalid[12] Petróvich! ¡Nevalid Petróvich, querido hermano!

—Hermano… ¿De qué soy tu hermano? ¡No nos hemos bebido un rublo juntos y ya soy tu hermano! —refunfuñó el inválido, pasando los brazos por las mangas de su capote…

Se prepararon para el recuento; comenzaba a amanecer; en la cocina se apiñaba un montón de gente, y era imposible pasar. Los presos se amontonaban con sus chaquetones y sus gorros medio rotos ante el pan que les repartía uno de los furrieles. Los furrieles eran elegidos por los presos, a razón de dos por cocina. Ellos guardaban el cuchillo para partir el pan y la carne, el único que había en toda la cocina. Por todos los rincones y alrededor de las mesas se distribuían los presos, con sus gorros, chaquetones y cinturones ya puestos, listos para salir al trabajo. Algunos tenían delante tazas de madera con *kvas*[13]. Mojaban trozos de pan en el *kvas* y lo engullían. El ruido y la algarabía eran insoportables; pero algunos conversaban discretamente y en voz baja por los rincones.

—¡Hola! ¡Pan y sal para el viejo Antónich! —exclamaba un preso joven, inclinándose ante un viejo triste y desdentado.

—Buenos días, si es que no bromeas —decía el otro sin levantar la vista y esforzándose en morder el pan con sus desdentadas encías.

—Y yo que te creía muerto, Antónich; de veras.

—Muérete tú primero y yo luego…

Me senté junto a ellos. A mi derecha dialogaban dos reclusos ya entrados en años, que se esforzaban por mostrar ante el otro su importancia.

—A mí no me robarán, no temas —decía uno—. Soy yo, hermano, el que tiene miedo de robar a los demás.

—Pues a mí no me toques con tus manos: ¡te quemaré!

—¡Qué me vas a quemar tú! ¡Vaya presidiario! Ya no nos queda ni el nombre… Ésta te deja sin blanca y ni te enteras. Aquí, hermano, hasta mi dinero ha volado. Vino el otro día y ¿qué podía

hacer? Fui a preguntarle a Fedka, el verdugo: aún tenía una casa en el arrabal, que le compró a Salomón, el judío sarnoso, el que luego se ahorcó…

—Lo sé. Era el tabernero que estaba aquí hace dos años. Le apodaban Grishka, *Taberna oscura*. Le conozco.

—Pues no le conoces; ése es otro *Taberna oscura*.

—¡Cómo que otro! Pues vaya si le conoces. Podría traerte a muchos testigos…

—¡Tráelos! ¿De dónde sales? Y yo ¿quién soy?

—¿Quién eres? ¡Con la de palizas que te he dado, y no presumo, y me preguntas que quién eres!

—¿Tú, palizas? Aún no ha nacido quien me dé una paliza, o está enterrado.

—¡Peste de Bender[14]!

—¡Que te coma la tisis de Siberia!

—¡Y a ti, que te parta el sable turco!

No paraban de insultarse.

—¡Bueno! ¡Ya se armó! —gritaron quienes les rodeaban—. No supisteis vivir en libertad; alegraos de que aquí os den pan blanco…

Al instante se calman. Insultarse, «golpear» con la lengua está permitido. En parte, es una distracción para todos. Pero no siempre se toleran las reyertas, y sólo en casos excepcionales se llega a las manos. De las reyertas dan parte al mayor; hacen pesquisas, acude el mayor en persona; en una palabra, todos salen perdiendo, y por eso no se toleran. Además, los que se insultan lo hacen por diversión, para ejercitar la lengua. Con frecuencia se engañan a sí mismos, empiezan muy acalorados, con saña… y uno piensa: se van a enzarzar. Nada ocurre: llegan hasta un punto determinado e inmediatamente se separan. Al principio, todo eso me sorprendía enormemente. He presentado aquí una muestra de las conversaciones más habituales entre los presos. No podía imaginar al principio cómo se podía insultar por gusto, encontrar en ello una diversión, un ejercicio agradable, placer. Además, no hay que olvidar la vanidad. Se tenía en gran estima al insultador dialéctico. Sólo faltaba que le aplaudieran, como a un actor.

Desde la tarde anterior había notado que me miraban de través.

Había captado ya algunas miradas hoscas. Por otro lado, algunos presos andaban rondándome, suponiendo que yo llevaba dinero.

Enseguida se mostraron serviciales conmigo: empezaron por enseñarme a llevar los nuevos grilletes; me consiguieron, naturalmente a cambio de dinero, un baúl con cerradura para guardar las prendas reglamentarias que me habían entregado y la poca ropa blanca que llevé al penal. Al día siguiente me lo robaron y se lo gastaron en bebida. Uno de ellos llegó a ser más tarde la persona más próxima a mí, aunque no dejaba de desvalijarme a la primera ocasión favorable. Lo hacía sin ningún embarazo, casi de manera inconsciente, como por deber, y no era posible enfadarse con él.

Entre otras cosas, me enseñaron que debía tener mi propio té, y que tampoco me vendría mal procurarme una tetera; por lo pronto, me prestaron una y me recomendaron un cocinero, diciéndome que por treinta kopeks al mes me haría la comida, si quería comer aparte, y compraría mis provisiones. Naturalmente, me pidieron dinero prestado y cada uno de ellos vino a verme tres veces el primer día a tal efecto.

A los antiguos nobles, en el presidio, por lo general, se les mira con malos ojos y sin benevolencia.

Aunque han sido desposeídos de todos sus privilegios y equiparados en todo a los demás reclusos, éstos no llegan nunca a reconocerlos como camaradas. No se trata de una prevención deliberada, sino de algo que ocurre de modo sincero e inconsciente. Realmente nos consideraban nobles, pero se complacían en hostigarnos por nuestra caída.

—¡No, se acabó! ¡Espera un poco! Hace poco Piotr cruzaba triunfal Moscú, hoy va atado a la cuerda —y decían otras cosas igualmente amables.

Les gustaba contemplar nuestro sufrimiento, y nosotros tratábamos de ocultárselo. Al principio lo pasábamos muy mal en el trabajo porque no teníamos tanta fuerza como ellos y porque no podíamos serles de gran ayuda. Nada hay tan difícil como ganarse la confianza de la gente (sobre todo de aquélla) y merecer su afecto.

En el presidio había algunos nobles. En primer lugar, cinco polacos. De ellos hablaré en otra ocasión. Los presos detestaban a los polacos, más, incluso, que a los nobles rusos deportados. Los polacos (me refiero solamente a los presos políticos) nos trataban con una cortesía exquisita, humillante, se mostraban muy

reservados y jamás podían disimular su desprecio a los presos; éstos lo comprendían muy bien y les pagaban con la misma moneda.

Me hizo falta vivir en el penal casi dos años para ganarme la simpatía de algunos presos. Al final, la mayoría de ellos me tomó afecto y consideraba que era un «buen» hombre.

Los nobles rusos, sin contarme a mí, eran cuatro. Uno era un ser vil y despreciable, sumamente depravado, espía y delator de profesión. Oí hablar de él antes de llegar al presidio y desde los primeros días corté toda clase de relación. Otro era el parricida al que ya he mencionado. El tercero era Akim Akímich; pocas veces he visto a un tipo tan raro como el tal Akim Akímich. Ha quedado grabado vivamente en mi memoria. Era alto, enjuto, poco inteligente, terriblemente iletrado, discutidor en grado sumo y escrupuloso como un alemán. Los reclusos se reían de él, y algunos incluso tenían miedo de tratarle por su carácter quisquilloso, discutidor y pendenciero. Nada más llegar empezó a tratarles sin miramientos, insultándoles y hasta peleándose con ellos. Era de una honradez fenomenal. Si observaba una injusticia, intervenía al instante, aunque no tuviera nada que ver con él. Era extremadamente ingenuo: discutiendo, por ejemplo, con los presos, les reprochaba que fuesen ladrones e intentaba convencerles en serio de que no robaran. Había servido en el Cáucaso, como alférez. Congeniamos desde el primer día y enseguida me contó su caso. Había comenzado en el Cáucaso, como cadete, en un regimiento de infantería. Trabajó de firme mucho tiempo y finalmente fue ascendido a oficial y destinado a un fuerte como jefe. Un príncipe vecino, sometido a los rusos, prendió fuego a la fortaleza y llevó a cabo un ataque nocturno, que fracasó. Akim Akímich, astutamente, fingió desconocer al culpable. Se atribuyó el incidente a los insurrectos y, al cabo de un mes, invitó amistosamente al príncipe como huésped. Éste acudió sin sospechar nada. Akim Akímich mandó formar a su tropa; delante de todos denunció al príncipe y le reprochó su proceder, demostrándole que había sido una ignominia prender fuego al fortín. Acto seguido le leyó una instrucción detallada de cómo deben comportarse los príncipes sometidos a los rusos y, como colofón, lo mandó fusilar, de lo cual inmediatamente informó con todo detalle a sus superiores. Por todo ello fue juzgado y condenado a muerte, pero conmutaron la sentencia por doce años

de trabajos forzados de segundo grado, en una fortaleza de Siberia. Reconocía plenamente que había actuado de manera incorrecta, y me declaró que antes de fusilar al príncipe sabía que un príncipe sometido debía ser juzgado según la ley. Sin embargo, a pesar de que lo supiera, daba la impresión de que de ninguna manera podía entender cuál era en realidad su culpa.

—¡Permítame! ¿Acaso no quemó él mi fortaleza? ¿Qué iba a hacer yo, inclinarme ante él por eso? —me decía, replicando a mis objeciones.

A pesar de que los presos se burlaban de las extravagancias de Akim Akímich, le respetaban por su escrupulosidad y su destreza.

No había oficio que no conociera. Era carpintero, zapatero, botero, pintor, orfebre, cerrajero, y todo eso lo había aprendido en el penal. Era autodidacta: veía hacer una cosa y enseguida la hacía. También hacía cajitas, cestas, farolillos, juguetes, y los vendía en la ciudad. De esa manera conseguía algún dinero y rápidamente lo empleaba en comprar ropa blanca, una almohada blanda y hasta un jergón. Estaba en el mismo barracón que yo y me prestó muchos servicios en mis primeros días de presidio.

Al salir del penal para el trabajo, los presos formaban en dos filas delante del cuerpo de guardia; delante y detrás de ellos se alineaban los soldados de la escolta, con los fusiles cargados. Aparecían: el oficial de ingenieros, el conductor y algunos soldados de ingenieros, encargados de los trabajos. El conductor contaba a los presos y los enviaba por grupos a los tajos donde hacían falta.

Fui destinado, junto a otros, al taller de ingeniería. Era un edificio bajo de piedra, situado en el patio grande y lleno de diversos materiales. En él estaban la herrería, la cerrajería, la carpintería, el taller de pintura, etc. Akim Akímich estaba destinado allí y trabajaba en el taller de pintura, cocía aceite de lino, componía los colores y pintaba mesas y muebles, a imitación del nogal.

Mientras esperaba a que me pusieran los nuevos grilletes, conversé con Akim Akímich acerca de mis primeras impresiones del penal.

—Sí, no les gustan los nobles —observó—, en particular los presos políticos, de buena gana se los comerían; lo cual no es de extrañar. En primer lugar, ustedes son gente diferente, que no se

parece a ellos; en segundo, casi todos ellos eran o siervos o soldados de la leva. Juzgue usted mismo, ¿acaso pueden quererles? Aquí, se lo digo yo, es difícil vivir. Pero en las compañías de castigo rusas aún es más difícil. Hay algunos presos que vienen de allí y no se cansan de alabar este penal, como si hubiesen pasado del infierno a la gloria. El trabajo no es lo más duro. Dicen que en las compañías de castigo, en el primer grado, no todos los jefes son militares, y los tratan, al menos, de manera diferente a la de aquí. Los deportados pueden vivir en sus casas. Yo no he estado allí, pero eso es lo que dicen. No les rapan; no llevan uniforme… aunque, de hecho, está bien que aquí vayan uniformados y rapados; hay más orden y es más agradable a la vista. Sólo a ellos no les gusta. ¡Fíjese qué gentuza hay! Uno cantonista[15], otro cherqués[16], un tercero, viejo creyente[17], el cuarto, un *mujik* ortodoxo que dejó a su familia y a sus queridos hijos allá en su tierra, el quinto, un judío, el sexto, un gitano, el séptimo, sabe Dios quién, y todos están obligados a vivir juntos, ponerse de acuerdo unos con otros, comer del mismo plato, dormir en el mismo camastro. Ya ve usted qué libertad tienen: para comer un trozo más hay que hacerlo a escondidas, ocultar cada moneda en las botas, y siempre, la prisión, la prisión… Quieras o no, acabas pensando tonterías.

Aquello ya lo sabía. Yo tenía muchas ganas de interrogarle acerca de nuestro mayor. Akim Akímich no se andaba con secretos, y recuerdo que el mayor me causó una impresión muy desagradable.

Pero yo estaba destinado a vivir aún dos años bajo su mandato. Todo lo que me contó de él Akim Akímich resultó ser absolutamente justo, con la diferencia de que la impresión que nos produce la realidad siempre es más fuerte que la de un simple relato. Era un hombre terrible, precisamente porque semejante hombre era el jefe, con un poder casi ilimitado, de doscientas almas. Por su naturaleza, era un hombre desordenado y malo, y nada más. Miraba a los presos como a sus enemigos naturales, y ése era su primer y principal error. Poseía, sin duda, algunas aptitudes; pero todo, incluso lo bueno, presentaba en él un aspecto deformado. Irrefrenable y malo, irrumpía en el presidio hasta de noche y, si veía a un preso que dormía sobre el costado izquierdo o boca arriba, a la mañana siguiente le castigaba: «Duerme sobre el costado

derecho, como yo tengo mandado». En el penal le odiaban y le temían como a la peste. Tenía la cara colorada, rabiosa. Todos sabían que estaba completamente en manos de su asistente, Fedka. Pero a quien más quería era a su perro Tresorka[18], y casi se volvió loco cuando Tresorka cayó enfermo. Dicen que lloraba a lágrima viva, como si fuera su hijo; despidió a un veterinario con el que, siguiendo su costumbre, estuvo a punto de llegar a las manos, y, al enterarse por Fedka de que en el presidio había un recluso veterinario autodidacta, que había hecho curas extraordinarias, inmediatamente le mandó llamar.

—¡Sálvalo! ¡Te cubriré de oro, si salvas a Tresorka! —le gritó.

El preso era un *mujik* siberiano, astuto, listo y, en efecto, un veterinario muy hábil, pero completamente rústico.

—Miro a Tresorka —contó luego a los otros reclusos, por cierto, bastante tiempo después de su visita al mayor, cuando todo el asunto se había olvidado—. Lo miro: el perro está tendido en un diván, sobre un almohadón blanco, y veo que tiene una inflamación y que hay que hacerle una sangría para sanarle, pero pienso: «¿Qué pasará si no lo curo, si revienta?». «No —le digo—, Excelencia, me ha llamado demasiado tarde; ayer o anteayer hubiera podido salvar al perro, pero hoy ya no puedo curarlo…»

Y así murió Tresorka.

Me contaron con toda clase de detalles cómo quisieron matar a nuestro mayor. Había un preso que llevaba bastantes años en el penal y que se distinguía por su buena conducta. Notaban también que apenas hablaba con nadie. Le consideraban un santón[19]. Sabía leer y escribir y había pasado todo el año anterior leyendo constantemente la Biblia, día y noche. Cuando todos dormían, se levantaba a medianoche, encendía un cirio, se subía encima de la estufa, abría el libro y leía hasta el amanecer. Un día fue a ver al suboficial y le anunció que no quería ir al trabajo. Avisaron al mayor, el cual se puso hecho una furia y acudió enseguida a toda prisa. El preso le lanzó un ladrillo que tenía preparado, pero no le dio. Le cogieron, le juzgaron y le torturaron. Todo sucedió muy rápido. A los tres días falleció en el hospital. Al morir dijo que no deseaba hacer mal a nadie, que sólo lo había hecho para sufrir. Desde luego, no pertenecía a ninguna secta. En el presidio se le recordaba con respeto.

Finalmente, me cambiaron los grilletes. Entretanto, aparecieron por el taller varias vendedoras de rosquillas. Algunas eran muchachas muy jóvenes. Hasta que se hacían mayores solían venir con sus rosquillas; las madres las hacían y ellas las vendían. Cuando se hacían mujeres, seguían viniendo, pero ya sin rosquillas: así sucedía casi siempre. Había también algunas que no eran ya niñas. Las rosquillas costaban un *grosh*, y casi todos los presos las compraban.

Me fijé en un recluso, carpintero, con el pelo ya canoso, pero de cara colorada, que, sonriente, jugueteaba con las vendedoras de rosquillas. Poco antes de llegar ellas se puso al cuello un pañuelo rojo. Una chica gorda y llena de pecas puso en su banco la cesta. Entre ellos se entabló una conversación.

—¿Cómo es que no vinisteis ayer? —preguntó el preso con una sonrisa fatua.

—¡Cómo! Yo vine, pero a vosotros os llamó Mitka —respondió animada la chica.

—Nos llamaron para una faena, si no, habríamos venido sin falta… Pero hace dos días vinisteis todas.

—¿Quiénes?

—Pues vino la Mariashka, vino la Javroshka, vino la Chekundá, vino la Dvugróshovaya[20]…

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté a Akim Akímich—. ¿Es posible que…?

—Ocurre —me respondió, bajando modestamente los ojos, pues era un hombre muy pudoroso.

Aquello, sin duda alguna, ocurría, pero muy rara vez y con grandísimas dificultades. Por lo general, había más aficionados a la bebida que a eso otro, no obstante el cansancio natural de la vida de un forzado. Era difícil tener relación con las mujeres. Había que escoger hora y lugar, ponerse de acuerdo, fijar una cita, buscar un sitio a solas, lo que era muy difícil, persuadir a los escoltas, lo que era aún más difícil, y, por lo general, gastar mucho dinero, relativamente hablando. Pero, a pesar de todo, tuve ocasión más adelante de ser testigo, a veces, de algunas escenas amorosas. Recuerdo que un día de verano fuimos tres a un hangar a orillas del Irtish, para encender un horno de ladrillos; los soldados de escolta eran buena gente. Finalmente, aparecieron dos «sopladoras[21]»,

como las llaman los presos.

—¿Por qué habéis tardado tanto? Seguro que estabais con los Zverkov —les salió al paso el recluso al que venían a ver y que las aguardaba desde hacía rato.

—¿Tardar, yo? Está más tiempo una urraca en su palo, que yo con ellos —replicó alegremente la moza.

Era la mujer más guarra del mundo. Se trataba de la Chekundá. Venía con ella la Dvugróshovaya. Ésta escapaba a cualquier descripción.

—A ti hace tiempo que no te veo —continuó el galán, dirigiéndose a la Dvugróshovaya—. ¿Cómo es que has adelgazado tanto?

—Puede ser. Yo antes estaba así de gorda, y ahora estoy como si me hubiese tragado una aguja.

—¿Estando con los soldados?

—Eso te lo habrá dicho alguna mala lengua. Aunque, a la postre, ¿qué? Te puedes dejar acariciar las costillas para querer a un soldado.

—Dejad a los soldados y veníos con nosotros; tenemos dinero…

Para completar el cuadro, hay que imaginarse al galán, rapado, con grilletes, vestido a rayas y bajo escolta.

Me despedí de Akim Akímich y, tras cerciorarme de que podía regresar al penal, volví con un soldado de escolta. La gente ya iba regresando. Los primeros en volver eran los que trabajaban a destajo. La única manera de obligar a trabajar con ahínco a un preso es fijando las tareas a destajo. A veces la tarea es enorme y, sin embargo, se realiza dos veces más deprisa que si se obligara a hacerla a toque de tambor. Una vez terminada su labor, los presos indefectiblemente regresaban al penal, nadie les detenía.

No comían juntos, sino según iban llegando; en la cocina no cabían todos a la vez. Probé el *schi*, pero por falta de costumbre no pude tragarlo y me preparé té. Me senté en un extremo de la mesa. Junto a mí estaba un compañero que, al igual que yo, era noble.

Los presos entraban y salían. Había, por lo demás, sitio, pues aún no habían vuelto todos. Un grupo de cinco personas se sentó aparte en una mesa grande. El cocinero les sirvió la sopa en dos platos y puso en la mesa una fuente llena de pescado frito. Celebraban algo y comían por su cuenta. Nos miraron de reojo.

Entró un polaco y se sentó junto a nosotros.

—¡No he estado aquí, y lo sé todo! —exclamó gritando un recluso alto, al entrar en la cocina, abarcando con la vista a todos los presentes.

Tenía unos cincuenta años, estaba flaco y musculoso. En su cara había algo de malicia y era al mismo tiempo alegre. Llamaba particularmente la atención su labio inferior, grueso y prominente; le daba a su semblante un aspecto ciertamente cómico.

—¡Habéis pasado bien la noche!, ¿eh?; entonces, ¿por qué no saludáis? ¡Salud a los nuestros de Kursk! —añadió, sentándose junto a los que comían por su cuenta—. ¡El pan y la sal! Recibid a vuestro invitado.

—No somos de Kursk, hermano.

—¿Sois de Tambov?

—Tampoco. No vas a sacar nada de nosotros, hermano. Busca a un *mujik* rico y pídele a él.

—Es que traigo la panza vacía, como si tuviera dentro a Iván Taskún y a María Ikótishna[22]. ¿Y dónde vive ese *mujik* rico?

—Gazin es un *mujik* rico; búscale.

—Hoy está de juerga, hermanos, Gazin está borracho, se está bebiendo todos sus ahorros.

—Seguro que tiene más de veinte rublos —observó otro—. Ser tabernero da sus ganancias, hermanos.

—Bueno, ¿no me convidáis? Entonces, comeremos el pan y el rancho.

—Vete a pedir té. Mira a aquellos señores.

—¿Qué señores? Aquí no hay señores; ahora, todos son como nosotros —añadió hoscamente el que estaba sentado en un rincón. Hasta entonces no había dicho ni palabra.

—De buena gana tomaría té, pero me da apuro pedirlo: uno tiene su amor propio —observó el preso del labio gordo, mirándonos con expresión bonachona.

—Si usted gusta, yo se lo ofrezco —dije, invitándole—. ¿Quiere?

—¿Que si quiero? ¡Cómo no voy a querer! —se acercó a la mesa.

—¿Veis? En casa sólo bebía *schi* en sus *lapti*, y aquí ha descubierto el té; quería una bebida señorial —añadió el preso hosco.

—¿Es que aquí no toma nadie té? —le pregunté, pero él no se

dignó a contestarme.

—Traen rosquillas. Ofrézcame también una rosquilla.

Trajeron rosquillas. Un joven recluso llevaba una ristra de rosquillas y la iba vendiendo por la prisión. La vendedora le daba una por cada decena. En esa rosquilla se cifraba su ganancia.

—¡Rosquillas, rosquillas! —gritaba al entrar en la cocina—. ¡De Moscú, calentitas! Yo me las comería, pero me hace falta el dinero. ¡A ver, chicos, me queda la última rosquilla! ¿Quién tuvo madre?

Esa invocación al amor materno les hizo gracia a todos, y le compraron algunas rosquillas.

—¿Sabéis, hermanos —prosiguió—, que Gazin ha caído hoy en pecado? ¡Por Dios! ¡Vaya día que ha elegido para la juerga! Si viene Ocho-ojos…

—Lo esconderán. Y qué, ¿está muy borracho?

—¡Como una cuba! Le ha sentado mal y está hecho una furia.

—Entonces, llegarán a los puños…

—¿De quién hablan? —le pregunté al polaco que estaba sentado a mi lado.

—De Gazin, un recluso. Vende vodka en el penal. Cuando junta algo de dinero, se lo bebe. Es cruel y malvado; sobrio, está tranquilo, pero cuando bebe, se muestra tal como es: ataca a la gente con el cuchillo. Aquí le hacen entrar en razón.

—¿Cómo le hacen entrar en razón?

—Se le echan encima diez presos a la vez y le pegan con ganas hasta dejarle sin sentido, medio muerto. Entonces lo tienden sobre el camastro y le ponen encima un chaquetón.

—Pero ¿pueden matarle?

—A otro lo matarían, pero a él, no. Tiene una fuerza tremenda, es el más fuerte de todos los presos y el de constitución más robusta. A la mañana siguiente se levanta completamente sano.

—Dígame, haga el favor —le pregunté al polaco—: ellos también comen su propia comida, y yo bebo mi té. Y, sin embargo, me miran como si tuvieran envidia del té. ¿Qué significa eso?

—No es por el té —me contestó el polaco—. Le miran con malos ojos porque usted es noble y no se parece a ellos. Muchos de ellos se lo reprocharían de buena gana. Querrían ofenderle, humillarle. Aquí conocerá muchas más cosas desagradables. Aquí la vida es horriblemente dura, y para nosotros, más aún, en todos los sentidos.

Hace falta mucha sangre fría para acostumbrarse a esto. Más de una vez oirá cosas desagradables e insultos por el té y por la comida propia, pese a que muchos comen muy a menudo por su cuenta, y algunos toman té continuamente. Ellos pueden hacerlo: usted no.

Dicho esto, se levantó y se retiró de la mesa. Algunos minutos más tarde, se confirmaron sus palabras…

CAPÍTULO III

PRIMERAS IMPRESIONES [CONTINUACIÓN]

Apenas acababa de irse M…cki (el polaco que habló conmigo) cuando Gazin, completamente borracho, irrumpió en la cocina.

Un preso borracho, en pleno día, entre semana, cuando todos están obligados a salir a trabajar, con un jefe severo que podía presentarse en cualquier momento en el penal, con un suboficial encargado de la custodia de los reclusos y que jamás se ausentaba, con los soldados de la escolta, con los inválidos: en una palabra, con todas esas severas medidas, era algo que desbarataba todas las ideas que yo me había hecho de la vida y costumbres de los presidiarios. Tuve que pasar mucho tiempo allí, antes de ser capaz de explicarme todos aquellos hechos, tan enigmáticos para mí en mis primeros días de presidio.

Ya dije que los presos siempre tenían trabajo particular y que ese trabajo era una necesidad natural de la vida de presidio; que, aparte de esa necesidad, al preso le gusta con locura el dinero, y lo valora por encima de todo, casi tanto como la libertad, y que se consuela al oírlo sonar en su bolsillo. Por el contrario, se muestra abatido, triste, inquieto y desanimado, si no tiene dinero; entonces es capaz de robar y de hacer cualquier cosa para conseguirlo. Sin embargo, a pesar de que el dinero era tan apreciado en la prisión, no solía durar mucho en poder del afortunado que lo poseía. En primer lugar, era difícil guardarlo para que no lo robaran o requisasen. Si el mayor daba con él, en los registros imprevistos, lo requisaba en el acto. Quizá lo empleaba para mejorar la comida de los presos; en todo caso, se lo llevaba a su casa. Sin embargo, lo más frecuente era que lo robaran; no se podía confiar a nadie.

Posteriormente, se descubrió un modo de guardarlo totalmente seguro. Se confiaba a la custodia de un anciano, *viejo creyente*, que procedía de una villa de Starodub, y que había vivido antes en la isla de Vietka[23]… No puedo dejar de decir algunas palabras sobre él, aunque me aparte de mi asunto.

Era un anciano de sesenta años, pequeño y canoso. Me causó una viva impresión desde la primera vez que lo vi. ¡Se parecía tan poco a los demás reclusos! Su mirada reflejaba algo hasta tal punto plácido y sereno que recuerdo con cuánta complacencia miraba yo sus ojos claros y radiantes, rodeados de finas arrugas en forma de rayos. Conversaba con él a menudo, y rara vez he visto en mi vida a un ser tan bueno y bondadoso. Le habían mandado allí por un delito de suma gravedad. Entre los *viejos creyentes* de Starodub empezaron a surgir conversos a la Iglesia ortodoxa. El gobierno les daba muchos incentivos y empezó a usar todos los medios a su alcance para lograr la posterior conversión de los demás disconformes. El viejo, junto con otros fanáticos, decidió «defender la fe», según él decía. Se comenzó a construir una nueva iglesia «unida» y los viejos creyentes la incendiaron. Acusado de ser uno de los instigadores, nuestro viejo fue condenado a trabajos forzados. Era un comerciante acomodado; en su casa quedaron su mujer y sus hijos. Pero él marchó a la deportación con firmeza, porque en su ceguera la consideraba un «sacrificio por la fe». Habiendo convivido con él durante algún tiempo, uno se hacía esta pregunta: ¿cómo este hombre apacible, manso como un niño, podía ser un rebelde? Hablé con él varias veces de la fe. No cedía ni un ápice en sus convicciones; mas nunca había maldad alguna, ningún odio en sus objeciones. Y, sin embargo, había quemado una iglesia y no se arrepentía. Daba la impresión de que, según sus convicciones, habría que considerar ese acto, y el «sacrificio» derivado de él, como un hecho glorioso. Pero, por más que le examiné y le estudié, nunca percibí en él el menor signo de vanidad o de orgullo. Había también en el penal otros *viejos creyentes*, en su mayoría siberianos. Era gente muy instruida, *mujiks* astutos, muy versados en las Escrituras, formales y, a su manera, fuertes dialécticos; gente arrogante, insolente, maliciosa e intolerante en grado sumo. Completamente distinto a ellos era el viejo. Más versado, quizá, que ellos en las Escrituras, evitaba las discusiones. Tenía un carácter

extraordinariamente sociable. Era alegre, reía a menudo, no con la risa grosera y cínica de los presos, sino con una risa clara, tranquila, que iba tan bien con las canas y en la que había mucho de ingenuidad infantil. Puede que me equivoque, pero me parece que se puede conocer a una persona por la risa y, si desde el primer momento nos resulta grata la sonrisa de un desconocido, podemos decir sin temor que es una buena persona. En todo el presidio el viejo se había ganado el respeto general, del cual no se vanagloriaba. Los presos le llamaban abuelo y jamás se metían con él. Sólo en parte comprendí la influencia que podía tener sobre sus correligionarios. Pero, a pesar de la aparente entereza con que sobrellevaba su condena a trabajos forzados, albergaba una tristeza profunda e incurable, que procuraba ocultar a todos. Yo vivía en el mismo barracón que él. Una noche, a las dos de la madrugada, me desperté y oí un llanto silencioso y contenido. El viejo estaba sentado en la estufa (la misma en la que antes rezaba por las noches el recluso que leía la Biblia y que quiso matar al mayor) y rezaba en su manuscrito. Lloraba y pude oír cómo, de cuando en cuando, decía: «¡Señor, no me abandones! ¡Señor, dame fuerzas! ¡Mis niños, mis queridos niños, mis pequeños, nunca más nos veremos!». No puedo contar cuánta pena me dio.

Pues bien, a ese viejo le fueron entregando poco a poco todos los presos su dinero para que lo guardara. En el presidio, casi todos eran ladrones, pero de pronto todos se convencieron de que el viejo era incapaz de robar. Sabían que él escondía en algún lugar el dinero que le daban, pero en un sitio tan recóndito que nadie podía descubrirlo. Más adelante, a mí y a algunos polacos nos confió su secreto. En una de las estacas de la empalizada había salido un nudo que, al parecer, estaba firmemente unido al árbol. Pero él consiguió sacarlo y quedó al descubierto un hueco grande. En él ponía el abuelo el dinero, y luego tapaba el nudo, a fin de que nadie pudiera sospechar nunca nada.

Pero me he apartado del relato. Me había quedado en por qué no duraba mucho tiempo el dinero en el bolsillo de los presos. Pero, aparte de lo difícil que resultaba guardarlo, ¡había tanta nostalgia en el penal! Un preso es, por naturaleza, un ser sediento de libertad y, por su situación social, tan voluble y desordenado que, de pronto, se ve naturalmente arrastrado a «atracarse de todo», gastar de una

vez todo su capital, con bulla y música, a fin de olvidar, aunque sólo sea un momento, su nostalgia. Resultaba extraño ver cómo alguno de ellos trabajaba sin levantar cabeza, a veces durante meses enteros, únicamente para gastar en un solo día todas sus ganancias, hasta quedarse sin blanca, y luego, de nuevo, matarse a trabajar durante meses, a la espera de una nueva juerga. Muchos gustaban de vestirse con ropa nueva, invariablemente de aspecto civil: pantalones negros, *podiovka*[24], pelliza siberiana. Se llevaban mucho las camisas de algodón y los cinturones con hebillas de bronce. Se engalanaban para la fiesta y se paseaban por todos los barracones, exhibiéndose delante de todo el mundo. La satisfacción de ir bien vestido rayaba en lo pueril; los presos eran, en muchas cosas, verdaderos niños. Es verdad que todas esas lindas prendas les desaparecían de pronto a sus dueños, y a veces esa misma tarde las empeñaban o las vendían a un precio irrisorio. Por lo demás, las juergas se sucedían sin parar. Se solían celebrar en los días festivos o en el día del santo. El preso que celebraba su santo se levantaba temprano, ponía un cirio ante el icono y rezaba; luego se engalanaba y encargaba la comida. Se compraba carne de vaca, pescado, se hacía *pelmeni*[25] de Siberia. Comía como un buey, casi siempre solo, rara vez invitaba a un compañero a compartir su mesa. Después, aparecía el vodka: el que celebraba su santo se emborrachaba como una cuba e invariablemente iba por los barracones haciendo eses y tropezando, esforzándose por demostrarles a todos que estaba borracho, que andaba «de juerga», y merecer con ello la estima general. En todas partes el pueblo ruso siente cierta simpatía por los borrachos; en el presidio incluso se reverenciaba a los juerguistas. Las juergas del penal tenían, a su modo, algo de aristocrático. Una vez alegre, el preso infaliblemente alquilaba la música. Había en el presidio un polaco, un soldado desertor, muy repugnante, pero que tocaba el violín y que, por toda fortuna, tenía uno propio. No tenía ningún oficio y su única fuente de ingresos era alquilarse a los juerguistas para tocarles danzas alegres. Su tarea consistía en seguir constantemente a su borracho amo de barracón en barracón y tocar el violín con todas sus fuerzas. Con frecuencia aparecían en su rostro el aburrimiento y la angustia. Pero al grito de «Toca, para eso te pagué», seguía tocando y tocando. El preso, al comenzar una juerga, podía estar seguro de

que, si bebía demasiado, alguien se ocuparía de él, le acostaría a tiempo y le escondería en alguna parte en caso de que apareciera algún jefe, todo ello de manera desinteresada. Por su parte, el suboficial y los inválidos que vivían en el penal para mantener el orden podían estar también completamente tranquilos: el borracho no podía causar ningún desorden. Todo el barracón estaba pendiente de él y, si alborotaba o armaba escándalo, enseguida le calmaban y, si hacía falta, sencillamente le ataban. De ahí que los mandos subalternos hicieran la vista gorda con las borracheras y se desentendieran de ellas. Pero ¿de dónde venía el vodka?

El vodka se compraba en el presidio a los llamados taberneros. Había varios, y su negocio era continuo y lucrativo, a pesar de que los bebedores y los «juerguistas» eran generalmente pocos, porque para la juerga hacía falta dinero y a los reclusos les resultaba difícil conseguirlo.

El negocio comenzaba, se mantenía y acababa de un modo bastante original. Supongamos que un preso no tenga oficio alguno, no quiera trabajar (los había así), pero quiera tener dinero, y que sea, además, una persona impaciente que desee enriquecerse rápidamente. Tiene algún dinero para empezar, y decide dedicarse al comercio del vodka: empresa atrevida, que conlleva grandes riesgos. Podría suceder que pagara con su espalda y perdiera de golpe la mercancía y el capital. Pero el tabernero asume el riesgo. Al principio tiene poco dinero, y por eso la primera vez lleva él personalmente el vodka al presidio y, naturalmente, lo vende de manera lucrativa. Repite la operación por segunda y tercera vez, y, si no le descubren, hace dinero rápidamente y sólo entonces monta un verdadero negocio sobre una base sólida: se hace patrono, capitalista, mantiene agentes y ayudantes, corre menos peligro, y gana cada vez más. Se arriesgan por él sus ayudantes.

En el penal siempre hay mucha gente que derrocha, juega o bebe hasta el último kopek, gente sin oficio, harapienta y miserable, pero dotada hasta cierto punto de osadía y decisión. Tales individuos sólo poseen como capital su propia espalda, que aún puede servirles para algo. Pues bien, el juerguista arruinado decide poner en circulación ese último capital. Va a ver al empresario y se le ofrece para pasar vodka al presidio; el rico tabernero tiene algunos de esos empleados. En alguna parte, fuera del penal, hay

alguien —un soldado, gente llana, una muchacha— que con el dinero del empresario y a cambio de cierta gratificación, relativamente grande, compra vodka en una bodega y lo esconde en algún rincón apartado adonde los presos van a trabajar. Casi siempre el proveedor comprueba primero la calidad del vodka y rellena descaradamente lo que se ha bebido con agua. Se quiera o no, el preso no puede ser demasiado exigente: está bien si no pierde todo su dinero y le proporcionan el vodka; sea lo que sea, siempre será vodka. Al proveedor se le presentan con tripas de buey los portadores designados de antemano por el tabernero del presidio. Estas tripas primero se lavan, luego se llenan de agua y, de ese modo, conservan su humedad y elasticidad originales para, al cabo de un tiempo, ser aptas para contener el vodka. Una vez vertido el vodka en las tripas, el preso se las enrolla por el cuerpo y, en la medida de lo posible, en las partes más ocultas. Ahí, claro está, se pone de manifiesto toda la destreza y la astucia de ladrón del contrabandista. En cierto modo, su honor está en juego: tiene que engañar a los soldados de la escolta y a los de la guardia. Los engaña: el buen ladrón siempre sorprende al soldado de escolta, a veces un joven recluta, en un descuido. Como es de suponer, se le estudia de antemano. También se toman en consideración la hora y el lugar de trabajo. El recluso que, por ejemplo, es fumista se encarama a lo alto de un horno. ¿Quién ve lo que hace? El escolta no sube tras él. Cuando se acerca al presidio, lleva en la mano una moneda de plata de quince o veinte kopeks, por si acaso, y espera al cabo junto al portalón. Todo preso que regresa del trabajo es registrado y cacheado por el cabo de guardia antes de abrirle el portalón del presidio. El contrabandista suele confiar en que sientan reparos a la hora de cachearle minuciosamente ciertas partes del cuerpo. Pero a veces un cabo sagaz llega hasta esas partes y pone la mano en el vodka. Entonces queda un último recurso: el contrabandista, calladamente y a hurtadillas del escolta, desliza en la mano del cabo la moneda que llevaba en la suya. Sucede que, por efecto de dicha maniobra, entra sin contratiempo en el presidio y pasa la mercancía. Pero a veces la maniobra no sale bien, entonces tiene que rendir cuentas con su último capital: su espalda. Dan parte al mayor, fustigan el capital y lo fustigan dolorosamente, confiscan el vodka, y el contrabandista carga con todo sin delatar al

patrono; pero, señalémoslo, no porque le repugne la delación, sino únicamente porque no sacaría provecho de ella: a él, de todos modos, le fustigarían; y su único consuelo estribaría en que les fustigarían a los dos. Pero el patrono sigue siendo necesario para él, aunque, según es costumbre y por acuerdo previo, por los latigazos en la espalda el pasador no recibe del empresario ni un solo kopek. Por lo que se refiere a las denuncias en general, suelen abundar. El delator no está sujeto en el presidio a la menor humillación; la indignación contra él es, incluso, impensable. No le rehúyen, le tratan amistosamente, hasta tal punto que, si alguien quisiese demostrar en el presidio la vileza de la delación, nadie le entendería. El preso de la nobleza, vil y despreciable, con el que rompí toda clase de relaciones, tenía amistad con el asistente del mayor, Fedka, y le servía de espía: el otro comunicaba al mayor todo lo que éste había oído sobre los presos. Todos lo sabían y a nadie se le ocurrió jamás castigarle, ni siquiera reprocharle nada.

Pero me he desviado de mi asunto. Muchas veces el vodka pasa sin contratiempo; entonces el patrono se hace cargo de las tripas que le han llevado, abona el dinero y hace sus cálculos. A fin de cuentas, resulta que la mercancía le cuesta muy cara, por lo que, para obtener mayores beneficios, la trasvasa otra vez, echándole de nuevo agua, casi la mitad y, de ese modo, hechos ya todos sus preparativos, aguarda al comprador. El primer día festivo, a veces, entre semana, se presenta el comprador: es un recluso que ha trabajado varios meses como un animal de carga, y que ha ahorrado algunos kopeks para bebérselos en un día elegido de antemano. Mucho antes de que llegue ese día, el pobre trabajador ha soñado con él, viéndolo tanto en sueños como en las felices ensoñaciones de sus horas de trabajo, y esta ilusión ha mantenido su ánimo durante la monótona sucesión de los días en la vida de presidio. Por fin, aparece por el Oriente la aurora del radiante día; el dinero está reunido, no se lo han robado ni confiscado, y lo lleva al tabernero. Éste le ofrece primero vodka, dentro de lo posible, puro, es decir, sólo bautizado dos veces; mas, a medida que la botella se vacía, la va rellenando con agua. Por un vaso se paga cinco o seis veces más que en la bodega. Pueden imaginarse cuántos vasos de esos hay que beber y cuánto hay que pagar para emborracharse. Pero, por la falta de costumbre y por la abstinencia precedente, el recluso se

embriaga bastante pronto y, por lo general, sigue bebiendo hasta que se le acaba el dinero. Entonces, se pone en circulación todo lo nuevo: el tabernero es, al mismo tiempo, prestamista. Primero, les toca el turno a las prendas particulares recién estrenadas, luego viene la ropa vieja y, por último, las prendas reglamentarias. Después de haberse bebido todo, hasta el último harapo, el borracho se acuesta y, al día siguiente, al despertarse con una insufrible pesadez de cabeza, suplica en vano al tabernero un trago de vodka para la resaca. Sobrelleva con tristeza la adversidad y ese mismo día se pone de nuevo a trabajar, y otra vez trabaja durante meses sin levantar la cabeza, soñando con el feliz día de juerga, desaparecido irreversiblemente para siempre. Poco a poco empieza a animarse y a esperar otro día parecido, todavía muy lejano, pero que también llegará alguna vez.

En cuanto al tabernero, después de ganar la enorme suma de varias decenas de rublos, se abastece de vodka por última vez, y ya no le añade agua, porque lo destina para él. Ya está bien de trabajar: ahora le toca divertirse. Comienza la juerga, la bebida, la comida, la música. Dispone de grandes recursos; compra la benevolencia de las autoridades subalternas, los jefes directos. La juerga dura varios días. Ni que decir tiene que el vodka que ha preparado se consume pronto; entonces el juerguista acude a otros taberneros, los cuales ya le estaban esperando, y bebe hasta que se queda sin un solo kopek. Por más que los presos protegen al juerguista, a veces cae bajo la mirada de los jefes superiores, el mayor o el oficial de guardia. Le llevan al cuerpo de guardia, confiscan su capital, si se lo encuentran, y, para concluir, le azotan. Una vez sacudido, regresa al presidio y al cabo de varios días se dedica de nuevo al oficio de tabernero. Algunos juerguistas, se entiende que los más ricos, sueñan con el bello sexo. A cambio de mucho dinero, al salir del presidio, en lugar de ir al trabajo, acuden a veces en secreto a algún sitio de las afueras, en compañía del soldado de escolta, al cual han sobornado. Allí, en una casita apartada, celebran un festín por todo lo alto, y derrochan grandes sumas de dinero. Habiendo dinero por medio, no se desprecia ni a un preso; el escolta ha sido escogido de algún modo de antemano, y está al tanto. De ordinario, tales escoltas son futuros candidatos al presidio. Por lo demás, a cambio de dinero se puede hacer todo, y

esas excursiones se guardan casi siempre en secreto. Hay que añadir que se llevan a cabo muy rara vez; requieren mucho dinero y los amantes del bello sexo prefieren recurrir a otros medios sin riesgo alguno…

Desde los primeros días de mi vida penitenciaria, un joven recluso, muy guapo mozo, despertó en mí una curiosidad especial. Le llamaban Sirotkin. Era una criatura bastante enigmática en muchos sentidos. Ante todo, me maravilló su bello rostro; no tendría más de veintitrés años. Se hallaba en la sección especial, es decir, la de los condenados a cadena perpetua, y, por consiguiente, estaba considerado uno de los mayores criminales militares. Tranquilo y sumiso, hablaba poco, rara vez sonreía. Tenía ojos azules, facciones regulares, rostro imberbe y delicado, cabello castaño claro. La cabeza rapada a medias apenas le afeaba: tan guapo era el muchacho. No tenía oficio alguno, pero conseguía dinero: poco, pero con frecuencia. Era ostensiblemente perezoso y andaba mal vestido, excepto cuando alguien le facilitaba alguna buena prenda, incluso una camisa roja; entonces Sirotkin se mostraba visiblemente contento con la ropa nueva; recorría los barracones luciéndose. No bebía, no jugaba a las cartas, apenas discutía con nadie. Solía andar por detrás de los barracones, con las manos en los bolsillos, sereno y pensativo. En qué podía pensar es algo difícil de imaginar. Si alguna vez alguien le llamaba y, por curiosidad, le hacía alguna pregunta, él le respondía de inmediato e incluso respetuosamente, no a la manera de los presos, sino siempre de modo breve y lacónico; y le miraba como un niño de diez años. Cuando tenía dinero no se compraba nunca nada necesario, no daba a arreglar la pelliza, ni se procuraba botas nuevas, sino que compraba una rosquilla, un dulce, y lo saboreaba… como si fuera un niño de siete años. «¡Eh, tú, Sirotkin! —le solían decir los presos —. ¡Eres el huerfanito del presidio!»[26] En las horas libres solía deambular por los demás barracones; casi todos estaban ocupados en su labor particular, y él era el único que no hacía nada. Si le decían algo, casi siempre en son de broma (a menudo se reían de él y de sus camaradas), él, sin mediar palabra, se daba la vuelta y se marchaba a otro barracón; y a veces, cuando le gastaban demasiadas bromas, se sonrojaba. Con frecuencia yo pensaba: «¿Por qué esta criatura tan sumisa e ingenua se encuentra en el penal?».

Una vez estuve enfermo y fui ingresado en el hospital, en la sala de los presos. Sirotkin también estaba ingresado allí, y tenía su cama junto a la mía. No sé cómo, una tarde entablé conversación con él y me contó, a propósito de algo, cómo le enviaron al ejército, cómo lloraba su madre al despedirse de él y cuán duro había sido para él el campamento. Añadió que no podía soportar en absoluto la vida de recluta: allí todos eran severos y duros, y los jefes casi siempre estaban descontentos de él.

—¿Y cómo acabó todo eso? —pregunté—. ¿Por qué te enviaron aquí? Y además, a la sección especial… ¡Ah, Sirotkin, Sirotkin!

—Pues, Alexánder Petróvich, pasé en total un año en el batallón; y me enviaron aquí porque maté a Grigori Petróvich, el capitán de mi compañía.

—Lo he oído decir, pero no me lo creo. ¿A quién has podido matar tú?

—Así fue, Alexánder Petróvich. Aquello se me hacía demasiado duro.

—¿Y cómo viven los otros reclutas? Por supuesto que es duro al principio, pero luego uno se acostumbra y, al final, te conviertes en un excelente soldado. Seguro que tu madre te mimaba mucho; te crió con leche y dulces hasta los dieciocho años.

—Mi madre, es verdad, me quería mucho. Cuando marché a filas cayó enferma y, según me contaron, no volvió a levantarse… Al final, estaba harto de estar allí. El capitán me había tomado manía, me castigaba por todo… ¿y por qué? Yo obedezco a todos, llevo una vida ordenada; no bebo vodka, voy a lo mío; y eso, Alexánder Petróvich, es mal asunto, el que un hombre vaya a lo suyo. Todos los que me rodeaban eran unos desalmados, y no había dónde llorar. A veces te ibas a un rincón y te echabas a llorar. Un día estaba de guardia. Era ya de noche; me habían puesto de centinela, en el cuerpo de guardia, en la armería. Hacía viento: era otoño, y estaba tan oscuro que no se veía nada. ¡Me sentía tan asqueado! Bajé el fusil del hombro, le quité la bayoneta y la puse a un lado; me quité la bota del pie derecho, coloqué el cañón en mi pecho y con el dedo gordo del pie apreté el gatillo. Miro… ¡disparo fallido! Repasé el fusil, limpié el oído, puse pólvora nueva, ajusté la piedra y coloqué otra vez el cañón en mi pecho. Pero ¿qué pasa? La pólvora estalló, pero el tiro no salió. ¿Qué significa esto?, pienso.

Cogí el fusil, me puse la bota, calé la bayoneta y en silencio me puse a dar los pasos reglamentarios de la guardia. En aquel instante decidí hacerlo: pase lo que pase, se acabó el servicio militar. A la media hora se presentó el capitán, que iba haciendo la ronda. Vino derecho a mí: «¿Es así como se hace la guardia?». Cogí el fusil y le clavé la bayoneta hasta el cañón. Cuatro mil baquetazos y a la sección especial…

No mentía. ¿Por qué si no le habrían mandado a la sección especial? Los crímenes ordinarios son castigados con penas mucho menos severas. Por lo demás, Sirotkin era, de todos sus camaradas, el único con tan buena presencia. En cuanto a los demás de su clase, unos quince en todo el presidio, incluso causaba extrañeza mirarles: sólo dos o tres no estaban mal del todo; los otros eran orejudos, deformes y sucios; algunos, hasta canosos. Si las circunstancias lo permiten, hablaré en otra ocasión con más detalle de ese grupo. Sirotkin solía ser amigo de Gazin, a propósito del cual empecé este capítulo, recordando cómo entró borracho en la cocina y que eso había enturbiado mis primeras ideas acerca de la vida en el presidio.

Ese Gazin era un ser terrible. Producía en todos una impresión espantosa, horrible. Siempre me pareció que no podía haber nada más feroz y monstruoso que él. Yo había visto en Tobolsk al bandido Kámenev, famoso por sus fechorías; luego vi a Sokolov, un preso pendiente de juicio, desertor y horrible asesino. Pero ninguno de ellos me produjo una impresión tan repugnante como Gazin. A veces imaginaba que tenía ante mí una araña enorme, gigante, con forma humana. Era tártaro; terriblemente fuerte, más fuerte que todos los del penal; de estatura mayor que la media, complexión hercúlea, con una cabeza deforme, desproporcionadamente grande; andaba encorvado, con la mirada baja. En el presidio corrían rumores extraños sobre él; se sabía que era militar; pero los presos comentaban entre sí, no sé si con razón, que había desertado de Nerchinsk; había sido deportado a Siberia más de una vez; más de una vez se había escapado, había cambiado de nombre y finalmente había ido a parar a nuestro penal, a la sección especial. También contaban que antes le gustaba matar niños pequeños, sólo por placer: llevaba al niño a un lugar propicio, de entrada le asustaba y le atormentaba, y tras deleitarse con el espanto y el temblor de la

pobre víctima, la degollaba suavemente, lentamente, con fruición. Todo esto, quizá, eran invenciones, derivadas de la repugnancia que Gazin inspiraba a todos, pero todas esas invenciones le iban bien a su rostro, parecían propias de él. Sin embargo, en el penal se comportaba, cuando no estaba borracho, de modo muy discreto. Siempre estaba tranquilo, no discutía con nadie y evitaba las disputas, pero daba la impresión de que lo hacía por desprecio a los demás, como si se considerase por encima de ellos. Hablaba muy poco y parecía ser deliberadamente poco comunicativo. Todos sus movimientos eran lentos, tranquilos, seguros. En sus ojos se veía que no era nada tonto, sino muy astuto; pero algo cruel y burlón se reflejaba siempre en su cara y en su sonrisa. Se dedicaba al comercio de vodka y era uno de los taberneros más acomodados. Pero un par de veces al año le tocaba emborracharse y entonces se hacía patente toda la ferocidad de su naturaleza. Se emborrachaba poco a poco, empezaba provocando a la gente con las burlas más maliciosas, pensadas y preparadas desde hacía mucho tiempo; por último, completamente borracho, se ponía hecho una furia, sacaba el cuchillo y arremetía contra la gente. Los presos, que conocían su tremenda fuerza, le evitaban y se escondían; él arremetía contra el primero que encontraba. Pero pronto dieron con el medio de hacerle entrar en razón. Diez hombres de su barracón se abalanzaban a la vez sobre él y se ponían a pegarle. Es imposible imaginar algo más cruel que aquella lucha: le golpeaban en el pecho, debajo del corazón, en la boca del estómago, en el vientre; durante un buen rato no paraban de golpearle, hasta que perdía el conocimiento y se quedaba como muerto. A otro no se hubiesen atrevido a pegarle así; le habrían matado, pero a Gazin no. Después de la paliza, completamente sin conocimiento, lo cubrían con un chaquetón y lo llevaban al camastro. «Ya se recuperará», decían. Y, en efecto, a la mañana siguiente se levantaba casi sano y, callado y con cara de pocos amigos, se iba al trabajo. Cada vez que Gazin se emborrachaba, todo el mundo sabía que la jornada acabaría, inevitablemente para él, con una paliza. Él también lo sabía y, sin embargo, se emborrachaba. Así sucedió durante varios años. Finalmente, observaron que Gazin empezaba a decaer. Se quejaba de diversos males, había adelgazado ostensiblemente; iba cada vez con mayor frecuencia a la enfermería… «¡Se ha rendido!», decían

los presos para sus adentros.

Entró en la cocina acompañado del vil polaco del violín, cuyos servicios solían alquilar los juerguistas para completar su diversión, y se detuvo en medio de la sala; en silencio, iba examinando atentamente a todos los presentes. Todos callaron. Finalmente, reparó en mí y en mi compañero, y nos dirigió una mirada hostil y burlona; sonrió satisfecho, como si estuviera tramando algo y, tambaleándose, se acercó a nuestra mesa.

—Permítanme que les pregunte —empezó (hablaba en ruso)— de qué rentas disponen para tomar té aquí.

Miré en silencio a mi compañero y comprendí que lo mejor era callarse y no contestarle. A la primera objeción, se habría puesto furioso.

—¿Es que tenéis dinero? —prosiguió—. ¿Tenéis dinero a montones, eh? ¿Es que habéis venido al presidio a tomar té? ¿Habéis venido a tomar té? Vamos, hablad…

Al ver que habíamos decidido estar callados y no hacerle caso, enrojeció y tembló de rabia. Junto a él, en un rincón, había un gran cesto lleno de pan cortado para la comida y la cena de los presos. Era tan enorme que en él cabía pan para medio presidio; ahora estaba vacío. Gazin lo asió con ambas manos y lo levantó por encima de nosotros. Un poco más, y nos habría machacado la cabeza, pese a que el homicidio o el intento de homicidio implicaba excepcionales molestias para los reclusos: empezaban las indagaciones, los registros, se adoptaban medidas severas, y por eso los presos procuraban con todas sus fuerzas no llegar hasta tales extremos. Todos estaban ahora callados, esperando a ver qué pasaba. ¡Ni una sola palabra en defensa nuestra! ¡Ni un solo grito a Gazin! ¡Tan grande era el odio que nos tenían! Por lo visto, a ellos les complacía vernos en peligro… Pero todo acabó bien: justo cuando quería estamparnos el cesto, alguien gritó desde la entrada:

—¡Gazin! ¡Te han robado el vodka!…

Tiró el cesto al suelo y salió como un loco de la cocina.

—¡Dios les ha salvado! —decían entre sí los presos. Y mucho tiempo después todavía lo decían.

No pude saber luego si aquella noticia del robo del vodka era cierta o la inventaron a propósito para salvarnos.

Por la tarde, cuando ya había oscurecido, poco antes del cierre

de los barracones, fui a dar una vuelta por la empalizada y una pesada tristeza me embargó el alma. Nunca volví a sentir tal tristeza en toda mi vida de presidio. Es duro sobrellevar el primer día de reclusión, dondequiera que sea: en una cárcel, en un cuartel, en un penal… Pero recuerdo que, más que nada, me preocupaba una idea que luego me perseguiría obsesivamente todo el tiempo de mi vida en el presidio; una idea en parte sin solución y sin solución para mí todavía hoy: la de la desigualdad de las penas para un mismo delito. Es cierto que no se puede comparar un crimen con otro, ni siquiera de manera aproximada. Por ejemplo: fulano y mengano matan a un hombre; se toman en consideración todas las circunstancias de ambos casos; y uno y otro obtienen casi la misma pena. Y, sin embargo, ved qué diferencia hay entre los dos crímenes. Uno, por ejemplo, degolló a un hombre por nada, por una cebolla: salió a un camino, degolló a un *mujik* que pasaba por allí y sólo llevaba encima una cebolla.

—¡Vaya, *bátiushka*[27]*!* Tú me enviaste a buscarme la vida: he degollado a un *mujik* y sólo le he encontrado una cebolla.

—¡Imbécil! ¡Una cebolla vale un kopek! ¡Cien almas, cien cebollas, y ya tienes un rublo! (leyenda del presidio).

Otro mató para proteger de un tirano lujurioso el honor de su novia, hermana, hija. Uno mató porque era un vagabundo y estaba asediado por todo un regimiento de policías, para defender su libertad, su vida, y no pocas veces medio muerto de hambre; y el otro degolló a niños pequeños por el placer de matar, de sentir en sus manos su sangre caliente, complaciéndose con su terror, con su último estertor bajo el cuchillo. ¿Y qué? Uno y otro van a parar al mismo presidio. Cierto es que hay variaciones en la duración de las penas impuestas. Esas variaciones son relativamente pocas; pero la variación entre una y otra clase de crimen es infinita. Cada persona es una variación. Admitamos que es imposible conciliar o nivelar esta diferencia, que, a su modo, es un problema insoluble —la cuadratura del círculo—; admitámoslo. Pero, incluso si no existiera esta desigualdad, fíjense en otra diferencia, en la diferencia en las consecuencias de la pena… He aquí a un hombre que en el presidio se marchita, se consume como una vela; y aquí está este otro que, hasta que ingresó en el penal, ni siquiera conocía la existencia de una vida tan alegre, de un club tan agradable de bravos camaradas.

Sí, también los hay así en el penal. He aquí, por ejemplo, una persona instruida, con una conciencia desarrollada, juiciosa, con corazón. El solo dolor de su propio corazón le atormentará hasta matarle, antes que cualquier pena que le haya sido impuesta. A sí mismo se juzga, por su crimen, más implacable y más despiadadamente que la ley más cruel. A su lado hay otro que ni siquiera una vez pensará, a lo largo de toda su vida carcelaria, en el homicidio que cometió. Incluso se considera inocente. Y los hay también que cometen expresamente un crimen con el solo propósito de ir a prisión y librarse así de una libertad incomparablemente más forzada que el presidio. Allí vivían en el último grado de la humillación, nunca comían lo suficiente y trabajaban para su amo desde la mañana a la noche; mientras que, en el presidio el trabajo es menos duro, hay doble ración de pan, además, de un pan como nunca han probado, y los días festivos, carne de vaca; hay limosnas, y existe la posibilidad de ganar algunos kopeks trabajando. ¿Y los que le rodean? Pues es gente lista, diestra, que sabe de todo. Mira a sus compañeros con respetuoso asombro; nunca ha visto a gente semejante; les considera como la más alta sociedad que puede existir en el mundo. ¿Acaso estos dos hombres sienten la pena de igual manera?

En fin, ¿para qué ocuparse de problemas insolubles?

Suena el tambor, es hora de acostarse.

CAPÍTULO IV

PRIMERAS IMPRESIONES [CONTINUACIÓN]

Empezó el último recuento. Después de él se cerraban los barracones, cada cual con su llave especial, y los presos quedaban encerrados hasta el amanecer.

El recuento lo efectuaba un suboficial con dos soldados. Para ello, los presos formaban a veces en el patio, y acudía el oficial de guardia. Pero lo más frecuente era que toda esa ceremonia se llevase a cabo de un modo familiar, en los barracones. Así ocurría ahora. Los que hacían el recuento solían equivocarse, contaban mal, se iban y volvían. Por último, los pobres centinelas llegaban a la cifra deseada y cerraban el barracón. En él había hasta treinta presos que se amontonaban, con bastante estrechez, en los camastros. Aún era temprano para dormir. Cada uno, por lo visto, debía tener algo de que ocuparse.

Como autoridad, sólo quedaba en el barracón un inválido, al que ya he hecho mención antes. En cada barracón había también un responsable de los presos, designado por el mayor de la plaza, naturalmente, por su buena conducta. Sucedía con mucha frecuencia que los responsables se metían, a su vez, en algún lío serio; entonces los azotaban, los destituían en el acto y nombraban a otros. En nuestro barracón, el responsable resultó ser Akim Akímich, el cual, para mi asombro, gritaba a menudo a los presos. Ellos le solían responder con burlas. El inválido era más listo y no se metía en nada, y, si alguna vez se iba de la lengua, lo hacía únicamente por conveniencia, para descargo de su conciencia. Se sentaba en silencio en su catre y cosía las botas. Los presos casi no se fijaban en él.

Aquel primer día de mi vida de presidio hice una observación que, más adelante, reconocí como cierta: todos los que no eran presos, fuesen quienes fuesen, empezando por quienes tenían relación directa con ellos —los soldados de la escolta, los de la guardia y, en general, todos los que tenían algo que ver con la vida de presidio—, los vigilaban exageradamente. Parecía como si esperasen que, de un momento a otro, alguno se lanzase contra cualquiera de ellos con un cuchillo. Y, lo que es más notable, los propios reclusos se daban cuenta de que les tenían miedo, y eso les hacía parecer más osados. Sin embargo, el mejor jefe es precisamente aquel que no les teme. Además, por lo general, a pesar de la osadía, a los presos les resulta mucho más grato que se confíe en ellos. De esa manera, se les puede ganar. En mi época de presidio, algunas veces, muy pocas, un jefe entró en el penal sin escolta. ¡Había que ver qué impresión causaba eso a los reclusos, qué buena impresión les causaba! Un visitante tan valiente siempre suscitaba respeto y, si realmente podía producirse un incidente lamentable, no se producía en su presencia. El miedo que inspiran los presos existe dondequiera que hay presos y, en verdad, no sé exactamente a qué se debe. Es evidente que se basa en algo, empezando por el aspecto exterior de los presidiarios, delincuentes reconocidos; además, todo aquel que se acerca a un penal ve que toda esa gente no está allí reunida por su voluntad, y que, a pesar de todas las medidas, no es posible hacer de un hombre vivo un cadáver: conserva sus sentimientos, su sed de venganza y de vida, sus pasiones y la necesidad de satisfacerlas. Pero, a pesar de ello, estoy firmemente convencido de que no hay razón para tenerles miedo. Un hombre no se lanza tan rápida y fácilmente cuchillo en mano sobre otro. En una palabra, si puede existir peligro, si efectivamente lo hay, por la rareza de semejantes percances desdichados, se puede concluir directamente que es mínimo. Por supuesto, me refiero únicamente a los presos ya condenados, muchos de los cuales incluso están contentos de hallarse, por fin, en el penal (¡hasta tal punto es buena a veces una vida nueva!) y que, por consiguiente, están dispuestos a llevar una vida tranquila y pacífica; además, a los que están, desde luego, más inquietos, sus propios compañeros no les dejan ser muy osados. Cada preso, por muy atrevido e insolente que sea, tiene miedo de todo en el

presidio. Un preso pendiente de juicio es otra cosa. Ése sí es capaz, por supuesto, de lanzarse sobre un desconocido sin motivo, sólo porque, por ejemplo, al día siguiente debe recibir un castigo y, si se abre una nueva causa, la ejecución del castigo se aplaza. Ahí se encuentra el motivo, el fin de esa agresión: «cambiar su suerte» sea de la manera que fuere, y cuanto antes. Incluso conozco un extraño caso psicológico de este género.

Había en nuestro presidio, en la categoría militar, un recluso, antiguo soldado, no privado de sus derechos civiles, al que habían condenado a dos años de prisión, y que era un terrible fanfarrón y sumamente cobarde. Por lo general, la fanfarronería y la cobardía se dan muy rara vez en el soldado ruso. Nuestro soldado parece estar siempre tan ocupado que, aunque quisiera, no podría fanfarronear. Pero, si es fanfarrón, casi siempre es también holgazán y cobarde. Dútov (ése era el apellido del preso) había cumplido su breve condena y se reintegró a su batallón de línea. Pero, al igual que sucede en todos los casos parecidos, quienes son enviados al presidio para su corrección se malean definitivamente en él y, de ordinario, sucede que, después de vivir no más de dos o tres semanas en libertad, son procesados de nuevo y regresan otra vez al penal, sólo que ya no para dos o tres años, sino en la categoría de los «perpetuos», para quince o veinte. Así ocurrió. Tres semanas después de salir del penal, Dútov cometió un robo con agresión y, además, se mostró grosero y violento. Fue procesado y condenado a un castigo severo. Temeroso en grado extremo, más allá de todo límite, como el más lastimoso cobarde, del castigo que le esperaba, se lanzó, cuchillo en mano, la víspera del día en que debía sufrir el castigo de baquetas, contra el oficial de guardia que entró en el calabozo. Naturalmente, él sabía muy bien que con ese acto agravaba enormemente su condena y prolongaba la duración de los trabajos forzados. ¡Pero su afán consistía precisamente en alejar, aunque fuese unos días, o siquiera unas horas, el terrible instante del castigo! Hasta tal punto era cobarde que, al lanzarse cuchillo en mano contra el oficial, ni siquiera llegó a herirle, sino que lo hizo como mera formalidad, para cometer un nuevo delito por el cual tendrían que juzgarle de nuevo.

El momento que precede a la ejecución del castigo corporal es, desde luego, terrible para el condenado, y a lo largo de varios años

tuve ocasión de ver a bastantes presidiarios la víspera de ese día fatídico para ellos. Solía encontrarme con presos pendientes de castigo en el hospital, en las salas destinadas a ellos, cuando estaba enfermo, lo cual sucedía bastante a menudo. Es sabido de todos los reclusos de Rusia que las personas más compasivas son los médicos. Nunca hacen distinciones entre ellos, como involuntariamente hacen casi todos los demás, salvo quizá el pueblo llano. Éste nunca reprocha al preso su crimen, por horrible que sea, y se lo perdona todo por el castigo que ha sufrido y, en general, por su desgracia. No en vano, todo el pueblo, en toda Rusia, llama desgracia al crimen, y desgraciados a los criminales. Es una definición profundamente significativa. Es tanto más importante cuanto que es inconsciente, instintiva. Los médicos son un verdadero refugio para el preso en muchas ocasiones, sobre todo para los que están pendientes de castigo, a los que se aplica un régimen más severo… Así pues, el preso pendiente de castigo, al calcular el plazo probable del día terrible, va a menudo al hospital, deseoso de alejar, aunque sea por poco tiempo, el doloroso trance. Cuando regresa, sabe casi con certeza que el día siguiente será la fecha fatal, y casi siempre está muy agitado. Algunos se esfuerzan por ocultar sus sentimientos, por amor propio, pero ese valor fingido y forzado no engaña a sus compañeros. Todos comprenden de qué se trata y se callan por compasión. Conocí a uno, un joven, homicida, soldado, condenado a recibir la cantidad máxima de baquetazos. Tenía tanto miedo que la víspera de la ejecución decidió beberse una jarra de vodka macerado con rapé. Por cierto: el que está pendiente de castigo siempre tiene vodka antes de la ejecución. Se lo traen mucho antes de la fecha, lo consigue por mucho dinero y el preso prefiere pasar medio año privándose de lo más indispensable para reunir la suma necesaria para un cuarto de botella grande[28] de vodka y bebérselo un cuarto de hora antes de la ejecución. Entre los presos existe la creencia general de que el borracho no siente tanto dolor del látigo o de las baquetas. Pero me he apartado del relato. El pobre chico, tras beber su jarra de vodka, cayó inmediatamente enfermo de verdad: empezó a vomitar sangre y se lo llevaron al hospital casi sin conocimiento. Aquellos vómitos le destrozaron el pecho hasta tal punto que unos días después se manifestaron los síntomas de una tisis verdadera, de la que murió al medio año. Los

médicos que le trataban la tisis no sabían a qué era debida.

Pero, hablando del frecuente apocamiento de los criminales antes del castigo corporal, debo añadir que, por el contrario, algunos de ellos asombran al observador por su extraordinaria impavidez. Conozco varios ejemplos de valentía rayana en la insensibilidad, y esos ejemplos no eran nada raros. Recuerdo en particular mi encuentro con un terrible criminal. Un día de verano corrió el rumor en las salas de los presos de que por la tarde iban a castigar al célebre bandido Orlov, soldado desertor, y que después le llevarían allí. Los presos enfermos, esperando su llegada, afirmaban que para él el castigo sería cruel. Todos estaban algo agitados, y reconozco que yo también esperaba la aparición del célebre bandido con extrema curiosidad. Hacía tiempo que había oído decir cosas asombrosas de él. Era malvado como pocos, degollaba a sangre fría a ancianos y niños, un hombre con una terrible fuerza de voluntad, orgulloso y consciente de su fuerza. Se había reconocido culpable de muchos asesinatos y había sido condenado al castigo de baquetas. Lo llevaron por la tarde. En el pabellón ya había oscurecido y encendieron las velas. Orlov estaba casi sin conocimiento, terriblemente pálido, con el pelo tupido, desgreñado, negro como la pez. Traía la espalda hinchada y amoratada. Toda la noche le estuvieron cuidando los presos: le llevaban agua, le cambiaban de postura, le daban la medicina, exactamente como a un hermano de sangre o a algún benefactor. Al día siguiente recobró el sentido y dio dos paseos por el pabellón. Aquello me asombró: había llegado totalmente débil y extenuado. Había recibido, de una sola vez, la mitad de los baquetazos a que lo condenaron. El médico detuvo la ejecución del castigo sólo cuando advirtió que su continuación ocasionaría inevitablemente la muerte del criminal. Además, Orlov era bajo y de complexión débil, y estaba agotado por una larga prisión preventiva. Quien haya tenido ocasión de ver alguna vez a presos pendientes de juicio sin duda recordará durante mucho tiempo sus rostros demacrados, flacos y pálidos, y sus miradas febriles. Pese a todo, Orlov se repuso rápidamente. Al parecer, su energía interior, su fortaleza anímica, ayudaron poderosamente a la naturaleza. En efecto, era un hombre nada ordinario. Por curiosidad, le conocí de cerca y estuve estudiándolo durante una semana. Puedo afirmar que jamás he

visto en mi vida a un hombre de carácter más fuerte, más férreo que el suyo. Una vez vi en Tobolsk a una celebridad del mismo género, a un antiguo atamán o jefe de bandidos. Era una bestia salvaje, y uno, cuando estaba junto a él, sin conocer su nombre siquiera, presentía por instinto que se hallaba al lado de un ser terrible. Lo que me aterraba de él era su embrutecimiento espiritual. La carne predominaba hasta tal punto sobre sus facultades espirituales que, con sólo mirarle a la cara, se veía que allí sólo quedaba una sed salvaje de placeres corporales, de voluptuosidad y de lujuria. Estoy seguro de que Korenev —así se llamaba aquel bandido— habría perdido el ánimo y habría temblado ante el castigo corporal, pese a ser capaz de degollar a cualquiera sin pestañear. Completamente distinto a él era Orlov. Representaba en realidad una completa victoria sobre la carne. Era evidente que aquel hombre tenía un poder ilimitado sobre sí mismo, despreciaba todos los tormentos y castigos y no temía nada en este mundo. En él podía verse una infinita energía, sed de actividad, sed de venganza, ansia por conquistar la meta propuesta. Entre otras cosas, me impresionó su singular arrogancia. Lo miraba todo como desde una altura inverosímil, aunque sin esforzarse en ponerse unos zancos, sino de una forma que parecía natural. Pienso que no había nadie en el mundo capaz de imponerse a él por su sola autoridad. Lo miraba todo con una calma inesperada, como si no hubiera nada que pudiera asombrarle. Y, aunque sabía perfectamente que los demás presos le miraban con respeto, nunca presumía delante de ellos. Y, sin embargo, la vanidad y la arrogancia son propias de casi todos los presos, sin excepción. No era nada tonto y tenía una rara franqueza, aunque de ningún modo era un charlatán. A mis preguntas contestó sin rodeos que esperaba curarse para acabar de cumplir cuanto antes su castigo, y que al principio, antes de la ejecución, había tenido miedo de no poder soportarlo. «Pero ahora —añadió, guiñándome un ojo—, es cosa hecha. Aguantaré lo que me queda y luego me trasladarán a Nerchinsk, y en el camino, me escaparé. ¡Vaya si me escaparé! ¡En cuanto se me cure la espalda!» Durante aquellos cinco días, esperó con impaciencia el momento de pedir el alta. En la espera, se mostró a veces muy risueño y alegre. Intenté hablar con él de sus andanzas. A veces ponía mala cara a mis preguntas, pero me respondía siempre con franqueza. Cuando

comprendió que yo quería llegar hasta su conciencia y buscar en ella algún indicio de arrepentimiento, me miró con tanto desprecio y tanta altivez como si de pronto me hubiera convertido a sus ojos en un niño pequeño y tonto, con el que no se puede razonar como con un mayor. También algo a modo de compasión por mí se reflejó en su rostro. Instantes después comenzó a reírse de mí con una risa bonachona, sin ironía alguna. Estoy seguro de que, al quedarse solo y recordar mis palabras, quizá volvió a reírse para sus adentros varias veces. Finalmente, le dieron el alta, aunque no tenía curada del todo la espalda; a mí también me dieron el alta entonces y salimos juntos del hospital: yo, para el penal, y él, hacia el cuerpo de guardia, situado junto al presidio, donde antes había estado recluido. Al despedirse, me estrechó la mano, lo cual era señal de gran confianza por su parte. Pienso que hizo eso porque estaba muy contento de sí mismo y de aquel momento. En el fondo, no podía por menos de despreciarme e inevitablemente mirarme como a un ser sumiso, débil, digno de lástima e inferior a él en todos los sentidos. Al día siguiente se lo llevaron para imponerle la segunda parte del castigo…

Cuando cerraron nuestro barracón, éste adquirió de pronto cierto aspecto especial, como el de una vivienda verdadera, o el de un hogar. Sólo entonces pude ver a los reclusos, a mis compañeros, como si estuvieran en su casa. Durante el día, los suboficiales, los centinelas y las autoridades en general pueden presentarse en el presidio en cualquier instante; por eso, todos sus habitantes se comportan de otro modo, como si no estuvieran del todo tranquilos, como si de un momento a otro esperasen que ocurriera algo, y estuviesen alerta. Pero, en cuanto cerraron el barracón, cada cual se instaló tranquilamente en su sitio, y casi todos se pusieron a hacer algún trabajo manual. El barracón se iluminó de pronto. Cada preso tenía su vela y su palmatoria, en su mayoría de madera. Uno se puso a arreglar botas, otro a coser alguna prenda… El ambiente mefítico del barracón se enrarecía de hora en hora. Un grupo de juerguistas se sentó de cuclillas en un rincón y se puso a jugar a las cartas sobre una estera extendida. En casi todos los barracones había un preso que tenía un tapiz estropeado del tamaño de un *arshin*[29], una vela y una mugrienta baraja. A todo ello, en su conjunto, se le denominaba *maidán*. Su dueño cobraba de los

jugadores unos quince kopeks por noche; ése era su negocio. Los jugadores solían jugar a las tres cartas, al monte, etc. Todos eran juegos de azar. Cada jugador ponía delante de él un montón de monedas de cobre, todo cuanto tenía en el bolsillo, y sólo se levantaba cuando lo había perdido todo o dejado sin blanca a sus compañeros. El juego se terminaba muy avanzada la noche y a veces se prolongaba hasta el amanecer, hasta el instante en que abrían el barracón. En el nuestro, como en todos los demás, había siempre mendigos, gente arruinada por el juego o por la bebida o, sencillamente, mendigos por naturaleza. Digo «por naturaleza», e insisto en esta expresión. En efecto, en todas partes de nuestro pueblo, en cualquier circunstancia, en cualquier situación, siempre existen y existirán individuos extraños, apacibles, y con frecuencia nada holgazanes, a los que la suerte ha predestinado a ser mendigos por los siglos de los siglos. Siempre viven solos, siempre van mal vestidos, siempre parecen estar intimidados por alguien, agobiados por algo, y eternamente están al servicio de alguien, hacen los recados de alguien, por lo general de los juerguistas o de los que súbitamente se enriquecen o ascienden de categoría. Cualquier comienzo, cualquier iniciativa supone para ellos una desgracia y una pesada carga. Parecen haber nacido con la condición de no emprender nada por sí mismos, sólo para servir a los demás, no vivir según su libre albedrío, bailar al son que les tocan. Su destino es hacer lo que otros mandan. Por añadidura, no hay circunstancia ni cambio alguno que puedan enriquecerles. Son siempre mendigos. He observado que tales individuos no se encuentran sólo entre el pueblo llano, sino en todos los medios, en todos los estamentos, partidos, revistas literarias y asociaciones. Pues eso mismo sucedía en cada barracón, en cada penal, y apenas se formaba el *maidán*, la timba, enseguida aparecía uno de ellos ofreciendo sus servicios. Es más: no podía haber *maidán* sin un sirviente. Solían contratarle entre todos los jugadores, para toda la noche, por cinco kopeks de plata, y su tarea principal consistía en permanecer de guardia toda la noche. La mayoría de las veces pasaba seis o siete horas en la oscuridad, junto a la entrada, a treinta grados bajo cero, atento a cualquier golpe, ruido o paso que sonase en el patio. El mayor o los centinelas aparecían en el penal bien entrada la noche y entraban sigilosamente y sorprendían a quienes jugaban o trabajaban a la luz

de las velas, las cuales podían verse desde el patio. En todo caso, cuando comenzaba a rechinar la cerradura de la entrada, ya era demasiado tarde para recogerlo todo, apagar las velas y acostarse en el camastro. Pero, como el vigilante recibía después el castigo del *maidán*, tales contratiempos muy rara vez sucedían. Cinco kopeks constituyen, sin duda, una paga ridícula, incluso en el penal; y siempre me asombraron el rigor y la falta de piedad de los que encargaban algún servicio, no sólo en este caso, sino también en todos los demás. «¡Has cobrado, pues sirve!» Era un argumento que no admitía ninguna excusa. Por el *grosh* que había pagado, el patrón exigía todo lo exigible, e incluso más si podía, y aún consideraba que hacía un favor al asalariado. El juerguista, el borracho, que tiraba el dinero a diestro y siniestro, implacablemente robaba a su sirviente, y eso lo he observado no sólo en el presidio y no sólo en el *maidán*.

Ya dije que en el barracón casi todos tenían alguna ocupación. A excepción de los jugadores, había cinco reclusos que no hacían nada; se acostaban enseguida. Mi sitio en el camastro estaba junto a la puerta. Al otro lado del camastro, dando con mi cabeza, estaba Akim Akímich. Hasta las diez o las once, él trabajaba pegando las piezas multicolores de un farolillo chino que le habían encargado en la ciudad, a un precio bastante bueno. Era un maestro haciendo farolillos, trabajaba metódicamente, sin interrupción; cuando acababa el trabajo, lo recogía todo con cuidado, extendía su jergón, rezaba y se acostaba decentemente en su catre. Por lo visto, la decencia y el orden alcanzaban en él la más minuciosa pedantería; evidentemente, se debía considerar un hombre de extraordinaria inteligencia, como sucede en general con la gente torpe y de cortos alcances. No me gustó desde el principio, aunque recuerdo que aquel primer día pensé mucho en él y me asombré de que semejante individuo, en vez de triunfar en la vida, hubiese ido a parar a un penal. Más adelante tendré más de una ocasión de hablar de Akim Akímich.

Describiré brevemente a quienes componían nuestro barracón. En él había de vivir muchos años y todos aquéllos eran mis futuros vecinos y camaradas. Se comprende que los mirase con ávida curiosidad. A la izquierda de mi sitio en el camastro había un grupo de montañeses del Cáucaso; en su mayoría habían sido enviados allí

por robo, con penas de diversa duración. Había dos lesguinos, un checheno y tres tártaros de Daguestán. El checheno era un ser hosco y huraño; casi no hablaba con nadie, miraba a su alrededor con odio y altivez, y tenía una sonrisa envenenada y sarcástica. Uno de los lesguinos era ya viejo, con una nariz larga, fina y aguileña; a simple vista, era un bandido de marca mayor. Por el contrario, el otro, Nurra, me causó desde el primer día la impresión más grata y amable. Era un hombre aún no mayor, más bien bajo de estatura, y de complexión hercúlea, completamente rubio, de ojos azules, nariz respingona, cara de finés y piernas combadas de haber montado constantemente a caballo. Tenía el cuerpo lleno de cicatrices de bayoneta y de balas. En el Cáucaso le consideraban sometido a los rusos, pero solía unirse a escondidas a los montañeses rebeldes, y atacaba con ellos a los rusos. En el penal todos le querían. Siempre estaba alegre y era cariñoso con todos, trabajaba con resignación, tranquilo y sereno, aunque a menudo miraba con disgusto la inmundicia y la suciedad en que vivían los presos, y se indignaba hasta montar en cólera ante cualquier robo, bellaquería o borrachera y, en general, ante todo lo que no era honrado; no entablaba discusiones y se limitaba a apartarse disgustado. En toda su estancia en prisión nunca robó nada, ni hizo nada malo. Era extremadamente devoto. Cumplía religiosamente sus oraciones. En los días de vigilia que preceden a las festividades musulmanas, ayunaba como un fanático y pasaba toda la noche rezando. Todos le querían y confiaban en su honradez. «Nurra es un león», decían los presos; y así se quedó con el nombre de león. Estaba completamente seguro de que tras finalizar el plazo de su condena le mandarían a su casa en el Cáucaso, y sólo esta esperanza le mantenía con vida. Me parece que habría muerto si le hubiesen privado de ella. En mi primer día de presidio me llamó vivamente la atención. Era imposible no fijarse en su rostro bondadoso y simpático entre los rostros hoscos, malvados y burlones de los demás presos. A la media hora de llegar yo al penal, al pasar delante de mí, me dio una palmada en el hombro y me sonrió afectuosamente con los ojos. Al principio no pude comprender lo que aquello significaba. Él hablaba el ruso muy mal. Al poco rato se acercó de nuevo a mí y, de nuevo, sonriendo, me dio amistosamente una palmada en el hombro. Luego hizo lo mismo una y otra vez, y así continuó

durante tres días. Aquello significaba, por su parte, como supuse entonces y supe más tarde, que yo le daba pena, que sentía lo duro que era para mí conocer el presidio, que deseaba brindarme su amistad, darme ánimos y asegurarme su protección. ¡El bueno e ingenuo de Nurra!

Había tres tártaros de Daguestán, y eran hermanos. Dos de ellos eran ya hombres maduros, pero el tercero, Alí, no tenía más de veintidós años, y parecía más joven. Su sitio en el camastro estaba junto al mío. Su rostro hermoso, franco, inteligente y, al mismo tiempo, bondadoso e ingenuo, cautivó mi corazón a la primera mirada, y me alegré mucho de que el destino me enviara a él y no a otro como vecino. Toda su alma se reflejaba en su hermoso y bello rostro. Su sonrisa era tan confiada e ingenua como la de un niño; sus grandes ojos negros eran tan tiernos y cariñosos que yo sentía una satisfacción especial e incluso un alivio de mis penas y pesares al contemplarle. No exagero. Estando en su país, su hermano mayor (tenía cinco hermanos mayores que él; a otros dos los habían enviado a trabajar a una fábrica) le mandó un día que se pusiese el gorro y montase a caballo para ir juntos a una expedición. El respeto a los mayores es tan grande entre las familias montañesas que el muchacho no sólo no se atrevió, sino que ni siquiera pensó en preguntar adónde se dirigían. Ellos no creyeron necesario decírselo. Iban a robar, a asaltar en el camino a un rico comerciante armenio y a desvalijarle. Y así sucedió: acuchillaron a la escolta, degollaron al armenio y se llevaron sus mercancías. Pero el asunto se descubrió: detuvieron a los seis, fueron juzgados, condenados, castigados y enviados a Siberia a trabajos forzados. Toda la gracia que el juez concedió a Alí fue la de reducirle la duración de la condena a cuatro años. Sus hermanos le querían mucho, con un amor más paternal que fraterno. Él les servía de consuelo en el destierro, y ellos, habitualmente hoscos y huraños, siempre sonreían al verle y cuando hablaban con él (le hablaban muy poco, como si le considerasen demasiado joven para hablarle de cosas serias) sus rostros ceñudos se relajaban, y yo adivinaba que le contaban algo divertido, casi infantil, pues al menos se miraban uno a otro y sonreían benévolamente al escuchar sus respuestas. Él casi nunca se atrevía a hablar con ellos: hasta ese punto llegaba su respeto. Costaba trabajo imaginar cómo aquel muchacho había podido

conservar, durante todo el tiempo de su prisión, aquella ternura de corazón y mantener una honradez tan fuerte, aquella cordialidad y simpatía, sin ser grosero ni pervertirse. Era, por lo demás, de una naturaleza fuerte y firme, pese a su aparente blandura. Más adelante llegué a conocerle bien. Era casto como una doncella, y cualquier acto vil, cínico, sucio, injusto o violento que se cometía en el penal encendía una llama de indignación en sus bellos ojos, los cuales se volvían aún más bellos. Rehuía las discusiones y disputas, aunque para nada era de los que se dejaban ofender impunemente, y sabía cuidar de sí mismo. Nunca tuvo ninguna disputa con nadie: todos le querían y le tenían cariño. Al principio, se limitaba a ser cortés conmigo. Poco a poco empecé a hablar con él; en pocos meses aprendió a hablar muy bien en ruso, cosa que no lograron sus hermanos en todo el tiempo que duró su condena. Me pareció un muchacho sumamente listo, sumamente modesto y delicado, e incluso muy juicioso para su edad. En conjunto, diré de antemano que considero a Alí un ser fuera de lo común, y que recuerdo mi encuentro con él como uno de los mejores encuentros de mi vida. Hay naturalezas tan hermosas de por sí, y tan agraciadas por Dios, que la sola idea de que alguna vez puedan malearse parece imposible. Por ellas siempre estamos tranquilos. Y yo ahora estoy tranquilo por Alí. ¿Dónde estará ahora?…

Una vez, bastante después de mi llegada al penal, estaba tendido en mi catre y pensaba en algo muy triste. Alí, siempre laborioso y trabajador, no estaba haciendo nada, aunque todavía era temprano para dormir. Pero, como por entonces celebraban ellos una festividad musulmana, no trabajaban. Alí estaba tendido, con las manos juntas detrás de la nuca y pensaba también en algo. De pronto, me preguntó:

—¿Qué, estás muy triste ahora?

Le miré con curiosidad y me pareció extraña aquella pregunta rápida y directa viniendo de Alí, siempre delicado, siempre discreto, siempre sensible: pero, al mirarle atentamente, advertí en su rostro tanta pena, tanto dolor por los recuerdos, que inmediatamente comprendí que estaba muy triste en ese momento. Le expresé mi suposición. Él suspiró y sonrió tristemente. Me gustaba su sonrisa, siempre tierna y cordial. Además, al sonreír mostraba dos hileras de dientes como perlas, cuya belleza podría dar envidia a la mujer más

bella del mundo.

—¿Qué, Alí, seguro que ahora estabas pensando en cómo celebráis esta fiesta en Daguestán? Seguro que allí se está bien.

—Sí —respondió con ardor, y sus ojos resplandecieron—. Pero ¿por qué sabes que estaba pensando en eso?

—¡Cómo no lo voy a saber! ¿No se está allí mejor que aquí?

—¡Oh! ¿Por qué dices eso?…

—¡Qué flores debe haber ahora allí, qué paraíso!…

—¡Oh!… No sigas… —Estaba muy conmovido.

—Oye, Alí, ¿tú tenías una hermana?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Pues porque, si se parece a ti, debe ser muy guapa.

—¿Si se parece a mí? Es tan guapa que no hay en Daguestán ninguna igual. ¡Qué guapa es mi hermana! ¡No has visto otra como ella! Y mi madre también era muy guapa.

—¿Te quería mucho tu madre?

—¡Ah, qué cosas dices! Seguro que se ha muerto de pena por mí. Yo era su hijo del alma. Me quería más que a mis hermanas, más que a todos… Hoy vino a verme en sueños y lloraba por mí.

Se calló y esa tarde ya no dijo ni una palabra más. Pero a partir de entonces siempre buscaba la ocasión de hablar conmigo, aunque por el respeto que, sin saber por qué, me tenía, nunca se atrevía a dirigirme él primero la palabra. En cambio, se ponía muy contento cuando yo me dirigía a él. Yo le hacía preguntas sobre el Cáucaso y sobre su vida anterior. Sus hermanos no le impedían hablar conmigo, e incluso lo veían bien. Al ver que cada vez sentía más cariño por Alí, empezaron a mostrarse infinitamente más amables conmigo.

Alí me ayudaba en el trabajo, me prestaba cuantos servicios podía en el barracón, y se notaba que le resultaba muy grato aliviar mi suerte y complacerme, y en ese deseo de complacerme no había la menor humillación o afán de lucro, sino un sentimiento de cálida amistad, que ya no me ocultaba. Entre otras cosas, tenía una gran habilidad para las artes manuales: aprendió a coser bien la ropa blanca, remendaba las botas y, más tarde, aprendió, hasta donde era posible, el oficio de carpintero. Sus hermanos no cesaban de alabarle y estaban orgullosos de él.

—Escucha, Alí —le dije un día—, ¿por qué no aprendes a leer y

a escribir en ruso? ¿Sabes lo útil que te puede ser aquí, en Siberia, más adelante?

—Me gustaría mucho, pero ¿quién va a enseñarme?

—Aquí no falta gente que sabe leer y escribir. Pero, si quieres, yo te enseñaré.

—¡Ah, enséñame, por favor! —E incluso al mirarme se incorporó en el camastro y juntó las manos en ademán de súplica.

Emprendimos la tarea a la tarde siguiente. Yo tenía una traducción rusa del Nuevo Testamento, libro que no estaba prohibido en el penal. Sin un abecedario, sólo con este libro, Alí aprendió a leer a la perfección en unas cuantas semanas. Al cabo de tres meses, comprendía completamente la lengua escrita. Estudiaba con ardor, con pasión.

Una vez leímos juntos todo el Sermón de la Montaña. Me di cuenta de que pronunciaba algunos pasajes con un sentimiento particular.

Le pregunté si le gustaba lo que había leído.

Me lanzó una rápida mirada y enrojeció.

—¡Ah, sí! —respondió—. Él, sí, Isa es un santo profeta. Isa habla la palabra de Dios[30]. ¡Qué bien!

—¿Qué es lo que más te gusta?

—Donde dice: Perdona, ama, no hagas mal a nadie, ama a tus enemigos. ¡Ah, qué bien habla!

Se volvió hacia sus hermanos, los cuales escuchaban nuestra conversación, y con ardor empezó a decirles algo. Largo rato hablaron seriamente entre sí, asintiendo con la cabeza. Luego, con sonrisa grave y condescendiente, es decir, con una sonrisa puramente musulmana (que tanto me gusta, sobre todo, por su gravedad), se dirigieron a mí y confirmaron que Isa era un profeta de Dios y que había hecho grandes milagros; que una vez hizo un pájaro de barro, sopló sobre él y el pájaro echó a volar… y que eso estaba escrito también en sus libros. Al decir eso, estaban totalmente convencidos de que me daban una gran alegría alabando a Isa, y Alí se sentía completamente feliz de que sus hermanos hubiesen decidido y quisieran darme esa alegría.

También nos fue muy bien con la escritura. Alí consiguió papel (no permitió que lo comprara yo con mi dinero), plumas y tinta, y en dos meses aprendió a escribir estupendamente. Eso incluso

asombró a sus hermanos. Su orgullo y satisfacción no tenían límites. No sabían cómo agradecérmelo. En el trabajo, si alguna vez trabajábamos juntos, se turnaban para ayudarme y se sentían dichosos de hacerlo. Y no diré nada de Alí. Me quería, quizá, tanto como a sus hermanos. Nunca olvidaré cómo salió del penal. Me llevó detrás del barracón y allí se me echó al cuello y rompió a llorar. Nunca hasta entonces me había dado un beso ni había llorado. «Has hecho tanto por mí, has hecho tanto —me dijo— que ni mi padre ni mi madre hicieron tanto: me has hecho un hombre, que Dios te lo pague, yo nunca te olvidaré…»

¿Dónde estará, dónde estará ahora mi buen y querido, querido Alí?

Además de los cherqueses, había en nuestro barracón un grupo de polacos, que formaban una familia aparte y que apenas se relacionaban con el resto de los reclusos. Ya dije que por su exclusivismo y por su odio a los presos rusos eran a su vez odiados por todos. Eran seres atormentados, enfermos. Eran seis. Algunos eran personas instruidas; hablaré de ellos en particular y con detalle más adelante. En mis últimos años de presidio me prestaron algunos libros. El primer libro que leí me produjo una fuerte, extraña y especial impresión. De esas impresiones hablaré en alguna ocasión. Para mí son muy curiosas, aunque para muchos serán totalmente incomprensibles. Hay cosas que no se pueden juzgar sin probarlas. Diré únicamente que las privaciones morales son más duras que todos los tormentos físicos. El hombre del pueblo llano que va a presidio encuentra allí su propia sociedad, incluso, quizá, más adelantada. Ha perdido, por supuesto, mucho —su tierra, su familia, todo—, pero su medio sigue siendo el mismo. El hombre instruido que es condenado por la ley a la misma pena que el del pueblo pierde a menudo incomparablemente más. Debe ahogar todas sus necesidades, todas sus costumbres; debe trasladarse a un medio insuficiente para él, debe aprender a respirar otro aire… Es un pez sacado del agua y arrojado a la arena… Con frecuencia, el castigo impuesto, que es por ley igual para todos, es para él diez veces más doloroso. Esa es la verdad… incluso si sólo se tomaran en consideración las costumbres materiales que él debe sacrificar.

Pero los polacos constituían un grupo aparte. Eran seis y estaban juntos. De todos los presos de nuestro barracón sólo querían a un

judío, quizá únicamente porque les divertía. A nuestro judío le querían también los demás presos, aunque todos, sin excepción, se reían de él. Era el único judío que había y todavía hoy no puedo acordarme de él sin reírme. Cada vez que le miraba, me venía a la memoria el judío Yánkel, de Gógol, el cual, en *Tarás Bulba*, al desnudarse para pasar la noche con su judía en un armario, parecía que se había convertido de repente en un pollo desplumado. Isái Fómich, nuestro judío, se parecía, como una gota de agua a otra, a un pollo desplumado. Era un hombre ya no joven, de unos cincuenta años, bajo y enclenque, astuto y al mismo tiempo decididamente tonto. Era insolente y arrogante, y al mismo tiempo, terriblemente cobarde. Estaba lleno de arrugas y llevaba en la frente y en las mejillas las marcas que le habían puesto en el cadalso. De ningún modo puedo comprender cómo pudo soportar sesenta latigazos. Cumplía condena por asesinato. Guardaba una receta de un médico que le consiguieron unos judíos justo después de pasar por el cadalso. Con ella se podía conseguir una pomada que en dos semanas hacía desaparecer las marcas de la cara. No se atrevía a usarla en el penal y aguardaba a cumplir los doce años de su condena para utilizarla sin falta después, al salir como colono. «De no ser así, no podré *cazarme* —me dijo una vez, ceceando—, y yo quiero *cazarme* a toda costa». Éramos grandes amigos. Él siempre estaba de muy buen humor. En el penal, la vida le era fácil; de oficio, era joyero y le hacían muchos encargos de la ciudad, en la que no había ningún joyero. De esa manera se libraba de los trabajos más duros. Por supuesto, también era usurero, y prestaba dinero, bajo fianza y con intereses, a todo el penal. Había ingresado en el presidio antes que yo, y uno de los polacos me describió con detalle su llegada. Es una historia muy divertida que contaré más adelante; de Isái Fómich hablaré en más de una ocasión.

El resto de los presos de nuestro barracón se componía de cuatro viejos creyentes, ancianos y muy versados en las Sagradas Escrituras, entre los cuales se hallaba el viejo de Starodub; dos o tres *pequeños rusos*[31], gente hosca; un joven de rostro enjuto y nariz fina, que a sus veintitrés años ya había matado a ocho personas; un grupo de falsificadores de moneda, uno de los cuales era el gracioso del barracón; por último, había varios individuos hoscos y huraños, rapados y desfigurados, taciturnos y envidiosos,

que miraban con recelo a su alrededor, empeñados en mirar así, fruncir el ceño, callar y odiar todavía largos años, todo el tiempo que durase su condena. Todo eso pasaba rápidamente delante de mí en aquella primera y desoladora noche de mi nueva vida; pasaba entre el humo y la mugre, entre insultos y palabras de un cinismo inexpresable, en un ambiente mefítico, entre ruido de grilletes, maldiciones y risas desvergonzadas. Me acosté sobre las tablas desnudas del camastro, me puse la ropa debajo de mi cabeza (aún no tenía almohada) y me eché encima la pelliza. Aunque estaba rendido, tardé mucho en dormirme, por culpa de las monstruosas e inesperadas impresiones de aquel primer día. Pero mi nueva vida no había hecho sino empezar. Me aguardaban todavía muchas cosas en las que nunca había pensado y que ni siquiera imaginaba…

CAPÍTULO V

EL PRIMER MES

A los tres días de mi llegada al penal, me mandaron a trabajar. Tengo muy grabado en la memoria aquel primer día de trabajo, aunque no me sucedió nada extraordinario, al menos si se tiene en cuenta lo que ya había de extraordinario en mi situación. Pero aquélla fue también una de mis primeras impresiones, y yo seguía mirando todo con avidez. En aquellos tres primeros días pensé lo peor. «Este es el final de mis andanzas: ¡estoy en presidio! —me repetía a cada instante—. Aquí estaré amarrado muchos y largos años, en este rincón en el que entro con tanta desconfianza, con tanto dolor… ¿Quién sabe? Puede que, cuando me toque dejarlo, después de muchos años, quizá lo añore…», añadí, no sin una mezcla de esa maligna sensación que nos lleva a hurgar en nuestra propia herida y a recrearnos en nuestro dolor, como si la conciencia de la inmensidad de nuestra desgracia constituyese un verdadero placer. La idea de que con el tiempo iba a añorar aquel rincón me llenaba de espanto: ya entonces presentía hasta qué punto tan asombroso es capaz de vivir el ser humano. Pero todo a su tiempo; de momento, todo cuanto me rodeaba era hostil y horrible… y, aunque no lo fuese, así me lo parecía. La curiosidad salvaje con la que me examinaban mis nuevos compañeros, los presos, su aspereza reforzada con la aparición repentina de alguien nuevo, de origen noble, en su corporación, aspereza que a veces llegaba hasta el odio, todo aquello me atormentaba hasta tal punto que deseaba ponerme a trabajar lo antes posible, para conocer y sufrir cuanto antes mi desgracia, para empezar a vivir como todos ellos y compartir su suerte. Naturalmente, entonces no me daba cuenta ni

sospechaba muchas cosas que tenía delante de mí: en medio de la hostilidad aún no adivinaba el consuelo. De hecho, algunos rostros amables y cariñosos que había encontrado en aquellos tres días me daban bastante ánimo. De todos, el más cariñoso y amable conmigo era Akim Akímich. Entre los rostros ceñudos y llenos de odio de los demás presos, no podía dejar de reparar en algunos bondadosos y joviales. «En todas partes hay gente mala y, entre ella, también hay gente buena —me apresuré a pensar para consolarme—. ¿Quién sabe? Esa gente quizá no sea, después de todo, peor que la otra, la de allí fuera». Pensaba esto y asentía con la cabeza; y, sin embargo, ¡Dios mío, si hubiera sabido entonces cuán cierta era aquella idea!

Por ejemplo, había una persona a la que sólo llegué a conocer bien después de muchísimos años. Sin embargo, siempre estuvo conmigo y cerca de mí casi todo el tiempo de mi condena. Era el recluso Sushílov. Al referirme a los presos que no eran peores que las demás personas, enseguida me acordé de él sin quererlo. Él me prestaba bastantes servicios. Yo tenía también a otra persona que me servía. Akim Akímich me recomendó al principio, en los primeros días, a un preso, Ósip, diciéndome que por treinta kopeks al mes me podía preparar mi propia comida, si a mí me asqueaba tanto la del penal y si disponía de medios suficientes para procurármela por mi cuenta. Ósip era uno de los cuatro cocineros elegidos por los presos para nuestras dos cocinas, aunque, por lo demás, dependía de ellos aceptar o no dicha elección y, una vez aceptada, podían renunciar incluso al día siguiente. Los cocineros no salían a trabajar y su tarea consistía en cocer pan y preparar *schi*. No les llamaban cocineros, sino *cocineras* (en femenino), pero no por despreciarles, y menos teniendo en cuenta que para la cocina se elegía a gente sensata y, en la medida de lo posible, honrada, sino a modo de broma amable, y por eso no se enfadaban. A Ósip le elegían casi siempre y prácticamente durante varios años seguidos fue *cocinera*; a veces, cuando se sentía muy angustiado y cuando quería pasar vodka de contrabando, renunciaba por un tiempo. Era un hombre de rara honradez y franqueza, aunque había ido a parar al penal por contrabando. Era aquel mismo contrabandista, alto y sano, que mencioné antes; siempre temeroso, sobre todo, de las baquetas, tranquilo, resignado, cariñoso con todos; nunca discutía con nadie, pero no podía dejar de pasar vodka de contrabando pese

a toda su cobardía; era su gran pasión. Junto con los demás cocineros, Ósip también vendía vodka, aunque, desde luego, no a la escala de, por ejemplo, Gazin, porque no se atrevía a correr muchos riesgos. Con Ósip siempre me llevé bien. En cuanto a los medios para costearse uno su propia comida, no hacía falta tener demasiado dinero. No me equivocaré si digo que al mes gastaba en total en mi manutención un rublo de plata, sin contar el pan, que era el del rancho, y a veces, el *schi*, si tenía mucha hambre, a pesar del asco que me daba, que, por cierto, casi desapareció completamente más adelante. Solía comprar un trozo de carne de vaca, una libra al día. En invierno, la carne de vaca costaba un *grosh*. La compraba en el mercado cualquiera de los inválidos, de los que había uno en cada barracón, para mantener el orden, y que voluntariamente se hacían cargo de ir cada día al mercado a hacer las compras de los presos, sin cobrar casi nada a cambio, si acaso alguna cantidad insignificante. Lo hacían para estar tranquilos; de otro modo, les habrían hecho la vida imposible en el penal. De esa manera, llevaban tabaco, té, carne de vaca, rosquillas, etc., excepto vodka. Nadie les pedía vodka, aunque a veces les convidaban a tomarlo. Ósip me preparó durante varios años un filete de carne asada. Cómo se asaba la carne es otra cuestión; además, no se trataba de eso. Es de notar que Ósip y yo apenas cruzamos un par de palabras en varios años. Muchas veces me ponía a hablar con él, pero se mostraba incapaz de mantener una conversación: a lo más, sonreía o contestaba sí o no. Incluso resultaba extraño mirar a aquel Hércules que parecía un niño de siete años.

Además de Ósip, me prestaba ayuda Sushílov. No le llamé ni le busqué. Él mismo se presentó ante mí y me ofreció sus servicios; ni siquiera recuerdo cuándo y cómo lo hizo. Me lavaba la ropa. Para ello, habían construido tras los barracones una gran fosa para la basura, con un pilón. Encima de esa fosa, los presos lavaban la ropa en barreños del penal. Aparte de eso, Sushílov se inventó mil tareas diferentes para complacerme: me preparaba el té, me hacía diversos recados, me procuraba cualquier cosa, llevaba mi chaquetón a limpiar, me engrasaba las botas cuatro veces al mes; todo ello lo hacía diligentemente y de buen grado, como si pesaran sobre él sabe Dios qué obligaciones; en una palabra: unió por completo su suerte a la mía y se hizo cargo de todas mis cosas. Nunca decía, por

ejemplo: «Tiene tantas camisas, su chaquetón está roto», sino: «Tenemos tantas camisas, nuestro chaquetón está roto». Me miraba a los ojos y parecía que le iba la vida en ello. Oficio o, como decían los presos, manuficio, no tenía ninguno y, al parecer, sólo de mí obtenía algún dinero. Yo le pagaba cuanto podía, es decir, unos cuantos *groshes*, y él siempre se mostraba satisfecho y no ponía ninguna objeción. No podía estar sin servir a alguien y, al parecer, me había elegido a mí porque yo era más condescendiente y más honrado en el pago que otros. Sushílov era de esas personas que nunca pueden enriquecerse y prosperar, de las que se ofrecían para vigilar el *maidán*, y que pasaban helados toda la noche junto a la entrada, atentos a cualquier ruido del patio, por si aparecía el mayor. Cobraban por ello cinco kopeks de plata y, si se despistaban, lo perdían todo y respondían con sus espaldas. Ya hablé de ellos. Esta gente se caracteriza por anular su personalidad siempre y en todas partes, casi ante todos, y en los asuntos comunes desempeñan un papel no ya secundario, sino de tercer orden. Llevan todo eso en su propia naturaleza. Sushílov era un pobre chico, completamente resignado y humilde; incluso parecía abatido, aunque nadie le pegaba, como si lo fuera de nacimiento. Siempre me daba pena, por una cosa o por otra. No podía mirarle sin compadecerme de él, aunque no sabría decir por qué. Tampoco podía conversar con él; era evidente que le suponía un gran esfuerzo, y sólo se animaba cuando, para acabar la conversación, yo le encargaba hacer algo, pedir algo, ir a algún recado. Al final, incluso me convencí de que obrando de aquella manera le complacía. No era alto ni bajo, ni bueno ni malo, ni tonto ni listo, ni joven ni viejo, tenía la cara un poco picada de viruelas y era un poco rubio. Nunca se podía decir de él algo demasiado preciso. Sólo una cosa: a mi parecer, por lo que pude averiguar, pertenecía a la misma cofradía que Sirotkin, y ello, quizá, por su aspecto abatido y resignado. A veces los presos se burlaban de él, sobre todo porque se había cambiado de camino a Siberia, y se había cambiado por una camisa roja y un rublo de plata. Debido al mísero precio por el que se había vendido, los presos se burlaban de él. Cambiarse quiere decir cambiar de nombre con alguien y, por consiguiente, también la condena. Por muy extraño que pueda parecer, es un hecho verídico, y en mis tiempos aún existía, en todo su vigor, consagrado por la costumbre y

revestido de ciertas formas, entre los presos que eran conducidos a Siberia. Al principio yo no podía creerlo, aunque finalmente tuve que rendirme a la evidencia.

Se hacía de esta manera: un grupo de presos se dirige a Siberia. Los llevan a todos juntos: a unos, al presidio, a otros, a trabajar en las fábricas, y a otros más, a vivir confinados como colonos. Van todos juntos. En algún lugar del camino, supongamos que en la provincia de Perm, un deportado desea cambiarse por otro. Por ejemplo, un tal Mijáilov, condenado por asesinato o por algún otro delito grave, estima que no es ventajoso para él ir a presidio para muchos años. Supongamos que es un tipo listo, hábil, que conoce el asunto: busca a alguien de su cuerda con cara de simple y aspecto abatido y resignado, y cuya condena no sea relativamente grande: a trabajar en una fábrica de una ciudad pequeña o a vivir confinado como colono, o incluso condenado a presidio, aunque menos tiempo. Finalmente, encuentra a un Sushílov, un siervo al que han mandado como colono. Lleva recorridas a pie mil quinientas *verstas*, naturalmente sin dinero alguno, porque los Sushílov nunca pueden tener dinero. Anda reventado, agotado, come sólo el rancho, sin probar bocado de otra cosa, y va vestido únicamente con la ropa de presidiario, ofreciendo sus servicios a los demás por unos pobres y míseros *groshes*. Mijáilov habla con Sushílov. Le hace compañía e incluso traba amistad con él y, por último, en alguna etapa le invita a tomar vodka. Finalmente le propone cambiarse con él: «Yo —le dice Mijáilov—, pues eso, voy a presidio, pero a una "sección especial". Aunque también está en el penal, es especial; mejor, según parece». La existencia de una sección especial, mientras estuvo en vigor, ni siquiera fue conocida por todas las autoridades, por ejemplo, de Petersburgo. Era un lugar tan aislado y tan especial, en uno de los remotos confines de Siberia, y con tan poca gente (en mis tiempos no llegaría a setenta personas), que era bastante difícil seguir su rastro. Conocí después a gente que había servido en Siberia y que la conocía bien, y que sólo a través de mí supieron de la existencia de una sección especial. En el Código Penal sólo se menciona en seis líneas: «Se constituirá en un penal determinado una sección especial para los criminales más peligrosos, hasta que se emprendan en Siberia trabajos forzados más duros». Incluso los propios presos no sabían si esa «sección» era temporal o perpetua.

El plazo no estaba fijado. La ley decía: «hasta que se emprendan en Siberia trabajos forzados más duros», y sólo eso; lo cual equivalía a «pasar toda la vida en presidio». No es de extrañar, por tanto, que ni Sushílov ni ningún otro preso de la cuerda lo supiese, sin excluir al propio Mijáilov, quien acaso se hacía una idea de la sección especial por el grave crimen que había cometido y por el que ya había recorrido a pie tres o cuatro mil *verstas*. Así pues, no le enviaban a un buen sitio. Sushílov iba destinado a vivir como colono: ¿había algo mejor? «¿No quieres cambiarte?» Sushílov, bajo el efecto del alcohol, un alma cándida, lleno de gratitud por las atenciones de Mijáilov, no se atreve a negarse. Además ha oído decir en la caravana que uno puede cambiarse, que otros se cambian; por tanto, no hay nada raro ni extraordinario en ello. Se ponen de acuerdo. El desalmado Mijáilov, aprovechando la extraordinaria simpleza de Sushílov, le compra su nombre por una camisa roja y un rublo de plata, que le da ante testigos. Al día siguiente, Sushílov ya no está borracho, pero bebe de nuevo, y está mal visto renunciar al trato: el rublo de plata que recibió ya lo ha gastado en bebida, y la camisa roja, al cabo de poco, también. «No quieres, pues devuelve el dinero». Pero ¿de dónde sacará Sushílov un rublo de plata? Y, si no lo devuelve, el grupo le obligará a hacerlo: el grupo es severo en estas cosas. Además, «si has dado la palabra, cumple». Y el grupo procurará que así sea. De lo contrario, le harán la vida imposible. Le apalearán, o simplemente, le matarán, o al menos, le darán un buen susto.

En efecto, si el grupo se mostrase indulgente en este asunto una sola vez, se acabaría la costumbre de los cambios de nombre. Si se puede retirar la palabra dada y romper un trato una vez que se ha cogido el dinero, ¿quién va a cumplir su palabra? En resumen, es un asunto que incumbe a todo el grupo y por eso son muy severos en este punto. Finalmente, Sushílov ve que no tiene remedio, y decide mostrarse totalmente de acuerdo. Se comunica la noticia a toda la cuerda, y también, si hace falta, se da dinero y se invita a beber al que sea. A ellos, naturalmente, les da igual que sea Mijáilov o Sushílov quien se vaya al diablo, han bebido vodka, les han convidado y callarán. En la primera etapa hacen, por ejemplo, un recuento; llegan a Mijáilov: «Mijáilov». Y Sushílov responde: «¡Presente!». «Sushílov». Y Mijaílov grita: «¡Presente!». Y siguen

adelante. Nadie volverá a hablar de ello. En Tobolsk distribuyen a los presos. «Mijáilov, a la colonia»; «Sushílov, a la sección especial», con una fuerte escolta. En adelante, ya no es posible protestar. Además, ¿cómo se puede demostrar? ¿Cuántos años durará el caso? ¿Y con qué se pagará? ¿Dónde están, por último, los testigos? Si los hubiese, serían recusados. A fin de cuentas, resulta que Sushílov por un rublo de plata y por una camisa roja fue a la sección especial.

Los presos se burlaban de Sushílov, no porque se hubiese cambiado (aunque los que se cambiaban a un trabajo más duro merecían el reproche general, como todos los imbéciles que se dejan engañar), sino por haber sacado a cambio sólo una camisa roja y un rublo de plata: una miseria. Normalmente, se cambian por grandes sumas, aunque todo es relativo. Cobran hasta varias docenas de rublos. Pero Sushílov eran tan resignado, sumiso y mísero para todos que ni siquiera valía la pena burlarse de él.

Viví mucho tiempo con Sushílov, unos cuantos años. Poco a poco me tomó un apego extraordinario; yo me daba cuenta y me fui habituando a él. Pero un día —nunca podré perdonármelo—, él no cumplió un encargo mío, a pesar de lo cual me cogió el dinero, y yo tuve la crueldad de decirle: «Sushílov, usted coge el dinero, pero no hace las cosas». Sushílov se calló, hizo el encargo, pero se sumió en una gran tristeza. Pasaron dos días. Yo pensé: no puede ser que esté así por mis palabras. Yo sabía que un recluso, Antón Vasíliev, le reclamaba con insistencia una deuda de algunos *groshes*. Seguramente él no tenía dinero, pero no se atrevía a pedírmelo. Al tercer día le dije: «Sushílov, me parece que usted quería pedirme dinero, para Antón Vasíliev. Pues tenga». Yo estaba sentado en el camastro; Sushílov estaba de pie delante de mí. Me pareció que le había impresionado mucho que yo le ofreciese el dinero y me hubiese acordado de su apurada situación, sobre todo porque en los últimos tiempos, a su juicio, me había sacado mucho dinero y no esperaba que yo le diese más. Miró el dinero, luego a mí, y de pronto dio media vuelta y se marchó. Todo eso me conmovió mucho. Salí tras él y le encontré detrás de los barracones. Estaba de pie, frente a la empalizada, con la cabeza pegada a una estaca y una mano apoyada en ella. «Sushílov, ¿qué le pasa?», le pregunté. No me miró y yo, lleno de asombro, observé que estaba a punto de llorar. «Alexánder Petróvich, usted piensa —exclamó con voz

entrecortada, esforzándose por mirar a otro lado— que yo… a usted… que es por el dinero… pero yo… yo… ¡ah!» Volvió de nuevo la cara a la empalizada, de tal modo que casi se dio un golpe en la frente, y ¡rompió a llorar!… Era la primera vez que yo veía llorar a un hombre en el presidio. A duras penas pude consolarle y, desde entonces, empezó a servirme y a «cuidarme» con mayor celo, si cabe, pero por algunos detalles casi imperceptibles me di cuenta de que su corazón nunca pudo perdonarme mi reproche. Y, sin embargo, los demás se burlaban de él, aprovechaban cualquier ocasión para meterse con él, a veces le insultaban duramente, pero él se llevaba bien con ellos y nunca se enfadaba. Sí, es muy difícil llegar a conocer a una persona, ¡incluso después de tratarle muchos años!

Por eso mismo el presidio no podía presentarme a primera vista su aspecto real, como lo haría más tarde. Por eso dije que, aunque lo escudriñé todo con esforzada y ávida atención, no pude ver muchas cosas que tenía delante de mis narices. Naturalmente, al principio me llamaron la atención algunos hechos significativos, los más destacados, pero quizá yo no los percibía acertadamente y sólo dejaban en mi alma una sensación pesada, desesperadamente triste. A ello contribuyó mucho mi encuentro con A…v, un preso que había llegado poco antes que yo al penal y que me produjo en los primeros días una impresión particularmente dolorosa. Por lo demás, yo sabía ya, antes de llegar al penal, que allí encontraría a A…v. Él envenenó mis primeros y duros tiempos en el presidio y agravó mi sufrimiento moral. Me es imposible no hablar de él.

Era el ejemplo más repulsivo de hasta qué punto puede pervertirse y degradarse una persona, y hasta qué grado puede matar en sí mismo todo sentimiento moral, sin pena y sin remordimientos. A…v era el joven de ascendencia noble al que mencioné antes al decir que informaba a nuestro mayor de todo lo que se hacía en el penal, y que era amigo de su asistente, Fedka. Esta es su breve historia: no habiendo acabado los estudios en ninguna parte, tras reñir en Moscú con sus padres, asustados de su conducta depravada, llegó a Petersburgo y, para procurarse dinero, decidió acometer una vil delación, es decir, decidió vender la sangre de diez hombres para satisfacer inmediatamente su inextinguible sed de los más groseros y perversos placeres, en los

que, seducido por Petersburgo, por sus confiterías y sus calles Meshánskaya[32], cayó hasta tal punto que, sin ser nada imbécil, se arriesgó en una empresa loca e insensata. Pronto le descubrieron. En su denuncia había implicado a personas inocentes, había engañado a otras, y por todo ello le deportaron a Siberia, a nuestro penal, por diez años. Aún era muy joven, la vida para él apenas comenzaba. Podría pensarse que un cambio tan terrible en su suerte debería haberle impresionado o suscitado en su naturaleza alguna reacción, alguna quiebra. Pero él había aceptado su nuevo destino sin la menor turbación, sin la menor repulsa, no se rebeló moralmente contra él, ni le causó temor alguno, salvo quizá por la obligación de trabajar y de despedirse de las confiterías y de las tres calles Meshánskaya. Le parecía incluso que el nombre de presidiario le daba rienda suelta para bajezas y villanías aún mayores. «Un presidiario es un presidiario. Si se es presidiario, se pueden cometer bajezas sin avergonzarse». Literalmente, ésa era su opinión. Recuerdo a aquella criatura repulsiva como si se tratase de un fenómeno extraño. Viví varios años entre asesinos, degenerados y malhechores consumados, pero afirmo categóricamente que nunca en mi vida he visto una degradación moral tan completa, una perversión tan consumada y una bajeza tan insolente como las de A…v. Había entre nosotros un parricida, de clase noble, a quien ya mencioné; llegué a estar convencido, por muchos gestos y hechos, de que incluso él era incomparablemente más noble y más humano que A…v. A mis ojos, durante toda mi vida en presidio, A…v no dejó de ser un trozo de carne con dientes y estómago y con una insaciable sed de los placeres corporales más groseros y bestiales; para satisfacer el más pequeño y caprichoso de esos placeres era capaz de matar y degollar con la mayor sangre fría; en una palabra, era capaz de todo, con tal de que nadie le viese ni lo supiese. No exagero nada; yo conocí bien a A…v. Era un ejemplo de hasta dónde puede llegar el lado carnal del hombre, sin someterse interiormente a ninguna norma, a ninguna ley. ¡Cómo me repugnaba mirar su eterna sonrisa burlona! Era un monstruo, un Quasimodo moral. Añádase a eso que era astuto y listo, apuesto, algo instruido y con ciertas aptitudes… No, mejor el fuego, mejor la peste y el hambre, que semejante hombre en una sociedad. Ya dije que en el penal todo estaba tan envilecido que florecían el espionaje

y las delaciones y que los presos jamás se enfadaban por eso. Al contrario, todos se mostraban muy amigables con A…v y le trataban de modo incomparablemente más amistoso que a nosotros. Los favores que le dispensaba el borracho de nuestro mayor aumentaban a sus ojos su importancia y su peso. Entre otras cosas, había convencido al mayor de que sabía hacer retratos (a los presos les aseguró que era teniente de la Guardia), y éste mandó que lo enviasen a trabajar a su casa para que le hiciera uno. Allí se juntó con Fedka, el asistente del mayor, quien tenía una extraordinaria influencia sobre su amo y, por consiguiente, sobre todo y todos en el presidio. A…v nos espiaba por orden del mayor, pero éste, cuando estaba borracho, le abofeteaba y le tachaba de espía y delator. A menudo, después de pegarle, el mayor se sentaba en una silla y le ordenaba que continuase su retrato. Al parecer, nuestro mayor estaba convencido de que A…v era un pintor excelente, casi como Briúllov[33], del que había oído hablar; pero, con todo, se consideraba con derecho a abofetearle, porque «por muy artista que seas, aquí sólo eres un recluso y, aunque fueses el propio Briúllov, yo seguiría siendo tu jefe y, por tanto, puedo hacer contigo lo que quiera». Por cierto, obligaba a A…v a quitarle las botas y a sacar de la alcoba los bacines. Sin embargo, durante mucho tiempo no pudo renunciar a la idea de que A…v era un gran pintor. El retrato se fue dilatando interminablemente, casi un año. Por último, el mayor se dio cuenta de que le estaban tomando el pelo y, al llegar a la conclusión de que el cuadro nunca se acabaría, y de que, por el contrario, cada día se le parecía menos, montó en cólera, apaleó al pintor, y lo mandó como castigo al presidio, a los peores trabajos. A…v, visiblemente, se lamentaba de ello, y se le hacía muy duro renunciar a los días de fiesta, a las migajas de la mesa del mayor, a su amigo Fedka y a todos los dulces que ambos se preparaban en la cocina del mayor. Por lo menos, al deshacerse de A…v, el mayor dejó de perseguir a M., el preso al que A…v denunciaba constantemente, por esta razón: M. estaba solo cuando llegó al penal A…v. Se aburría enormemente; no tenía nada en común con los demás presos, les miraba con horror y desprecio, sin advertir ni ver todo lo que podría reconciliarle con ellos, y no les trataba. Los presos le pagaban con la misma moneda. En general, la situación de la gente semejante a M. en el presidio es terrible. La causa por la

que A…v fue a parar al penal no la conocía M. Por el contrario, A…v, adivinando con quién trataba, le aseguró enseguida que le habían deportado por una denuncia contra él, casi por lo mismo que habían deportado a M. Éste se alegró mucho de encontrar a un compañero, a un amigo. Le seguía a todas partes, le consoló en sus primeros días de presidio, suponiendo que debía sufrir mucho, le dio hasta el último kopek, le alimentó, compartió con él las cosas más indispensables. Pero A…v enseguida le tomó odió, precisamente porque M. era una persona noble, porque se horrorizaba ante cualquier bajeza, porque, en definitiva, no se parecía a él. Todo lo que M., en sus anteriores conversaciones, le había dicho del penal y del mayor, A…v, a la primera ocasión que tuvo, corrió a contárselo a éste. El mayor tomó un odio feroz a M. y le sometió a toda clase de vejaciones y, de no haber sido por la influencia del comandante, le habría causado una desgracia irreparable. A…v no sólo no se inmutó cuando más tarde M. se enteró de su bajeza, sino que incluso se complacía en encontrarse con él y mirarle burlonamente. Por lo visto, eso le proporcionaba un gran placer. A mí me lo hizo notar varias veces el propio M. Aquel ser despreciable se escapó más tarde con un preso y un escolta, pero de esa fuga hablaré más adelante. Al principio, también trató de embaucarme a mí, pensando que yo no conocía su historia. Repito que envenenó mis primeros días de presidio, haciendo mayor mi pena. Yo estaba horrorizado ante aquella terrible bajeza y ruindad a la que me habían condenado y en la que me encontraba metido de lleno. Pensaba que allí todo era igual de vil y ruin. Pero me equivocaba: juzgaba a todos por A…v.

Aquellos tres días deambulé lleno de congoja por el penal, me quedé echado en el catre, encargué a un preso de confianza, recomendado por Akim Akímich, que, con la tela suministrada por la Administración, me hiciera camisas, naturalmente, pagando (unos cuantos *groshes* por cada camisa); me procuré, siguiendo los consejos de Akim Akímich, un jergón (hecho de fieltro y con una funda de tela), sumamente fino, como una hojuela, y una almohada rellena de lana, terriblemente dura por falta de uso. Akim Akímich se esforzó mucho para proporcionarme todo aquello y él personalmente contribuyó confeccionándome con sus propias manos una manta, hecha con los retales de un desgastado uniforme

de presidiario, compuesto por unos pantalones y un chaquetón, que compré a otros presos. Las prendas reglamentarias, una vez cumplido el plazo fijado para su uso, quedaban en propiedad de los presos, los cuales las vendían enseguida en el presidio y, por muy gastadas que estuvieran, siempre cabía la esperanza de obtener algo por ellas. Todo aquello me asombró mucho al principio. En general, aquélla fue la época de mi primer encuentro con el pueblo. De pronto, me convertí en alguien tan del pueblo llano y tan presidiario como ellos. Sus hábitos, ideas, opiniones y costumbres pasaron a ser los míos, al menos, formalmente, según la ley, aunque, en esencia, no los compartiese. Estaba asombrado y confuso, como si nunca hubiese sospechado aquello, ni lo hubiese oído, aunque lo conocía y lo había oído. Pero la realidad nos produce una impresión totalmente distinta a la del conocimiento y el rumor. ¿Podía yo sospechar, por ejemplo, que unos viejos trapos podían ser considerados prendas? Pues con esos viejos trapos me hice una manta. También era difícil imaginarse de qué clase era la tela destinada para el traje de los presos. A primera vista, se asemejaba al paño grueso de los soldados pero, apenas se llevaba puesto, se convertía en una especie de malla y se rompía escandalosamente. Por lo demás, la tela del traje se entregaba para un año, pero era difícil que durase ese tiempo. El preso trabaja, lleva cargas pesadas; el traje se estropea y se rompe pronto. Las pellizas se entregaban para tres años y, generalmente, después de ese tiempo servían de abrigo, de manta y de colchón. Pero las pellizas eran resistentes, aunque a menudo se podía ver a presos que, al cabo de los tres años de uso reglamentario, llevaban pellizas remendadas con una simple tela. Pese a todo, aunque estuviesen muy gastadas, al cumplirse el plazo fijado se vendían por unos cuarenta kopeks de plata. Y algunas, mejor conservadas, se vendían por sesenta o incluso setenta kopeks de plata, lo que en el presidio era mucho dinero.

El dinero, como ya dije, tenía en el presidio un enorme valor y poder. Puede afirmarse categóricamente que el preso que posee algún dinero, aunque sea poco, sufre diez veces menos que aquel que no tiene nada, aunque este último lo recibe todo de la Administración. Entonces —razonaban nuestros jefes—, ¿para qué necesita el dinero? Repito una vez más que si privasen a los presos

de toda posibilidad de tener su propio dinero, se volverían locos o caerían como moscas (aunque estuviesen abastecidos de todo) o, por último, cometerían crímenes inauditos: unos por desesperación, otros, para ser castigados y rematados de alguna manera y cuanto antes, o bien para «cambiar de suerte» (expresión técnica). Si el preso, que se ha procurado su dinero con mucho sacrificio, o bien recurriendo a alguna astucia extraordinaria, asociada al robo y a la estafa, se lo gasta insensatamente, de una manera absurda e infantil, eso no quiere decir que no lo aprecie, aunque así lo parezca a primera vista. El preso está ávido de dinero, hasta el delirio, hasta perder la razón y si, efectivamente, lo tira por la ventana cuando se corre una juerga, lo tira por algo que considera que está por encima del dinero. ¿Qué está por encima del dinero para el preso? La libertad o, al menos, cualquier sueño de libertad. Los presos son grandes soñadores. De esto diré algo después, pero, ya que viene a cuento, lo crean o no, yo he visto a presos condenados a veinte años que me decían, tan tranquilos, frases como ésta: «Espera un poco, si Dios quiere, termino mi condena y entonces…». Un preso es un hombre privado de libertad: ése es el sentido de esta palabra; pero, al gastar el dinero, el preso obra con libertad. A pesar de las marcas, de los grilletes, de las odiosas estacas del penal, que le ocultan el mundo de Dios y le encierran como a una fiera en su jaula, él puede conseguir vodka, es decir, un placer rigurosamente prohibido, procurarse la compañía de una chica, e incluso a veces (aunque no siempre) sobornar a sus jefes inmediatos, a los inválidos y hasta a los suboficiales, que harán la vista gorda ante la infracción de la ley y de la disciplina; hasta puede fanfarronear sobre el apaño con ellos, y al preso le gusta con locura fanfarronear, es decir, presumir ante sus compañeros y convencerse a sí mismo de que, aunque sólo sea por un momento, tiene mucha más libertad y poder de lo que parece. En una palabra: puede correrse una juerga, armar barullo, insultar a alguien y demostrarle que él puede hacer todo eso, que todo eso «está en nuestras manos», es decir, convencerse de aquello en que el pobre no puede ni pensar. Por cierto: quizá sea ésta la razón de que entre los presos que no están borrachos se advierta una tendencia generalizada a la fanfarronería, la arrogancia y la exaltación cómica y sumamente ingenua de su propia personalidad, aun cuando sea ilusoria. Finalmente, toda esta

juerga implica un riesgo, es decir, tiene al menos una cierta ilusión de vida, una lejana ilusión de libertad. ¿Y qué no daría uno por la libertad? ¿Qué millonario, si le pusieran una soga al cuello, no daría todos sus millones por una bocanada de aire?

Los jefes se asombran a veces de que algún preso que ha llevado durante años una vida tranquila, ejemplar, al que incluso hicieron responsable de un barracón por su buena conducta, de pronto, de buenas a primeras, como si estuviese poseído por el diablo, alborote, se corra una juerga, arme barullo y hasta se arriesgue a cometer un grave delito: mostrarse insolente ante un gran jefe, matar o violar a alguien, etc. Le miran y se asombran. Y, sin embargo, quizá la causa de la súbita explosión de aquel hombre, del que menos podía esperarse eso, sea la angustiosa y convulsa manifestación de su personalidad, la nostalgia instintiva de sí mismo, el deseo de revelar su propio yo, su personalidad humillada que se rebela de repente y llega hasta el odio, la rabia, la pérdida de la razón, el paroxismo, la convulsión. Igual, quizá, que el enterrado vivo que al volver en sí golpea la tapa de su ataúd e intenta quitarla, aunque, evidentemente, la razón podría convencerle de que todos sus esfuerzos serán vanos. Pero aquí ya no se trata de la razón, sino del delirio. Hay que tener en cuenta, además, que casi todas las manifestaciones libres de la personalidad del preso se consideran delito; en ese caso, a él, naturalmente, le da igual que tales manifestaciones sean grandes o pequeñas. Si va de juerga, va de juerga y, si se arriesga, se arriesga a todo, incluso a matar. Sólo tiene que comenzar: después se emborracha y ya no hay quien lo sujete. Por eso sería mejor no hacerle llegar hasta ese punto. Todos estarían más tranquilos.

Sí, pero ¿cómo hacerlo?

CAPÍTULO VI

EL PRIMER MES [CONTINUACIÓN]

Al ingresar en el penal yo tenía algún dinero; llevaba encima poco por temor a que me lo quitasen, pero, por si acaso, tenía escondido, es decir, pegado en la cubierta del Evangelio, que uno podía llevar consigo al penal, algunos rublos. Ese libro, con el dinero pegado dentro de él, me lo habían regalado en Tobolsk personas que también sufrían la deportación desde hacía varias décadas y que llevaban ya mucho tiempo acostumbradas a ver en cada desgraciado a un hermano. Hay en Siberia, y casi nunca faltan, personas que se han impuesto como misión en la vida el cuidado fraterno de los desgraciados, la desinteresada y santa compasión y consuelo de ellos, como si fuesen sus hijos. No puedo dejar de recordar aquí brevemente cierto encuentro. En la ciudad en la que se hallaba nuestro penal vivía una señora, Nastasia Ivánovna, una viuda. Naturalmente, ninguno de nosotros, al estar en el penal, podía conocerla personalmente. Parecía que ella había elegido como misión de su vida la ayuda a los deportados, pero de quien más se ocupaba era de nosotros. ¿Había en su familia alguna desgracia semejante, o algún ser especialmente querido y allegado a su corazón que había sufrido por el mismo crimen? El hecho es que se consideraba particularmente dichosa haciendo por nosotros cuanto podía. Mucho, sin duda, no podía: era muy pobre. Pero nosotros, estando en el presidio, sentíamos que allí, fuera de él, teníamos una fiel amiga. Entre otras cosas, ella nos comunicaba a menudo noticias que nos hacían mucha falta. Al salir del penal, de camino a otra ciudad, aproveché la ocasión para hacerle una visita y conocerla personalmente. Vivía en las afueras, en casa de unos

parientes cercanos. No era ni vieja ni joven, ni buena ni mala; incluso ni siquiera se podía saber si era inteligente y culta. Sólo se advertía en ella, a cada paso, una infinita bondad, un insuperable deseo de complacer, de aliviar las penas, de hacer por nosotros sin falta algo agradable. Todo ello se reflejaba en sus ojos serenos y bondadosos. Pasé casi una tarde entera en su casa con algunos compañeros de presidio. Ella nos miraba a los ojos, reía cuando nosotros reíamos, se apresuraba a mostrarse de acuerdo con todo lo que decíamos; se desvivía por agasajarnos con lo poco que tenía. Nos ofreció té, un aperitivo, algunos dulces, y, si hubiese tenido miles de ellos, se habría alegrado sólo de poder complacernos mejor y aliviar las penas de nuestros compañeros que se quedaban en el presidio. Al despedirnos nos dio a cada uno una pitillera como recuerdo. Las había hecho para nosotros con trozos de cartón (¡Dios sabe cómo estaban pegados!), recubiertos por un papel de colores, como el que se usa para forrar los manuales escolares de aritmética (puede que, en efecto, los sacara de alguna aritmética). Como adorno, los bordes de las pitilleras llevaban una fina cenefa de papel dorado, para el que, seguramente, habría recorrido las tiendas. «Ustedes fuman cigarrillos, entonces, quizá les sean útiles», dijo, como si se disculpase tímidamente ante nosotros por su regalo… Dicen algunos (lo he oído y leído) que el más sublime amor al prójimo es, al mismo tiempo, el mayor egoísmo. No consigo comprender qué egoísmo había en ello.

Aunque al ingresar en el penal no llevaba mucho dinero, no podía enojarme seriamente con aquellos reclusos que, casi en las primeras horas de mi vida carcelaria, después de haberme engañado una vez, venían ingenuamente a pedirme dinero prestado dos, tres y hasta cinco veces. Reconozco sinceramente que me dolía mucho que toda aquella gente, con sus ingenuas astucias, probablemente me tomara por tonto e imbécil y se riera de mí, precisamente porque por quinta vez yo les daba dinero. Sin duda, les debía parecer que me engañaban fácilmente, y si, en cambio, me hubiese negado y les hubiese evitado, estaba seguro de que me habrían respetado muchísimo más. Sin embargo, por mucho que me doliese, no podía negarme. Me sentía dolido porque en esos primeros días pensaba seriamente y con inquietud cómo y con qué pie entraría en el presidio, o, mejor dicho, con qué mano tendría que tratarles. Sentía

y comprendía que aquel ambiente era totalmente nuevo para mí, que estaba completamente entre tinieblas, y que entre tinieblas era imposible vivir tantos años. Necesitaba prepararme. Naturalmente, decidí que, ante todo, debía ser sincero, como ordenaban mis sentidos y mi conciencia. Pero también sabía que eso sólo era un aforismo y que tenía ante mí la práctica más imprevista.

Por eso, a pesar de todas las pequeñas preocupaciones de mi instalación en el presidio, de las que ya hablé, y en las que me dejaba llevar preferentemente por Akim Akímich, y pese a que me distrajeron algo, una angustia terrible, ponzoñosa, me atormentaba más y más. «¡La casa muerta!», me decía, al mirar a veces en el crepúsculo, desde el portal de nuestro barracón, a los presos que regresaban del trabajo y que deambulaban perezosamente por la plazoleta del patio, yendo de los barracones a las cocinas y viceversa. Les miraba y, por sus caras y sus movimientos, intentaba adivinar qué clase de gente era y qué carácter tenía. Pasaban delante de mí con la frente ceñuda o demasiado alegres (estos dos tipos son los más frecuentes y casi característicos del penal), se insultaban o simplemente conversaban o, por último, paseaban en solitario, como meditabundos, silenciosamente, con pasos regulares, algunos con cara cansada y apática, y otros (¡incluso aquí!) con aire de provocadora superioridad, el gorro ladeado, la pelliza al hombro, una mirada insolente y maliciosa y una sonrisa descarada. «Todo esto es mi ambiente, mi mundo de ahora, con el que, quiera o no, debo vivir…», pensaba yo. Intenté informarme sobre ellos preguntando a Akim Akímich, con quien me gustaba mucho tomar el té para no estar solo. De paso diré que el té constituía en aquellos primeros tiempos casi mi único alimento. Akim Akímich no renunciaba al té y lo preparaba personalmente en nuestro pequeño y gracioso samovar, hecho por nosotros con una lata, que me había prestado M. Akim Akímich solía beber un vaso (hasta tenía vasos), lo bebía en silencio y ceremoniosamente, me lo devolvía, me daba las gracias y enseguida seguía confeccionando mi manta. Pero era incapaz de decirme aquello que yo necesitaba saber, es más, no comprendía por qué me interesaba yo tanto por los caracteres de los presos que nos rodeaban y que teníamos tan cerca, y me escuchaba con una sonrisilla picarona que recuerdo muy bien. «No, es evidente que tengo que averiguarlo por mi cuenta, sin preguntar a nadie»,

pensé.

Al cuarto día, al igual que cuando fui a que me cambiaran los grilletes, los presos formaron en dos filas por la mañana temprano, en la plazoleta que estaba delante del cuerpo de guardia, junto al portalón. Por delante, de cara a ellos, y por detrás de los presos, se alinearon los soldados con los fusiles cargados y las bayonetas caladas. El soldado tiene derecho a disparar sobre un preso si éste piensa huir; pero, al mismo tiempo, responde de su disparo si no lo ha hecho en caso de extrema necesidad; lo mismo sucede en caso de declararse un motín. Pero ¿quién iba a pensar en huir abiertamente? Se presentaron el oficial de ingenieros, el jefe de obras y, además, los suboficiales de ingenieros y los soldados encargados de supervisar los trabajos.

Hicieron el recuento; una parte de los presos, los asignados a la sastrería, partieron antes; no dependían de la jefatura de Ingenieros, pues sólo se dedicaban a confeccionar la ropa del penal. Luego partieron los de los talleres, y más tarde los destinados a los trabajos duros. Yo partí en un grupo de unos veinte presos. Detrás de la fortaleza, en un río helado, había dos barcazas del presidio, ya inservibles, que había que desmontar para aprovechar la madera en la medida de lo posible. Por lo demás, ésta, al parecer, apenas tenía valor alguno. La leña se vendía en la ciudad a un precio insignificante, y en los bosques de los alrededores había mucha. Nos mandaban hacer eso para no estar con los brazos cruzados, y los mismos presos así lo comprendían. Emprendían tales trabajos con indolencia y apatía; cosa muy distinta era cuando se trataba de un trabajo útil y provechoso y, sobre todo, cuando podían hacerlo a destajo, repartiéndose las tareas. Entonces parecía que algo les animaba y, aunque ellos no sacaban ninguna ganancia de él, yo mismo pude ver cómo se esforzaban por acabarlo cuanto antes y lo mejor posible; parecía que era para ellos una cuestión de amor propio. Pero, en el trabajo de aquel día, que se hacía más para guardar las formas que por necesidad, era difícil señalar tareas, y había que trabajar hasta el redoble del tambor, que anunciaba el regreso al penal, a las once de la mañana. El día era bueno, nublado. La nieve casi se derretía. Nuestra cuadrilla fue por detrás de la fortaleza a la orilla del río, haciendo sonar levemente los grilletes, los cuales, aunque iban debajo de la ropa, emitían un

sonido fino, agudo y metálico, a cada paso. Dos o tres presos se destacaron al arsenal en busca de las herramientas necesarias. Yo iba con todos los demás, y creo que hasta me animé: quería ver y saber cuanto antes qué clase de trabajo era. ¿Cómo eran los trabajos forzados? ¿Y cómo iba yo, por primera vez en mi vida, a trabajar?

Lo recuerdo todo, hasta el menor detalle. En el camino se nos cruzó un hombre con barba, se paró y se llevó la mano al bolsillo. Inmediatamente se destacó un preso de nuestro grupo, se quitó el gorro, cogió la limosna —cinco kopeks— y volvió deprisa a su sitio. El hombre se santiguó y siguió su camino. Los cinco kopeks los gastamos en rosquillas, que nos comimos aquella misma mañana, distribuyéndolas por partes iguales entre todos los de nuestro grupo.

En nuestro grupo, unos solían ser hoscos y taciturnos; otros, indiferentes y abúlicos; unos terceros charlaban perezosamente entre sí. Había uno terriblemente alegre y jovial que iba cantando todo el camino y casi bailaba, haciendo sonar los grilletes a cada brinco. Era aquel preso bajo y regordete que la primera mañana de mi estancia en el presidio discutió con otro por el agua a la hora de lavarse, porque aquél insensatamente osó afirmar de sí mismo que era un pájaro «señor». Aquel alegre mozo se llamaba Skurátov. Finalmente, entonó una briosa canción, de la que recuerdo el estribillo:

Me casaron y yo no estaba,
que estaba en el molino.
Sólo faltaba la balalaika.

Su extraordinario buen humor suscitó, naturalmente, el enojo de algunos, que incluso lo consideraron poco menos que una ofensa.

—¡Ya aúlla! —le reprochó un preso que, por cierto, no tenía nada que ver en el asunto.

—¡El lobo sabía una canción y se la robó el de Tula! —observó otro de mal humor, con acento de *pequeño ruso*.

—Pues sí, yo soy de Tula, pero vosotros, en vuestra Poltava os ahogáis comiendo *galushki*[34].

—¡Miente! Y tú, ¿qué comías? Tomabas la sopa con *lapti*.

—¡Pues ahora el diablo le ceba con balas de cañón! —añadió un tercero.

—La verdad, hermanos, es que soy una persona delicada —respondió Skurátov con un leve suspiro, como si le pesase su delicadeza y dirigiéndose a todos en general y a ninguno en particular—; desde mi más tierna infancia me quitaron ciruelas y pan de leche *panfrés* —quería decir «dieron» y «francés», Skurátov jugaba con las palabras—; mis padres tienen aún un puesto en Moscú y venden el viento que corre: son unos comerciantes muy ricos.

—Y tú, ¿qué vendías?

—Pues diversas cosas, y bien que me iba. Fue entonces, hermanos, cuando me gané mis primeros doscientos…

—¿Rublos? —inquirió un curioso, que llegó a estremecerse al oír una suma tan grande.

—No, querido, rublos no, sino palos. ¡Luká eh, Luká!

—Luká para algunos, para ti Luká Kuzmich[35] –respondió de mala gana un preso pequeño y delgado, de nariz afilada.

—¡Bueno, Luká Kuzmich! ¡Vete al diablo! ¡Como quieras!

—Para algunos soy Luká Kuzmich, para ti, tío.

—¡Bueno, iros al diablo tú y tu tío! ¡Que no me dejas hablar! Quería deciros algo muy bueno. Bueno, hermanos, pues sucedió que no viví mucho tiempo en Moscú; al final me dieron quince latigazos de propina y me echaron. Entonces, yo…

—Y ¿por qué te echaron? —interrumpió uno, que seguía atentamente el relato.

—No vayas a la nevera, no bebas a morro, no gastes saliva en balde[36]; de modo, hermanos, que no conseguí hacerme rico de verdad en Moscú. Y tenía tantas ganas, tantas ganas de ser rico. Tenía tantas ganas que no sé cómo decirlo.

Muchos se rieron. Skurátov era, por lo visto, una persona de buen humor o, mejor dicho, uno de esos graciosos de buen grado, que parecen imponerse la obligación de distraer a sus hoscos compañeros y, naturalmente, sin obtener nada a cambio, sólo insultos. Pertenecía a un tipo especial y admirable de gente, del que quizá tenga aún ocasión de hablar.

—Pero si podríamos matarte a palos a ti en vez de a una marta cibelina —observó Luká Kuzmich—. Sólo por tu piel nos darían cien rublos.

Skurátov llevaba la pelliza más vieja y desgastada, llena de

remiendos por todas partes. Con aire indiferente, pero fijamente, miró de arriba abajo al otro.

—¡La cabeza vale cara, la cabeza, hermanos! —replicó Skurátov —. Cuando me despedí de Moscú, me quedó el consuelo de llevarla en su sitio. ¡Adiós, Moscú, gracias por las casas de baños, por el aire libre, y por tus famosos vergajazos[37]! En cuanto a mi pelliza, querido, nadie te obliga a mirarla.

—¿Es que tengo que mirar tu cabeza?

—Sí, esa cabeza no es suya, es prestada —intervino de nuevo Luká—. Se la dieron como limosna, por el amor de Cristo, en Tiumen, cuando pasó encadenado.

—Eh, Skurátov, ¿es que tenías un oficio?

—¡Menudo oficio! Era lazarillo, guiaba a los pobres ciegos y se llevaba sus dineros —observó uno de los malhumorados—. Ese era todo su oficio.

—Pues sí, probé a coser botas —respondió Skurátov, sin atender a la mordaz observación—, pero sólo llegué a coser un par.

—Y qué, ¿te las compraron?

—Sí, se las llevó uno que no tenía temor de Dios ni honraba a su padre ni a su madre; Dios le castigó: me las compró.

Todos los que rodeaban a Skurátov rompieron a reír.

—Luego volví a trabajar, pero ya aquí —continuó Skurátov con extraordinaria sangre fría—. Le puse unas punteras al teniente Stepán Fiódorich Pomórtsev.

—¿Y quedó contento?

—No, hermanos, no quedó contento, me maldijo para mil años y me dio un puntapié en el trasero. ¡Cómo se enfadó! ¡Qué engaño de vida, mi vida de preso!

Poco después el marido
de Akulina salió al patio…

Inopinadamente volvió a cantar y se puso a bailar de puntillas, tocándose los talones.

—¡Vaya desastre de persona! —gruñó el *pequeño ruso* que iba a mi lado, lanzándole una maliciosa mirada de través.

—¡Qué inútil! —sentenció otro en tono serio y concluyente.

Yo no alcanzaba a comprender por qué se enojaban con

Skurátov, ni por qué, en general, según pude observar aquellos primeros días, despreciaban a todos los presos que estaban de buen humor. Atribuí la ira del *pequeño ruso* y de los otros a motivos personales. Pero no se trataba de nada personal, sino de que Skurátov no mantenía el tipo y no tenía la apariencia severa de afectada dignidad de la que estaba contagiado hasta la pedantería todo el presidio; en una palabra: porque era, según la expresión de ellos, «un inútil». Sin embargo, no todos se enojaban con los presos con buen humor, y no todos los trataban como a Skurátov y a otros semejantes a él. Todo dependía de cómo permitía uno que le tratasen: un hombre bonachón y sin malicia enseguida era sometido a humillaciones. Eso me asombró. Pero también había entre los presos con buen humor quienes sabían defenderse y no se dejaban pisotear por nadie: a ésos había que respetarles. En ese mismo grupo había uno de los que sabían enseñar los dientes y que, en el fondo, era muy divertido y simpático, cosa que sólo supe más tarde: un mozo alto y corpulento, con una gran verruga en el carrillo y una expresión de cara sumamente cómica, aunque bastante apuesta e inteligente. Le llamaban «el Zapador», porque en un tiempo había servido en el cuerpo de zapadores; ahora se hallaba en la sección especial. Más adelante hablaré de él.

Por lo demás, no todos los «serios» eran tan expansivos como el *pequeño ruso* que no soportaba la alegría. En el penal había algunos reclusos que aspiraban a la primacía, al conocimiento de todas las cosas, al ingenio, al carácter, a la inteligencia. Muchos de ellos eran, en efecto, personas inteligentes y de carácter, y alcanzaban lo que se proponían, la primacía y una considerable influencia moral sobre sus compañeros. Con frecuencia eran grandes enemigos entre sí, y a cada uno de ellos había muchos que le odiaban. Miraban con dignidad e incluso condescendencia a los demás presos, no emprendían discusiones inútiles, estaban bien vistos por los jefes, contribuían a poner orden en los trabajos y ninguno de ellos ponía pegas, por ejemplo, a que cantasen: no se rebajaban a tales nimiedades. Conmigo, todos se mostraron muy amables durante toda mi condena, aunque no muy habladores; acaso también por dignidad. De ellos también he de hablar más adelante.

Llegamos a la orilla. Abajo, en el río helado, estaba la barcaza que debíamos desmontar. En la otra orilla azuleaba la estepa; el

paisaje era árido y desértico. Yo esperaba que todos se pusieran a trabajar, pero nadie pensaba en eso. Algunos se sentaron en unos troncos cortados en la orilla; casi todos sacaron de sus botas una bolsita con tabaco del lugar, que se vendía por hojas en el mercado, a tres kopeks la libra, y una pipa corta de madera con adornos hechos a mano. Encendieron las pipas; los soldados de la escolta formaron una cadena a nuestro alrededor y, con cara de gran aburrimiento, se pusieron a vigilarnos.

—¿Y a quién se le habrá ocurrido desmontar esta barcaza? —murmuró uno, como para sus adentros, sin dirigirse a nadie—. ¿Necesitarán astillas o qué?

—A alguien que no nos tiene miedo, a ése se le habrá ocurrido —observó otro.

—¿Adónde irán esos palurdos? —preguntó el primero, tras una pausa, sin atender a la respuesta a su pregunta anterior y señalando a unos campesinos que, a lo lejos, avanzaban en fila india sobre la nieve virgen. Todos se volvieron perezosamente para mirar en aquella dirección y, para matar el tiempo, empezaron a hacerles burla. Uno de los campesinos, el último de la fila, andaba de manera bastante ridícula, con los brazos en jarras y la cabeza ladeada, cubierta con un gorro rústico, alto y con forma de cono truncado. Toda su figura se destacaba íntegra y nítidamente sobre la blanca nieve.

—Mirad qué facha lleva el hermano Petróvich —observó uno, imitando el acento de los campesinos. Es de notar que los presos miraban en general a los campesinos con cierto desprecio, aunque la mitad de ellos era de origen campesino.

—El de atrás, amigos, anda como si estuviese plantando rábanos.

—Es que le pesa la mollera; seguro que tiene mucho dinero —observó otro.

Todos se echaron a reír, pero con cierta indolencia, como con desgana. Entretanto, llegó la vendedora de rosquillas, una muchacha despierta y vivaracha.

Le compraron rosquillas con los cinco kopeks de la limosna, y las repartieron por igual.

El joven que vendía rosquillas en el penal le compró dos docenas y se puso a discutir animadamente con ella para que le diese tres

rosquillas de comisión y no dos, como se hacía habitualmente. Pero la vendedora no cedía.

—¿Bueno, no me das una más?

—¿Cuál?

—La que no se comen los ratones.

—¡Mala víbora te pique! —chilló la muchacha, echándose a reír.

Finalmente se presentó, con una vara, el suboficial responsable de los trabajos.

—Eh, vosotros, ¿qué hacéis sentados? ¡A empezar!

—Díganos las tareas, Iván Matvéich —exclamó uno de los «cabecillas», incorporándose lentamente.

—¿Por qué no lo pedisteis antes de salir? Desmontad la barcaza, ésa es la tarea.

Por fin se fueron levantando y bajaron hacia el río, arrastrando a duras penas los pies. Inmediatamente surgieron del grupo los «encargados», aunque sólo lo fuesen de palabra. Resultó que la barcaza no se podía desguazar de cualquier manera, sino conservando en la medida de lo posible los tablones y, sobre todo, los travesaños, sujetos con grandes cuñas de madera al fondo: un trabajo largo y fastidioso.

—Antes que nada habría que quitar este tablón. ¡Vamos a ello, chicos! —propuso uno que no era ni organizador ni cabecilla, sino sólo un joven trabajador, callado y tranquilo, que hasta entonces no había dicho nada y, agachándose, abarcó con las manos un grueso tablón, esperando que le ayudasen. Pero nadie le ayudó.

—¡Ánimo, que ya lo levantas! Ni aunque venga tu abuelo el oso lo levantas —refunfuñó alguno entre dientes.

—Buenos, hermanos, ya me diréis cómo empezamos, yo no lo sé… —admitió perplejo el adelantado, dejando el tablón y levantándose.

—No vas a hacer el trabajo tú solo… ¿por qué te adelantas?

—No sabe ni dar de comer a tres gallinas y quiere ser el primero… ¡Qué avutarda!

—Yo, hermanos, no he… tan sólo lo hacía para… —trató de justificarse el adelantado.

—¿Es que queréis que os forre a palos o que os ponga en salmuera para el invierno? —gritó de nuevo el encargado, mirando perplejo a aquellos veinte hombres que no sabían cómo empezar el

trabajo—. ¡A empezar! ¡Deprisa!

—¡Más deprisa no se puede hacer, Iván Matvéich!

—Pero si tú no haces nada, Savéliev. Sí, a ti te lo digo, Hablador Petróvich[38]: ¿qué haces ahí pasmado? ¡A empezar!

—Pero ¿qué voy a hacer yo solo?…

—Díganos las tareas, Iván Matvéich.

—Ya lo he dicho: no hay tareas. Desmontad la barcaza y marchaos. ¡A empezar!

Finalmente, se pusieron a trabajar, pero con indolencia, sin ganas, torpemente. Daba enojo mirar a aquel grupo de trabajadores sanos y robustos que parecían incapaces de ponerse manos a la obra. Cuando se pusieron a arrancar el primer travesaño, el más pequeño, éste se partió: «se parte solo», y se lo llevaron al suboficial como prueba; por tanto, así no se podía trabajar, había que hacerlo de otro modo. Tuvo lugar una larga deliberación entre ellos sobre cómo acometer de otro modo el trabajo, qué hacer. Como es de suponer, poco a poco fueron saliendo a relucir los insultos, las amenazas de males mayores… El suboficial gritó de nuevo y agitó la vara, y de nuevo se partió el travesaño. Por último, resultó que no había hachas suficientes y que había que traer herramientas. Inmediatamente mandaron al penal a dos presos, con escolta, a buscar herramientas, y entretanto todos los demás se sentaron tranquilamente en la barcaza, sacaron sus pipas y se pusieron de nuevo a fumar.

El suboficial acabó escupiendo:

—No hay quien os haga trabajar ¡Qué gente, qué gente! —gruñó furioso, dejó caer los brazos y se dirigió al penal agitando la vara.

Una hora después llegó el jefe de obras. Tras escuchar con calma a los presos, declaró que les fijaba como tarea sacar otros cuatro travesaños, pero sin que se partiesen, enteros y, además, tenían que desmontar buena parte de la barcaza, hecho lo cual, podían volver a casa. La tarea era grande, pero, ¡Señor!, cómo se pusieron manos a la obra. ¿Qué fue de la pereza y de la indecisión? Resonaron las hachas, comenzaron a quitar las cuñas. Los demás pusieron como palancas gruesos palos y, aplicándoles veinte manos, sacaron limpia y magistralmente los travesaños, que, con gran asombro mío, salían ahora enteros y sin partirse. La faena cundía. Todos parecían muy listos ahora. No había insultos ni palabras inútiles, cada uno sabía

qué decir, qué hacer, dónde ponerse y qué aconsejar. Justo media hora antes del tambor, la tarea fijada estaba hecha y los presos regresaron a casa, cansados, pero muy contentos, aun cuando sólo habían ganado en total una media hora sobre el tiempo reglamentario. Por lo que a mí respecta, me di cuenta de una cosa: adondequiera que fuese a ayudar durante el trabajo, estaba fuera de lugar, molestaba y me echaban poco menos que insultándome.

Hasta el último harapiento, que era el peor trabajador y que no se atrevía a abrir la boca delante de los demás presos, más diestros y sensatos que él, se consideraba con derecho a gritarme y a echarme de su lado, con el pretexto de que le molestaba. Por último, uno de los diestros me dijo abiertamente y con grosería:

—¿Adónde va usted? ¡Apártese de una vez por todas! ¿Por qué se mete donde no le llaman?

—Ha caído en el talego —saltó otro al instante.

—Más te vale que cojas una escudilla y vayas a pedir limosna para una iglesia de piedra o a predicar contra el tabaco[39], que aquí no tienes nada que hacer.

Tenía que mantenerme apartado, y estar apartado cuando todos trabajaban era algo que me remordía la conciencia. Pero cuando me aparté y me puse en la otra punta de la barcaza, enseguida gritaron:

—¡Vaya trabajadores que nos mandan! ¿Qué se puede hacer con ellos? No se puede hacer nada.

Todo esto lo hacían a propósito, porque les divertía. Tenían que cargarse al antiguo noble, y estaban contentos por la ocasión que se les presentaba.

Ahora se comprende por qué, como ya dije antes, mi primera pregunta al ingresar en el penal fue: «¿Cómo comportarse? ¿Qué actitud adoptar frente a esta gente?». Yo presentía que a menudo chocaría con ellos, como sucedía ahora en el trabajo. Pero, a pesar de tales choques, decidí no cambiar el plan de acción, que ya, en parte, tenía pensado en aquel tiempo; sabía que era justo. Y era éste: decidí que debía comportarme de la manera más sencilla e independiente posible; no mostrar un interés especial en acercarme a ellos, pero sin rechazarles si deseaban acercarse a mí. No tener miedo de sus amenazas ni de su odio y, en la medida de lo posible, hacer como si no los notara. No acercarme a ellos en determinados puntos y no transigir con algunos de sus usos y costumbres; en una

palabra, no buscar por mi cuenta su camaradería. Desde la primera mirada adiviné que al principio me despreciarían por eso. Sin embargo, ellos pensaban (lo supe más tarde con seguridad) que yo debía acreditar y respetar ante ellos mi origen noble, es decir, dármelas de delicado, hacer remilgos, despreciarles, bufar a cada paso y escaquearme del trabajo. Esa era la noción que tenían de un noble. Naturalmente, me habrían criticado, pero en su fuero interno me habrían respetado. Ese papel no me iba bien; yo nunca había sido un noble, según su noción; pero, en cambio, me hice la promesa de no humillar con ninguna concesión ni mi cultura ni mi modo de pensar. Si, para complacerles, me hubiese rebajado, mostrado de acuerdo con ellos, permitido una familiaridad excesiva con ellos y hubiera difundido sus diversas «cualidades», para ganarme sus simpatías, ellos habrían imaginado que lo hacía por miedo y cobardía, y me habrían dado la espalda con desprecio. A… v no servía como ejemplo: les denunciaba ante el mayor y ellos le temían. Por otra parte, tampoco quería encerrarme ante ellos en una fría e inaccesible cortesía, como hacían los polacos. Vi entonces muy bien que me despreciaban porque yo quería trabajar, igual que ellos; no me las daba de delicado ni hacía remilgos delante de ellos; y, aunque estaba seguro de que tendrían que cambiar de opinión respecto a mí, no obstante, la idea de que entonces tenían derecho a despreciarme al pensar que yo trataba de congraciarme con ellos trabajando… esa idea me amargó terriblemente.

Cuando por la tarde, al acabar el trabajo del mediodía, regresé al penal, cansado y agotado, una espantosa pena se apoderó de mí. «¿Cuántos miles de días como este tengo por delante, todos iguales, idénticos?», pensé. En silencio, al anochecer, paseé por detrás de los barracones, a lo largo de la empalizada, y de pronto vi a nuestro Shárik, que venía corriendo derecho a mí. Shárik era el perro del presidio, como hay perros de una compañía, de un batallón y de un escuadrón. Vivía en el penal desde tiempos inmemoriales, no pertenecía a nadie, a todos les consideraba sus amos y se alimentaba con las sobras de la cocina. Era un perro bastante grande, negro con manchas blancas, no muy viejo, con ojos inteligentes y una cola lanuda. Nadie le acariciaba nunca, nadie le hacía ningún caso. Desde el primer día, yo le acaricié y le di de comer pan en mi mano. Al acariciarle yo se quedaba quieto, me

miraba cariñosamente y, en señal de alegría, meneaba suavemente la cola. Ahora, como hacía mucho que no me había visto, a mí, el primero en varios años que había tenido la idea de hacerle unas caricias, corría buscándome entre todos y, al descubrirme tras los barracones, vino ladrando a mi encuentro. No sé qué me pasó, pero me puse a besarle y le abracé la cabeza; él levantó las patas delanteras, las puso en mi hombro y empezó a lamerme la cara. «¡Este es el amigo que me envía el destino!», pensé, y desde entonces, cada vez que, en aquellos primeros tiempos, duros y sombríos, volvía del trabajo, lo primero que hacía, antes de entrar en ningún sitio, era irme detrás de los barracones con Shárik, que saltaba delante de mí, ladrando de alegría, cogerle la cabeza y ponerme a darle besos y más besos mientras un sentimiento dulce, y al mismo tiempo dolorosamente amargo, me oprimía el corazón. Recuerdo que incluso me era grato pensar, como si me jactase de mi tormento, que en todo el mundo sólo me quedaba entonces una criatura que me amaba, que me tenía apego: mi amigo, mi único amigo, mi fiel perro Shárik.

Capítulo VII

Nuevos conocidos. Petrov

Pero el tiempo pasaba y yo, poco a poco, me iba acostumbrando a aquella vida. Cada día me turbaban menos las manifestaciones cotidianas de mi nueva vida. Los acontecimientos, el ambiente, la gente, todo se iba haciendo familiar a mis ojos. Resignarse a aquella vida era imposible, pero ya era hora de aceptarla como un hecho consumado. Enterré en lo más profundo todos los malentendidos que aún me quedaban. Ya no erraba por el presidio como alguien perdido ni dejaba traslucir mi angustia. Las miradas feroces de curiosidad de los presidiarios ya no se fijaban en mí con tanta frecuencia ni me seguían con tan descarada insolencia. Era evidente que ellos también se fueron acostumbrando a verme, de lo que me alegraba mucho. Andaba ya por el penal como por mi casa, sabía mi puesto en el camastro e incluso me había acostumbrado ya a cosas a las que pensé que no podría acostumbrarme en toda mi vida. Iba regularmente cada semana a que me afeitasen media cabeza. Cada sábado, en el tiempo de descanso nos llamaban por turno para eso, y nos llevaban desde el penal al cuerpo de guardia (el que no se afeitara tenía que responder de ello), y allí los barberos del batallón nos enjabonaban la cabeza con agua fría y nos rapaban sin piedad con sus desafiladas navajas; todavía hoy se me pone la carne de gallina al recordar aquel tormento. Por lo demás, pronto se halló un remedio: Akim Akímich me indicó un preso, de la categoría militar, que por un kopek afeitaba con una navaja suya a quien quisiera y así se ganaba un dinero. Muchos presidiarios acudían a él para escapar de los barberos del penal, y eso que no eran delicados. A nuestro preso barbero le llamaban «el Mayor», no sé por qué y

tampoco puedo decir en qué podría parecerse al mayor. Ahora, al escribir esto, evoco la figura del tal Mayor, un tipo alto, enjuto y callado, muy simplón, absorto siempre en su labor y continuamente con el asentador en la mano, en el que día y noche afilaba su desgastadísima navaja y, al parecer, se consagraba a esa tarea tomándola, por lo visto, como la misión de toda su vida. En efecto, se mostraba sumamente satisfecho cuando su navaja era buena y cuando alguno iba a afeitarse: jabonaba con agua tibia, tenía la mano ligera y afeitaba con suavidad. Parecía complacerse y enorgullecerse de su arte y aceptaba con desdén el kopek ganado, como si trabajara por amor al arte y no por el dinero. A…v lo pasó mal con nuestro mayor cuando, al informarle sobre el penal, mencionó en una ocasión el nombre de nuestro preso barbero e imprudentemente le llamó «el Mayor». El mayor de la plaza, sumamente ofendido, montó en cólera: «¿Sabes tú, canalla, qué es un mayor? —gritó echando espuma por la boca y corrigiendo a su manera a A…v—. ¿Comprendes qué es un mayor? ¿Cómo te atreves a llamar "mayor" a un canalla preso, delante de mí, en mi presencia?». Sólo A…v podía entenderse con semejante persona.

Desde el primer día de mi vida de presidio comencé a soñar con la libertad. Calcular cuándo terminarían mis años de presidio, de mil maneras distintas y en mil ocasiones, constituía mi ocupación favorita. No podía pensar en otra cosa, y estoy seguro de que lo mismo le sucede a todo el que está privado temporalmente de libertad. No sé si los presos pensaban y calculaban igual que yo, pero la asombrosa ligereza de sus ilusiones me sorprendió desde mis primeros pasos. La esperanza del recluso privado de libertad es de otro tipo, completamente distinta a la del hombre que lleva una vida real. El hombre libre, desde luego, espera algo (por ejemplo, un cambio de suerte, la realización de alguna empresa), pero vive, actúa; la vida real le arrastra en su torbellino. No ocurre lo mismo con el preso. Admitamos que también es vida la vida de la cárcel, de presidio; pero, sea quien sea el preso e independientemente de la duración de su condena, él no puede aceptar de ningún modo, instintivamente, su destino como algo definitivo, resuelto, como parte de la vida real. Todo preso siente que no está en su casa, sino como de visita. Veinte años son para él como dos, y está convencido de que al salir de la cárcel a los cincuenta y cinco años estará tan

joven como ahora, a los treinta y cinco. «Todavía viviremos», piensa y aleja decididamente de él todas las dudas y todas las ideas desagradables. Incluso los condenados a perpetuidad, los de la sección especial, contaban a veces con que aquello no podía ser y que de pronto llegaría una orden de Píter[40]: «Trasladar a Nerchisnk, a las minas, y fijar un término a las condenas». Entonces, ¡qué bien! En primer lugar, hasta Nerchinsk se tarda en llegar casi medio año y es mucho mejor ir en la cuerda que estar en el penal. Y luego, a acabar la condena en Nerchinsk y entonces… ¡Así razonaba un recluso con canas!

En Tobolsk vi a hombres encadenados a un muro. El preso está sujeto por una cadena de un *sazhen*[41] de larga; al lado está su camastro. Lo encadenaron por algún crimen horrible, cometido en Siberia. Así están cinco o diez años. La mayoría son bandidos. Sólo vi a uno que parecía un señor; había prestado servicio alguna vez en algún sitio. Hablaba con calma, ceceando, con una sonrisa empalagosa. Nos mostró su cadena y nos hizo ver la manera más cómoda de acostarse en el camastro. ¡Debía ser un buen pájaro! Todos ellos se comportan con mansedumbre y parecen contentos, pero todos ansían cumplir cuanto antes su condena. ¿Para qué?, diréis. Pues para salir de aquellas mazmorras húmedas y asfixiantes, de bóvedas bajas de ladrillo, y pasear por el patio del presidio y… y sólo eso. Del presidio no le dejarán salir nunca. Él sabe que los encadenados al muro permanecerán en el penal a perpetuidad, hasta su muerte, y con grilletes. Lo sabe y sin embargo ansía cumplir cuanto antes el tiempo que ha de permanecer encadenado al muro. Porque, sin este deseo, ¿acaso podría pasar cinco o seis años encadenado al muro sin morirse y sin volverse loco? ¿Acaso otro podría?

Yo sentía que el trabajo podía salvarme, fortalecer mi salud, mi cuerpo. La continua inquietud espiritual, la excitación nerviosa, el aire viciado del barracón podían destrozarme completamente. «He de salir con frecuencia a tomar el aire, fatigarme cada día, aprender a llevar cargas pesadas, y sólo así me salvaré —pensaba—, me haré más fuerte y saldré sano, animado, robusto y joven». No me equivocaba: el trabajo y el ejercicio fueron muy beneficiosos para mí. Yo vi con horror cómo se fue consumiendo en el penal, como una candela, uno de mis camaradas de origen noble. Ingresó al

mismo tiempo que yo, aún joven, guapo, animado, y salió medio destrozado, canoso, sin piernas, asmático. «No —pensaba al verlo—, yo quiero vivir y viviré». A cambio de eso, de mi amor al trabajo, hube de soportar desde el principio y durante un buen tiempo muchas burlas y miradas de desprecio por parte de los presos. Pero yo no miraba a nadie y acudía animado a donde me mandaban, por ejemplo, a tostar y triturar alabastro, uno de los primeros trabajos que me enseñaron. Era un trabajo fácil. La jefatura de Ingenieros procuraba, en la medida de lo posible, aliviar el trabajo de los nobles, lo cual, por cierto, no era un acto de favor, sino sólo de justicia. Habría sido extraño exigir a un hombre de la mitad de fuerzas y que nunca había trabajado la misma labor que se asignaba según el reglamento a un verdadero trabajador. Pero semejante «mimo» no siempre se aplicaba, y hasta se aplicaba como a hurtadillas: los demás vigilaban muy de cerca. Bastante a menudo había que realizar faenas duras y entonces, naturalmente, a los nobles les resultaban el doble de pesadas que a los demás trabajadores. Al alabastro solían destinar a tres o cuatro hombres, viejos o débiles, entre los que, claro está, nos encontrábamos nosotros. Además, mandaban a un verdadero trabajador que conocía el oficio. Por lo general, designaron a lo largo de varios años a Almázov, un hombre severo, moreno y seco, ya entrado en años, poco sociable y gruñón. Nos despreciaba profundamente. Por lo demás, era muy poco hablador, hasta tal punto que incluso le daba pereza regañarnos. La barraca en la que se tostaba y trituraba el alabastro estaba también en la orilla escarpada y solitaria del río. En invierno, sobre todo en los días oscuros, era bastante aburrido mirar al río y a la otra orilla, lejana. En aquel paisaje árido y desierto había algo nostálgico que desgarraba el corazón. Pero acaso era más duro cuando sobre la interminable sábana blanca de la nieve brillaba vivamente el sol. ¡Quién hubiera podido volar hasta aquella estepa que empezaba en la otra orilla del río y se extendía hacia el sur como un inmenso mantel de mil quinientas verstas! Almázov solía ponerse a trabajar silenciosa y rigurosamente; nosotros parecíamos avergonzados de no poder ayudarle en realidad, y él, con toda intención, se las arreglaba solo y no nos pedía ninguna ayuda, como si quisiera que nosotros nos sintiéramos culpables ante él y que nos pesara nuestra inutilidad.

Todo el trabajo se reducía a encender el horno, donde había de tostarse el alabastro que nosotros metíamos. Al día siguiente, cuando el alabastro ya estaba completamente tostado, procedíamos a extraerlo del horno. Cada uno de nosotros cogía un pesado mazo, llenaba un cajón de alabastro y se ponía a triturarlo. Era un trabajo muy agradable. El frágil alabastro se convertía rápidamente en un polvo blanco y brillante: así de fácil y de bien se desmenuzaba. Nosotros esgrimíamos los pesados martillos y golpeábamos con tanto estrépito que daba gusto oírlo. Finalmente, nos cansábamos, y al mismo tiempo nos sentíamos bien; las mejillas nos ardían, la sangre circulaba más aprisa. Entonces, Almázov empezaba a mirarnos con indulgencia, como se mira a los niños pequeños; con indulgencia fumaba su pipa y sin embargo, no podía dejar de gruñir cada vez que hablaba. Por lo demás, era así con todos y, en el fondo, parece que era buena persona.

Otro trabajo al que me destinaron consistía en hacer girar la rueda de un torno en un taller. La rueda era grande, pesada. Se necesitaba mucho esfuerzo para hacerla girar, sobre todo cuando el tornero (de los talleres de Ingeniería) torneaba algo semejante a la baranda de una escalera o unas patas para una mesa grande destinada al mobiliario oficial de algún funcionario, para lo cual hacía falta casi todo un tronco. En tales casos, un hombre solo no tenía fuerzas suficientes y, por lo general, enviaban a dos, a mí y a otro noble, B. Ese trabajo nos fue adjudicado durante varios años siempre que había que tornear algo. B. era un hombre débil y enclenque, aún joven, y padecía del pecho. Ingresó en el penal un año antes que yo, junto con otros dos compañeros suyos: un viejo que se pasaba rezando día y noche (por lo que le respetaban mucho los reclusos), y que murió estando yo allí, y un joven mozo, sano, fuerte, apuesto y valiente, que había llevado a cuestas a B., agotado después de media jornada, durante un trayecto de setecientas *verstas*. Había que ver la amistad que existía entre ellos. B. era un hombre muy culto, generoso, de carácter magnánimo, pero muy estropeado e irritable por culpa de la enfermedad. Movíamos la rueda juntos y eso constituía nuestra ocupación. A mí ese trabajo me proporcionaba un excelente ejercicio.

También me gustaba mucho recoger la nieve. Eso sucedía generalmente después de las tormentas de nieve y era bastante

habitual en invierno. Después de un día de tormenta, la nieve llegaba a cubrir hasta la mitad de las ventanas de algunas casas, y a otras casi las cubría por completo. Entonces, cuando amainaba el temporal y salía el sol, nos enviaban en grandes cuadrillas —a veces hasta a todo el presidio— a quitar la nieve amontonada en los edificios públicos. Nos daban a cada uno una pala y nos asignaban una tarea común, a veces de tal magnitud que era de admirar cómo podíamos realizarla, y nos poníamos manos a la obra todos a la vez. La nieve, recién caída, estaba poco apelmazada y ligeramente helada por arriba, se recogía muy bien con la pala, en enormes terrones, y se esparcía por todas partes, convirtiéndose en el aire en un polvillo brillante. La pala se hundía sola en aquella masa blanca, que resplandecía al sol. Los presos casi siempre hacían este trabajo con alegría. El aire fresco del invierno y el ejercicio les animaban. Todos se ponían contentos; se oían risas, gritos, bromas. Empezaban a jugar con la nieve, y al poco tiempo protestaban los sensatos y los que odiaban las risas y el buen humor, y la diversión general solía terminar con insultos.

Poco a poco fui extendiendo el círculo de mis conocidos. Por lo demás, no pensaba en ello: aún estaba inquieto, apesadumbrado y receloso. Empecé a conocer a gente. Entre los primeros que vinieron a visitarme estaba el preso Petrov. Digo visitarme, e insisto especialmente en esta palabra. Petrov vivía en la sección especial, y en el barracón más alejado del mío. Era evidente que entre nosotros no podía haber ninguna relación; no teníamos y no podíamos tener absolutamente nada en común. Y sin embargo, en aquellos primeros tiempos, Petrov consideró casi una obligación venir a verme al barracón casi a diario o pararme cuando yo paseaba durante el tiempo libre por detrás de los barracones, a salvo, en la medida de lo posible, de todas las miradas. Al principio, aquello me desagradaba. Pero él consiguió que, al poco tiempo, sus visitas me distrajeran, a pesar de no ser especialmente sociable ni conversador. Físicamente era de baja estatura, complexión recia, ágil, inquieto, con una cara bastante agradable, pálido, ancho de espaldas, de mirada risueña, con dientes blancos, apretados y pequeños, con una eterna porción de tabaco mascado tras el labio inferior. Muchos presos acostumbraban a ponerse tabaco tras el labio. Parecía más joven de lo que era. Tenía cuarenta años, pero aparentaba treinta.

Hablaba siempre conmigo con suma desenvoltura, manteniéndose en pie de igualdad, es decir, con sumo tacto y delicadeza. Si notaba, por ejemplo, que yo buscaba la soledad, después de hablar conmigo dos minutos, me dejaba solo y cada vez me daba las gracias por la atención, lo que no hacía nunca con nadie en todo el penal. Es curioso que semejante relación continuara entre nosotros no sólo los primeros días, sino también en los años siguientes, sin que casi nunca se hiciera más estrecha, aunque él me tenía realmente mucho aprecio. Ni siquiera hoy podría decir qué quería él de mí y por qué venía a verme todos los días. Aunque luego alguna vez me robó, lo hizo como sin querer; casi nunca me pedía dinero, por tanto, no se acercó a mí por dinero o por un interés particular.

Tampoco sé por qué, pero siempre me pareció que él no vivía en el mismo penal que yo, sino en alguna casa lejana, en la ciudad, y que sólo visitaba el presidio como de paso, para tener noticias, verme a mí y ver cómo vivíamos. Siempre tenía prisa por ir a algún sitio, como si alguien le estuviese esperando en alguna parte, como si hubiese dejado algo a medio hacer. Sin embargo, parecía no darse mucha prisa. Había algo extraño en su mirada: fija, con un matiz de audacia y de burla, parecía dirigirse a lo lejos, más allá del objeto que tenía delante, como si tratase de distinguir otra cosa, más distante. Esto le daba un aspecto distraído. Algunas veces intenté averiguar adónde iba Petrov después de verme, dónde le esperaban. Pero, después de verme, se dirigía apresuradamente a algún barracón o a la cocina, se sentaba allí junto a alguno de los que hablaban, escuchaba con atención, a veces intervenía en la conversación con mucho ardor y luego, de pronto, se interrumpía y se quedaba callado. Pero, lo mismo si hablaba que si guardaba silencio, era evidente que sólo estaba de paso, que en alguna parte tenía algo que hacer y que allí le estaban esperando. Lo más extraño de todo era que nunca tenía nada que hacer; vivía en completa ociosidad (fuera de los trabajos forzados, se entiende). No sabía ningún oficio y casi nunca tenía dinero. Pero el dinero no le preocupaba mucho. Y ¿de qué hablaba conmigo? Su conversación era tan extraña como él. Veía, por ejemplo, que yo andaba sólo por detrás de los barracones y se volvía de pronto hacia mí. Siempre andaba deprisa, y se volvía bruscamente. Aunque viniera al paso, parecía como si corriese.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días!

—¿No le molesto?

—No.

—Quería preguntarle una cosa sobre Napoleón. ¿Es pariente del de 1812? —(Petrov era hijo de un soldado de la leva y sabía leer y escribir).

—Sí.

—¿Cómo es que le llaman presidente?

Siempre preguntaba deprisa, de carrerilla, como si le urgiese enterarse de algo. Exactamente como si hubiese recibido la orden respecto a un asunto muy importante, que no admitía la menor dilación.

Le expliqué que era presidente y añadí que pronto sería emperador.

—¿Y cómo?

También se lo expliqué como pude. Petrov escuchaba atentamente. Comprendía muy bien y enseguida se hacía una idea, incluso inclinaba la oreja hacia mi lado.

—¡Ejem! Quería preguntarle, Alexánder Petróvich, si es verdad lo que dicen que hay monos que tienen brazos que les llegan a los talones y que son tan grandes como el hombre más alto.

—Sí, los hay.

—¿Cuáles son?

Le expliqué también lo que sabía.

—¿Y dónde viven?

—En tierras cálidas. En la isla de Sumatra los hay.

—Eso está en América, ¿no? ¿No es allí donde dicen que la gente anda cabeza abajo?

—Cabeza abajo, no. Usted pregunta por las antípodas.

Le expliqué qué era América y, como pude, qué eran las antípodas. Escuchó tan atentamente que parecía que hubiera venido a verme sólo para preguntarme sobre las antípodas.

—¡Ah! Pues yo leí el año pasado algo sobre la condesa La Vallière[42] en un libro que me dejó el ayudante Arefiev. Entonces, ¿eso es verdad o sólo inventado? Era una obra de Dumas.

—Claro que inventado.

—Buenos, adiós. Se lo agradezco.

Y Petrov desaparecía. En realidad, casi nunca hablábamos de otro modo.

Empecé a informarme sobre él. M., al enterarse de que le conocía, me previno. Me contó que muchos presos le horrorizaban, sobre todo al principio, en los primeros días de presidio, pero que ninguno de ellos, ni siquiera Gazin, le producía una impresión tan horrible como ese Petrov.

—Es el más decidido y el más desalmado de todos los presos —me dijo M.—. Es capaz de todo; no se para ante nada si tiene algún capricho. Le degollaría a usted si se le antojara, así, sin más, le degollaría sin pestañear y sin arrepentirse. Hasta pienso que no está bien de la cabeza.

Aquel juicio me interesó sobremanera. Pero M. no pudo explicarme por qué tenía esa impresión. Y, cosa extraña, algunos años más tarde llegué a conocer bien a Petrov y a hablar con él casi a diario. Y aunque todo el tiempo me mostró sincero apego (aun cuando ignoro por qué), y aunque en todos esos años de presidio se comportó juiciosamente y no hizo nada horrible, cada vez que le miraba y hablaba con él yo me persuadía de que M. tenía razón y de que Petrov era, tal vez, el hombre más decidido y desalmado, y que no reconocía sobre sí ninguna autoridad. Pero tampoco puedo explicar por qué tenía yo esa impresión.

Hago notar, por cierto, que ese Petrov era el mismo que quiso matar al mayor de la plaza cuando le llamaron para imponerle el castigo y cuando el mayor «se salvó de milagro», como decían los presos, al irse instantes antes de la ejecución. Una vez, antes de ir a prisión, sucedió que un coronel le pegó durante la instrucción. Sin duda, le habían pegado antes muchas veces, pero en aquella ocasión no quiso resignarse y atravesó con la bayoneta al coronel a la luz del día y delante de toda la tropa. Por lo demás, no conozco con detalle toda esa historia; él nunca me la contó. Por supuesto, se trataba sólo de arrebatos en los que se manifestaba de pronto toda su naturaleza. Sin embargo, tales arrebatos le sucedían muy rara vez. Era, en efecto, una persona juiciosa e incluso pacífica. En él latían fuertes y ardientes pasiones; pero las candentes brasas estaban constantemente cubiertas de ceniza y ardían tranquilamente. Nunca observé en él ni sombra de la fanfarronería y de la jactancia que, por ejemplo, tenían otros. Rara vez discutía,

aunque tampoco era muy amigo de nadie, excepto quizá de Sirotkin, y eso cuando éste le era necesario. Una vez vi cómo se enojaba seriamente. No le daban algo, alguna prenda; le habían engañado en un reparto. Discutió con un preso forzudo, alto, malo, camorrista, burlón y nada cobarde: Vasili Antónov, un civil. Llevaban ya mucho rato gritando y yo pensé que la cosa acabaría, como mucho, a golpe limpio, porque Petrov, aunque muy rara vez, también insultaba y peleaba como el último preso. Pero en aquella ocasión no sucedió así: Petrov, de pronto, se puso pálido, tenía los labios trémulos y amoratados y empezó a respirar con dificultad. Se levantó de su sitio y despacio, muy despacio, sigilosamente, con los pies descalzos (en verano le gustaba mucho ir descalzo), se acercó a Antónov. De repente, en el barracón ruidoso y vociferante, enmudecieron todos. Se habría podido oír el vuelo de una mosca. Todos esperaban a ver qué pasaría. Antónov salió a su encuentro; tenía el rostro demudado… No lo resistí y salí del barracón. Esperaba que antes de bajar la escalera del porche oiría el grito del hombre degollado. Pero la cosa acabó en nada también aquella vez: Antónov, antes de que Petrov llegase hasta él, rápidamente y sin decir nada, le arrojó la prenda en litigio (un viejo trapo sin valor alguno, unos peales). Por supuesto, pasados unos dos minutos Antónov le espetó algunos insultos de poca monta, para tranquilizar su conciencia y guardar las formas, para mostrar que no se había acobardado tanto. Pero Petrov no hizo caso de ellos y ni siquiera le respondió: la cosa no estaba en los insultos y él había salido ganando. Estaba muy satisfecho y se llevaba los peales. Al cuarto de hora ya deambulaba por la prisión como antes, con aire de no hacer nada y como buscando algún lugar en que hablasen de algo curioso, para arrimarse, meter baza y escuchar. Todo parecía interesarle, pero la mayoría de las veces permanecía indiferente a todo y se limitaba a vagar por el presidio, yendo de un sitio a otro sin hacer nada. También se le habría podido comparar con un trabajador, con un sólido trabajador a quien le cunde el trabajo, pero a quien no se le ha asignado trabajo alguno y, a la espera de él, se sienta y juega con los niños. Yo tampoco comprendía por qué vivía en el penal, por qué no se había fugado. Si lo hubiera querido, no habría dudado en fugarse. A las personas como Petrov les rige la razón sólo hasta que desean algo. Entonces, en toda la tierra no hay obstáculos

a su deseo. Estoy seguro de que habría sabido fugarse hábilmente, engañando a todos, y de que habría podido pasarse una semana sin pan en mitad del bosque o del cañaveral de un río. Pero era evidente que no se le había ocurrido esa idea y que no lo había deseado plenamente. Nunca observé en él ni mucho razonamiento ni un juicio particularmente sano. Este tipo de gente nace con una sola idea que les dirige inconscientemente toda su vida de un sitio a otro, y andan agitados toda su vida hasta que encuentran una cosa plenamente conforme a su deseo; entonces pierden la cabeza. A veces me asombraba cómo ese hombre que había degollado a su jefe porque le había pegado, se sometía a los vergajazos sin objetar nada. A veces, cuando le descubrían con vodka, le azotaban. Como todos los presos sin oficio, a veces se dedicaba a pasar vodka de contrabando. Pero ante los vergajazos se tendía como si diese su consentimiento, es decir, como si reconociera su culpa. En caso contrario, nunca se habría tendido, ni aunque le matasen. También me asombraba yo cuando, a pesar del manifiesto afecto que me tenía, me robaba. Eso le sucedía por temporadas. Me robó la Biblia que le entregué únicamente para que la llevase de un lugar a otro. Aunque el camino era de unos cuantos pasos, se las ingenió para encontrar a un comprador, se la vendió y enseguida se gastó el dinero en bebida. Sin duda, tenía muchas ganas de beber y, como lo deseaba mucho, debía cumplir ese deseo. Alguien así es capaz de descuartizar a una persona por veinticinco kopeks para beberse con ellos una jarrita de vodka, mientras que en otro momento le dejará pasar con cien mil rublos. Esa misma tarde me confesó el robo, aunque sin la menor turbación ni arrepentimiento, completamente indiferente, como si se tratase de un suceso habitual. Intenté echarle una buena reprimenda, pues sentía haber perdido mi Biblia. Me escuchó sin irritarse, incluso con mucha serenidad; convenía conmigo en que la Biblia es un libro muy provechoso y sentía sinceramente que yo no la tuviera, pero de ningún modo sentía habérmela robado; me miraba con tanto convencimiento que al instante dejé de reprochárselo. Él soportó mis reproches pensando que no podía ser de otra manera, que yo debía reprenderle por semejante acto («Bueno, que se desahogue, que se consuele, que me insulte»), pero que, en el fondo, aquello era una estupidez, una estupidez tal que un hombre serio debería sentir vergüenza de

hablar de ella. Creo que, en general, me consideraba un niño, casi un bebé, incapaz de comprender las cosas más sencillas del mundo. Si, por ejemplo, le hablaba de algo, a excepción de las ciencias y de los libros, él me respondía, es cierto, pero como por cortesía únicamente, limitándose a las respuestas más breves. Con frecuencia yo me preguntaba: ¿para qué le interesarán esos conocimientos librescos sobre los que suele interrogarme? Alguna vez, durante esas conversaciones, le miraba de soslayo para saber si se reía de mí. Pero no lo hacía; normalmente me escuchaba con seriedad, atento, aunque, por cierto, no mucho, circunstancia esta que me desagradaba a veces. Él formulaba las preguntas con exactitud, con precisión, mas parecía no asombrarse de la información que yo le proporcionaba y la acogía con aire distraído. Me parecía también que, respecto a mí, sin romperse mucho la cabeza, había decidido que era imposible hablar conmigo como con los demás, y que, aparte de los libros, yo no entendía de nada y que incluso era incapaz de entender, por lo que no valía la pena molestarme.

Estoy convencido de que me quería, y eso me asombraba mucho. ¿Me consideraba inmaduro, un hombre incompleto? ¿Sentía por mí esa clase especial de compasión que instintivamente experimenta un ser fuerte por uno más débil, teniéndome a mí por tal?… No sé. Y, aunque nada de eso le impedía robarme, estoy seguro de que, al robarme, se compadecía de mí. «¡Vaya! —debía pensar al poner la mano en mis pertenencias—. ¿Qué tipo es este que no puede defender lo suyo?» Creo que precisamente por eso me quería. En cierta ocasión me dijo, como por descuido, que yo era «un alma demasiado buena» y «tan simple, tan simple que hasta daba lástima». «No lo tome a mal, Alexánder Petróvich —añadió al instante—. Lo que le he dicho me ha salido del alma».

A esa clase de gente les sucede a veces en la vida que surgen de pronto con fuerza y destacan mucho en momentos de alguna acción o rebelión brutal y general y de esa manera encuentran de golpe su completa realización. No son gente de palabras y no pueden ser ni los promotores ni los principales cabecillas, pero son sus principales ejecutores y los primeros en lanzarse a la acción. Comienzan sencillamente, sin grandes exclamaciones, pero, en cambio, son los primeros en saltar por encima de los primeros obstáculos, sin

pensárselo, sin temor, lanzándose directamente contra los cuchillos, y todos les siguen ciegamente, hasta el último muro, en el que, generalmente, sucumben. No creo que Petrov haya acabado bien; algún día, en un instante, de repente, morirá y si aún no lo ha hecho es porque aún no le ha llegado la ocasión. Después de todo, ¿quién sabe? Puede que viva hasta peinar canas y muera tranquilamente de viejo, deambulando sin finalidad alguna de un sitio a otro. Pero me parece que M. tenía razón al decir que era el hombre más decidido de todo el penal.

CAPÍTULO VIII

GENTE DECIDIDA. LUCHKA

De los hombres decididos es difícil hablar; en el presidio, como en todas partes, había muy pocos. A primera vista, parecen hombres feroces; si hacemos caso de las cosas que cuentan de ellos, rehuimos su compañía. Al principio, un sentimiento involuntario me impulsaba a apartarme de esa gente. Luego cambié mucho de opinión incluso respecto a los más feroces asesinos. Había quien no había matado a nadie y era más feroz que quien estaba allí por seis asesinatos. De algunos crímenes resultaba difícil hacerse siquiera una idea aproximada: hasta tal punto había cosas extrañas en su ejecución. Digo esto precisamente porque entre la gente llana de nuestro pueblo se cometen algunos crímenes por los más sorprendentes motivos. Existe, por ejemplo, y es bastante frecuente, este tipo de asesino: un hombre que vive tranquila y plácidamente. Se resigna a su triste suerte. Supongamos que es un *mujik*, un siervo, un hombre libre, un soldado. De pronto, algo estalla dentro de él; no soporta más y apuñala a su enemigo y opresor. Aquí comienza lo extraño: es un hombre que temporalmente se sale de sus casillas. El primero al que ha matado era su opresor, su enemigo; aunque se trata de un crimen, es comprensible; había una causa; pero luego sigue matando no ya a sus enemigos, sino al primero que encuentra, mata por placer, por una palabra grosera, por una mirada, para redondear la cuenta o simplemente por decir: «¡Quítate de mi camino, no te cruces, que paso yo!». Es como si estuviese borracho, como si delirase. Es como si, una vez que ha saltado la frontera de la ley, empezara a jactarse de que no hay nada sagrado para él; le causa placer saltar por encima de la ley y del poder y se deleita en

la libertad más desenfrenada y sin límites, esa opresión del corazón que acompaña al horror y que es imposible que él mismo no sienta. Sabe, por descontado, que le espera un terrible suplicio. Todo eso puede ser parecido a la sensación del hombre que desde una alta torre es atraído por el abismo que está bajo sus pies, de suerte que finalmente se alegraría de arrojarse cabeza abajo: ¡cuanto antes y asunto concluido! Y todo eso sucede con la gente más apacible e insignificante. Algunos de ellos, en ese delirio, incluso llegan a la jactancia. Cuanto más mansos fueron antes, mayor es la tentación de pavonearse ahora, de infundir miedo. Goza con ese miedo, le gusta la repulsión que inspira a los demás. Se reviste de una cierta desesperación, ese «desesperado» a veces aguarda cuanto antes el castigo, aguarda que lo sentencien, porque al final se le hace difícil soportar el peso de esa aparente desesperación. Es curioso que la mayoría de las veces ese talante, toda esa apariencia, dure sólo hasta el patíbulo y luego desaparezca igual que si se tratara de un plazo formal fijado de antemano por los reglamentos previstos para este caso. Allí, el hombre de pronto se amilana, se desdibuja, se convierte en un guiñapo. En el patíbulo gimotea… pide perdón al pueblo. Llega al presidio y le veis tan baboso, tan mocoso, tan sumiso que os asombráis: «¿Cómo es posible que sea el mismo que ha matado a cinco o seis personas?».

Sin duda, también hay en el penal presos que no se someten tan pronto. Aún conservan cierta arrogancia, cierta bravura: «Cuidado, no soy como pensáis; ya me he llevado a seis por delante». Pero, sin embargo, acaba sometiéndose. A veces se desahoga recordando sus audacias, las peleas que tuvo antes, cuando estaba «desesperado», y, si encuentra a un simplón, le gusta mucho darse importancia delante de él y presumir, y contarle sus andanzas, sin mostrar abiertamente las ganas que tiene de contarlas. «¡Mira qué hombre he sido!»

¡Con qué refinamiento observan esta vana precaución y qué descuidado resulta a veces semejante relato! ¡Qué estudiada fatuidad hay en el tono, en cada expresión del narrador! ¿Dónde ha aprendido el pueblo eso?

Una vez, en aquellos primeros días, en una larga tarde, ocioso y nostálgico, estaba tendido en el camastro y escuché uno de aquellos relatos, y por mi inexperiencia tomé a quien lo contaba por un

narrador colosal, un malhechor horrible, con un carácter de hierro, mientras que al mismo tiempo estuve a punto de reírme de Petrov. El tema del relato era cómo él, Luká Kuzmich, sin otro propósito que el de divertirse, había tumbado a un mayor. Este Luká Kuzmich era el mismo preso joven, pequeño, flaco y de nariz aguileña de nuestro barracón, *pequeño ruso* de origen, del cual ya hablé en otro pasaje. En realidad, era ruso, sólo que había nacido en el sur y era, al parecer, hijo de un siervo. Tenía, efectivamente, algo de ave rapaz, de arrogancia: «el pájaro es pequeño, pero sus garras son agudas». Pero los presos, instintivamente, calan a la gente. Le tenían muy poca estima o, como decían en el penal, «le apreciaban muy poco». Tenía un terrible amor propio. Aquella tarde estaba sentado en el camastro y cosía una camisa. Confeccionar ropa interior era su oficio. A su lado estaba un tipo torpe y de pocos alcances, pero bonachón y afable, recio y grande, su vecino en el camastro, el preso Kobylin. Luchka[43], por ser vecino suyo, discutía a menudo con él y, en general, le trataba con altanería, burlonamente y de manera despótica, lo que Kobylin no notaba por su simplicidad. Mientras tejía unos calcetines de lana, escuchaba con aire indiferente a Luchka. Éste contaba su historia con voz bastante alta y clara. Quería que todos le oyesen, aunque se esforzaba por aparentar que sólo se la contaba a Kobylin.

—A mí, hermano, me mandaron desde nuestra tierra a Ch…v. —empezó, mientras hurgaba con la aguja—, por ser un vagabundo.

—¿Cuándo fue eso? ¿Hace mucho? —preguntó Kobylin.

—Cuando los guisantes maduren, hará un año. Bueno, pues al llegar a K…v me metieron por poco tiempo en el penal. Miro: tengo a mi lado a doce hombres, todos *pequeños rusos*, altos, sanos, fuertes como toros. Pero muy mansos: la comida era mala y el mayor hacía con ellos lo que se le *entojaba*. —Luchka deformó la palabra adrede —. Estoy allí un día, estoy otro; y veo que son unos cobardes. «¿Por qué —les digo— aguantáis a ese idiota?» «Pues anda tú a hablar con él». Y hasta se ríen de mí. Pero me callo. Y había allí, hermanos, un *pequeño ruso* muy guasón —añadió de pronto, desentendiéndose de Kobylin y dirigiéndose a todos en general.

A continuación Luchka contó cómo le habían condenado y cómo había hablado con el juez y cómo había llorado a lágrima viva diciéndole que había dejado en su casa a su mujer y a sus hijos:

—El juez era un tío fuerte, gordo y con canas. Yo le digo: ¡No! Pero él, el hijo del demonio, venga a escribir, venga a escribir. Bueno, me digo, así revientes y yo te vea. Pero él, venga a escribir, venga a escribir… Entonces perdí la cabeza. Vasia, dame hilo, que este del penal está podrido.

—Éste es del mercado —respondió Vasia, dándole el hilo.

—El de nuestro taller es mejor. El otro día se lo encargamos a Nevalid[44], pero no sé a qué condenada tía se lo habrá comprado.

—A su comadre, seguro.

—Seguro que a su comadre.

—Bueno, ¿y qué fue del mayor? —preguntó Kobylin, completamente olvidado.

Era justo lo que necesitaba Luchka. Sin embargo no retomó enseguida su relato, como si no hiciera caso a Kobylin. Tiró del hilo tranquilamente y con parsimonia cruzó las piernas bajo su cuerpo y, por fin, continuó:

—Calenté tanto a los ucranianos que, al final, llamaron al mayor. Pero yo le pedí por la mañana a mi vecino su navaja, la cogí y me la escondí, por si acaso. El mayor se puso hecho una furia. Y viene. Bueno, les digo, no acobardarse. Pero a ellos se les cayó el alma a los pies; y temblaban así. Llega corriendo el mayor; borracho: «¿Quién es…? ¿Qué pasa aquí? Yo soy el zar y soy Dios».

»Al decir él: "Yo soy el zar y soy Dios", me adelanto —prosiguió Luchka— con la navaja en la manga.

»—No, Excelencia —le digo, y me acerco poco a poco a él—, no, ¿cómo puede ser, Excelencia, que sea nuestro zar y Dios?

»—Así que eres tú, eres tú… —gritó el mayor—, ¡el agitador!

»—No —le digo, y me acerco aún más a él—, no, Excelencia, como es sabido y como su Excelencia seguramente sabrá, sólo hay un Dios todopoderoso y que está en todas partes. Y zar sólo hay uno, al que Dios puso por encima de todos nosotros. Él es nuestro monarca. Su Excelencia no es más que mayor, nuestro jefe, Excelencia, por la gracia del zar y por sus propios méritos.

»—¡Có-mo, có-mo, có-mo! —cacareaba, sin poder hablar, pues se le trababa la lengua. Estaba hecho un lío.

»—¡Pues así! —le digo, y me lanzo contra él y le clavé, así y así, la navaja en la barriga, hasta el mango. ¡Una buena faena! Cayó boca arriba y estiró la pata enseguida. Tiré la navaja.

»—Mirad —les digo—. Ahora, levantadlo.

Y aquí haré una digresión. Por desgracia, expresiones como «Yo soy el zar y soy Dios», y muchas otras por el estilo, eran bastante usadas, en otros tiempos, por los jefes. Es preciso, por lo demás, reconocer que ya quedan pocos jefes de ésos y puede que hayan desaparecido del todo. Haré constar también que, particularmente, se jactaban y gustaban de jactarse con tales expresiones, en su mayoría, los jefes que procedían de los rangos inferiores. El grado de oficial parecía trastornarles las entrañas y también la cabeza. Después de haber estado largo tiempo bajo la férula y de haber recorrido todos los grados subalternos, se ven de pronto convertidos en oficiales, comandantes, nobles, y por falta de costumbre, con la primera embriaguez, exageran la idea de su poder y de su importancia; naturalmente, sólo en lo que respecta a los rangos inferiores. Ante los superiores siguen observando el servilismo de antaño, ya completamente innecesario e incluso enojoso para muchos jefes. Algunos de estos seres serviles se apresuran a declarar con especial solicitud ante sus jefes superiores que, debido a que proceden de los rangos inferiores, aunque ahora sean oficiales, «recordarán siempre cuál es su puesto». Pero respecto a los grados inferiores se convierten poco menos que en déspotas absolutos. Evidentemente, ahora es poco probable que haya gente así y mucho menos que se encuentre a alguien que grite: «Yo soy el zar, y soy el rey». No obstante, he de señalar que nada irrita tanto a los presos, y en general a los grados inferiores, como tales expresiones en boca de los jefes. Esa insolencia en su engreimiento, esa opinión exagerada de su impunidad, engendra odio en el hombre más sumiso y acaba con su paciencia. Por fortuna, todo esto pertenece casi al pasado, e incluso en otros tiempos era severamente perseguido por las autoridades. Conozco varios ejemplos de ello.

También, en general, irrita a los rangos inferiores toda negligencia altiva, todo desdén en el trato con ellos. Algunos piensan, por ejemplo, que basta con alimentar y mantener bien a un preso y aplicar la ley para dar por zanjado el asunto. También esto es un error. Toda persona, sea quien fuere y por muy humillada que esté, exige, aunque sea de una manera instintiva e inconsciente, que se respete su dignidad humana. El preso sabe que es un preso, un proscrito, y sabe cuál es su lugar ante la autoridad; pero ninguna

marca ni ningunos grilletes le harán olvidar que es una persona. Y, como en efecto es una persona, hay que tratarle como un ser humano. ¡Dios mío! Un trato humano puede humanizar incluso a aquél en el que hace tiempo que palideció la imagen de Dios. A estos «desgraciados» hay que tratarles de manera más humana. Esa es su salvación y su alegría. He conocido a comandantes buenos y nobles. He visto los efectos que producían en esos humillados. Algunas palabras amables bastaban para que los presos poco menos que resucitaran moralmente. Se alegraban como niños y, como niños, empezaban a amar. Haré notar también una cosa extraña: a los presos no les gusta que los jefes les traten con demasiada familiaridad y con demasiada benevolencia. El preso quiere respetar al jefe, y así le pierde el respeto. El preso quiere, por ejemplo, que el jefe posea condecoraciones, que tenga buena presencia, que goce de la gracia de sus superiores, que sea severo, importante y justo y que vele por su dignidad. Esos jefes son los que más les gustan a los presos: es decir, los que conservan su dignidad y no les ofenden; entonces, todo va bien.

*

—Te molerían a palos por aquello, ¿no? —observó tranquilamente Kobylin.

—Ejem. Sí, hermano, es cierto, me molieron a palos. Alí, pásame las tijeras. ¿Qué pasa hoy, hermanos, que no se juega? ¿Es que no hay *maidán*?

—Ya se han bebido el dinero —observó Vasia—. Si no se lo hubieran bebido, claro que habría.

—Sí, sí. Por ése dan en Moscú cien rublos —replicó Luchka.

—¿Y cuántos te dieron por todo aquello, Luchka? —volvió a preguntar Kobylin.

—Pues verás, amigo: ciento cinco. Casi me matan, lo que os digo, hermanos —recalcó Luchka, olvidándose de nuevo de Kobylin —. Cuando me condenaron a aquellos ciento cinco, me llevaron en procesión. Hasta ese día yo no sabía qué era el látigo. La gente acudió como moscas: toda la ciudad se amontonó allí; van a castigar a un bandido, un asesino, pues. ¡Qué gente tan estúpida! ¡No sabría decir cuánto! Timoshka[45] me desnudó, me tendió y me gritó:

«¡Aguanta, que esto quema!», y yo esperé: ¿cómo será? Cuando me arreó el primero, yo quería gritar, tenía la boca abierta, pero no me salía el grito. Me faltaba la voz. Al arrearme el segundo, lo creas o no, ya no oí contar dos. Y cuando volví en mí, oí contar: diecisiete. Así que, hermano, me bajaron del potro cuatro veces, para dejarme respirar media hora: me echaban agua. Y yo los miraba a todos con los ojos salidos y pensaba: «Aquí me muero».

—¿Y no te moriste? —preguntó ingenuamente Kobylin.

Luchka le miró de arriba abajo con el mayor desprecio; se oyó una carcajada.

—¡Qué zoquete!

—Es que está mal de la azotea —observó Luchka, como arrepintiéndose de haberse puesto a hablar con aquel individuo.

—¡No tiene mollera! —exclamó Vasia.

Aunque Luchka había matado a seis personas, nadie le tuvo nunca miedo en el penal, pese a que él deseaba con toda el alma pasar por un hombre terrible…

CAPÍTULO IX

ISÁI FÓMICH. EL BAÑO. EL RELATO DE BAKLUSHIN

Se acercaba la Navidad. Los presos la esperaban con cierta solemnidad y, al mirarles, yo también esperaba algo extraordinario. Cuatro días antes de la fiesta nos llevaron a los baños. En mis tiempos, sobre todo en mis primeros años, rara vez llevaban allí a los presos. Todos se alegraron y empezaron a prepararse. Se fijó que fuésemos después de la comida y que aquella tarde ya no se trabajaría. El que más se alegró y se entusiasmó de nuestro barracón fue Isái Fómich Bumstein, el preso judío del que ya hablé en el capítulo cuarto de mi relato. Le gustaba con locura tomar los baños de vapor, hasta perder el sentido, y cada vez que ahora, removiendo antiguos recuerdos, evoco el baño de los presos (el cual merece no ser olvidado), en el primer plano del cuadro aparece enseguida ante mí el rostro del bienaventurado e inolvidable Isái Fómich, compañero mío del presidio y de mi barracón. ¡Dios mío, qué gracioso y ridículo era aquel hombre! Ya dije algunas palabras de su figura: tenía unos cincuenta años, era enclenque, lleno de arrugas, con unas marcas espantosas en las mejillas y en la frente, delgado, debilucho, con el cuerpo blanco, de gallina. En la expresión de su semblante se traslucía una perpetua e inquebrantable autosatisfacción y hasta beatitud. Parecía que no le dolía lo más mínimo encontrarse en el penal. Como era joyero, y como no había joyero alguno en la ciudad, estaba continuamente haciendo trabajos de joyería para los señores y las autoridades de la ciudad. Aunque no fuera mucho, siempre le pagaban algo. No tenía necesidades, y hasta vivía como un rico, pero ahorraba dinero y lo prestaba con intereses a todo el presidio. Tenía su propio samovar,

un buen jergón, tazas y un juego completo de vajilla. Los judíos de la ciudad no le negaban su amistad y protección. Los sábados iba, con escolta, a la sinagoga de la ciudad (lo que estaba permitido por la ley), y vivía con bastante comodidad, aunque esperando con impaciencia cumplir su condena de doce años para «cazarze». Tenía la más cómica sonrisa de ingenuidad, estupidez, astucia, audacia, simpleza, timidez, jactancia e insolencia. A mí me extrañaba mucho que los presos no se rieran de él, salvo que alguna vez le gastasen una broma para divertirse. Isái Fómich, por lo visto, servía a todos de entretenimiento y diversión perpetua. «Él es único aquí; no toquéis a Isái Fómich», decían los presos, y él, aunque comprendía por qué lo decían, estaba visiblemente orgulloso de su importancia, lo que les divertía mucho. Llegó al penal de la manera más cómica (antes que yo, pero me lo contaron). De pronto, un día, al caer la tarde, en el tiempo de descanso, corrió por el penal el rumor de que había llegado un judío, que le estaban rapando en el cuerpo de guardia y que no tardaría en presentarse. Por aquel entonces no había ningún judío en el penal. Los presos le aguardaban con impaciencia y le rodearon en cuanto apareció por el portalón. Un suboficial le condujo al barracón de los presos civiles y le señaló su puesto en el camastro. Isái Fómich llevaba en las manos su petate, con las prendas reglamentarias que le habían entregado y sus efectos personales. Dejó el petate, se subió al camastro y se sentó con las piernas cruzadas, sin atreverse a alzar la vista. A su alrededor cundieron las risas y los chistes sobre los judíos. De pronto, se abrió paso entre los demás un joven preso que llevaba en la mano unos pantalones de verano viejísimos, sucísimos y sumamente andrajosos, y unos peales facilitados por la administración. Se sentó al lado de Isái Fómich y le dio una palmada en el hombro:

—¡Hola, amigo!, llevo ya seis años esperándote. Mira, ¿cuánto das por esto?

Y extendió ante él los harapos que llevaba.

Isái Fómich, que al entrar en el penal estaba tan asustado que ni siquiera se había atrevido a alzar los ojos hacia aquella masa de caras burlonas, desfiguradas y terribles que le rodeaban, y que por timidez no había dicho aún ni palabra, al ver aquellas prendas, se irguió de repente y empezó a palpar con los dedos los harapos.

Todos estaban esperando a ver qué diría.

—Bueno, ¿qué? Un rublo de plata ya me darás. Bien lo valen —continuó el preso, haciéndole un guiño a Isái Fómich.

—Un rublo no puedo, pero siete kopeks sí.

Esas fueron las primeras palabras que pronunció Isái Fómich en la prisión. Todos se echaron a reír.

—¿Siete? Bueno, dámelos. ¡Qué suerte tienes! Mira, guarda bien las prendas. Con tu cabeza me respondes.

—Con un interés de tres kopeks, hacen diez —continuó el judío con voz trémula y entrecortada, metiendo la mano en el bolsillo para sacar el dinero y mirando tímidamente a los presos. Tenía un miedo espantoso y quería acabar cuanto antes el asunto.

—Al año, ¿eh? ¿Tres kopeks de interés?

—No, al año, no, al mes.

—¡Qué agarrado eres, judío! ¿Cómo te llamas?

—Isái Fómich.

—Bueno, Isái Fómich, llegarás lejos entre nosotros. ¡Adiós!

Isái Fómich miró de nuevo las prendas, las dobló y las colocó cuidadosamente en su petate, entre las risas prolongadas de los presos.

En realidad, todos parecían tenerle afecto, y ninguno le ofendía, aunque casi todos estaban endeudados con él. Era inofensivo como una gallina y, al ver la buena disposición de ánimo de todos hacia él, llegaba incluso a fanfarronear, aunque de una manera tan cómica e ingenua que todos se lo perdonaban. Luchka, que había conocido a muchos judíos, se metía a menudo con él, pero no con mala intención, sino sólo para entretenerse, igual que se entretiene uno con un perro, un loro o un animal amaestrado. Isái Fómich lo sabía de sobra, no se enfadaba jamás y le respondía con destreza.

—¡Eh, judío, menuda paliza te voy a dar!

—Tú me pegarás a mí una vez; pero yo a ti, diez —replicaba con gallardía Isái Fómich.

—¡Maldito piojo!

—¿Y qué si tengo piojos?

—¡Piojoso judío!

—¿Y qué si lo soy? Piojoso, pero rico; mira cómo suenan las monedas.

—Vendiste a Cristo.

—¿Y qué si lo vendí?

—¡Bravo, Isái Fómich! ¡No le toquéis, que sólo tenemos uno! —gritaban, riendo, los presos.

—¡Eh, judío! ¡Probarás el látigo! ¡Irás a Siberia!

—Ya estoy en Siberia.

—Pues te mandarán aún más lejos.

—¿Y hay Dios allí?

—Sí hay.

—Pues que me manden; mientras haya Dios y tenga dinero, en todas partes se está bien.

—¡Bravo, Isái Fómich! ¡Qué valiente eres! —le gritaban todos, y aunque Isái Fómich se daba cuenta de que se estaban burlando de él, se animaba; los elogios de todos le producían una visible satisfacción, y se ponía a tararear por el barracón con voz de falsete: «La-la-la-la-la», un motivo absurdo y ridículo, la única tonadilla, sin letra, que tarareó mientras estuvo en prisión.

Más tarde, cuando nos hicimos muy amigos, me aseguró, bajo juramento, que aquella tonadilla y aquel motivo eran los que iban cantando seiscientos mil judíos, desde el más pequeño al más grande, al atravesar el Mar Rojo, y que a todos los judíos les estaba mandado entonar ese motivo en los instantes de triunfo y de victoria sobre sus enemigos.

Las vísperas de los sábados, a las cinco de la tarde, venían expresamente desde otros barracones al nuestro para ver cómo Isái Fómich iba a celebrar su sabbat. Era hasta tal punto ingenuamente engreído y vanidoso que esa curiosidad general también le producía satisfacción. Con pedantesca y afectada gravedad cubría en un rincón su minúscula mesilla con un mantel, abría el libro de rezos, encendía dos velas y, murmurando unas palabras misteriosas, se envolvía en su estola ritual («eztola», como decía él). Era una banda de diversos colores hecha de lana, que guardaba celosamente en su baúl. Se colocaba en ambas manos unos brazaletes, y en la cabeza, justo en la frente, se ataba con una cinta una cajita de madera, de suerte que parecía como si de su frente saliese un ridículo cuerno. Luego empezaba el rezo. Lo recitaba con voz cantarina, gritaba, escupía a un lado, daba vueltas sobre sí mismo y hacía gestos raros y ridículos. Sin duda, todo aquello estaba prescrito por el rito de la plegaria, y nada de ridículo y extraño había en ello; lo ridículo era

que Isái Fómich presumiera ante nosotros y se diese importancia con sus ritos. De repente, se cubría la cabeza con las manos y comenzaba a leer entre sollozos. Los gemidos iban en aumento, hasta que, exhausto y casi aullando, inclinaba sobre el libro la cabeza coronada por el arca; pero, de pronto, en medio de los sollozos más estremecedores, rompía a reír y a recitar con voz tierna y solemne y como alterada por el exceso de felicidad. «Se va a romper», decían los presos. Una vez le pregunté qué significaban aquellos sollozos y luego, de pronto, aquellos solemnes tránsitos de dicha y gloria. A Isái Fómich le gustaban mucho aquellas preguntas mías. Enseguida me explicó que el llanto y los gemidos representaban la idea de la pérdida de Jerusalén, y que la ley prescribía que, ante ese pensamiento, había que gemir lo más fuerte posible y darse golpes en el pecho. Pero que, en el instante de los gemidos más fuertes, él, Isái Fómich, como de improviso, debía de pronto (ese «de pronto» también estaba prescrito por la ley) acordarse de la profecía del regreso de los hebreos a Jerusalén. Entonces debía estallar inmediatamente de alegría con risas y cánticos y recitar las oraciones de modo que su voz expresase la mayor alegría posible, y su rostro la mayor solemnidad y nobleza. Aquel tránsito repentino y la ineludible obligación de hacerlo le gustaban sobremanera: lo veía como una original e ingeniosa muestra de habilidad, y con aire engreído me transmitió esa complicada regla de la ley. Una vez, en el punto culminante de la plegaria, entró en el barracón el mayor, acompañado del oficial de guardia y de varios soldados. Todos los presos se pusieron firmes delante del camastro, y sólo Isái Fómich continuó gritando y gesticulando aún más. Él sabía que los rezos estaban permitidos, que no era posible interrumpirlos, y que, al gritar delante del mayor, no corría ningún riesgo. Pero le resultaba sumamente agradable hacerse el interesante delante del mayor y presumir ante nosotros. El mayor se acercó hasta quedarse a un paso de él: Isái Fómich retrocedió hasta su mesilla y, en la cara misma del mayor, comenzó a recitar su profecía triunfal, agitando los brazos. Como le estaba prescrito en aquel momento expresar en su rostro una alegría y una nobleza extraordinarias, así lo hizo, entornando los ojos de un modo muy especial, riendo y meneando la cabeza hacia el mayor. Éste se quedó atónito y, por último, soltó una risotada, le llamó

idiota a la cara y se retiró, en tanto que Isái Fómich redoblaba sus gritos. Al cabo de una hora, mientras cenaba, le pregunté:

—¿Y si el mayor, con lo imbécil que es, se hubiese enfadado con usted?

—¿Qué mayor?

—¿Cómo que qué mayor? ¿Es que no le ha visto?

—No.

—Pero si estaba a un paso de usted, delante de sus narices.

Isái Fómich, con la mayor seriedad, me aseguró que no había visto absolutamente a ningún mayor y que, durante los rezos, se sumía en una especie de éxtasis, y no veía ni oía lo que pasaba a su alrededor.

Como si fuera hoy, veo a Isái Fómich paseando por el penal los sábados sin hacer nada, esforzándose al máximo para no hacer nada, como está prescrito por la ley judía en el día del *sabbat*[46]. ¡Qué anécdotas tan increíbles me contaba al volver de la sinagoga! ¡Qué noticias y rumores de Petersburgo tan inverosímiles me traía, asegurándome que los había oído a sus amigos judíos, y que ellos los sabían de primera mano!

Pero ya he hablado demasiado de Isái Fómich.

En toda la ciudad sólo había dos casas de baños públicos. La primera, que mantenía un judío, tenía cuartos numerados, cada uno de los cuales costaba cincuenta kopeks, y había sido construida para clientes de alto rango. La otra casa de baños era eminentemente popular, vieja, sucia, exigua. A esos baños iba nuestro presidio. Era un día helado y con sol; los presos estaban contentos porque salían de la prisión y verían la ciudad. Las bromas y las risas no faltaron por el camino. Nos escoltaba todo un pelotón de soldados con los fusiles cargados, ante el asombro de toda la ciudad. En los baños enseguida nos dividieron en dos turnos; el segundo turno esperaba en el frío vestíbulo a que el primero terminara de bañarse, lo que era indispensable por lo reducido de la sala de baños. Pero, pese a todo, ésta era tan exigua que resulta difícil imaginar cómo podía caber en ella la mitad de nosotros. Pero Petrov no se separó de mi lado; sin que yo se lo pidiera, acudió en mi ayuda y se ofreció para lavarme. Junto con Petrov, también me ofreció sus servicios Baklushin, el preso de la sección especial al que llamaban «el Zapador» y al que ya mencioné como el más alegre y simpático de

todos los presos, pues realmente lo era. Yo ya tenía con él un ligero trato. Petrov me ayudó hasta a desnudarme, pues yo, por la falta de costumbre, tardaba mucho en hacerlo, y en el vestíbulo hacía casi tanto frío como al aire libre. Por cierto, a los presos les resulta muy difícil desnudarse si antes no aprenden a hacerlo. En primer lugar, hay que saber sacarse aprisa los protectores de cuero de cuatro *vershok*[47] de largo, que se ponen encima de la ropa interior y debajo de la argolla de hierro que rodea el tobillo. Un par de estos protectores de cuero cuesta no menos de seis *grivnas*[48], pero todos los presos se las procuran por su cuenta, porque sin ellos es imposible andar. La argolla no se ajusta a la pierna y entre ambas cabe un dedo; de esa manera, el hierro golpea la pierna, la roza y en un día el preso sin protectores se haría heridas en los tobillos. Mas lo difícil no era quitarse los protectores de cuero. Más difícil era aprender a quitarse la ropa interior por debajo de los grilletes. Era todo un juego de manos. Para quitarse, pongamos por caso, la pernera izquierda de los calzones, había que pasarla primero hacia abajo entre la pierna y la argolla de los grilletes; luego, dejando libre la pierna, había que sacarla por la argolla hacia arriba. Después de esto, una vez desnuda la pierna izquierda, había que pasar hacia abajo la parte derecha por la argolla y, por último, sacar la prenda entera hacia arriba por la argolla derecha. La misma historia se repetía en el momento de ponerse la ropa limpia. A un novato le resulta difícil adivinar cómo se hace; el primero que nos enseñó a hacerlo fue el preso Korenev, en Tobolsk, que había sido atamán de una banda de forajidos y que llevaba ya cinco años encadenado. Pero los presos están acostumbrados y se desnudan sin la menor dificultad. Di a Petrov algunos kopeks para que comprara jabón y estropajo. A los presos nos daban, es verdad, jabón de la Administración, pero sólo un trozo del tamaño de una moneda de dos kopeks y del grosor de una de esas lonchas de queso que sirven para merendar en las casas de la gente de «clase media». Allí mismo, en el vestíbulo, vendían jabón, hidromiel, rosquillas y agua caliente. A cada preso sólo le daban, según el acuerdo hecho con el dueño de los baños, un cubo de agua caliente; el que quería lavarse mejor, podía procurarse por un *grosh* otro cubo, que le entregaban en la sala de baños por la ventanilla abierta a tal efecto desde el vestíbulo. Después de desnudarme, Petrov me llevó de la mano,

pues observó lo difícil que me resultaba andar con los grilletes. «Tire de ellos hacia arriba, hacia la pantorrilla —me dijo, sosteniéndome como si fuese mi instructor—, y aquí tenga cuidado, hay un escalón». A mí me remordía un poco la conciencia; quería asegurarle a Petrov que podía andar solo, pero él no me habría creído. Me trataba exactamente como a un niño pequeño y desvalido al que todos tienen que ayudar. Pero Petrov no era un criado, ni mucho menos; de haberle ofendido yo, él habría sabido qué hacer. Ni le prometí dinero por sus servicios, ni él me lo pidió. ¿Qué era lo que le incitaba a cuidarme tanto?

Cuando abrimos la puerta de la sala de baños, pensé que habíamos entrado en el infierno. Imaginad una habitación de doce pasos de largo y otros tantos de ancho, en la que se apretujaban, quizá, hasta cien personas a la vez, o, por lo menos, ochenta, puesto que habían separado a los presos en dos tandas y, en total, habíamos ido a los baños unos doscientos. El vapor cegaba los ojos, reinaban el tufo y la mugre. Era tal la estrechez que no había donde poner un pie. Sentí pánico y quise volverme atrás, pero Petrov me dio ánimos entonces. De algún modo, con grandísimas dificultades, nos abrimos paso hasta un banco, por entre cabezas de gente sentada en el suelo, rogándoles que se agachasen para que pasáramos. Pero todos los asientos de los bancos estaban ocupados. Petrov me dijo que había que comprar un sitio, y al instante entró en tratos con un preso que estaba sentado junto a una ventanilla. Por un kopek cedió su puesto, recibió al momento el dinero que Petrov había llevado previendo eso, apretado en el puño, e inmediatamente se metió debajo del banco, justo debajo de mi sitio, donde todo estaba oscuro, sucio y había una mugre viscosa de más de medio dedo de espesor. Incluso los sitios de debajo de los bancos estaban ocupados; allí también se amontonaba la gente. En todo el suelo no había ni un solo palmo en el que no estuviesen los presos encorvados, echándose agua de sus cubos. Otros estaban entre ellos erguidos y, sosteniendo el cubo en la mano, se lavaban de pie; el agua sucia se escurría directamente de sus cuerpos a las cabezas rapadas de los que estaban sentados en el suelo. En el banco superior y en todos los peldaños que conducían a él, había gente sentada, apretujada y encorvada, que se estaba lavando. Pero se lavaban poco. La gente del pueblo se lava poco con agua caliente y

jabón; lo que hace es sudar mucho y luego echarse encima agua fría, y ése es todo su baño. Unos cincuenta manojos de ramas de abedul subían y bajaban a la vez en el banco superior; todos se azotaban hasta el paroxismo. Echaban vapor cada minuto. Aquello no era calor: era un infierno. Todo vibraba y retumbaba con el ruido de las cien cadenas que se arrastraban por el suelo. Algunos, queriendo pasar, se enredaban en los grilletes de otros y tropezaban con las cabezas de los que estaban sentados abajo, se caían, blasfemaban y tiraban de aquéllos con los que habían tropezado. El agua sucia corría por todas partes. Todos estaban en un estado de embriaguez, de excitación; resonaban los gritos y los chillidos. Junto a la ventanilla del vestíbulo, a través de la cual daban el agua caliente, había insultos y empujones, toda una refriega. El agua caliente recibida se vertía sobre las cabezas de los que estaban sentados en el suelo, antes de llegar a su destino. De cuando en cuando, por la ventana o por la puerta entreabierta asomaba el bigotudo rostro de un soldado que, fusil en mano, vigilaba si había algún desorden. Las cabezas rapadas y los cuerpos de los presos, enrojecidos por el vapor, parecían aún más monstruosos. En las espaldas sometidas al vapor suelen destacar con mayor claridad las cicatrices de los latigazos y palos recibidos, de tal modo que aquellas espaldas parecían ahora recién fustigadas. ¡Qué terribles cicatrices! Sentí escalofríos al verlas. Soltaban más vapor y se formaba una nube densa, ardiente en la sala; todos chillaban y gritaban. De entre la nube se distinguían espaldas apaleadas, cabezas rapadas, manos y pies torcidos. Para completar el cuadro, Isái Fómich chillaba con toda su fuerza en el banco más alto. Sudaba hasta casi perder el sentido, pero, al parecer, no había calor que pudiera saciarle; por un kopek contrataba a un preso para que le azotara la espalda, pero éste acababa tirando las ramas y corría a echarse por encima un cubo de agua fría. Isái Fómich no se apuraba y contrataba a un segundo, a un tercero; en tales casos no reparaba en gastos y llegaba a cambiar hasta cinco veces de azotador. «El baño de vapor es sano. ¡Bravo, Isái Fómich!», le gritaban desde abajo los presos. Isái Fómich sentía en ese instante que estaba por encima de los demás, que había derrotado a todos; adoptaba un aire triunfal y con voz chillona y alocada, entonaba su aria: «La-la-la-la-la», que sepultaba todas las voces. Me vino a la cabeza la idea de

que si todos nosotros estuviésemos juntos en el infierno, habría de parecerse mucho a aquel sitio. No pude resistir la tentación de comunicar aquella idea a Petrov; él se limitó a mirar a su alrededor y a callarse.

Yo quería comprarle un sitio junto al mío, pero él se sentó a mis pies y me dijo que estaba muy a gusto. Baklushin, entretanto, nos compraba agua y nos la traía cuando la necesitábamos. Petrov me anunció que iba a lavarme de pies a cabeza: «Así quedará limpito», y me aconsejó insistentemente que tomase un baño de vapor, pero yo no me atreví. Petrov me enjabonó y me frotó todo el cuerpo. «Y ahora voy a lavarle los piececitos», añadió para concluir. Yo iba a responderle que podía lavármelos yo solo, pero no quise contradecirle, y me entregué a su voluntad. En el diminutivo «piececitos» no percibí ningún matiz de servilismo; era, sencillamente, que Petrov no podía llamar pies a mis pies, sin duda porque los demás, la gente verdaderamente mayor, tenía pies, y yo, sólo piececitos.

Después de lavarme con tales ceremonias, es decir, llevándome del brazo y previniéndome a cada paso, como si yo fuese de porcelana, me condujo al vestíbulo, me ayudó a ponerme la ropa interior y, cuando hubo terminado completamente conmigo, volvió a la sala de baños a tomar el vapor.

Cuando llegamos a casa, le invité a tomar el té. Nunca lo rechazaba; lo tomó y me dio las gracias. Se me ocurrió entonces la idea de procurarme una *kosushka*[49] de vodka y regalársela. Petrov se puso muy contento, se bebió el vodka, carraspeó y, tras decirme que yo le había resucitado, se dirigió aprisa a la cocina, como si allí hubiese algún asunto que no pudiesen resolver sin él. En su lugar se me apareció otro interlocutor, Baklushin, «el Zapador», a quien también había invitado en los baños a venir a tomar el té conmigo.

No conozco a persona más agradable que Baklushin. Es verdad que mantenía a raya a los demás, que incluso discutía con frecuencia, que no le gustaba que se metieran en sus cosas; en una palabra, que sabía cuidar de sí mismo. Pero no discutía mucho tiempo y, al parecer, todos le querían. Dondequiera que iba le acogían con agrado. Hasta en la ciudad le conocían como al hombre más divertido del mundo y que nunca perdía el buen humor. Era un tipo alto, de unos treinta años, de cara audaz y sencilla, bastante

guapo y con una verruga. Esta cara la deformaba a veces de manera tan cómica para imitar a quien fuera que los que le rodeaban no podían contener la risa. Era también uno de los bromistas; pero no cedía ni un ápice ante los desdeñosos enemigos de la risa, de modo que nadie le reprochaba ser un hombre «vacío e inútil». Estaba lleno de fuego y vida. Entabló amistad conmigo desde los primeros días y me contó que era hijo de soldado, que había servido en los zapadores y que le distinguían y estimaban algunos altos personajes, y, al recordarlo, se sentía muy orgulloso de ello. A mí enseguida se puso a preguntarme sobre Petersburgo. Incluso leía libros. Al venir a tomar el té conmigo, empezó por hacer reír a todo el barracón, al contar cómo el teniente Sh. le había dado lo suyo aquella mañana a nuestro mayor, y, una vez sentado a mi lado, me contó con cara de alegría que habría una función de teatro. En el penal se representaban obras de teatro los días de fiesta. Contaban con actores y construían poco a poco los decorados. Algunos de la ciudad habían prometido dar sus trajes para los papeles, incluso para los femeninos; hasta esperaban hacerse, con ayuda de un encargado, con un uniforme de oficial con charreteras. Lo único que faltaba es que al mayor no se le ocurriera prohibirlo, como el año pasado. Pero el año anterior, por Navidad, el mayor no estaba de buen humor: había perdido en el juego y, además, en el penal no se habían portado muy bien, por lo que fue y prohibió la función. Pero ahora quizá no quería aguar la fiesta. En una palabra, Baklushin estaba muy excitado. Se veía que él era uno de los principales promotores de la representación teatral, y yo, entonces, le prometí que asistiría sin falta a la función. La alegría ingenua de Baklushin por el éxito del teatro me llegó al alma. Poco a poco, nuestra conversación se animó. Entre otras cosas, me contó que no siempre había prestado servicio en Petersburgo, que estando allí cometió cierta falta y le destinaron como suboficial a R., a un batallón de guarnición.

—Desde allí me mandaron aquí —observó Baklushin.

—Y ¿por qué? —le pregunté.

—¿Por qué?

—¿Por qué cree usted, Alexánder Petróvich? Pues porque me enamoré.

—Vamos, vamos, por eso todavía no mandan a nadie aquí —

repliqué sonriendo.

—La verdad es —añadió Baklushin—, la verdad es que, por eso, le pegué un tiro a un alemán. Pero, por un alemán, ¿es que vale la penar deportar a alguien? ¡Juzgue usted mismo!

—Bueno, ¿cómo fue eso? Cuéntemelo, que es curioso.

—Es una historia bastante ridícula, Alexánder Petróvich.

—Mejor aún. Cuéntemela.

—¿Se la cuento? Bueno, pues escuche…

Escuché la historia, nada ridícula, pero sí bastante extraña, de un asesinato…

—La cosa fue así —empezó Baklushin—. Cuando me destinaron a R., veo una ciudad grande, bonita, sólo que con muchos alemanes. Bueno, yo, claro, era joven todavía, estaba bien visto por los jefes. Me paseo con la gorra ladeada, para pasar el rato, ya entiende. Les guiño el ojo a las alemanas. Me gustó una alemana, Luisa. Ella y su tía eran lavanderas, dejaban la ropa más blanca y limpia que nadie. La tía era una vieja presumida, y vivían holgadamente. Yo, al principio, rondaba su ventana, pero luego hice buenas migas con ella. Luisa también hablaba bien el ruso, aunque con acento alemán, y era tan linda como no he visto otra igual. Yo, al principio, iba al grano, pero ella me decía: «No, eso no puede ser, Sasha[50], porque quiero conservar toda mi inocencia para ser digna esposa tuya», y sólo me acariciaba; tenía una risa tan sonora… además, era tan pura como nunca vi otra igual. Ella quería que nos casáramos. ¡Cómo no iba a casarme, figúrese! Entonces, me preparo para ir a ver al coronel con mi petición… De pronto, veo que Luisa no acude a la cita; la segunda vez, no viene; la tercera, no se presenta… Le mando una carta, pero no responde a la carta. «¿Qué pasa?», pienso. Si me engañase, sería más astuta y contestaría a mi carta y vendría a las citas. Pero ella no sabía mentir y, por eso, simplemente cortó. Esto es cosa de la tía, pienso. Pero no me atrevía a ir a su casa. Aunque ella sabía lo nuestro, nosotros nos veíamos a escondidas. Me acaloro tanto que le escribo la última carta y le digo: «Si no vienes, iré a casa de tu tía». Ella se asustó y vino. Llora: me dice que hay un alemán, Schultz, un pariente lejano, relojero, rico y ya entrado en años, que quiere casarse con ella, «para hacerme feliz —me dice— y no quedarse sin mujer en la vejez; me quiere y hace ya tiempo que tenía esa intención, sólo que no decía

nada y se preparaba. Mira, Sasha —me dice—, él es rico y me hará feliz; ¿serías tú capaz de privarme de mi felicidad?». La miro: ella llora, me abraza… «¡Ah —pienso—, ella tiene razón! ¿Qué sacará casándose con un soldado, aunque sea suboficial?» «Bueno, Luisa, adiós —le digo—, queda con Dios, no quiero privarte de tu felicidad. Y él, ¿es guapo?» «No —dice—; es viejo, con una nariz larga…» Y se echó a reír. La dejé; bueno, pienso, ése no es mi destino. A la mañana siguiente pasé por la relojería, pues ella me había dicho la calle. Miro el escaparate: hay un alemán sentado, hace relojes, de unos cuarenta años, nariz corva, ojos saltones, vestido con un frac de cuello largo y duro, con aire de hombre importante. Escupí de rabia; me dieron ganas de romperle la luna… «Pero ¿para qué? —pensé—. Será mejor dejarlo estar y asunto concluido». Llegué al cuartel al anochecer, me tendí en mi cama y, créame, Alexánder Petróvich, me eché a llorar… Bueno, paso un día así, y otro, y luego otro. No veo a Luisa. Entretanto, una comadre (una vieja, también lavandera, a la que visitaba de vez en cuando Luisa) me contó que el alemán estaba enterado de nuestros amores y que por eso había decidido pedir su mano cuanto antes. De no ser así, habría aguardado otros dos años. Había hecho jurar a Luisa que no volvería a verme. Me dijo que, al parecer, las maltrataba y que era capaz de cambiar de idea, porque todavía no estaba decidido del todo. Me dijo también que dos días más tarde, el domingo por la mañana, las había invitado a tomar café en su casa y que asistiría un pariente suyo, un viejo que había sido comerciante y que ahora era más pobre que las ratas y trabajaba de guarda en un sótano. Al enterarme de que el domingo, quizá, decidirían todo, no pude contenerme de la rabia que me entró. Aquel día y el siguiente no hice otra cosa que pensar en eso. Creo que era capaz de comerme vivo al alemán.

»El domingo por la mañana aún no sabía yo nada, pero, al terminar la misa, me levanté de pronto, me puse el capote y me dirigí a casa del alemán. Pensaba encontrarlos allí a todos. ¿Por qué me dirigí a casa del alemán y qué quería decirles? Ni yo mismo lo sabía. Pero, por si acaso, me metí la pistola en el bolsillo. Era una pistola pequeña, vieja, con un gatillo de los de antes; ya de chico tiraba con ella. Ahora ya no disparaba. Sin embargo, le metí una bala. Pienso: intentarán echarme, se armará la bronca, entonces,

saco la pistola y les doy a todos un buen susto. Llego. En el taller no hay nadie, todos están sentados en la trastienda. Salvo ellos, no hay nadie, ningún criado. Él sólo tenía una criada alemana, que le servía también de cocinera. Atravieso la tienda y veo la puerta cerrada, pero era una puerta muy vieja, con un pestillo. El corazón me da un vuelco; me paro, escucho: hablan en alemán. Doy una patada con todas mis fuerzas y la puerta se abre de par en par. Miro: la mesa está puesta. Encima de la mesa hay una cafetera grande y bizcochos. El café hierve en un infiernillo. En otra bandeja, una jarrita de aguardiente, arenques, salchichón y una botella de no sé qué vino. Luisa y su tía, muy arregladas, están sentadas en el diván. Frente a ellas, en una silla, estaba el alemán, el novio, muy repeinado, con frac y cuello duro, con los picos levantados. A un lado, en otra silla, estaba callado el otro alemán, un viejo gordo y canoso. Al entrar yo, Luisa se quedó pálida. La tía dio un respingo y volvió a sentarse. El alemán, furioso, frunció el ceño, se levantó y salió a mi encuentro:

»—¿Qué desea usted?

»—Me quedé algo desconcertado, pero sentía una rabia enorme.

»—¿Que qué deseo? Recibe a tu invitado y ofrécele de beber. He venido de visita.

»El alemán se lo pensó un poco y dijo:

»—Siéntese.

»Me senté.

»—Dame —le digo— un poco de aguardiente.

»—Aquí tiene —me dice— aguardiente; beba si gusta.

»—Buen aguardiente me has dado —digo, preso de la ira.

»—Es un buen aguardiente.

»Me ofendía que me tratara de aquella forma tan rastrera. Y lo peor de todo es que Luisa nos miraba. Me lo bebo y le digo:

»—¿Por qué eres tan grosero, alemán? Tú debes ser mi amigo. He venido a verte para que seamos amigos.

»— Yo no puedo ser amigo suyo —me dice—; usted es un simple soldado.

»Al oír eso me llevaron los demonios.

»—¡Y tú eres un espantapájaros! —digo—. ¡Salchichero! ¿Sabes que en este momento puedo hacer contigo lo que quiera? ¿Quieres que te pegue un tiro?

»Saqué la pistola, me planté delante de él y le puse el cañón en la cabeza, a bocajarro. Los demás estaban más muertos que vivos, no se atrevían a decir ni pío; y el viejo temblaba como un flan, sin abrir la boca, completamente pálido.

»El alemán se quedó sorprendido; sin embargo, recobró el ánimo.

»—Yo a usted no le temo —dice—, y le pido, como hombre educado, que se deje de bromas ahora mismo. No le temo en absoluto.

»—¡Mientes! ¡Tienes miedo!

»Tenía tanto miedo que no se atrevía a mover la cabeza; bajo la pistola, y seguía sentado en la silla.

»—No —dice—; usted no se atreverá a hacer eso.

»—Y ¿por qué —le digo— no habría de atreverme?

»—Pues porque lo tiene terminantemente prohibido y porque recibiría un severo castigo.

»¡A aquel imbécil de alemán se lo llevaba el diablo! Si no me hubiese quemado la sangre, ahora estaría vivo. Por esa disputa vino todo.

»—Entonces —digo—, ¿crees que no me atrevo?

»—¡No!

»—¿No me atrevo?

»—Usted no se atreverá en absoluto a hacer eso conmigo…

»—¡Pues toma, salchicha!

»Aprieto el gatillo y él se desplomó en la silla. Los demás gritaron.

»Me meto la pistola en el bolsillo y me voy. Al llegar a la fortaleza, delante del portalón, tiré la pistola entre unas ortigas.

»Llego a mi casa, me echo en la cama y pienso: ahora vendrán a por mí. Pasa una hora, pasa otra y no vienen. Pero al caer la tarde, sentí una tristeza enorme. Salí a la calle. Deseaba ver a toda costa a Luisa. Pasé por delante de la relojería. Miro: hay gente, está la policía. Voy a ver a la comadre y le digo: “Avisa a Luisa”. Espero un poco y veo a Luisa que llega corriendo, se me echa al cuello y rompe a llorar: “Soy yo la culpable de todo —me dice—, por haberle hecho caso a mi tía”. Me dijo también que su tía, inmediatamente después de lo sucedido, se fue a su casa, y que se había llevado tal susto que se había puesto enferma y que…

callaría: “No ha dicho nada a nadie y a mí me ha prohibido hablar; tiene miedo; ¡que hagan lo que quieran! A nosotras —dice Luisa— nadie nos ha visto. Él había dado permiso a la criada, porque la temía. Le habría arrancado los ojos de cuajo de saber que él quería casarse. Tampoco había nadie del taller; a todos los había alejado. Él mismo hizo el café y preparó los entremeses. Y el pariente, como en toda su vida no ha abierto el pico, no dijo nada y después de lo sucedido, cogió su gorro y se largó el primero. Seguro que tampoco dirá nada”. Esto me dijo Luisa. Y así fue. Durante dos semanas no vino nadie a por mí, y nadie sospechó nada de mí. En esas dos semanas, lo crea usted o no, Alexánder Petróvich, conocí la felicidad. Veía todos los días a Luisa. ¡Qué cariño me había tomado! Lloraba: “Iré detrás de ti, dondequiera que te manden. ¡Lo dejaré todo por ti!”. Yo pensé morirme allí mismo: tanto me conmovieron sus palabras. Pero, al cabo de dos semanas, me detuvieron. El viejo y la tía se habían puesto de acuerdo y me denunciaron…

—Pero, aguarde un poco —interrumpí a Baklushin—, por eso sólo podían echarle diez o doce años a lo sumo, y en la categoría civil; pero usted está en la sección especial. ¿Cómo puede ser eso?

—Bueno, eso es por otro caso —dijo Baklushin—. Cuando me llevaron ante el tribunal, el capitán se puso a insultarme de mala manera delante del juez. Yo no pude contenerme y le dije: «¿Cómo me insultas de ese modo? ¿Es que no ves, canalla, que estás ante el espejo de la justicia?»[51]. Entonces, ya fue otra cosa, me juzgaron de nuevo y por todo junto me condenaron a cuatro mil palos y a la sección especial. Pero, cuando me llevaron a cumplir el castigo, llevaron también al capitán: a mí me hicieron pisar la calle verde, y a él lo degradaron y le trasladaron al Cáucaso como soldado. Hasta luego, Alexánder Petróvich. Venga a vernos para la función.

Capítulo X

La fiesta de Navidad

Finalmente llegaron las fiestas de Navidad. Ya en Nochebuena apenas salieron los presos a trabajar. Fueron únicamente a la sastrería y a los talleres; los demás se presentaron al recuento y, aunque les destinaron a algunos sitios, casi todos, solos o en grupos, regresaron pronto al penal, y después de la comida ya no salió nadie. Ya por la mañana la mayoría había salido para ocuparse de sus propios asuntos: unos, para tratar de que les pasaran vodka o para encargar más; otros, para ver a sus compadres y comadres o cobrar para las fiestas las deudas por los trabajos efectuados; Baklushin y los que iban a actuar en el teatro, para visitar a algunos conocidos, sobre todo criados de los oficiales, y procurarse los trajes necesarios. Algunos andaban con aire de preocupación y ajetreo, sólo porque otros estaban preocupados y atareados, y, aunque algunos no iban a conseguir dinero de ningún sitio, parecía como si también fueran a recibirlo de alguien. En resumen: todos parecían esperar para el día siguiente algún cambio, alguna cosa extraordinaria. Por la tarde, los inválidos que habían ido al mercado con los encargos de los presos trajeron multitud de víveres de todas clases: carne de vaca, cochinillos y hasta gansos. Muchos presos, incluso los más humildes y ahorradores, que habían ido guardando todo el año sus kopeks, consideraban un deber hacer un dispendio ese día y celebrar de un modo digno la comida de Navidad. El día siguiente era un verdadero e inalienable día de fiesta para los presos, reconocido formalmente por la ley. Aquel día no se podía enviar a los presos a trabajar, y días así solo había tres en todo el año[52].

Y, por último, ¡quién sabe cuántos recuerdos debían revivirse en las almas de aquellos proscritos al acercarse aquel día! Las grandes festividades dejan desde la infancia una fuerte huella en la memoria de la gente sencilla. Son días de descanso de sus duras labores, días en que se reúne la familia. En el presidio debían ser recordados con pena y pesar. El respeto de ese día solemne se manifestaba hasta en algunas formalidades; pocos se emborrachaban; todos estaban serios y parecían ocupados haciendo algo, aunque muchos no tenían nada que hacer. Hasta los holgazanes y jaraneros se esforzaban por conservar cierto aire de gravedad… Parecía que la risa estuviese prohibida. En general, la actitud de los presos rayaba en la susceptibilidad y en una irritante intolerancia, y aquel que contravenía esa tónica general, aunque fuera sin intención, era reconvenido al instante con gritos e insultos y se enojaban con él como si hubiese faltado al respeto a la fiesta de Navidad. Esa actitud de los presos era admirable y hasta conmovedora. Aparte de la innata veneración por ese gran día, los presos inconscientemente presentían que, observando esa fiesta, se relacionaban con todo el mundo, que no estaban proscritos del todo, perdidos para siempre, amputados de la sociedad, y que lo que pasaba en el penal era lo mismo que pasaba en las casas de la gente. Así lo sentían: era evidente y comprensible.

Akim Akímich también se preparaba mucho para la fiesta. No tenía recuerdos familiares, pues se había criado huérfano en una casa ajena y, apenas cumplidos los quince años, había entrado en el duro servicio militar. Tampoco había habido en su vida grandes alegrías, ya que había llevado una existencia regular, monótona, temeroso de apartarse lo más mínimo de los deberes fijados. Tampoco era muy religioso, porque las leyes morales parecían absorber sus demás dotes y particularidades humanas, todas sus pasiones y todos sus deseos, tanto buenos como malos. Por consiguiente, se disponía a celebrar ese día solemne sin alterarse, sin emocionarse y sin atormentarse con recuerdos tristes y completamente inútiles, sino con esa moral tranquila, metódica, que venía a ser cuanto él necesitaba para el cumplimiento del deber y del rito fijado de una vez por todas. Además, en general, no le gustaba pensar mucho las cosas. El significado de un hecho no parecía haber interesado nunca a su cabeza, pero una vez que le

fijaban una regla, la cumplía con sagrada precisión. Si al día siguiente le hubieran ordenado hacer exactamente lo contrario, lo habría hecho con la misma obediencia y cuidado con que había hecho lo opuesto la víspera. Una vez, sólo una vez en la vida, se había atrevido a obrar por su cuenta, y había ido a parar al presidio. La lección no le fue en balde. Y aunque no quiso el destino que comprendiera en qué había obrado mal, extrajo de su aventura una regla salvadora: no razonar nunca y bajo ninguna circunstancia, porque razonar «no era cosa de su cabeza», como decían los presos entre sí. Ciegamente devoto del rito, incluso a su cochinillo de Navidad que había rellenado de *kasha* y asado (por su propia mano, pues sabía asar) lo miraba con una especie de respeto previo, como si no fuese un cochinillo corriente que siempre se podía comprar y asar, sino uno especial, para la fiesta. Quizá Akim Akímich se había acostumbrado desde pequeño a ver ese día en la mesa un cochinillo y pensaba que en Navidad había que comer cochinillo; estoy seguro de que, si alguna vez no hubiese comido cochinillo en ese día, le habría quedado para toda su vida cierto remordimiento de conciencia por el deber incumplido. Hasta el día de la fiesta fue con su viejo chaquetón y sus viejos pantalones, aunque decentemente arreglados, pero totalmente raídos. Al parecer, había guardado celosamente en su baúl el traje nuevo que le habían entregado cuatro meses antes, sin llegar a ponérselo, con la seductora idea de estrenarlo solemnemente el día de Navidad. Así lo hizo. Ya la víspera sacó su traje nuevo, lo extendió, lo examinó, lo cepilló, lo limpió y, una vez realizados todos esos preparativos, se lo probó. El traje le sentaba muy bien; todo estaba bien cosido, se podía abrochar hasta arriba; el cuello, como si fuera de cartón, sostenía alta la barbilla; el talle estaba fruncido como los uniformes militares. Akim Akímich sonrió satisfecho y no sin presunción se volvió hacia su minúsculo espejo, al cual había puesto, hacía ya mucho tiempo, por su propia mano y en sus ratos libres, un reborde dorado. Sólo una presilla del cuello del chaquetón parecía no estar en su sitio. Al darse cuenta de ello, Akim Akímich decidió colocarla de nuevo; la colocó, se probó otra vez el traje y ya encontró todo bien. Entonces puso todo como estaba antes y, ya tranquilo, lo guardó en el baúl hasta la mañana siguiente. Su cabeza estaba rapada de manera satisfactoria, pero, al mirarse atentamente en el

espejo, notó que no estaba completamente lisa; le pareció ver algunos pelillos y acudió inmediatamente al «Mayor» para que le rapase bien y como era debido, según el reglamento. Y aunque nadie pasaría revista a Akim Akímich al día siguiente, él se rapó para tener la conciencia tranquila, para cumplir con su deber en ese día. La devoción por los botones, las charreteras y los ojales se había grabado desde la infancia de un modo indeleble en su mente como un deber indiscutible y, en su corazón, como la imagen del más alto grado de belleza a que puede llegar un hombre honrado. Después de arreglarlo todo, Akim Akímich, como preso responsable del barracón, dio la orden de que llevaran el heno y vigiló atentamente cómo lo esparcían por el suelo. Lo mismo hicieron en los demás barracones. No sé por qué, pero en Navidad siempre esparcían heno por los barracones. Luego, una vez realizadas todas sus labores, rezó, se tendió en su jergón y concilió el sueño al instante, cual recién nacido, para despertarse lo más temprano posible a la mañana siguiente. Lo mismo hicieron los demás presos. En todos los barracones se acostaron más temprano que de costumbre. Los trabajos que solían hacer por las tardes se suspendieron; el *maidán* ni siquiera se mencionó. Todos aguardaban la mañana siguiente.

Llegó por fin esa mañana. Muy temprano, antes de amanecer, apenas tocaron diana, se abrieron las puertas de los barracones, y al entrar a contar los presos el suboficial de guardia les deseó a todos feliz Navidad. «Igualmente», le contestaron los presos, amables y corteses. Después de rezar rápidamente, Akim Akímich y muchos otros que tenían sus gansos y sus cochinillos en la cocina corrieron a ver qué hacían con ellos, cómo los asaban, dónde los habían puesto, etc. A través de la oscuridad, por los ventanucos de nuestro barracón, obstruidos por la nieve y el hielo, se podía ver cómo en las dos cocinas y en los seis hornos ardía un fuego vivo, encendido desde antes del amanecer. Por el patio, a oscuras, andaban ya los presos con sus pellizas puestas o colocadas sobre los hombros; todos se dirigían a la cocina. Algunos pocos habían tenido ya tiempo de visitar a los taberneros. Eran los más impacientes. En general, todos observaban una actitud muy digna, muy serena e inusualmente correcta. No se oían los insultos y las disputas de costumbre. Todos comprendían que era un día grande y una gran fiesta. Había

quienes iban a otros barracones a felicitar a alguno de los suyos. Se manifestaba algo parecido a la amistad. Señalaré, de paso, que entre los presos apenas se advertía amistad alguna; no hablo ya de la amistad en general, sino de la amistad particular de un preso con otro. Ésta casi no existía entre nosotros, y éste es un rasgo notable: no sucede así en libertad. En general, todos eran duros y secos en el trato con los demás, con muy raras excepciones, y ése era el tono formal, aceptado y adoptado desde siempre y para siempre. Yo también salí del barracón; comenzaba a hacerse de día; las estrellas palidecían; una bruma tenue y helada se elevaba. De las chimeneas de los hornos de la cocina ascendían volutas de humo. Algunos de los presos con los que me crucé me felicitaron las Pascuas, amable y afectuosamente. Les di las gracias y les contesté del mismo modo. Algunos de ellos no habían intercambiado conmigo ni una sola palabra en todo el mes.

Justo a la entrada de la cocina me alcanzó un preso del barracón militar, con la pelliza al hombro. Me había visto ya a mitad del patio, y me gritó: «¡Alexánder Petróvich! ¡Alexánder Petróvich!». Él iba corriendo a la cocina y tenía prisa. Yo me detuve y le esperé. Era un chico joven, de cara redonda y mirada apacible, que hablaba muy poco con los demás, y que a mí no me había dirigido ni una sola vez la palabra ni prestado ninguna atención desde los tiempos de mi ingreso en el penal; ni siquiera sabía cómo se llamaba. Llegó jadeando y se plantó delante de mí, mirándome con una sonrisa torpe y al mismo tiempo beatífica.

—¿Qué quiere? —le pregunté, no sin cierto asombro, al verle plantado delante de mí, sonriendo y mirándome con ojos como platos, pero sin decir nada.

—Es que es fiesta… —balbuceó, y cayendo en la cuenta de que no tenía nada más que decir, me dejó y se dirigió aprisa a la cocina.

Señalaré aquí, por cierto, que después de eso nunca más coincidí con él y prácticamente no cruzamos ni una palabra hasta que salí del penal.

En la cocina, junto a los hornos que ardían al rojo vivo, entre apretones y empujones, bullía el gentío. Cada cual cuidaba de lo suyo. Los cocineros andaban ocupados preparando el rancho, porque ese día la comida empezaba más temprano. Por lo demás, nadie había empezado aún a comer, aunque muchos lo deseaban,

pero guardaban las formas ante los demás. Esperaban la llegada del sacerdote, tras la cual se rompería el ayuno. Entretanto, antes de que se hiciera totalmente de día, empezaron a resonar tras el portalón del presidio los gritos del cabo: «¡Cocinero!». Esos gritos sonaban casi a cada minuto y continuaron a lo largo de dos horas. Llamaban a los cocineros para que se hicieran cargo de los donativos que traían desde todos los rincones de la ciudad. Llegaban en cantidades extraordinarias en forma de rosquillas, panes, quesadillas, tortas, roscones, hojuelas y otras pastas. Creo que no quedó ninguna mujer de comerciante o de artesano que no enviase su pan de Pascua para felicitar por la gran fiesta a los desgraciados y recluidos. Había donativos ricos: pastas de la mejor harina, enviadas en grandes cantidades. Había también donativos pobres, tales como una rosquilla de un *grosh* y dos roscones de centeno, con muy poca crema; ése era el donativo que hacía un pobre a otro pobre con sus últimos dineros. Todo se aceptaba con igual gratitud, sin hacer distinciones entre los donativos ni entre los donantes. Los presos que los recibían se quitaban los gorros, saludaban, felicitaban las Pascuas y llevaban los donativos a la cocina. Cuando ya se habían reunido montones enteros de panes de Pascua, se llamaba a los responsables de todos los barracones y ellos los distribuían a partes iguales en cada barracón. No había discusiones ni disputas; el reparto se hacía honradamente, por igual. Lo que correspondió a nuestro barracón, lo repartimos entre nosotros; se ocuparon de ello Akim Akímich y otro preso; lo hicieron por su propia mano y por su propia mano dieron a cada cual su parte. No hubo la más pequeña discusión ni la menor envidia por parte de nadie; todos quedaron contentos; ni siquiera podía existir la sospecha de que pudiesen esconder los donativos o no repartirlos por igual. Tras arreglar sus asuntos en la cocina, Akim Akímich procedió a lavarse y se vistió pomposa y solemnemente, sin dejar ninguna hebilla sin abrochar. Acto seguido, se puso a rezar. Estuvo rezando bastante tiempo. Muchos presos, sobre todos los mayores, también rezaban. Los jóvenes rezaban poco: todo lo más, alguno de ellos se persignaba al levantarse, y eso por ser fiesta. Después de rezar, Akim Akímich se acercó a felicitarme solemnemente las Pascuas. Le invité a tomar el té y él a mí a su cochinillo. Poco después vino a felicitarme Petrov. Me dio la

impresión de que había bebido y, aunque llegó jadeando, apenas dijo nada, se quedó unos instantes delante de mí como esperando algo y se fue enseguida a la cocina. Entretanto, en el barracón militar se preparaban para recibir al sacerdote. Ese barracón estaba construido de manera diferente a los demás: en él los camastros estaban alineados a lo largo de las paredes y no en el centro de la sala, como en los demás barracones, de tal modo que era la única sala de todo el penal sin nada que estorbase en el centro. Probablemente la habían construido así para que, en caso necesario, se pudiera reunir a los presos. En medio de la sala pusieron un icono y encendieron una lamparilla. Por último llegó el sacerdote con la cruz y el agua bendita. Después de orar y cantar ante la imagen, se puso delante de los presos y todos, con devoción sincera, se fueron acercando a besar la cruz. Acto seguido, el sacerdote recorrió todos los barracones y los roció de agua bendita. En la cocina alabó nuestro pan de la prisión, famoso por su buen sabor en toda la ciudad, y los presos se ofrecieron al instante a enviarle dos panes tiernos, recién sacados del horno; enseguida quedó encargado de llevárselos un inválido. Despidieron la cruz con la misma devoción con que la habían recibido. Instantes después llegaron el mayor y el comandante. Los presos querían y respetaban al comandante. Recorrió todos los barracones acompañado del mayor, felicitando a todos las Pascuas, se acercó a la cocina y probó el *schi* del rancho. Las sopas de *schi* eran célebres, pues aquel día llevaban casi una libra de carne de vaca para cada preso. Además, había *kasha*[53], y manteca a discreción. Tras acompañar al comandante, el mayor dio la orden de empezar a comer. Los presos se esforzaban por no llamar su atención. No les gustaba su mirada maligna por debajo de las lentes, con la que incluso en aquel momento pasaba revista a diestro y siniestro, por si encontraba algún desorden o descubría a algún culpable.

Empezaron a comer. El cochinillo de Akim Akímich estaba muy bien asado. No acierto a explicarme cómo sucedió aquello: apenas cinco minutos después de que se marchara el mayor, había mucha gente borracha, y sin embargo, cinco minutos antes, casi todos estaban completamente sobrios. Aparecieron muchos rostros colorados y relucientes, aparecieron unas balalaikas. El polaco del violín andaba ya detrás de un juerguista, contratado para todo el

día, y le tocaba danzas alegres. Las conversaciones se hicieron más ruidosas y agitadas. Pero la comida acabó sin grandes desórdenes. Todos estaban ahítos. Muchos de los viejos y de los serios se fueron enseguida a dormir, lo que hizo también Akim Akímich, estimando, al parecer, que en un día de fiesta mayor había que echar una siesta después de comer. El anciano que provenía de la comunidad de *viejos creyentes* de Starodub, después de dormitar un poco, se subió a la estufa, abrió su libro, y estuvo rezando hasta bien entrada la noche, casi sin interrupción. Se le hacía arduo mirar aquella «vergüenza», como él decía, refiriéndose a la diversión general de los presos. Todos los cherqueses se habían sentado en el porche y miraban con curiosidad, y también con cierto asco, a los borrachos. Me encontré a Nurra: «¡*Yamán, yamán*[54]*!* —me dijo, meneando la cabeza con piadosa indignación—. ¡Alá se enfadará!». Isái Fómich, terco y altivo, encendió una vela en su rincón y se puso a trabajar, dando a entender que no le importaba nada aquella fiesta. En varios rincones empezaron los *maidanes*. No tenían miedo de los inválidos y, por si acaso aparecía el suboficial, que, sin embargo, procuraba hacer la vista gorda, pusieron a algunos a vigilar. El oficial de guardia apareció tres veces por el penal en todo el día. Pero, al verle, escondían a los borrachos, desmantelaban los *maidanes* y el propio oficial, al parecer, había decidido no prestar atención a las pequeñas infracciones. La borrachera no se consideraba aquel día falta grave. Poco a poco la gente fue bebiendo. Comenzaron también las discusiones. No obstante, la mayoría se mantuvo serena, y había quienes cuidaban de los borrachos. Éstos, en cambio, bebían sin medida. Gazin triunfaba. Andaba con aire satisfecho en torno a su sitio en el camastro, bajo el cual había puesto atrevidamente el vodka que tenía escondido hasta entonces entre la nieve, por detrás de los barracones, en un lugar secreto, y sonreía maliciosamente al ver acercarse a sus clientes. Él estaba sobrio y no bebía ni gota. Tenía intención de emborracharse al final de la fiesta, después de dejar vacíos de dinero los bolsillos de los presos. En los barracones la gente cantaba. Pero la borrachera había degenerado ya en una embriaguez sofocante y de las canciones se pasaba fácilmente a las lágrimas. Muchos andaban de acá para allá con sus propias balalaikas, con las pellizas al hombro, y rasgaban las cuerdas con cara de matones. En la sección especial llegó a

formarse un coro compuesto de ocho hombres. Cantaban muy bien, con acompañamiento de balalaikas y guitarras. Cantaban muy pocas canciones propiamente populares. Sólo recuerdo una alegre tonadilla:

Ayer por la tarde, moza,
fui a una fiesta.

Aquí escuché una nueva variante de esta canción, que no conocía. Al final de la canción se añadían algunos versos:

Mi casa, moza,
está limpia:
fregué la cuchara,
y la eché en la sopa;
con la raspadura de las ventanas,
hice unas pastas.

En su mayor parte, cantaban canciones que llamábamos «de presos»; por lo demás, de todos conocidas. Una de ellas, *Había una vez…*, era graciosa, y describía cómo, en otros tiempos, un hombre se divertía y vivía libre, como un señor, mientras que ahora se encontraba en presidio. Contaba cómo antes regaba su comida con champán, mientras que ahora:

Me dan repollo con agua,
y al comer, me crujen las orejas.

También era muy conocida esta otra:

Cuando era chico, me divertía
y tenía mi capital:
el capital voló
y ahora estoy en el penal…

Y así sucesivamente. Sólo que entre nosotros no se decía «capital», sino «copital», como si la palabra derivara de «acopiar[55]»; también

había canciones melancólicas. Cantaban una, de presos, que era también muy conocida:

Deapunta ya la luz del cielo,
el tambor al alba redobla,
la vieja puerta se abre
y el escriba ya nos llama.
Nadie ve tras los muros
cómo vivimos aquí;
pero, Dios, creador del cielo, nos ama,
y aquí no nos dejará morir.

Había otra canción más melancólica aún, con una bella melodía, compuesta, seguramente, por algún deportado, con palabras dulces y populares. De ella sólo recuerdo ahora algunos versos:

No verán mis ojos
la tierra en que nací;
sin culpa he de sufrir
esta eterna condena.
En el tejado chillará la lechuza
y volará por el bosque.
Calla mi corazón de pena
por no estar allí.

Esta canción se cantaba allí a menudo, aunque no a coro, sino en solitario. Alguien, a veces, en los ratos libres, salía al porche del barracón, se sentaba, abstraído, con la cabeza apoyada en una mano, y empezaba a entonarla con una voz aguda, en falsete. Al oírla, el alma parecía desgarrarse. En el penal había buenas voces.

Entretanto, ya había empezado a oscurecer. La tristeza, la nostalgia y la sensación de malestar iban aflorando penosamente a través de la embriaguez y la diversión. Quien una hora antes reía alegremente ahora sollozaba en un rincón, después de haber bebido demasiado. Algunos habían tenido tiempo de pelearse un par de veces ya. Otros, pálidos, casi sin poder tenerse en pie, se arrastraban por los barracones, armando jaleo. En cuanto a los que no se ponían agresivos con la borrachera, buscaban en vano amigos con quienes

pudieran abrir su alma y desahogarse de su triste embriaguez a base de llanto. Toda esta pobre gente quería divertirse, pasar alegremente la gran fiesta, pero ¡Dios mío, qué duro y qué triste fue ese día para casi todos! Cada cual, a medida que lo iba despidiendo, sentía que sus esperanzas quedaban defraudadas. Petrov pasó a buscarme dos o tres veces más. Había bebido muy poco en todo el día y estaba casi completamente despejado. Pero hasta el último momento estuvo esperando algo extraordinario, festivo, alegre, que debía ocurrir sin falta. A pesar de que no hablara de ello, era algo que podía leerse en sus ojos. Iba y venía incansablemente de un barracón a otro. Pero no ocurrió nada especial, y lo único que hubo fueron borracheras, exabruptos disparatados de borrachos y cabezas alteradas por la bebida. Sirotkin deambulaba igualmente por los barracones con su flamante camisa roja, elegante y aseado, como si también él, sereno e inocente, esperara que ocurriera algo. Poco a poco el ambiente de los barracones se fue haciendo insoportable y repulsivo. Sin duda, también había mucho de que reírse, pero a mí me producía una cierta tristeza y sentía lástima por todos ellos, y en su compañía me encontraba agobiado, a disgusto. Aquí tenemos a dos presos que discuten quién tiene que invitar a quién. Se ve que llevan un buen rato haciéndolo, y que anteriormente ya deben de haber reñido. Uno de los dos, en concreto, tiene al otro atravesado desde hace tiempo. Se le está quejando, y trata de hacerle ver, con lengua estropajosa, que se ha portado mal con él: el año anterior, por carnavales, vendieron una pelliza, y en algún momento alguien ocultó un dinero. Y eso no es todo… El acusador es un mozo alto y fornido, nada tonto y pacífico, pero cuando se emborracha le da por hacer amistades y desahogar sus penas. Recurre a los insultos y a las protestas, pero es como si lo hiciera con la intención de reconciliarse luego más sinceramente con su rival. El otro, recio, regordete, más bien bajo, con la cara redonda, es un tipo astuto y retorcido. Posiblemente ha bebido más que su compañero, pero apenas está ebrio. Es una persona de carácter y tiene fama de rico, pero ahora, por alguna razón, no le interesa irritar a su expansivo amigo, y le acompaña a visitar al tabernero; el amigo sostiene que el otro tiene el deber y el compromiso de invitarle, «si es que eres un hombre honrado».

El tabernero, mostrando cierto respeto por el que invita y con

algunos visos de desprecio por el amigo expansivo, que bebe por cuenta ajena, va a buscar el vodka y le sirve un vaso.

—Mira, Stiopka, te toca a ti pagar —dice el amigo expansivo, al ver que se ha salido con la suya—, que me lo debes.

—¡No pienso perder el tiempo hablando contigo! —responde Stiopka.

—No digas tonterías, Stiopka —insiste el primero, cogiendo el vaso que le tiende el tabernero—, tú a mí me debes dinero; no tienes conciencia; por no ser, ni tus ojos son tuyos, que te los han prestado. Eres un canalla, Stiopka, ¡un canalla, ésa es la palabra!

—Pero, hombre, estate quieto de una vez, que has derramado el vodka. Te han invitado con todos los honores, ¡así que a beber! —le grita el tabernero al amigo expansivo—. No vamos a estar aquí pendientes de ti hasta mañana.

—Ya bebo. ¿A qué vienen esos gritos? Felices fiestas, Stepán Doroféich. —Cortésmente, haciendo una ligera reverencia, se volvió con el vaso en la mano hacia Stiopka, a quien medio minuto antes había llamado canalla—. ¡Salud y que vivas cien años, sin contar los que ya has vivido! —Bebió, carraspeó y se secó los labios—. Antes, amigos, yo aguantaba mucho bebiendo —hizo notar muy serio, dándose importancia, como si se dirigiera a todos en general y no a nadie en particular—, pero ahora, qué duda cabe, los años ya se dejan sentir. Muy agradecido, Stepán Doroféich.

—No hay de qué.

—Pues bien, volviendo a lo de antes, Stiopka, aparte de que te has portado conmigo como un auténtico canalla, te diré que…

—Yo también tengo que decirte algo, borracho indecente —le interrumpe Stiopka, a quien ya se le ha agotado la paciencia—. Escucha atentamente todas y cada una de mis palabras: aquí tienes el mundo; vamos a dividirlo en dos mitades, una para ti, la otra para mí. Vete, y no vuelvas a cruzarte en mi camino. ¡Me tienes harto!

—¿Así que no me piensas devolver el dinero?

—Pero ¿qué dinero te tengo yo que devolver, so borracho?

—Mira, en el otro mundo serás tú el que vengas a devolvérmelo, y entonces yo no lo pienso aceptar. Ese dinerillo lo he conseguido con mucho esfuerzo, a base de sudor y de callos. Bien que te pesarán mis cinco kopeks en el otro mundo.

—Vete al diablo, hala.

—Más respeto, que no voy tirando de un carro.

—¡Largo de aquí!

—¡Canalla!

—¡Presidiario!

Y vuelta a los insultos, ahora con más fuerza aún que antes de la invitación.

He aquí a dos amigos sentados en los camastros, apartados del resto. Uno de ellos es alto, fornido, gordo, un auténtico carnicero; tiene la cara colorada. Poco le falta para llorar, está muy emocionado. El otro, enclenque, flacucho, fino, con una larga nariz que parece gotearle, dirige sus ojillos de cerdo hacia el suelo. Es una persona diplomática e instruida; en tiempos fue escribiente y trata a su amigo con cierta altanería, algo que a éste no le hace ninguna gracia, aunque lo disimule. Se han pasado el día bebiendo juntos.

—¡Qué atrevimiento el suyo! —grita el amigo gordo, sacudiendo enérgicamente la cabeza del escribiente con su mano izquierda, con la que le tiene agarrado. Al decir que alguien ha mostrado «atrevimiento», quiere decir que le ha pegado. El gordo, antiguo suboficial, envidia secretamente a su amigo esmirriado, y por ese motivo ambos, cuando están juntos, hacen gala de un estilo afectado.

—Pues yo lo que te digo es que tú tampoco tenías razón… —empieza en un tono dogmático el escribiente, obstinándose en no levantar la vista hacia el otro y mirando al suelo con gravedad.

—¡Qué atrevimiento!, ¿me has oído? —le interrumpe el otro, zarandeando con más violencia aún a su querido amigo—. Eres la única persona que me queda en este mundo, ¿me estás oyendo? Por eso sólo te lo digo a ti: ¡se ha atrevido conmigo!

—Y yo te repito una vez más que tan lamentable excusa, querido amigo, no constituye sino un oprobio que pesa sobre ti —replica el escribiente con una vocecilla educada—. Más te valdría admitir, querido amigo, que todo se ha debido a la embriaguez, como consecuencia de tu propia inconstancia…

El amigo gordo, de pronto, retrocede un paso, mira estúpidamente con sus ojos de borracho al vanidosillo escribiente y, de repente, de un modo totalmente inesperado, descarga toda la

fuerza de su enorme puño en la menuda cara del escribiente. Así termina la amistad de todo un día. El querido amigo, sin conocimiento, se desploma debajo del camastro…

Ahora a quien vemos entrar en nuestro barracón es a un conocido mío de la sección especial, un hombre infinitamente bondadoso y alegre, nada tonto, bromista pero sin malicia, con un aspecto que le da un aire especialmente simplón. Se trata de aquel individuo que, en mi primer día en el presidio, preguntaba en la cocina, después de la comida, dónde vivía un rico *mujik*, que aseguraba ser una persona con «anbiciones[56]», y que bebió té conmigo. Tiene unos cuarenta años, unos labios excepcionalmente gruesos y una nariz grande y carnosa, plagada de espinillas. Sostiene una balalaika, cuyas cuerdas puntea distraídamente. Le seguía, igual que un lacayo, un recluso diminuto, con una cabeza enorme, a quien yo hasta entonces apenas conocía. Lo cierto es que nadie le hacía el menor caso. Era un tanto extraño, suspicaz, siempre estaba serio y callado; trabajaba en la sastrería y, aparentemente, se esforzaba por vivir al margen de todo el mundo, sin relacionarse con nadie. En cambio, en ese momento, borracho, se había pegado a Varlámov como si fuera su sombra. Le seguía en un estado de agitación terrible, haciendo aspavientos, dando puñetazos en las paredes y en los camastros, a punto de romper a llorar. Varlámov no parecía hacerle el menor caso, como si no le tuviera a su lado. Lo curioso es que hasta entonces aquellos dos hombres prácticamente no se habían tratado; ni por sus ocupaciones ni por su carácter tenían nada en común. Pertenecían a secciones diferentes y vivían en distintos barracones. El recluso pequeño se llamaba Bulkin.

Varlámov, al verme, me dedicó una amplia sonrisa. Yo estaba sentado en el camastro, cerca de la estufa. Él se quedó plantado delante de mí, pareció reflexionar, titubeó y, acercándose con pasos desiguales, dobló con gallardía todo el cuerpo, rasgueó levemente las cuerdas y se arrancó en estilo recitativo, marcando apenas el compás con los pies:

Cara redondita y blanca,
como el ruiseñor me canta,
mi querida;

con su vestido de raso
muy bellamente adornado,
tan bonita.

Aquella canción debió de sacar de quicio a Bulkin, el cual comenzó a hacer aspavientos y, dirigiéndose a todo el mundo, se puso a gritar:

—¡Miente, amigos, no para de mentir! Ni una sola palabra de lo que dice es verdad, ¡no para de mentir!

—¡Por nuestro viejecito Alexánder Petróvich! —exclamó Varlámov, mirándome a los ojos con una sonrisa pícara, y poco le faltó para venir a besarme. Estaba bastante borracho. La expresión «por nuestro viejecito fulano de tal», es decir, «con mis respetos a fulano de tal», la emplea la gente humilde por toda Siberia, aunque vaya dirigida a una persona de veinte años. La palabra «viejecito» tiene un sentido honorable, respetuoso, halagador incluso.

—¿Qué, Varlámov, cómo le va la vida?

—Bueno, viendo cómo pasan los días. Ya sabe: a quien le gusta celebrar las fiestas, muy temprano se le sube la bebida a la cabeza; así que usted me perdonará… —Varlámov hablaba en un tono algo cantarín.

—¡No para de mentir, otra vez ha vuelto a mentir! —se puso a gritar Bulkin, aporreando los camastros como si estuviera desesperado. Pero el otro parecía haber dado su palabra de no hacerle el menor caso, y la situación resultaba extremadamente cómica, porque Bulkin se había pegado a Varlámov desde por la mañana no con un propósito definido, sino precisamente porque Varlámov «no paraba de mentir», según a él, por alguna razón, le parecía. Le seguía a todas partes, como su sombra, se daba por aludido con todo lo que decía, retorcía las manos y casi llegó a desollarse los puños a fuerza de golpear las paredes y los camastros, y sufría, se notaba claramente que su convicción de que Varlámov «no paraba de mentir» le hacía sufrir. De haber tenido pelos en la cabeza, probablemente se los habría arrancado del disgusto. Era como si hubiera asumido el deber de responder de los actos de Varlámov, como si todos los defectos de Varlámov pesaran sobre su conciencia. Pero lo gracioso del caso era que el otro ni siquiera le miraba.

—¡Miente, miente y miente sin parar! Es que ni una sola palabra suya es cierta —gritaba Bulkin.

—¿Y a ti qué más te da? —le replicaban los presos entre risas.

—Para su información, Alexánder Petróvich, le diré que yo he sido muy guapo y que las chicas se volvían locas por mí… —empezó de pronto Varlámov sin venir a cuento.

—¡Mentira! ¡Ya está mintiendo otra vez! —le corta Bulkin con una especie de chillido.

Los reclusos se ríen a carcajadas.

—Y yo, delante de ellas, venga a presumir, con mi camisa roja y mis bombachos de terciopelo, y me tumbaba a mis anchas, hecho un conde Butylkin[57], o sea, borracho como un sueco. Así que ¿qué más podía pedir?

—¡Mentira! —insiste Bulkin con firmeza.

—En aquella época yo había heredado de mi padre una casa de piedra de dos pisos. Bueno, pues en dos años despaché los dos pisos; sólo me quedó el hueco de la puerta, sin el marco. Qué se le va a hacer, el dinero es como las palomas: tan pronto viene como se va.

—¡Mentira! —sigue insistiendo Bulkin, cada vez con mayor firmeza.

—De manera que recapacité y les mandé desde aquí a mis parientes una carta conmovedora, a ver si con suerte me enviaban algún dinerillo. Porque decían que yo me había portado mal con mis padres. ¡Que les había faltado al respeto! Ya va para siete años desde que les escribí.

—¿Y no ha habido respuesta? —le pregunté con una sonrisa.

—Pues no —respondió él, sonriendo a su vez y acercando cada vez más su nariz a mi cara—. Pero yo, Alexánder Petróvich, tengo una querida aquí…

—¿Usted? ¿Una querida?

—No hace mucho me decía Onúfriev: «La mía tendrá la cara picada de viruelas, será fea, pero mira cuántos vestidos tiene; la tuya, por muy guapa que sea, es una pordiosera que va por ahí cargando con un saco».

—¿Y eso es verdad?

—Pues sí, ¡es una auténtica pordiosera! —respondió y se echó a reír de forma inaudible; en el barracón también soltaron carcajadas. En efecto, todos sabían que Varlámov mantenía relaciones con una

pordiosera y que en medio año no le había dado más que diez kopeks.

—Bueno, ¿y qué más? —le pregunté, con ganas de quitármelo de encima de una vez.

Estuvo un momento en silencio, me miró con ternura y dijo suavemente:

—Entonces, con ese motivo, ¿no tendría usted la bondad de ofrecerme un trago? Es que, mire, Alexánder Petróvich, en todo el día no he bebido más que té —añadió conmovido, tomando el dinero—, y me ha sentado mal tanto té: me han entrado sofocos y se me revuelve en el estómago como en una botella…

Mientras él cogía el dinero, la desazón moral de Bulkin parecía alcanzar su punto más alto. Gesticulaba como un desesperado, al borde del llanto.

—¡Hombres de Dios! —gritaba, dirigiéndose en su exaltación a todo el barracón—. ¡Fijaos en él! ¡No hace más que mentir! Diga lo que diga, ¡no es más que mentira, mentira y mentira!

—Pero ¿a ti qué más te da? —le gritan los demás reclusos, asombrados de su furia—. ¡No hay quien te entienda!

—¡No consiento que mienta! —grita Bulkin, echando chispas por los ojos y aporreando los camastros con todas sus fuerzas—. ¡No quiero que mienta!

Todo el mundo se ríe. Varlámov coge el dinero, se despide de mí y, gesticulando, sale a toda prisa del barracón, en busca del tabernero, por descontado. Y es en este instante cuando parece reparar en Bulkin por primera vez.

—¡Venga, vamos! —le dice, deteniéndose en el umbral, como si efectivamente le hiciera falta para algo—. ¡Tarugo! —añade despectivo, cediendo el paso al afligido Bulkin y volviendo nuevamente a rasguear la balalaika…

Pero ¿cómo describir ese delirio? Por fin se acaba este día agobiante. Los presidiarios, lentamente, se van durmiendo en sus camastros. Hablan en sueños y deliran más aún que las otras noches. En algunos rincones hay todavía *maidán*. La fiesta que llevaban esperando tanto tiempo ya ha pasado. Mañana vuelve a ser un día corriente, hay que volver al trabajo…

CAPÍTULO XI

LA FUNCIÓN

El tercer día de las fiestas, por la tarde, se celebró la primera función de nuestro teatro. Las gestiones previas a su organización tuvieron que ser numerosas, pero los actores se ocuparon de todo, de modo que los demás no sabíamos cómo iba el asunto ni qué es lo que estaban haciendo exactamente. Ni siquiera sabíamos muy bien qué iban a representar. En esos tres días, durante las salidas al trabajo, los actores hacían todo lo posible por conseguir los trajes. Baklushin, cuando se cruzaba conmigo, no hacía otra cosa que chasquear los dedos de satisfacción. Por lo visto, hasta el mayor mostraba un buen talante. Por lo demás, ignorábamos por completo si sabía algo de lo del teatro. En caso de saberlo, ¿lo había autorizado formalmente, o se había limitado a no darse por enterado, desentendiéndose de aquella iniciativa de los presos, aunque exigiendo, naturalmente, que se hiciera de la forma más ordenada posible? Yo creo que él lo sabía, era imposible que no lo supiera, pero no quería inmiscuirse porque comprendía que si lo prohibía podía ser peor: los reclusos empezarían a hacer locuras y a emborracharse, de modo que era preferible que estuviesen ocupados en algo. La verdad es que atribuyo semejante razonamiento al mayor únicamente porque resulta el más natural, el más probable y el más sensato. Incluso se podría afirmar lo siguiente: si los reclusos no tuvieran en los días de fiesta el teatro o alguna otra distracción de ese estilo, los propios jefes deberían idear algo. Pero, como nuestro mayor destacaba por su forma de pensar absolutamente opuesta a la del resto de los mortales, es evidente que asumo una gran responsabilidad al suponer que él sabía lo del

teatro y que lo había autorizado. Un hombre como nuestro mayor necesita tener a todas horas alguien a quien oprimir, algún objeto que requisar, algún derecho que anular: en definitiva, necesita imponer su autoridad en cualquier sitio. En este aspecto era famoso en toda la ciudad. ¿Qué le importaba a él que precisamente por culpa de sus abusos pudiera haber disturbios en el penal? Para evitar los disturbios ya están los castigos (así razonan las personas del talante de nuestro mayor) y con esos pillastres de reclusos lo único que hace falta es mano dura y aplicar la ley de forma sistemática y al pie de la letra. Pero estos ineptos ejecutores de la ley no comprenden, ni están capacitados para comprender, que su mera observación literal, sin discernimiento, sin comprender su espíritu, lleva directamente al desorden, y jamás ha llevado a ninguna otra parte. «Lo dice la ley, ¿qué más hace falta?», dicen ellos, y se asombran sinceramente de que se les exija, además de la ley, sentido común y lucidez. Esto último, sobre todo, les parece a muchos de ellos un lujo superfluo y escandaloso, un atropello, algo intolerable.

En cualquier caso, el suboficial responsable no se opuso a los presos, y éstos no necesitaban otra cosa. Puedo decir rotundamente que el teatro, y la gratitud por haberlo autorizado, fueron el motivo de que durante las fiestas no se diera ni un solo incidente serio: ni hubo reyertas graves, ni hubo robos. Yo personalmente fui testigo de cómo los propios reclusos hacían entrar en razón a algunos de los juerguistas o de los camorristas, sencillamente con el argumento de que podían prohibir el teatro. El suboficial pidió a los reclusos su palabra de que todo se desarrollaría con tranquilidad y se portarían bien. Ellos accedieron complacidos y cumplieron religiosamente su promesa; además, les halagó mucho que se fiaran de su palabra. Hay que decir, por otra parte, que a los jefes no les supuso el menor sacrificio autorizar la representación teatral. No había que acotar de antemano ningún espacio: el teatro se montaba y se desmontaba por completo en cosa de un cuarto de hora. La función duraba hora y media y, si de pronto llegaba de arriba la orden de interrumpirla, en un instante podía quedar todo recogido. Los trajes estaban ocultos en los baúles de los presos. Pero, antes de explicar cómo fue montado el teatro y cómo era exactamente el vestuario, haré referencia al cartel, esto es, al contenido preciso de la función que

pretendían dar.

No había un cartel escrito como tal. En la segunda o tercera representación apareció uno, no obstante, escrito por Baklushin, para los señores oficiales y, en general, para los distinguidos visitantes que honraron con su presencia nuestro teatro ya desde la primera representación. Concretamente, entre tales señores estuvo asiduamente el oficial de guardia, y en una ocasión asistió incluso el jefe responsable de todos los servicios de guardia. También vino una vez un oficial de ingenieros. Para esta clase de público se hizo el cartel. Se suponía que la fama del teatro de presidiarios resonaría por toda la fortaleza y se extendería hasta la ciudad, sobre todo porque en ella no había teatro. Se decía que allí tan sólo había habido una representación a cargo de unos aficionados, nada más. Los presidiarios, como chiquillos, se regocijaban con el menor éxito, y hasta se vanagloriaban de ello. «Quién sabe —pensaban para sus adentros y comentaban entre ellos—, podría llegar a oídos de los más altos jefes; si vinieran a verlo, descubrirían cómo son los presos. Esta no es una simple función para soldados, a base de monigotes, barcas flotantes, osos que caminan y cabras. Aquí tenemos actores, actores de verdad, que representan comedias dignas de señores; un teatro así no lo hay ni siquiera en la ciudad. Según dicen, en casa del general Abrosímov hubo una vez una función, y piensan hacer otra; bueno, puede que su vestuario sea mejor, pero lo que son los diálogos, habría que ver si valen lo que los nuestros. Puede que la noticia llegue hasta el gobernador, y como el diablo siempre está enredando, a lo mejor se le ocurre venir. Como en la ciudad no hay teatros…» De manera que la fantasía de los reclusos, sobre todo a raíz del primer éxito, rebasó todos los límites durante las fiestas; algunos llegaron a hablar de premios, e incluso de acortamiento de las condenas a trabajos forzados, si bien ellos eran los primeros en echarse a reír casi inmediatamente, con el mejor de los talantes, de sus propias fantasías. En una palabra, eran unos niños, unos verdaderos niños, aunque algunos pasaran de los cuarenta años. A pesar de que no hubiera un cartel anunciador, yo ya conocía, a grandes rasgos, la composición del espectáculo proyectado. La primera obra era *Filatka y Miroshka, rivales*[58]. Una semana antes de la representación, Baklushin presumía ante mí de que el papel del

propio Filatka, que correría a su cargo, sería interpretado de un modo que no se había visto ni en los teatros de San Petersburgo. Recorría los barracones presumiendo descaradamente, sin la menor vergüenza, aunque también con total inocencia, y a veces soltaba de pronto algo *tiatral*, es decir, sacado de su papel, y todos se reían a carcajadas, tanto si lo que recitaba tenía gracia como si no. Hay que reconocer que también en este aspecto los reclusos supieron controlarse y conservar su dignidad: con las ocurrencias de Baklushin y las historias sobre la inminente representación sólo se entusiasmaban los más jóvenes e inexpertos, que no sabían refrenarse, o los presidiarios más significados, cuya autoridad se asentaba sobre bases sólidas, de manera que ya no tenían nada que temer si manifestaban abiertamente sus emociones, fueran las que fueran, incluso las más cándidas (es decir, las más indecentes desde el punto de vista carcelario). Los demás escuchaban los rumores y los comentarios en silencio; ciertamente no los censuraban ni los rebatían, pero ponían todo su empeño en acoger los rumores sobre el teatro con indiferencia y, en parte, incluso con desdén. Tan sólo a última hora, en vísperas de la función, empezaron todos a interesarse: ¿qué va a haber?, ¿qué hacen los nuestros?, ¿y el mayor?, ¿saldrá igual de bien que hace dos años?… Baklushin me aseguraba que todos los actores habían sido seleccionados de forma magistral, y cada uno estaba «en su papel». Que no faltaría ni el telón. Que el papel de la novia de Filatka lo interpretaría Sirotkin: «¡Y ya verá usted qué bien está vestido de mujer!», decía entrecerrando los ojos y chasqueando la lengua. La bondadosa mujer del hacendado llevaría un vestido con volantes, una esclavina y una sombrilla, y su esposo saldría con levita de oficial con charreteras, portando un bastón ligero. Después venía la segunda obra, un drama: *Kedril el glotón*. El título me intrigó mucho, pero, por más que pregunté acerca de la obra, no conseguí averiguar nada de antemano. Tan sólo me enteré de que no la habían tomado de ningún libro, sino de «un manuscrito»; que se la había proporcionado un suboficial retirado que vivía en los arrabales y que probablemente alguna vez habría intervenido en su representación, en alguna función de soldados. En nuestro país, en las ciudades y provincias más remotas, existen de hecho obras teatrales que, al parecer, nadie conoce, que seguramente nunca han

sido publicadas, pero que han aparecido no se sabe cómo y son un patrimonio imprescindible con el que cuenta cualquier teatro popular de una determinada región de Rusia. A propósito: he dicho «teatro popular». Estaría muy, pero que muy bien que alguno de nuestros estudiosos se ocupara nuevamente, y de forma más concienzuda que en el pasado, de investigar el teatro popular, el cual indudablemente existe y tal vez no sea en absoluto despreciable. Me resisto a creer que todo lo que después vi en el teatro del penal fuera invención de nuestros presos. Ha de existir forzosamente una tradición heredada, una serie de procedimientos y conceptos establecidos en su momento y transmitidos de generación en generación desde tiempo inmemorial. Hay que buscarla entre los soldados, entre los trabajadores industriales de las ciudades fabriles, e incluso en ciertas poblaciones perdidas y miserables, entre los comerciantes y artesanos. También se ha conservado en las aldeas y en las capitales de provincia, entre los criados de las grandes mansiones señoriales. Pienso que incluso muchas obras antiguas se han difundido en forma manuscrita por toda Rusia, gracias justamente a los criados de los grandes señores. Antiguamente, los viejos terratenientes y los señores moscovitas solían tener sus propios teatros, integrados por siervos que trabajaban como actores. Fue precisamente en esos teatros donde tuvo su origen nuestro arte dramático popular, del que hay indicios evidentes. Por lo que respecta a *Kedril el glotón*, a pesar de mi empeño, no logré saber nada de antemano, salvo que en escena aparecían espíritus malignos que se llevaban a Kedril al infierno. Pero ¿qué era eso de Kedril y, en definitiva, por qué Kedril y no Kirill? ¿Se trataba de una obra de procedencia rusa o extranjera? No pude aclarar nada de esto[59]. Para terminar, se anunció que se representaría una «pantomima musical». Todo esto era muy curioso, sin duda. Había unos quince actores, todos ellos hábiles y decididos. Se les veía todo el rato juntos, rebulléndose, a veces ensayaban detrás de los barracones, disimulaban, se escondían. En resumen, pretendían sorprendernos a todos con algo insólito e inesperado.

Entre semana el penal se cerraba temprano, en cuanto anochecía. Durante las fiestas navideñas se hizo una excepción: no se cerraban las puertas hasta el toque de retreta. Este privilegio se otorgó especialmente para el teatro. A lo largo de las fiestas, todos

los días, al atardecer, se hacía llegar al oficial de guardia la humilde solicitud de «autorizar el teatro y cerrar algo más tarde las puertas del presidio», añadiendo que la víspera también había habido teatro y no habían cerrado hasta más tarde, sin que se hubiera registrado el menor incidente. El oficial de guardia se hacía el siguiente planteamiento: «Efectivamente, ayer no hubo incidentes; ellos ahora me dan su palabra de que tampoco hoy se van a producir, lo cual significa que ellos mismos se van a encargar de vigilar, y ése es el sistema más seguro. Además, si no permito la representación, podría ocurrir (¿quién sabe?, ¡son presidiarios!) que se enfurecieran, que hicieran algún desaguisado con mala intención y provocaran a la guardia». Además, el oficial de guardia siempre tenía el derecho de asistir a la representación.

Ya podía presentarse el jefe de servicio: «¿Dónde está el oficial de guardia?». «Ha entrado en el penal para llevar a cabo el recuento de los presos y cerrar los barracones». Una respuesta precisa, y una justificación verídica. De ese modo, los oficiales de guardia permitieron las representaciones todas las tardes durante las fiestas, y no cerraron los barracones hasta el toque de retreta. Los reclusos ya sabían que no habría impedimentos por parte de la guardia y estaban tranquilos.

Antes de las siete vino a buscarme Petrov, y nos dirigimos juntos a ver la función. De nuestro barracón asistimos casi todos, salvo el *viejo creyente* de Chernígov y los polacos. Los polacos sólo se decidieron a acudir al teatro en la última representación, el cuatro de enero, y eso después de que se les asegurara reiteradamente que el espectáculo estaba bien, que era divertido y que no había peligro alguno. La actitud desdeñosa de los polacos no afectó en lo más mínimo a los reclusos, que el cuatro de enero les acogieron con mucha cortesía. Incluso les ofrecieron los mejores sitios. En cuanto a los cherqueses, y en particular a Isái Fómich, para ellos nuestro teatro fue una auténtica delicia. Isái Fómich dio en cada función tres kopeks, y en la última dejó diez en el platillo, con la felicidad reflejada en su rostro. Los actores habían acordado recaudar lo que cada espectador diera voluntariamente, para los gastos del teatro y para reconfortarse ellos personalmente. Petrov aseguraba que a mí me reservarían uno de los mejores sitios, por muy lleno que estuviera el teatro, basándose en el hecho de que yo, al ser más

rico, probablemente daría más, y también en que yo entendía más que los otros. Así fue. Pero en primer lugar voy a describir la sala y la disposición del teatro.

El barracón militar en el que montaron el teatro mediría unos quince pasos de largo. Desde el patio se pasaba al porche, de allí al vestíbulo, y desde aquí se entraba en el barracón. Este largo barracón, como ya he explicado anteriormente, tenía una disposición especial: la hilera de camastros se situaba a lo largo de la pared, de modo que el centro de la sala quedaba libre. La mitad de la sala más cercana a la salida al porche quedó reservada para los espectadores; la otra mitad, comunicada con otro barracón, se destinó al escenario. Lo primero que me sorprendió fue el telón. Mediría unos diez pasos, atravesando la sala a lo ancho. Ese telón era todo un lujo, algo realmente asombroso. Además, estaba decorado con pinturas al óleo: en él se veían árboles, templetes, estanques y estrellas. Lo habían confeccionado con retazos de tela, vieja y nueva, según lo que cada cual hubiera dado o sacrificado: viejas vendas para los pies y camisas de presidiario, cosidas de cualquier modo hasta formar un gran lienzo; por último, como no había alcanzado la tela, una parte era sencillamente de papel, mendigado hoja a hoja en diversas oficinas y dependencias. Los reclusos pintores, entre los cuales destacaba A…v, nuestro Briúllov, se encargaron de colorearlo y pintarlo. El efecto era admirable. Tanto lujo alegraba incluso a los presos más sombríos y puntillosos; todos ellos, cuando llegó la función, resultaron tan infantiles como los más acalorados e impacientes. Todo el mundo se mostró muy satisfecho, incluso de una forma jactanciosa. La iluminación consistía en unas cuantas velas de sebo cortadas en pedazos. Delante del telón habían colocado dos bancos de la cocina, y por delante de éstos había tres o cuatro sillas, traídas del cuarto del suboficial. Las sillas las habían puesto por si acaso acudían oficiales de mayor graduación; los bancos estaban destinados a los suboficiales y escribientes del cuerpo de ingenieros, a los capataces y a otras personas que, sin ser oficiales, desempeñaban tareas de mando. Todo ello en el caso de que viniesen a ver el teatro. Así fue: a lo largo de todas las fiestas no faltaron los visitantes de fuera, algunas tardes más, otras menos, pero en la última función no quedó ni un sitio libre en los bancos. Finalmente, por detrás de los

bancos, se situaban los presos, de pie, sin gorra, en señal de respeto a los visitantes, con sus chaquetas y pellizas, a pesar del ambiente sofocante, espeso, de la sala. Por supuesto, el espacio que quedaba para los reclusos resultaba muy escaso. No sólo estaban literalmente subidos unos encima de otros, sobre todo en las últimas filas, sino que también habían ocupado los camastros y los bastidores del escenario; además, había aficionados que afluían constantemente por detrás del teatro, entrando en el barracón vecino, y desde allí, a través de los bastidores traseros, seguían la función. El hacinamiento, en la primera mitad del barracón, era algo fuera de lo común, y podía competir con el hacinamiento y las apreturas que había visto recientemente en el baño. La puerta que daba al vestíbulo estaba abierta; aquí, con veinte grados bajo cero, también se amontonaba la gente. A Petrov y a mí nos abrieron paso de inmediato, casi hasta los bancos, desde donde se veía mucho mejor que desde las filas traseras. En cierto modo, me tenían por un entendido, un experto que había frecuentado los teatros de verdad, no como aquél; habían visto que Baklushin, durante todos esos días, me había pedido consejo y me trataba con deferencia; en consecuencia, en ese instante me mostraban su respeto y me reservaban un buen sitio. Es verdad que los reclusos podían mostrarse vanidosos y superficiales en grado sumo, pero todo era pura afectación; podían reírse de mí al ver mi torpeza como compañero de trabajo. Almázov podía mirarnos con desprecio a los nobles, jactándose de su habilidad para tostar el alabastro. A sus persecuciones y burlas se añadía otro factor: nosotros habíamos sido nobles en otro tiempo, pertenecíamos a la misma clase que sus antiguos señores, de los cuales no podían guardar un buen recuerdo. Pero en aquel momento, en el teatro, se apartaban a mi paso. Reconocían que en esta materia yo podía juzgar mejor que ellos, ya que tenía más experiencia y sabía más. Hasta los que estaban peor predispuestos hacia mí (me consta) deseaban entonces que elogiase su teatro, y sin asomo de servilismo me cedían el mejor sitio. Hago ahora estos juicios, evocando mis impresiones de entonces. En aquel momento tuve también la sensación —lo recuerdo muy bien— de que su adecuada valoración de sí mismos no implicaba humillación alguna, sino respeto por su propia dignidad. El rasgo dominante, y el que define de forma más tajante

a nuestro pueblo, es su sentido de la justicia y su afán por conseguirla. Por el contrario, lo que no se da en nuestro pueblo es la costumbre de pavonearse, de figurar los primeros en todas partes, *a toda costa*, con méritos o sin ellos. Basta con levantar la cáscara superficial, adherida artificialmente, y observar el grano mismo con toda atención, más de cerca, sin prejuicios, para descubrir en el pueblo cosas que no podríamos adivinar. No es mucho lo que nuestros sabios pueden enseñar al pueblo. Más bien, afirmo rotundamente, es al contrario: son ellos los que deben aprender del pueblo.

Petrov me había dicho ingenuamente, cuando nos disponíamos a ir al teatro, que a mí me cederían un buen sitio porque, entre otras razones, yo iba a dar más dinero. No había un precio fijo: cada cual daba lo que podía o lo que quería. Casi todos contribuían, aunque no fuese más que con un *grosh*, cuando pasaban el platillo. Pero, aunque a mí me cedieran un buen sitio en parte por dinero, pensando que yo daría más que otros, también eso respondía a un gran sentido de la propia dignidad. «Tú eres más rico que yo, así que pasa adelante, pues, aunque aquí seamos todos iguales, tú vas a contribuir con más: por consiguiente, un espectador como tú les resulta más grato a los actores; el mejor sitio es para ti, porque ninguno de nosotros está aquí por dinero, sino por respeto y, por tanto, nosotros mismos debemos situarnos donde nos corresponda». ¡Cuánto noble orgullo, auténtico orgullo, había en ellos! No se trataba de respeto al dinero, sino de respeto a ellos mismos. En general, el dinero, las riquezas, no eran objeto en el presidio de una especial veneración, sobre todo si se considera a los reclusos en su conjunto, en masa, sin hacer distinciones. Tampoco recuerdo que ninguno de ellos se rebajase seriamente por dinero, ni siquiera examinándolos de uno en uno. Sí había pedigüeños, y yo no me libré de sus sablazos. Pero era más una cuestión de granujería, de picaresca, que de mendicidad propiamente dicha; tenía mucho de broma, era algo muy inocente. No sé si me explico con claridad… Pero ya me estaba olvidando del teatro. Al grano.

Antes de que se levantara el telón, la sala entera ofrecía un cuadro curioso y animado. En primer lugar, estaba la masa de espectadores, apretujados, aplastados, comprimidos por todas partes, esperando pacientemente, con la felicidad dibujada en los

rostros, el comienzo de la función. En las últimas filas había un gran hormigueo de personas que se echaban unas encima de otras. Muchos se habían traído un madero de la cocina: colocaban como podían el grueso madero contra la pared, se encaramaban sobre él, se apoyaban con ambas manos en los hombros del compañero que estaba delante y, sin cambiar de postura, permanecían así unas dos horas, muy satisfechos de sí mismos y del sitio que ocupaban. Otros tenían firmemente asentados los pies sobre el saliente inferior de la estufa y permanecían en idéntica postura todo el tiempo, apoyándose también en los que estaban delante. Eso es lo que ocurría en las filas de más atrás, junto a la pared. En el lateral, subida a los camastros, había también una masa compacta de gente situada por encima de los músicos. Allí había buenos sitios. Cinco individuos habían trepado hasta la parte superior de la estufa y desde allí, tumbados, miraban hacia abajo. ¡Eso sí que era una delicia! En los alféizares de las ventanas de la pared opuesta también se arracimaban grupos enteros de espectadores rezagados o que sencillamente no habían encontrado un buen sitio. Todos se comportaban de forma pacífica y respetuosa. Deseaban exhibir su mejor cara ante los señores y ante los visitantes en general. En todos los semblantes se reflejaba su expectación, absolutamente ingenua. Todas las caras estaban enrojecidas y bañadas en sudor, a causa del calor y el bochorno. ¡Qué extraño destello de alegría infantil, de tierna y pura satisfacción, resplandecía en aquellas frentes y mejillas surcadas de arrugas y cicatrices, en aquellas miradas de unos hombres que hasta entonces siempre se habían mostrado sombríos y huraños, en aquellos ojos donde a veces chispeaba un fuego terrible! Todos se habían quitado la gorra y desde el lado de la derecha todas las cabezas se veían rapadas. Pero en el escenario ya se percibe el bullicio, el trajín. El telón está a punto de levantarse. La orquesta empieza a tocar… Es una orquesta digna de ser descrita. En un lateral, junto a los camastros, se habían instalado ocho músicos: dos violines (uno era del penal, el otro se lo habían pedido prestado a alguien de la fortaleza, pero lo tocaba uno de los nuestros), tres balalaikas, todas ellas de fabricación casera, dos guitarras y una pandereta que hacía las veces de contrabajo. Los violines no hacían más que rechinar monótonamente y las guitarras eran pésimas, pero las balalaikas eran insuperables. La destreza de

los dedos que punteaban las cuerdas igualaba sin duda a la del más hábil prestidigitador. Tocaban sólo temas de danza. En los pasajes más animados, los músicos repiqueteaban con los nudillos sobre las tablas de sus balalaikas; el tono, el gusto, la ejecución, el manejo de los instrumentos, el estilo de la interpretación del tema, todo aquello resultaba peculiar, original, tenía el sabor del presidio. Uno de los guitarristas también sabía tocar su instrumento de forma magistral. Se trataba de aquel noble que había matado a su padre. En cuanto a la pandereta, era sencillamente prodigiosa: el músico tan pronto la hacía girar con un dedo como pasaba el pulgar por la piel; podían estar resonando golpes frecuentes, enérgicos y regulares, y de improviso ese sonido poderoso y nítido parecía desparramarse, como un puñado de guisantes, en un sinfín de sonidos diminutos, tintineantes y susurrantes. Finalmente, aparecieron también dos acordeones. Doy mi palabra de honor de que hasta ese momento yo no tenía ni idea de lo que se podía hacer con esos instrumentos humildes, populares; la armonía de los sonidos, la coordinación y, sobre todo, el alma, la naturaleza de la comprensión y de la transmisión de la verdadera esencia del motivo musical eran realmente asombrosas. Fue entonces cuando alcancé a comprender por primera vez en qué consiste exactamente el infinito brío y desenfreno de las briosas y desenfrenadas canciones rusas de baile. Por fin, se levantó el telón. Todo el mundo se movió, todo el mundo corrigió la posición de los pies, los de las filas traseras se pusieron de puntillas; hubo quien se cayó del madero al que estaba subido; todos, del primero al último, se quedaron boquiabiertos, con la mirada fija, y reinó el más absoluto silencio… Había empezado la función.

A mi lado estaba Alí, en el grupo de sus hermanos y los demás cherqueses. Se habían aficionado apasionadamente al teatro e iban a verlo cada noche. He podido constatar en más de una ocasión que los musulmanes, los tártaros, etc., son fervientes aficionados a toda clase de espectáculos. Junto a ellos se había hecho también un hueco Isái Fómich, quien, al parecer, desde que se levantó el telón, era todo ojos y oídos, y esperaba ansioso, con absoluta candidez, toda suerte de prodigios y delicias. Habría sido una pena que sus esperanzas quedaran defraudadas. El simpático rostro de Alí resplandecía con un júbilo tan infantil, tan hermoso, que confieso

que a mí me entusiasmaba mirarle, y recuerdo que, cada vez que algún actor tenía una salida divertida e ingeniosa y provocaba la hilaridad general, yo no podía evitar volverme hacia Alí para fijarme en su rostro. Él a mí no me veía, ¡bastante ocupado estaba ya! Muy cerca de mí, a la izquierda, estaba un preso ya entrado en años, siempre ceñudo, descontento y malhumorado. También él se había fijado en Alí, y vi cómo se volvió varias veces a mirarle, esbozando una sonrisa: ¡era tan agradable! Le llamaba «Alí Semiónich», no sé por qué. Empezaron con *Filatka y Miroshka*. Filatka (Baklushin) estaba realmente soberbio. Interpretaba su papel con un dominio admirable. Se notaba que había meditado cada una de sus frases, de sus movimientos. A cualquier palabra banal, a cualquier gesto, había sabido darle un sentido y una significación que se ajustaba perfectamente al carácter de su personaje. A este esfuerzo, a esta preparación, se añadía una alegría, una sencillez y una naturalidad asombrosas y auténticas: cualquiera que hubiera visto a Baklushin estaría sin duda de acuerdo en que se trataba de un verdadero actor, de un actor nato, con un gran talento. Yo he visto *Filatka* en varias ocasiones en teatros de Moscú y Petersburgo, y afirmo categóricamente que los actores de ambas capitales interpretaron el papel de Filatka peor que Baklushin. A su lado parecían aldeanos de opereta, no auténticos campesinos. Ponían demasiado empeño en imitar a los campesinos. Además, Baklushin tenía el acicate de la rivalidad: todos sabíamos que en la segunda obra el papel de Kedril lo iba a interpretar el preso Potseikin, un actor a quien todo el mundo, por alguna razón, consideraba superior a Baklushin, con mejores dotes que él, y Baklushin sufría por esto como un chiquillo. Cuántas veces había acudido a mí en aquellos días para confesarme sus sentimientos. Dos horas antes de empezar la función se puso a temblar, presa de la fiebre. Cuando los espectadores se reían a carcajadas y le gritaban: «¡Bravo, Baklushin! ¡Genial!», su rostro se iluminaba de dicha y una auténtica inspiración se reflejaba en sus ojos. La escena del beso con Miroshka, cuando Filatka le advierte antes al otro actor: «¡Límpiate!», y él mismo se limpia, resultó de una comicidad desternillante. Todo el mundo se partía de risa. Pero para mí lo más interesante era el público; allí todos se mostraban tal y como eran, sin tapujos. Se entregaban sin reservas a su entusiasmo. Los gritos

de aliento se escuchaban cada vez con mayor frecuencia. Hay quien le da un ligero codazo a su compañero y le transmite brevemente sus impresiones, sin preocuparse siquiera por saber quién tiene a su lado, y seguramente sin verle; otro, ante una escena divertida cualquiera, se vuelve entusiasmado hacia la multitud, y la recorre rápidamente con la mirada, como animando a todo el mundo a reírse, luego hace un gesto de desaliento con la mano y acto seguido vuelve a centrar todo su interés en la escena. Un tercero no para de chasquear la lengua y los dedos, y se le ve incapaz de quedarse tranquilo en su sitio; pero como no puede salir de allí, tiene que conformarse con cambiar constantemente de postura. Cuando estaba terminando la obra, el contento general llegó a su apogeo. No exagero lo más mínimo. Imaginemos el presidio, los grilletes, el cautiverio, los largos y tristes años que hay por delante, una vida monótona como la llovizna en un gris día otoñal, y, de pronto, a todos esos hombres oprimidos, encerrados, se les permite por un rato estar a sus anchas, divertirse, olvidar sus pesadillas, montar un teatro, y además, ¡menudo teatro!: el orgullo y el asombro de toda la ciudad, ¡para que vean quiénes son los presos! A ellos, naturalmente, todo les llamaba la atención: los trajes, pongamos por caso. Les resultaba enormemente curioso ver, por ejemplo, a un tal Vanka Otpiety[60], o a Netsvetáyev, o a Baklushin, vestidos de forma completamente distinta a como les veían a diario, durante tantos años ya. «Ya veis que es un presidiario, ese mismo que arma tanto ruido cuando pasa con sus grilletes, pero ahora sale con levita, con un sombrero redondo, con capa… ¡como un civil! Se ha puesto un bigote postizo y una peluca. Fijaos, ha sacado un pañuelo rojo del bolsillo, se abanica con él, imita a un *barin*[61], ¡parece enteramente un *barin*!» Y todos entusiasmados. El hacendado bondadoso apareció con un uniforme de edecán, muy viejo, la verdad; llevaba charreteras y una gorra con escarapela, y produjo un efecto extraordinario. Para este papel hubo dos candidatos, y ¿os querréis creer que estuvieron peleándose como niños a ver quién se salía con la suya?: ¡ambos querían exhibirse con aquel uniforme de oficial con charreteras! Tuvieron que separarles los otros actores, que decidieron por mayoría dar el papel a Netsvetáyev, no porque éste fuera más guapo y apuesto que el otro y, en consecuencia, se pareciese más a un *barin*, sino porque Netsvetáyev les aseguró que

saldría a escena con un bastón ligero que agitaría por el aire y con el que trazaría figuras en el suelo, como un auténtico *barin*, como un consumado lechuguino, cosa que a Vanka Otpiety no podía ni pasársele por la imaginación, porque él jamás había visto a un señor de verdad. En efecto, en cuanto apareció ante el público acompañado de su mujer, Netsvetáyev se puso a trazar en el suelo graciosas y rápidas figuras con su fino bastoncillo de junco, conseguido no se sabe dónde: seguramente veía en ello una marca del señorío más excelso, de la elegancia extrema, de la distinción. Probablemente, alguna vez allá en su infancia, siendo un rapazuelo del servicio doméstico, cuando todavía andaba descalzo, habría tenido la ocasión de admirar a algún elegante *barin* llevando bastón, y le habría cautivado su habilidad para jugar con él, y esa imagen se habría quedado grabada, de forma indeleble, en su alma; de ese modo ahora, a sus treinta años, todo aquello le había venido a la memoria, y eso le había permitido fascinar y seducir al presidio entero. Netsvetáyev estaba tan concentrado en su actuación que no se fijaba en nada ni en nadie, y no levantaba la vista ni siquiera al hablar; lo único que le preocupaba era seguir atentamente con la mirada el extremo del bastón. La hacendada bondadosa también estaba absolutamente admirable en su papel: apareció con un vestido de muselina, viejo y gastado, hecho un verdadero trapo, sin mangas y escotado, con la cara exageradamente empolvada y llena de colorete, llevando un gorro de dormir de percalina anudado por debajo de la barbilla, con una sombrilla en una mano y un abanico de papel pintado en la otra, que no dejaba en ningún momento de agitar. Una salva de risas acogió a la dama; ella misma era incapaz de contenerse y en más de una ocasión se echó a reír. Ese papel lo interpretaba el recluso Ivanov. Sirotkin, vestido de muchacha, estaba maravilloso. También las coplas tuvieron mucho éxito. En resumen, la obra concluyó en medio de la más rotunda satisfacción general. No hubo críticas, ni podía haberlas.

Volvieron a tocar la obertura *Mi zaguán*, y de nuevo se levantó el telón. Era *Kedril. Kedril* es una especie de *Don Juan*; por lo menos, al amo y al criado al final de la obra se los llevan al infierno los demonios. Se representaba un acto completo, pero era evidente que se trataba de un fragmento: el principio y el final se habían perdido. No tenía ni pies ni cabeza. La acción se desarrolla en Rusia, en una

posada. El posadero acompaña a su cuarto a un caballero que viste un capote y un sombrero redondo desfigurado. Le sigue su criado Kedril con una maleta y una gallina envuelta en papel azul. Kedril lleva una pelliza y una gorra de lacayo. Este Kedril es «el glotón». Hace de Kedril el recluso Potseikin, rival de Baklushin; el papel de su señor lo representa Ivanov, el mismo que en la primera obra hizo de la terrateniente bondadosa. El posadero, Netsvetáyev, advierte de que en la habitación hay demonios, y desaparece. El caballero, sombrío y preocupado, murmura para sus adentros que él ya lo sabía hacía tiempo, y ordena a Kedril que deshaga el equipaje y prepare la cena. Kedril es un cobarde y un glotón. En cuanto oye hablar de demonios, palidece y se pone a temblar como una hoja. De buena gana saldría corriendo, pero teme a su amo. Además, le apetece comer. Es goloso, necio, pícaro a su manera y cobarde; engaña a su señor a cada paso, pero a la vez le tiene miedo. Es un tipo de criado muy notable, en el cual se advierten, lejana y vagamente, los rasgos de Leporello, y es representado de forma realmente magistral. Potseikin tenía un talento innegable, y, a mi entender, era mejor actor aún que Baklushin. Naturalmente, al encontrarme al día siguiente con Baklushin, no le di mi opinión más que a medias: le habría causado un gran disgusto. El preso que representaba al amo tampoco lo hacía nada mal. Dijo algunos disparates tremendos, sin posible comparación; pero su dicción era correcta y viva, y sus gestos adecuados. Mientras Kedril se ocupa de las maletas, su amo va y viene por el escenario, enfrascado en sus reflexiones, y anuncia de forma audible que esa noche sus andanzas llegan a su fin. Kedril, intrigado, le escucha con atención, hace muecas sin parar y habla aparte, despertando con cada palabra suya la hilaridad de los espectadores. No siente la menor lástima de su amo; pero ha oído hablar de demonios y le gustaría saber de qué se trata, así que entabla conversación y empieza a hacer preguntas. Su amo, por fin, le cuenta que en cierta ocasión, hallándose en un aprieto, imploró la ayuda del infierno y los diablos acudieron en su auxilio y pudo superar aquel trance; pero que en esta fecha vence el plazo y es posible que vengan hoy mismo a llevarse su alma, según lo convenido. Kedril está ahora muerto de miedo, pero el señor no se acobarda y le manda preparar la cena. Al oír esta palabra, Kedril se reanima, saca la gallina, saca el vodka, y de buenas a primeras

arranca un pedazo de gallina y lo prueba. El público estalla en carcajadas. Pero chirría una puerta, el viento sacude los postigos; Kedril se estremece y, a toda prisa, de forma casi inconsciente, se mete en la boca un trozo enorme de gallina, que no es capaz ni de tragarse. Más carcajadas. «¿Está ya lista?», le grita el amo, que no para de dar vueltas por el cuarto. «Ahora mismo, señor… se la estoy… preparando», responde Kedril, pero es él quien se sienta a la mesa y con la mayor tranquilidad del mundo se dispone a devorar la cena de su señor. Al público se ve que le entusiasma la viveza y la picardía del criado, y que el amo haga el primo. También hay que reconocer que Potseikin merecía sin duda toda clase de elogios. La frase «Ahora mismo, señor, se la estoy preparando», la dijo de un modo soberbio. Sentado a la mesa, empieza a comer con avidez y se sobresalta a cada paso del amo, no vaya a ser que este caiga en la cuenta del engaño; al primer ademán de darse la vuelta, el criado se esconde bajo la mesa, sin soltar la gallina. Por fin ha saciado el hambre más urgente; ya es hora de pensar en el señor. «Kedril, ¿te falta mucho?», grita el caballero. «¡Ya está lista!», responde Kedril con viveza, que se ha percatado de que a su amo no le ha quedado casi nada. En el plato, en efecto, no hay más que un muslo de gallina. El señor, sombrío y preocupado, se sienta a la mesa sin darse cuenta de nada, mientras Kedril, con una servilleta, se coloca detrás de su silla. Cada palabra, cada gesto, cada mueca de Kedril cuando se dirige al público y hace movimientos con la cabeza alusivos al mentecato de su amo, es acogido por los espectadores con una risa incontenible. Pero he aquí que apenas ha empezado a cenar el caballero cuando se presentan los demonios. Esto ya no hay quien lo entienda, y además los diablos hacen su aparición de una forma muy poco corriente: en el bastidor de uno de los laterales se abre una puerta y sale una especie de bulto blanco, que en vez de cabeza tiene un farol con una vela; otro fantasma, también con un farol como cabeza, sostiene una guadaña. ¿A qué vienen esos faroles, a qué viene esa guadaña, a qué vienen esos diablos vestidos de blanco?; nadie acierta a explicárselo. Después de todo, nadie se lo plantea. Será así porque seguro que tenía que ser así. El señor, con bastante arrojo, se dirige a los demonios y les grita que está preparado, que ya pueden llevárselo. Pero Kedril tiembla de miedo como una liebre; se desliza debajo de la mesa, pero, a pesar del

susto que lleva encima, no se olvida de echar mano de la botella de vodka que está en la mesa. Los diablos desaparecen por un instante; Kedril sale de su escondite; pero, en cuanto su amo se dispone nuevamente a dar cuenta de la gallina, irrumpen tres demonios en la habitación, le agarran por detrás y se lo llevan a los infiernos. «¡Kedril, sálvame!», grita el caballero. Pero Kedril tiene otra cosa en que pensar. En esta ocasión, no sólo coge la botella, sino también el plato y hasta el pan, y se esconde debajo de la mesa. Pero ahora se ha quedado solo, ya no están los demonios, tampoco su señor. Kedril sale, mira a su alrededor, y una sonrisa le ilumina la cara. Hace un guiño malicioso, se sienta en el lugar de su amo y, acompañando sus palabras con un gesto de la cabeza dirigido al público, dice a media voz:

—Vaya, ahora estoy solo… ¡sin el amo!

Todos responden con una carcajada a esa afirmación de que se ha quedado sin amo; pero todavía añade en voz baja, vuelto al público en tono confidencial y haciendo unos guiños cada vez más divertidos:

—¡Al señor se lo han llevado los demonios!

El entusiasmo de los espectadores ya no conoce límites. Aparte de que al señor se lo hubieran llevado los demonios, es que la frase se dijo de tal modo, con tal picardía, con una mueca de ironía tan triunfal que realmente era imposible no aplaudirla. Pero la dicha de Kedril no dura mucho. No había hecho más que empezar a ocuparse de la botella, se había servido un vaso y se disponía a bebérselo, cuando de pronto regresan los diablos, se deslizan de puntillas por detrás y le atrapan por la cintura. Kedril grita como un condenado; tiene tanto miedo que no se atreve a darse la vuelta. Tampoco puede defenderse: tiene las manos ocupadas por la botella y el vaso, de los cuales no es capaz de separarse. Con la boca abierta de espanto, permanece sentado medio minuto, mirando al público con ojos desencajados; tiene una expresión tan chusca de miedo atroz, que bien podría servir para un retrato. Finalmente, lo cogen, se lo llevan; sin soltar la botella, patalea y no para de gritar. Sus gritos siguen oyéndose desde detrás del escenario. Pero cae el telón, y todos ríen, todos están entusiasmados… La orquesta empieza a tocar una *kamárinskaya*[62].

El comienzo es muy suave, apenas audible, pero poco a poco el

motivo crece y crece, el tiempo se acelera y estalla el brioso repiqueteo de los dedos sobre las tablas de las balalaikas… Es una *kamárinskaya* en todo su ímpetu, y la verdad es que habría estado muy bien si Glinka, por casualidad, hubiera podido escucharla allí en el presidio. Empieza ahora una pantomima musical. Mientras dura, no cesan de tocar la *kamárinskaya*. La acción se desarrolla en el interior de una *isba*. En escena aparecen un molinero y su mujer. El molinero, en un rincón, repara unos arneses; la mujer, en el rincón opuesto, hila lino. El papel de la mujer lo interpreta Sirotkin, el del molinero, Netsvetáyev. Hay que señalar que los decorados son muy pobres. Tanto en esta obra como en la anterior y en las restantes, es más lo que hay que completar con la imaginación que lo que se ve con los ojos. A modo de pared de fondo se extiende una especie de tapiz o cobertura de caballo; en un lateral hay unos biombos destartalados. En el lado izquierdo no han puesto nada, de manera que pueden verse los camastros. Pero los espectadores no son exigentes y se avienen a suplir la realidad con su imaginación, tanto más cuanto que es algo para lo que están perfectamente capacitados: «Si han dicho que es un jardín, hazte cuenta de que es un jardín; que es una habitación, pues será una habitación; una *isba*, pues una *isba*… Da lo mismo, no hay que andarse con tantos miramientos». Sirotkin está encantador vestido de joven aldeana. De los espectadores salen algunos piropos a media voz. El molinero concluye su faena, coge su gorra, coge el látigo, se acerca a la mujer y le explica por señas que debe salir, pero que si ella, en su ausencia, tiene alguna visita, entonces… y le enseña el látigo. Ella le escucha y asiente con la cabeza. Seguramente ese látigo le resulta muy conocido: la mujer se lo pasa muy bien a espaldas de él. Sale el marido. En cuanto atraviesa la puerta, ella le amenaza por detrás con el puño. Están llamando; se abre la puerta y esta vez el que aparece en escena es un vecino, también molinero, un *mujik* barbudo que viste un caftán. Trae en las manos un regalo, un pañuelo rojo. La molinera se echa a reír, pero en cuanto el vecino se dispone a abrazarla, llaman una vez más a la puerta. ¿Dónde ocultarse? Ella le esconde a toda prisa debajo de la mesa, y vuelve a ocuparse del huso. Aparece otro de sus adoradores: un escribiente en uniforme militar. Hasta el momento la pantomima está resultando impecable: todos los gestos son correctos, sin un fallo.

Había con qué asombrarse viendo a aquellos actores improvisados, y uno no podía dejar de pensar: ¡cuántas energías y cuánto talento se pierden aquí en Rusia, a veces casi en vano, por culpa de la servidumbre o de la adversidad! Pero el preso que hacía el papel de escribiente seguramente habría trabajado alguna vez en una compañía de provincias, o en un teatro casero, y debió de parecerle que ni uno solo de nuestros actores entendía una palabra del oficio, y que no se movían en el escenario como es debido. Así que ahora hace su entrada como dicen que lo hacían en el teatro antiguo los héroes clásicos: da una larga zancada y, antes de mover la otra pierna, se detiene bruscamente, echa para atrás el tronco y la cabeza, mira en derredor con arrogancia y… da el siguiente paso. Si semejantes andares ya parecían grotescos en los héroes clásicos, aún lo parecen más en un escribiente militar y en una escena cómica. Pero allí el público pensaba que seguramente eso era lo más indicado y aceptaba las largas zancadas del desgarbado escribiente como un hecho consumado, sin mayores críticas. Casi no había tenido tiempo el escribiente de llegar al centro del escenario, y ya estaban llamando otra vez: la dueña de la casa vuelve a sobresaltarse. ¿Dónde meter al escribiente? En el baúl: suerte que está abierto. Se cuela en el baúl y la mujer cierra la tapa. En esta ocasión se presenta un visitante original; es un nuevo enamorado, pero de una clase muy especial. Es un brahmán, vestido como corresponde. Una risa incontenible se extiende entre los espectadores. El presidiario Koshkin hace de brahmán, y lo hace de maravilla. Tiene verdadera pinta de brahmán. Expresa mediante gestos la grandeza de su amor. Levanta las manos hacia el cielo, luego se las lleva al pecho, al corazón; pero antes de que termine de manifestar su ternura, un golpe violento resuena en la puerta. Por el golpe se conoce que es el dueño de la casa. La mujer, asustada, está fuera de sí; el brahmán se agita como un poseso, suplicando que le escondan. Rápidamente, ella le mete detrás del armario y, olvidándose de ir a abrir, se lanza a por su hilado y se pone a hilar, hila que te hila, sin oír las llamadas a la puerta de su marido; es tal su pavor, que está torciendo un hilo que ni siquiera está en sus manos, y da vueltas a un huso que se ha olvidado de coger del suelo. Sirotkin representó muy bien este miedo, con total acierto. Pero el dueño de la casa echa la puerta abajo de una patada y se

acerca a su mujer con el látigo en la mano. Lo ha visto todo, pues ha estado al acecho, y sin más preámbulos le indica a su mujer con los dedos que tiene a tres hombres escondidos. A continuación, se pone a buscarlos. Al primero que encuentra es a su vecino, y lo echa a golpes de la estancia. El escribiente, atemorizado, tiene la intención de escapar, pero, al levantar con la cabeza la tapa del baúl, él mismo se descubre. El molinero le da unos cuantos latigazos, y en esta ocasión el escribiente enamorado pega unos saltos con un estilo muy poco clásico. Sólo queda el brahmán; el dueño de la casa lo busca un buen rato, hasta que por fin lo encuentra en un rincón, detrás del armario; le hace una cortés reverencia y le arrastra de la barba hasta el centro del escenario. El brahmán intenta defenderse, y grita: «¡Maldito, maldito!» (son las únicas palabras que se pronuncian en la pantomima); pero el marido no le escucha y le ajusta las cuentas a su manera. La mujer, viendo que ya le llega su turno, arroja el hilado y el huso y sale corriendo de la habitación; su banqueta rueda por el suelo, y los reclusos sueltan una carcajada. Alí, sin mirarme, me tira del brazo y me grita: «¡Mira, el brahmán, el brahmán!», y no puede tenerse de la risa. Cae el telón. Empieza otra escena…

Pero no es cosa de describirlas todas. Hubo todavía dos o tres más. Eran muy graciosas y auténticamente alegres. Si no las habían compuesto los mismos presidiarios, al menos sí habían aportado algo suyo en todas ellas. Casi todos eran capaces de improvisar, de tal manera que un mismo actor, sin cambiar de papel, lo iba representando en las funciones sucesivas de forma algo distinta cada vez. La última pantomima, de carácter fantástico, se cerraba con un *ballet*. Enterraban a un muerto. El brahmán, con numerosos servidores, realiza sobre el ataúd diversos conjuros, pero de nada le valen. Finalmente se oye la canción *El sol se está poniendo*[63], el difunto revive, y todos se ponen a bailar alborozados. El brahmán baila con el muerto, y lo hace de una forma muy peculiar, a lo brahmán. Así termina la función, hasta la tarde siguiente. Los reclusos se separan alegres, satisfechos, elogian a los actores, dan gracias al suboficial. No se oye ni la menor discusión. Todos están contentos, cosa insólita en ellos, parecen incluso felices, y se duermen con la conciencia tranquila, algo a lo que no están acostumbrados. ¿Y cuál es la razón, en el fondo? Sin embargo, todo

esto no es un sueño, fruto de mi fantasía. Es la verdad, la pura realidad. Ha bastado con permitir a estas pobres gentes que vivieran a sus anchas por un rato, que se divirtieran como personas normales, que pasaran al menos una hora apartados de la rutina del penal, y estos hombres se han transformado moralmente, aunque sólo fuera por unos pocos minutos… Pero ya estamos en plena noche. Me estremezco y me despierto casualmente: el viejo sigue rezando sobre la estufa y así seguirá hasta el alba; Alí duerme tranquilo a mi lado. Recuerdo que en el momento de dormirse todavía se estaba riendo, mientras comentaba con sus hermanos la función, y fijo la mirada sin querer en su plácido semblante infantil. Poco a poco voy recordándolo todo: este último día, las fiestas, todo este mes… Levanto la cabeza con temor y contemplo a mis compañeros dormidos a la luz débil y temblorosa de las velas baratas del presidio. Contemplo sus rostros miserables, sus lechos miserables, contemplo toda esta desnudez, toda esta miseria irremediable; no aparto la mirada de todo esto, como si quisiera convencerme de que no es la prolongación de una pesadilla monstruosa, sino la pura realidad. Pero es la realidad: por ahí se oye un gemido; alguien ha retirado penosamente un brazo y ha hecho sonar sus cadenas. Otro se ha estremecido en sueños y se ha puesto a hablar, mientras el abuelo subido a la estufa reza por todos «los cristianos ortodoxos», y se oye su letanía acompasada, tranquila, monótona: «Señor, ten piedad…».

«Pero no estoy aquí para siempre, sino para unos cuantos años solamente», pienso y vuelvo a reposar la cabeza sobre la almohada.

Segunda parte

CAPÍTULO I

EL HOSPITAL

Poco después de las fiestas caí enfermo y me mandaron a nuestro hospital militar. Era un edificio aislado, situado a media *versta* de la fortaleza. Se trataba de una construcción alargada de una sola planta, pintada de amarillo. En verano, cuando había trabajos de reparación, se gastaban en ella cantidades ingentes de ocre. En el enorme patio se encontraban las dependencias, las casas de los oficiales médicos y otras instalaciones, mientras que el pabellón principal estaba únicamente destinado a las salas. Había muchas salas, pero tan sólo dos eran para los presidiarios, y estaban siempre abarrotadas, sobre todo en verano, de modo que a menudo había que cambiar de sitio las camas. Nuestras salas se llenaban con toda clase de «desgraciados». Allí iban los de nuestro presidio; iban los procesados por la justicia militar, de diversas armas y cuerpos y en distintas situaciones: unos juzgados, otros aún pendientes de juicio, otros en tránsito; iban también los que estaban en compañías de castigo, paradójicas instituciones a las que se enviaba, para corregirlos, a los soldados que habían cometido una falta o que no eran de fiar, y de donde salían al cabo de dos o más años convertidos en unos verdaderos canallas, de los que casi no se encuentran. Entre nosotros, los presidiarios que caían enfermos se lo solían comunicar por la mañana al suboficial. Inmediatamente los apuntaban en un libro, con el cual los mandaban, acompañados por un guardia, a la enfermería del batallón. Allí un doctor examinaba a todos los enfermos de todas las unidades militares acantonadas en la fortaleza, y enviaba al hospital a los que encontraba verdaderamente enfermos. A mí me registraron en el libro y, pasada

la una, cuando todos los nuestros habían salido ya del penal para realizar el trabajo de la tarde, me dirigí al hospital. Los reclusos enfermos normalmente se llevaban todo el dinero disponible, algo de pan (ya que no cabía esperar que les dieran ese día su ración en el hospital), una pequeña pipa y una petaca con el tabaco, el pedernal y el eslabón. Estos últimos objetos se ocultaban cuidadosamente en las botas. Yo entré en el recinto hospitalario no sin cierta curiosidad por esa nueva variante, que aún me era desconocida, de nuestra vida en presidio.

El día era tibio, plomizo y triste, uno de esos días en que establecimientos como los hospitales adquieren un aspecto especialmente oficial, nostálgico y desagradable. Entré con el soldado que me escoltaba en la recepción, donde había dos bañeras de cobre; allí estaban esperando otros enfermos: eran dos procesados con sus escoltas. Entró un practicante que nos dirigió una mirada desganada y autoritaria, y de forma aún más desganada procedió a dar parte al médico de guardia. Éste apareció enseguida; nos examinó, nos trató con mucha consideración y nos entregó unas «hojas de seguimiento» donde figuraban nuestros nombres. Lo demás, el diagnóstico de la enfermedad, la prescripción de los medicamentos y dietas, etc., correspondía ya al interno que estaba a cargo de las salas de los presidiarios. A estos yo ya les había oído anteriormente deshacerse en elogios a sus médicos. «¡Son como padres!», respondían a las preguntas que les estuve haciendo antes de ir al hospital. Entretanto, nos cambiamos de ropa. Nos retiraron la vestimenta y la ropa interior con la que habíamos llegado, y nos proporcionaron una muda del hospital, así como calcetines largos, pantuflas, gorros de dormir y unos gruesos batines pardos de paño, forrados con algo que no se sabía si era tela o una especie de emplasto. En resumen: los batines eran el colmo de la suciedad, aunque esto no lo pude apreciar del todo hasta que estuve ya instalado. A continuación, nos condujeron a las salas de los presidiarios, situadas al fondo de un larguísimo pasillo, alto y limpio. La limpieza externa era en todas partes satisfactoria; todo lo que entraba por los ojos parecía reluciente. Al menos, esa impresión me daba a mí, que venía del penal. Los dos procesados entraron en la sala de la izquierda, yo en la de la derecha. Junto a la puerta, cerrada con una tranca de hierro, había un centinela armado; un

centinela auxiliar le acompañaba. Un suboficial de la guardia del hospital ordenó que me dejaran pasar, y me vi en una habitación larga y estrecha; las camas se alineaban a lo largo de las dos paredes longitudinales: había unas veinte, tres o cuatro de las cuales estaban libres. Se trataba de esas camas de madera, pintadas de verde, que todo el mundo conoce de sobra en Rusia, esas camas que, por no se sabe qué maldición, nunca están libres de chinches. Me instalé en un rincón, en la parte de las ventanas.

Como ya he dicho, allí había también enfermos de nuestro presidio. Algunos ya me conocían, o al menos me habían visto antes. Pero la mayoría eran presos pendientes de juicio o soldados de la compañía de castigo. Los enfermos graves, que no pudieran levantarse de la cama, no eran muchos. Los demás, enfermos leves o convalecientes, estaban sentados en sus camastros o deambulaban por la habitación, ya que entre las dos hileras de camas quedaba espacio libre para pasear. La sala olía a hospital de un modo verdaderamente sofocante. El aire estaba corrompido por diversas emanaciones desagradables y por el olor de las medicinas, y eso que la estufa estaba encendida casi todo el día. Una funda a rayas cubría mi cama. La retiré; debajo había una colcha de paño, con un reborde de tela, y unas sábanas gruesas de limpieza harto dudosa. Junto a la cama había una mesita, con una jarra y una taza de estaño. Por decoro, se debía cubrir todo esto con una especie de servilleta que me entregaron. Debajo de la mesa, en un estante, se podía guardar la tetera si se tomaba té, el recipiente del *kvas* y cosas así, aunque eran muy pocos los enfermos que bebían té. En cuanto a las pipas y petacas, que casi todos tenían, sin excluir a los tuberculosos, se ocultaban bajo la cama. Ni el doctor ni los restantes jefes efectuaban apenas inspecciones, y, si sorprendían a alguno con la pipa, no se daban por enterados. Por lo demás, los enfermos solían ser cautelosos y fumaban al lado de la estufa. Si acaso, de noche se atrevían a fumar en la cama misma, pero de noche nadie hacía ronda por las salas, salvo, en ocasiones, el oficial al mando de la guardia del hospital.

Hasta entonces yo jamás había estado ingresado; por eso, todo lo que me rodeaba me resultaba completamente nuevo. Me di cuenta de que yo suscitaba cierta curiosidad. Ya habían oído hablar de mí y me miraban sin ningún recato, con cierto aire de superioridad

incluso, como se mira en la escuela a un novato o en una oficina estatal a la persona que presenta una solicitud. La cama situada a mi derecha la ocupaba un escribiente, en prisión preventiva, que era hijo ilegítimo de un capitán retirado. Le habían procesado por falsificación de moneda, y llevaba cosa de un año en el hospital, por lo visto sin padecer ninguna enfermedad, aunque había procurado persuadir a los médicos de que tenía un aneurisma. Hasta que consiguió su propósito: los trabajos forzados y los castigos corporales quedaron atrás, y al cabo de un año fue enviado a T…k para ingresar en el hospital. Era un joven recio y chaparro, de unos veintiocho años, pícaro redomado y celoso observador de las leyes; no tenía nada de tonto, mostraba una extraordinaria seguridad en sí mismo y era insolente sobremanera; con un amor propio enfermizo, estaba convencido, con total seriedad, de que era la persona más honrada y justa del mundo y de que no había cometido delito alguno, y jamás se apartó de esta convicción. Fue el primero en dirigirse a mí; lleno de curiosidad empezó a hacerme preguntas y me expuso detalladamente las normas que regían en el hospital. Lo primero que hizo, por descontado, fue informarme de que era hijo de un capitán. Quería aparentar a toda costa que era un señor o, cuando menos, «de noble origen». A continuación se me acercó un enfermo que pertenecía a la compañía de castigo, asegurando que conocía a muchos de los nobles anteriormente deportados, citándolos por su nombre y patronímico. Era un soldado ya canoso; en su rostro se podía leer que todo lo que decía era falso. Se llamaba Chekunov. Sin duda intentaba adularme, creyendo que yo tenía dinero. No tardó en ponerse a mi disposición al ver el paquete con té y azúcar: se ofreció a conseguirme una tetera y prepararme el té. M…cki había prometido mandarme una tetera desde el penal al día siguiente, por medio de alguno de los presidiarios que iban a trabajar al hospital. Pero Chekunov se encargó de todo. Consiguió un cazo de hierro y hasta una taza, hirvió agua y preparó el té; en resumen, me atendió con tal solicitud que provocó de inmediato las burlas hirientes de uno de los enfermos. Se trataba de un tísico, cuya cama estaba enfrente de la mía, llamado Ustiántsev: aquel soldado pendiente de juicio que, temeroso del castigo que le esperaba, se había bebido una jarra de vodka macerado con una buena dosis de rapé, con lo que contrajo la tuberculosis. Ya lo he

mencionado en otro lugar. Hasta ese momento había guardado silencio, respirando con dificultad, clavando en mí una mirada adusta y vigilando a Chekunov con indignación. Su seriedad biliosa, nada usual, añadía a su indignación un matiz particularmente cómico. Finalmente, no pudo contenerse:

—¡Valiente lacayo! ¡Ya ha encontrado un amo! —exclamó pausadamente, con una voz jadeante a causa de su debilidad. Le quedaban ya pocos días de vida.

Chekunov se volvió hacia él indignado:

—¿Quién es el lacayo? —pronunció, mirando a Ustiántsev con desdén.

—¡Tú lo eres! —respondió éste con aplomo, como si tuviera pleno derecho a reprender a Chekunov e incluso le hubieran puesto a su lado con ese fin.

—¿Que yo soy un lacayo?

—Sí, tú, tú. Atended, buenas gentes: no se lo cree. ¡Se extraña!

—¿Y a ti qué más te da? Ya ves que está solo, y es como si no tuviera manos. Está claro que no tiene costumbre de manejarse sin un criado. ¿Por qué no iba a hacerle un favor? ¡Mamarracho, jeta peluda!

—¿Quién tiene la jeta peluda?

—Tú.

—¿Que yo tengo la jeta peluda?

—¡Sí, sí, tú!

—¿Y tú quién te has creído que eres? Si yo tengo la jeta peluda, la tuya es como un huevo de corneja.

—¡Jeta peluda, eso es lo que eres! Ya que Dios le ha quitado la vida, debería estar ahí tumbado y dejarse morir. ¡Pero no, todavía se afana! ¡Qué andarás buscando!

—¿Qué? No, mira, yo podría hacer reverencias a una bota, pero no a una alpargata. Mi padre nunca hizo reverencias, y a mí me prohibió hacerlas. Yo… yo…

Quiso continuar, pero sufrió un terrible ataque de tos que duró varios minutos y le hizo escupir sangre. Al poco, un sudor frío, extenuante, cubría su estrecha frente. De no haber sido porque la tos se lo impedía, habría seguido hablando; en sus ojos se veía que deseaba prolongar la disputa, pero en su impotencia sólo acertaba a manotear… Así que Chekunov acabó por olvidarse de él.

Sentí que la rabia del tísico iba dirigida contra mí, más que contra Chekunov. Por el mero hecho de que éste hubiera querido prestar un servicio con el que ganarse un kopek, nadie se habría enfadado con él ni lo habría mirado con particular desprecio. Todos entendían que lo hacía únicamente por dinero. A este respecto, la gente humilde no es en absoluto tan puntillosa y sabe discernir con sutileza. Era yo personalmente quien no le había gustado a Ustiántsev; no le había gustado mi té, ni que, aun llevando grilletes, siguiera actuando como un señor que no es capaz de arreglárselas sin un criado, aunque yo de ningún modo había solicitado ni deseaba los servicios de un criado. Realmente yo siempre quería hacerlo todo por mí mismo, y procuraba evitar a toda costa que me vieran como un señorito que remolonea o parece remilgado. Para mí, en cierto sentido, era cuestión de amor propio, ya que hablamos del asunto. Y, sin embargo —y no consigo comprender por qué ocurría siempre así—, nunca me libraba de los diversos servidores y criados que me asediaban y acababan por dominarme totalmente, hasta convertirse ellos en los verdaderos señores y yo en su servidor; pero en apariencia, y como no podía ser de otro modo, yo daba la impresión de ser un señorito que actúa como tal y es incapaz de prescindir de los criados. Esto, naturalmente, me fastidiaba mucho. Pero Ustiántsev era tísico y se irritaba con facilidad. En cuanto a los demás enfermos, me observaban con indiferencia, y hasta con algo de altanería. Recuerdo que todos estaban pendientes de un asunto concreto: por las conversaciones entre los reclusos, me enteré de que esa misma tarde iban a traer a un soldado procesado al que estaban azotando en ese preciso momento. Los presidiarios esperaban al novato con cierta curiosidad. Decían, por cierto, que el castigo sería leve: tan sólo quinientos palos.

Poco a poco me fui adaptando al ambiente. Por lo que pude observar, los auténticos enfermos padecían sobre todo de escorbuto y de enfermedades de los ojos, dolencias endémicas en aquella región. Ese era el caso de algunos de los enfermos en nuestra sala. Los restantes enfermos auténticos sufrían fiebres, erupciones diversas o padecían del pecho. Aquí, a diferencia de lo que ocurría en otras salas, se amontonaban todas las enfermedades, incluso las venéreas. He dicho los *auténticos* enfermos, porque algunos habían

ido allí *por las buenas*, sin ninguna enfermedad, «a descansar». Los médicos les admitían de buen grado, por compasión, sobre todo cuando había muchas camas libres. El confinamiento en los cuerpos de guardia o en las prisiones era muchísimo peor que en el hospital, de modo que muchos reclusos venían aquí gustosos, aunque el aire estuviera viciado y la sala cerrada con llave. Los había incluso que eran verdaderos devotos del lecho y, en general, de la vida hospitalaria; en su mayoría procedían de la compañía de castigo. Yo examinaba con curiosidad a mis nuevos compañeros, pero recuerdo el especial interés que despertó en mí uno de nuestro penal, ya moribundo, también él tísico y en sus últimos días, que ocupaba la segunda cama a partir de la de Ustiántsev, y estaba, por tanto, casi enfrente de mí. Se llamaba Mijáilov; dos semanas antes todavía le había visto en el presidio. Hacía mucho tiempo que estaba enfermo y necesitaba tratamiento, pero él, con una paciencia obstinada y completamente innecesaria, se sobreponía y mantenía el ánimo, y sólo durante las fiestas ingresó en el hospital, donde moriría al cabo de tres semanas de una tuberculosis espantosa: era una persona completamente consumida. Me impresionó entonces su rostro horriblemente desfigurado, uno de los primeros rostros en los que yo había reparado al llegar al penal: ya entonces me había llamado la atención, por alguna razón. A su lado yacía un soldado de la compañía de castigo, ya entrado en años, terriblemente sucio y repugnante… Pero no puedo enumerar a todos los enfermos… Me he acordado de este vejestorio únicamente porque entonces también me produjo cierta impresión y porque en un momento me permitió hacerme una idea bastante completa sobre algunas peculiaridades de la sala de los presidiarios. El abuelo tenía entonces, recuerdo, un catarro fortísimo. No paraba de estornudar, y durante toda la semana siguiente estuvo estornudando hasta en sueños; lo hacía como en descargas de cinco o seis estornudos a la vez, sin olvidarse de exclamar con cada descarga: «¡Señor, qué suplicio!». En aquel instante estaba sentado en la cama, atiborrándose ansiosamente la nariz de rapé, que sacaba de un cuernecillo de papel, con el fin de estornudar con más fuerza y precisión. Estornudaba sobre un pañuelo de algodón a cuadros, de su propiedad, cien veces lavado y totalmente descolorido, y al hacerlo se le arrugaba de un modo peculiar la naricilla, descomponiéndose en un sinfín de arrugas

diminutas y dejando al descubierto los residuos de sus viejos dientes ennegrecidos junto a las encías rojas y babeantes. Después de estornudar, lo primero que hacía era extender el pañuelo y examinar atentamente las numerosas mucosidades que se habían acumulado en él, y a renglón seguido lo restregaba por el batín pardo que le había asignado el hospital, de modo que toda la mucosidad quedaba en el batín, mientras que el pañuelo apenas quedaba humedecido. Así lo estuvo haciendo durante toda la semana. Este sistema minucioso y mezquino para preservar su propio pañuelo en detrimento del batín del hospital no levantaba la menor protesta por parte de los otros enfermos, a pesar de que el batín podía corresponderle a alguno de ellos más adelante. Pero nuestra gente sencilla parece incapaz de sentir asco o repugnancia por nada. A mí, en cambio, me repugnó nada más verlo, y en ese mismo instante, casi sin querer, empecé a fijarme con repulsión y con curiosidad en el batín que me acababa de poner. Entonces reparé en que su penetrante olor ya me había llamado antes la atención; ya había tenido tiempo de calentarse sobre mí, y cada vez olía más intensamente a medicinas, ungüentos y, según me pareció, a pus o cosa semejante, lo cual no tenía nada de extraño, pues desde tiempo inmemorial no se había separado de los hombros de los enfermos. Tal vez hubieran lavado alguna vez el forro de tela que tenía en la espalda, pero no estoy seguro de ello. Lo cierto es que en ese momento dicho forro estaba impregnado de toda clase de líquidos desagradables: de las compresas, del agua que se filtraba de los emplastos, etc. Además, a las salas para presidiarios llegaban muy a menudo los reclusos recién azotados, con la espalda cubierta de heridas; a éstos les aplicaban compresas, lo cual explica que el batín, puesto sin más sobre la camisa mojada, se deteriorase sin remedio, pues todo se quedaba allí. Y en todo el tiempo que pasé en presidio, en el curso de varios años, cada vez que me tocó ingresar en el hospital (cosa que ocurrió con alguna frecuencia), sentía desconfianza y prevención al ponerme el batín. Y lo que menos me gustaban eran los enormes piojos, de un grosor muy apreciable, que a veces se encontraban en ellos. Los reclusos los ejecutaban con regocijo, de modo que, cuando se oía cómo crujía alguna de las fieras ajusticiadas bajo la uña gruesa y torpe de un prisionero, por el rostro del cazador se podía determinar el grado de satisfacción

experimentado. Tampoco nos gustaban nada las chinches, y a veces toda la sala se levantaba para exterminarlas en alguna de aquellas largas y tediosas tardes invernales. Y a pesar de que en la sala, aparte del penetrante olor, todo resultaba razonablemente limpio en apariencia, la limpieza interior, la de los forros, por así decir, dejaba mucho que desear. Los enfermos estaban acostumbrados a esto e incluso pensaban que así era como debía ser, y el propio reglamento no contribuía especialmente a la limpieza. Pero del reglamento ya hablaré más adelante…

Acababa Chekunov de servirme el té (que, dicho sea de paso, había preparado con agua de la sala, la cual sólo nos era suministrada una vez al día y se corrompía rápidamente en aquel aire nuestro) cuando la puerta se abrió con cierto estrépito y fue introducido, fuertemente escoltado, el soldado recién azotado. Era la primera vez que yo veía a alguien que había sufrido ese castigo. En lo sucesivo, los vería llegar con frecuencia; a algunos (los que eran sometidos a un castigo demasiado severo) tenían incluso que llevarlos a cuestas, y cada vez que esto ocurría constituía una gran distracción para los enfermos. Se les solía recibir con una expresión de extrema dureza y con una seriedad algo forzada. Además, la acogida dependía en parte de la trascendencia del delito y, por tanto, del número de golpes recibidos. Los que habían sufrido un castigo más doloroso llegaban con la reputación de ser grandes criminales y gozaban de mayor respeto y de mayor atención que un recluta prófugo cualquiera, como era el caso del que acababan de traer. Pero ni con unos ni con otros se hacían especiales manifestaciones de compasión ni comentarios especialmente mordaces. Se ayudaba en silencio a los infelices y se les atendía, sobre todo si no podían valerse por sí mismos. Los propios practicantes ya sabían que dejaban a los castigados en manos experimentadas y diestras. Por lo general, la ayuda consistía en el cambio indispensable y frecuente de una sábana o camisa empapada en agua fría que se aplicaba sobre la espalda martirizada, sobre todo si la víctima no estaba en condiciones de cuidarse sola, así como en la minuciosa extracción de las astillas que suelen introducirse en las llagas de la espalda cuando las baquetas se rompen al golpearla. Esta operación resulta normalmente muy desagradable para quien la padece. Pero en general me producía

asombro la entereza inaudita con la que los castigados soportaban el dolor. Vi a muchos de ellos, algunos ferozmente maltratados, y casi ninguno dejó escapar ni un quejido. Tan sólo el rostro parecía desfigurarse y palidecía, los ojos ardían, la mirada se mostraba perdida, inquieta, los labios temblaban y los infelices se los mordían a propósito, casi hasta hacerse sangre. El soldadillo que acababa de entrar era un muchacho de unos veintitrés años, fuerte, de constitución musculosa, guapo, alto, esbelto, de piel morena. Su espalda había sufrido un castigo bastante considerable. Estaba desnudo de cintura para arriba; tenía puesta sobre los hombros una sábana mojada que le hacía temblar con todo su ser, como en un estado febril, y estuvo recorriendo la sala de un lado a otro durante hora y media. Yo me fijé atentamente en su rostro: parecía tener la mente en blanco en aquellos momentos, su mirada era extraña y salvaje, huidiza; daba la sensación de que se le hacía imposible centrar su atención en algo. Me pareció que se fijaba en mi té. Estaba caliente y salía vapor de la taza, mientras que el infeliz estaba aterido: temblaba y le castañeteaban los dientes. Le invité a beber. Sin decir una palabra, se volvió hacia mí con brusquedad, cogió la taza y se la tomó de pie, sin azúcar; actuaba de forma atropellada, se diría que ponía todo su empeño en no mirarme. Tras bebérselo todo, dejó la taza en silencio y, sin hacerme siquiera un gesto con la cabeza, reanudó sus paseos por la sala. Pero la verdad es que no estaba para hablar ni para hacer gestos. En cuanto a los demás reclusos, al principio todos evitaron por algún motivo entablar conversación con el joven recluta castigado; al contrario: tras haberle ayudado en los primeros momentos, parecían después esforzarse en no prestarle la menor atención, tal vez porque querían dejarle tranquilo cuanto antes y no abrumarle con nuevas preguntas y muestras de simpatía, de lo cual él se mostraba muy satisfecho.

Entretanto había oscurecido y encendieron la lamparilla. Unos pocos presos tenían sus propias palmatorias. Por fin, después de la visita vespertina del doctor, entró el suboficial de guardia e hizo el recuento de los enfermos, tras lo cual la sala quedó cerrada, aunque previamente habían traído un gran bacín para las necesidades nocturnas… Me quedé sorprendido al saber que este bacín estaría ahí toda la noche, cuando había un retrete propiamente dicho en el pasillo, a dos pasos de la puerta. Pero así lo marcaba el reglamento.

Durante el día a los presidiarios por lo menos se les permitía abandonar la sala, aunque sólo por unos momentos; de noche, en cambio, bajo ningún concepto. Las salas de los presidiarios no se parecían a las salas ordinarias, y un recluso seguía cumpliendo su condena por muy enfermo que estuviera. No sé a quién se debe la implantación de este reglamento; lo que sí sé es que tales disposiciones no obedecían a un ordenamiento cabal y que nunca se ha manifestado de forma más evidente que en casos como éste la radical esterilidad de los formalismos. Esta norma no procedía, evidentemente, de los médicos. Vuelvo a repetirlo: los reclusos no se cansaban de alabar a sus doctores, a los que estimaban como padres y respetaban. Cada enfermo recibía de ellos un gesto afectuoso o una buena palabra, y para un prisionero, a quien todo el mundo rechaza, esto tenía mucho valor, pues él veía la autenticidad y la sinceridad de esa buena palabra o de ese gesto afectuoso. Y todo esto podría no haber sido así: nadie habría pedido cuentas a los médicos si su trato hubiera sido distinto, o sea, más grosero y más inhumano; por tanto, su bondad respondía a una filantropía genuina. Y ellos comprendían, por descontado, que un enfermo, sea quien sea, presidiario o no, necesita aire fresco, por ejemplo, igual que lo necesita otro paciente cualquiera, aunque sea del más alto rango. Los pacientes de las otras salas, cuando estaban convalecientes, podían, entre otras cosas, pasear libremente por los pasillos, hacer más ejercicio o respirar un aire menos emponzoñado que el de la sala, siempre viciado e irremediablemente cargado de emanaciones sofocantes. Se siente temor y repugnancia al imaginar ahora hasta qué punto debía corromperse el ya de por sí corrompido aire de nuestra sala durante las noches, cuando traían aquel bacín, teniendo en cuenta las elevadas temperaturas de la sala y la clase de enfermedades que allí se daban, que obligaban a los pacientes a hacer sus necesidades a menudo. Ahora bien, si he afirmado hace un momento que un recluso seguía cumpliendo su condena aun estando enfermo, eso no significa que yo presupusiera, ni lo presupongo de hecho, que aquella norma hubiera sido concebida única y exclusivamente con fines punitivos. Esto constituiría una calumnia absurda por mi parte. Los enfermos ya tienen suficiente castigo. Pero si esto es así, no cabe duda entonces de que debía de existir alguna necesidad muy estricta y severa que

obligaba a las autoridades a adoptar una medida de consecuencias tan nocivas. Pero ¿cuál? He aquí lo más lamentable: no existe ni una sola razón que permita explicar medianamente la necesidad de ésta o de muchas otras reglas, hasta tal punto incomprensibles que no sólo no admiten una explicación sino que ni siquiera permiten hacer conjeturas al respecto. ¿Cómo justificar una crueldad tan inútil? ¿Tal vez por el temor a que un recluso pudiera ingresar en el hospital fingiéndose enfermo, engañar a los médicos, salir de noche al retrete y, aprovechando la oscuridad, darse a la fuga? Se trata de un razonamiento tan disparatado que no es posible tomárselo en serio. ¿Adónde podría huir el recluso? ¿Cómo lo haría? ¿Con qué ropa? Durante el día les permiten salir de uno en uno; lo mismo podría hacerse por la noche. En la puerta hay un centinela con el fusil cargado. El retrete está literalmente a dos pasos del centinela, pero, con eso y con todo, el enfermo va acompañado del centinela auxiliar, que en ningún momento le quita los ojos de encima. Allí hay una sola ventana de doble bastidor, de tipo invernal, y con rejas de hierro. En el patio al que da esa ventana, justo al lado de las ventanas de las salas de los presidiarios, hace su ronda durante toda la noche otro centinela. Para salir por la ventana, habría que romper el bastidor y las rejas. ¿Quién iba a permitirlo? Pero imaginemos que un presidiario consiguiera matar al centinela que le acompaña, sin que éste profiriera un solo grito y sin que nadie oyera nada. Admitiendo esto, lo cual ya es absurdo, todavía tendría que romper la ventana y la reja. Hay que tener en cuenta que ahí mismo, al lado del centinela, duermen los guardianes de la sala y que, diez pasos más allá, junto a la otra sala destinada a presidiarios, hay otro centinela armado, acompañado del correspondiente centinela auxiliar y de los guardianes de sala. Además, ¿adónde podría ir en invierno, vestido con calcetines, pantuflas, el batín del hospital y el gorro de dormir? Y, en vista de que el riesgo de fuga es tan insignificante (de hecho no existe ningún riesgo real), ¿por qué se endurece de forma tan rigurosa la situación de unos enfermos que pueden estar viviendo sus últimos días o sus últimas horas, unos enfermos para quienes el aire fresco es aún más necesario que para los sanos? ¿Por qué? Nunca he conseguido entenderlo…

Pero ya que he formulado esta pregunta, y puestos a tratar el

problema, no puedo pasar por alto otra cuestión que me ha llamado poderosamente la atención durante años, y que constituye un verdadero enigma al que jamás he sabido dar una respuesta. No puedo dejar de decir al menos unas palabras sobre este asunto, antes de continuar mi descripción. Me refiero a los grilletes, de los que nunca se libran los condenados por muy enfermos que estén. Los tuberculosos, incluso, morían ante mis ojos con los grilletes puestos. Y lo cierto es que todo el mundo estaba acostumbrado a esta situación, todos la consideraban algo consumado e irreversible. Muy probablemente, nadie pensara siquiera en esto, ya que no hubo en todos esos años ni un solo médico al que se le ocurriera interceder jamás ante las autoridades para que se los quitaran a algún recluso gravemente enfermo, a algún tuberculoso sobre todo. Admitamos que los grilletes, como tales, no constituyen una carga tan terrible. Su peso oscila entre las diez y las doce libras. Cargar con diez libras no representa un gran esfuerzo para una persona sana. Aunque me han contado, por cierto, que al cabo de ciertos años con los grilletes puestos las piernas empiezan a secarse. No sé si será verdad, pero parece tener alguna verosimilitud. Una carga, aunque sea moderada, aunque no pase de diez libras, cuando está sujeta a la pierna de un modo permanente, incrementa de forma artificial el peso del miembro y acaba finalmente por causarle algún perjuicio… Pero admitamos que para una persona sana la cosa no tenga mayor importancia. ¿Ocurre lo mismo con un enfermo? Admitamos que tampoco le afecte a un enfermo corriente. Pero ¿ocurrirá lo mismo con los enfermos graves, ocurrirá lo mismo, insisto, con los tísicos, a quienes, sin necesidad de grilletes, se les secan los brazos y las piernas y no tienen fuerzas para sostener una brizna de hierba? En verdad, si los responsables médicos obtuvieran este alivio cuando menos para los tuberculosos, habrían realizado con ello una obra de caridad genuina y grandiosa. Alguien podría objetar que un preso es un malhechor que no merece nuestra caridad, pero ¿acaso es necesario agravar la pena de quien ya ha sido señalado por el dedo de Dios? Ni siquiera es creíble que esto se haga con fines punitivos. De hecho, los tribunales eximen a los tuberculosos de los castigos corporales. Por tanto, nos hallamos de nuevo ante una medida grave y misteriosa, adoptada en nombre de la cautela salvadora, pero que no resulta comprensible. Realmente,

es imposible temer que un tísico se vaya a escapar. ¿A quién se le podría ocurrir algo así, sobre todo cuando la enfermedad ha alcanzado cierto grado de desarrollo? Y en cuanto a la posibilidad de que alguien se finja tuberculoso y engañe a los doctores para conseguir fugarse, es algo sencillamente impensable. Esta enfermedad no lo permite: se detecta a primera vista. Pero, además, ¿es que les ponen grilletes a los reclusos para impedir que se escapen, o para estorbarles en la fuga? En absoluto. Los grilletes son sólo un estigma, un oprobio, una carga física y moral. Así se considera, al menos. Pero no pueden impedir que nadie se dé a la fuga. Hasta el más torpe, hasta el más inútil de los reclusos es capaz, sin el mayor esfuerzo, de limarlos en poco tiempo o de sacarles el remache con una piedra. Los grilletes, decididamente, no sirven para prevenir nada; y siendo esto así, si están concebidos sólo para el castigo del condenado, entonces vuelvo a mi pregunta: ¿cómo es posible castigar a un moribundo?

En el momento en que estoy escribiendo esto, me viene con toda claridad a la memoria la imagen de un moribundo, un tísico, precisamente Mijáilov, el que ocupaba la cama situada casi enfrente de la mía, cerca de Ustiántsev, y que murió, creo recordar, al cuarto día de mi llegada al hospital. Tal vez, al empezar a hablar sobre los tísicos no haya hecho sino rememorar, inconscientemente, las impresiones y los pensamientos que entonces me asaltaron, con ocasión de dicha muerte. Por lo demás, al propio Mijáilov yo apenas le conocía. Era un hombre aún muy joven, de veinticinco años a lo sumo, alto, delgado y extraordinariamente bien parecido. Estaba en la sección especial y llamaba la atención por su carácter taciturno, siempre sumido en una especie de melancolía tranquila y silenciosa. En el penal parecía que estuviera «quedándose seco». Al menos eso era lo que, más adelante, solían comentar los reclusos, entre los cuales dejó una buena impresión. Yo sólo me acuerdo de que tenía unos ojos bonitos, y la verdad es que no sé por qué me ha venido ahora su figura con tal nitidez a la memoria. Falleció a eso de las tres de la tarde, un luminoso día de helada. Recuerdo cómo atravesaba el sol, con sus intensos rayos oblicuos, los verdes cristales de las ventanas de nuestra sala, levemente escarchados. Todo un torrente de luz se derramaba sobre el infeliz. Cuando murió estaba inconsciente, tras una penosa agonía que se había

prolongado durante varias horas ininterrumpidas. Aquella misma mañana sus ojos habían empezado a no reconocer a quienes se acercaban a él. Intentaban aliviarle de algún modo, viendo lo mucho que estaba sufriendo: respiraba con dificultad, profundamente, emitiendo ronquidos; levantaba mucho el pecho, como si le faltara el aire. Se quitó la manta de encima, apartó la ropa de la cama y, por último, intentó desprenderse de la camisa, que también le resultaba pesada. Le ayudaron a quitársela. Daba miedo mirar aquel larguísimo cuerpo, con los brazos y las piernas apergaminados, reducidos a puro hueso, con el vientre hundido, el pecho saliente y las costillas claramente resaltadas, como un esqueleto. En todo su cuerpo lo único que había era una cruz de madera con un saquito de incienso[64] y los grilletes, a través de los cuales se diría que podrían salir sus escuálidos pies. Media hora antes de su fallecimiento, todos en la sala nos fuimos sosegando y empezamos a hablar en voz muy baja. Los que andaban procuraban no hacer el menor ruido con sus pisadas. Apenas conversábamos, y lo hacíamos sobre asuntos intrascendentes; tan sólo de vez en cuando alguien echaba un vistazo al moribundo, que roncaba de forma cada vez más aparatosa. Por fin, con una mano vacilante e insegura, buscó el saquito que estaba sobre su pecho, que también parecía constituir un peso molesto y opresivo para él. Se lo quitaron. Murió a los diez minutos. Alguien dio unos golpes en la puerta para avisar al centinela y comunicar lo ocurrido. Entró un guardián, miró estúpidamente al difunto y fue a llamar al practicante. Éste, un buen muchacho que se preocupaba en exceso por su aspecto, bastante atractivo por lo demás, se presentó de inmediato; con pasos rápidos y enérgicos que resonaron en la sala enmudecida se acercó hasta el difunto y, haciendo gala de una desenvoltura poco corriente, que parecía expresamente estudiada para la ocasión, le tomó el pulso, le tanteó, hizo un gesto elocuente con la mano y salió. De inmediato fueron a dar parte a la guardia: se trataba de un delincuente de importancia, de la sección especial; con él había que seguir unos trámites especiales incluso para certificar su muerte. Mientras se esperaba a la guardia, alguno de los reclusos planteó en voz baja la conveniencia de cerrar los ojos al difunto. Otro le escuchó atentamente, se dirigió en silencio al muerto y se los cerró. Al ver entonces la cruz depositada sobre la

almohada, la recogió, la examinó y, sin decir palabra, volvió a ponérsela en el cuello a Mijáilov; entonces se persignó. Mientras tanto, el rostro sin vida iba tornándose más rígido; un rayo de luz jugueteaba en él; la boca estaba entreabierta y se veían brillar dos hileras de dientes blancos y juveniles bajo los labios finos, pegados a las encías. Por fin llegó el suboficial de guardia, con casco y sable corto, seguido de dos guardianes. A medida que se acercaba, iba amortiguando el paso, y contemplaba perplejo a los reclusos silenciosos que le miraban con severidad desde todos los rincones. Por fin se detuvo a un paso del muerto, y se quedó inmóvil, como cohibido. La visión del cadáver, completamente desnudo, consumido, sin otra indumentaria que los grilletes, le dejó pasmado; de pronto, soltándose el barboquejo, se quitó el casco, cosa que no se le exigía en absoluto, e hizo una amplia señal de la cruz. Su rostro era duro, grisáceo, propio de un veterano. Recuerdo que en aquel preciso instante estaba a su lado Chekunov, también viejo y canoso. Éste no apartaba ni un momento la vista del rostro del suboficial, mirándole en silencio, fijamente, sin perderse el menor detalle de sus gestos. Pero sus ojos se encontraron y a Chekunov empezó a temblarle de pronto el labio inferior. Hizo una especie de mueca extraña, enseñó los dientes y, bruscamente, tras hacer con la cabeza un gesto fortuito con el que pareció dirigirse al suboficial para que mirase al muerto, exclamó:

—¡También él tenía madre! —y se apartó.

Recuerdo que aquellas palabras me atravesaron el corazón… ¿Por qué las pronunciaría?, ¿cómo se le pudieron ocurrir? Pero ya estaban levantando el cadáver, lo levantaban junto con la cama; la paja crujía, los grilletes chocaron con estrépito contra el suelo y rompieron el silencio reinante… Los recogieron. Se llevaron el cuerpo. De pronto todo el mundo se puso a hablar en voz alta. Desde el pasillo se podía oír al suboficial que mandaba buscar al herrero. Había que quitarle los grilletes al muerto…

Pero me he apartado del tema…

CAPÍTULO II

EL HOSPITAL [CONTINUACIÓN]

Los médicos pasaban visita en las salas por la mañana; se presentaban todos juntos a eso de las once, acompañando al médico jefe, aunque previamente, cosa de hora y media antes, ya había tenido lugar la visita del médico interno. En aquella época, el interno que estaba a cargo de nuestra sala era un médico jovencito, buen conocedor de su oficio, afectuoso, cordial, a quien todos los reclusos tenían un gran aprecio; sólo le encontraban un defecto: tenía un carácter demasiado blando. En efecto, era más bien reservado y parecía incluso cohibido en nuestra presencia: poco le faltaba para ruborizarse; modificaba las dietas en cuanto se lo pedían los enfermos e incluso parecía dispuesto a recetarles las medicinas que le solicitaran. Por lo demás, era un joven encantador. Hay que reconocer que muchos médicos gozan en Rusia del amor y el respeto de las gentes sencillas, y con toda justicia, por lo que yo he podido observar. Ya sé que mis palabras pueden parecer una paradoja, especialmente si se tiene presente la desconfianza generalizada del pueblo ruso hacia la medicina y los medicamentos extranjeros. En efecto, un hombre del pueblo que padezca una enfermedad muy grave preferirá pasarse varios años seguidos al cuidado de una curandera o tratarse con sus propios remedios caseros y populares (que no son en absoluto despreciables) antes que acudir a un doctor o ingresar en un hospital. Pero, aparte de que aquí se da una circunstancia muy importante y que nada tiene que ver con la medicina, como es el recelo general del pueblo llano hacia todo aquello que se presente con el sello de lo administrativo, de lo oficial; aparte de esto, el pueblo desconfía de los hospitales y

está prevenido contra ellos a causa de una serie de temores y de chismes, a menudo absurdos pero que a veces no carecen de fundamento. Pero principalmente al pueblo le asustan las ordenanzas de los hospitales, al estilo alemán, las personas desconocidas que tiene a su alrededor mientras dura la enfermedad, el severo régimen alimenticio, las historias que se cuentan sobre la inflexible rigidez de practicantes y médicos, sobre el descuartizamiento y destripamiento de los cadáveres, etc. Además, razona el pueblo, son los señores los que realizan el tratamiento, pues los médicos, a fin de cuentas, son señores. Pero cuando conocen más de cerca a los médicos (no faltan excepciones, pero en la mayoría de los casos sucede así) todos estos temores se desvanecen de inmediato, lo cual, en mi opinión, honra a nuestros doctores, sobre todo a los más jóvenes. En su mayor parte, saben hacerse acreedores al respeto e incluso al afecto del pueblo llano. Escribo, al menos, de lo que yo personalmente he visto y he comprobado, en más de una ocasión y en distintos lugares, y no tengo ninguna base para suponer que en otras partes la cosa vaya a ser muy diferente. Por supuesto, en algunos rincones apartados los médicos aceptan sobornos, se aprovechan tremendamente de sus hospitales, prácticamente se desentienden de los pacientes y llegan incluso a olvidarse de la medicina. Todo esto sigue existiendo; pero yo me refiero a la mayoría o, mejor dicho, al espíritu, a la tendencia que se está imponiendo en nuestros días en la medicina. Los otros, los renegados de su profesión, los lobos en el rebaño de ovejas, por mucho que intenten justificarse, por mucho que aleguen pretextos como que el medio ha acabado por engullirles también a ellos, nunca tendrán razón, sobre todo si con ello han perdido también su humanidad. Porque a veces los enfermos necesitan más la humanidad, la ternura, la compasión fraternal, que todos los medicamentos. Ya es hora de que nos dejemos de protestas apáticas contra un medio que nos ha engullido. Es cierto que el medio nos engulle en muchos sentidos, pero nunca por completo, y a menudo el pícaro astuto que se da cuenta de todo sabe muy bien cómo invocar la influencia del medio para encubrir y justificar no sólo su debilidad, sino también en muchos casos su auténtica villanía, sobre todo si sabe hablar o escribir con elocuencia. Por lo visto, he vuelto a desviarme del tema; tan sólo quería manifestar que el pueblo

llano siente recelo y hostilidad hacia la administración sanitaria, más que hacia los médicos. Al conocer a estos tal y como son, en el ejercicio de su profesión, enseguida abandona muchas de sus prevenciones. Otra cuestión es el estado de nuestros centros sanitarios, que hasta el momento presente no se corresponde en muchos aspectos con el espíritu del pueblo, cuya normativa sigue chocando con los hábitos de las gentes sencillas y que no está en condiciones de obtener su plena confianza y respeto. Al menos esto es lo que a mí me parece, de acuerdo con mis impresiones personales.

Nuestro interno solía detenerse ante cada enfermo, le examinaba a fondo, prestándole una atención extraordinaria, le interrogaba, le recetaba medicinas y le prescribía una dieta. A veces él mismo se daba cuenta de que el enfermo no tenía ninguna enfermedad; pero, como el recluso había venido a descansar de los trabajos o a dormir en una cama, en vez de hacerlo sobre unas tablas desnudas, y, por lo menos, en una habitación templada, y no en un húmedo calabozo, donde se hacinan de mala manera montones de presos pendientes de juicio, pálidos y consumidos (en toda Rusia, los presos pendientes de juicio están casi siempre pálidos y consumidos, señal de que las condiciones de su detención y su estado de ánimo son normalmente aún peores que en el caso de los condenados), entonces el interno le diagnosticaba tranquilamente alguna *febris catarhalis* y le mandaba guardar cama durante una semana entera. Todos nos reíamos de semejante *febris catarhalis*. De sobra sabíamos que ésa era la fórmula adoptada entre nosotros, en virtud de un acuerdo tácito entre el doctor y el enfermo, para designar una enfermedad imaginaria, los «dolores agudos de reserva», que es como los propios reclusos traducían el término *febris catarhalis*. A veces el enfermo abusaba de la bondad del médico y seguía guardando cama hasta que le echaban a la fuerza. Había que ver en esas ocasiones a nuestro médico: se sentía muy apurado, como si se avergonzara de decirle abiertamente al enfermo que debía restablecerse y pedir el alta cuanto antes, y eso a pesar de que tenía pleno derecho a dársela él por las buenas, sin miramientos ni explicaciones, con sólo anotar en sus hojas de seguimiento: *sanat est*. Al principio le hacía insinuaciones al enfermo, y después parecía rogarle: «¿No te parece que ya va siendo hora? Mira, ya casi

estás sano, y en la sala no hay apenas sitio», y así seguía hasta que el propio enfermo empezaba a tomar conciencia y él mismo pedía finalmente el alta. El médico principal, aunque era una persona compasiva y honrada (y también los enfermos le apreciaban), era incomparablemente más severo y más enérgico que el interno y, si la ocasión lo requería, manifestaba un rigor absoluto, cosa por la que era especialmente respetado. Se presentaba en compañía de todos los médicos del hospital, después de la visita del interno, y también examinaba a cada enfermo por separado, deteniéndose en especial con los más graves, para quienes siempre sabía encontrar una palabra bondadosa, alentadora, cordial incluso, y causaba en general una excelente impresión. Nunca rechazaba a los que habían ingresado con «dolores agudos de reserva», ni les mandaba de vuelta al presidio; pero si un enfermo se obstinaba en exceso, entonces sencillamente le daba el alta diciéndole: «Vamos, hermano, has estado mucho tiempo en la cama y ya has descansado, así que levanta, que ya es hora de irse». Los que intentaban quedarse, por lo general, eran los perezosos por naturaleza, sobre todo en verano, el período de mayor trabajo, o los presos pendientes de juicio que esperaban un castigo corporal. Recuerdo que con uno de ellos se empleó una especial severidad, crueldad incluso, para empujarle a pedir el alta. Llegó con una enfermedad de los ojos: los traía enrojecidos y se quejaba de un dolor muy punzante en ellos. Empezaron a tratarle con parches de cantáridas, con sanguijuelas, con gotas de un líquido corrosivo, etc., pero la enfermedad no remitía y los ojos no se le aclaraban. Poco a poco los médicos adivinaron que la enfermedad era fingida: la irritación, que era moderada, ni empeoraba ni se curaba, manteniéndose estacionaria, lo cual resultaba sospechoso. Todos los reclusos sabían ya que fingía para engañar a la gente, aunque él mismo nunca lo hubiera reconocido. Era un muchacho joven, probablemente guapo, pero que a todos nos producía una impresión desagradable: era retraído, suspicaz, lúgubre, nunca hablaba con nadie ni miraba a la cara, se ocultaba de todo el mundo, como si desconfiase de todos. Recuerdo que a alguno incluso se le ocurrió pensar que podría hacer algún disparate. Era soldado, y había cometido un robo importante; fue descubierto, y por su acción le esperaban mil palos y la compañía de castigo. Tal y como he

comentado antes, algunos acusados, para retrasar el momento del castigo, toman a veces una decisión extrema: la víspera de la ejecución de la sentencia, dan una cuchillada a un superior o a alguno de sus propios camaradas de presidio, de modo que les juzgan nuevamente y el castigo se aplaza por unos dos meses, que es lo que pretendían. Poco les importa que la condena que les impongan al cabo de ese tiempo sea dos o tres veces más severa; lo único que les preocupa por el momento es alejar el terrible momento siquiera por unos cuantos días, y después que pase lo que tenga que pasar: hasta ese punto llega a veces la desmoralización de estos infelices. Algunos prisioneros cuchicheaban entre sí, diciendo que era preciso ser precavidos, no fuera aquel recluso a acuchillar a alguien por la noche. Lo cierto es que se limitaron a hablar, pero no se adoptó ninguna medida especial como precaución, ni siquiera por parte de los que dormían junto a su cama. Habían visto que de noche se frotaba los ojos con cal del estucado y con alguna otra cosa para que por la mañana siguieran estando enrojecidos. Por fin, el médico principal le amenazó con utilizar el sedal como tratamiento. En las enfermedades oculares más rebeldes, cuando se prolongan mucho tiempo y se han probado ya todo tipo de remedios, para salvar la vista los doctores recurren a un procedimiento muy agresivo y doloroso: colocan al enfermo un sedal, como si se tratara de un caballo. Pero ni por ésas estaba dispuesto el infeliz a recobrar la salud. Realmente debía de ser un tipo muy terco, si es que no era extremadamente cobarde, pero lo cierto es que el sedal, aunque no sea tan doloroso como los baquetazos, es también una auténtica tortura. Al enfermo, en la parte de atrás del cuello, le cogen toda la piel que se puede abarcar con una mano y allí practican una incisión con un cuchillo, produciéndole una herida larga y ancha que recorre toda la nuca; en esta herida introducen una cinta de tela gruesa, de casi un dedo de anchura; después, cada día, a una hora determinada, retuercen la cinta dentro de la herida, de modo que es como si volvieran a abrirla, para que siga supurando y no pueda cicatrizar. El pobrecillo soportó, entre terribles sufrimientos además, esta tortura durante algunos días hasta que, finalmente, accedió a solicitar el alta. De la noche a la mañana sus ojos sanaron totalmente y, en cuanto cicatrizó la herida del cuello, fue enviado al cuerpo de guardia para

recibir al día siguiente sus mil baquetazos.

Desde luego, debe de ser muy duro el momento que precede al castigo, tan duro que pecaría de injusto llamando pusilánimes y cobardes a los que sienten miedo. Debe de ser realmente muy duro, cuando los condenados se exponen a un castigo dos o tres veces mayor, con tal de no sufrirlo de inmediato. No obstante, también he mencionado a aquellos otros que pedían el alta cuanto antes, sin tener aún curadas las heridas de la espalda causadas por la primera tanda de palos, para poder recibir los restantes azotes y zanjar definitivamente el proceso que tenían abierto, ya que esa situación de procesados, en prisión preventiva, les resultaba a todos algo muchísimo más duro que el penal. Pero además de las diferencias de temperamento, la decisión y entereza de algunos está en gran parte condicionada por la inveterada costumbre de propinar azotes y castigos corporales. Los que han sido golpeados muchas veces, con el ánimo y la espalda endurecidos, acaban por ver el castigo con cierto escepticismo, casi como un pequeño contratiempo, y ya no le tienen miedo. Así ocurre en términos generales. Uno de los reclusos de nuestra sala, procedente de la sección especial, el calmuco[65] bautizado Alexánder, o Alexandra, como allí lo llamábamos, un tipo peculiar, pícaro, intrépido, y muy bondadoso a la vez, me contaba cómo había salido de sus cuatro mil golpes; me lo contaba entre risas y bromas, pero de pronto se puso muy serio y me juró que, si desde la infancia, desde su más tierna y temprana infancia, no hubiera crecido bajo el látigo, gracias al cual literalmente su espalda no se había visto libre de cicatrices en todo el tiempo en que había vivido en su horda, no habría podido de ningún modo resistir esos cuatro mil golpes. Al contármelo, parecía bendecir esta educación bajo el látigo. «Me pegaban por todo, Alexánder Petróvich —me contaba una vez, sentado en mi cama, al atardecer, antes de que encendieran las luces—, por todo y para todo, por cualquier motivo, durante quince años seguidos, desde el primer día que guardo en mi memoria, varias veces al día; si alguien no me pegaba era porque no quería; de ese modo, al final yo ya estaba totalmente acostumbrado». No sé cómo acabó siendo soldado; al menos, no lo recuerdo, aunque puede que me lo hubiera contado; siempre estuvo de acá para allá, de vagabundo. Sí recuerdo en cambio lo que contó acerca del miedo que sintió

cuando le condenaron a cuatro mil golpes por el asesinato de un oficial. «Yo sabía que me esperaba un castigo severo, y que tal vez no saldría vivo de los golpes; por muy acostumbrado que estuviera al látigo, ¡menuda broma son cuatro mil palos!, y encima con todos los oficiales enfurecidos. Sabía, con toda seguridad además, que el castigo no sería en balde, que yo no saldría adelante, que no lo permitirían. Se me ocurrió probar a bautizarme, pensaba que a lo mejor me perdonaban, y por más que los amigos me decían entonces que la cosa no daría resultado, que no me perdonarían, yo pensaba: de todos modos probaré, siempre tendrán más compasión de un cristiano. En efecto, me bauticé y adopté el nombre de Alexánder; muy bien, pero los palos se quedaron como estaban, no me perdonaron ni uno; me pareció una ofensa, incluso. Entonces me dije: esperad un poco, os voy a engañar a todos, y bien. ¡Y querrá usted creer, Alexánder Petróvich, que les engañé! Yo sabía hacerme el muerto de una forma increíble; o sea, no muerto del todo, sino como si estuviera entregando el alma en ese instante. Me llevaron y me dieron la primera tanda de mil: "¡Me quema!", grito; me dan la segunda, y pienso: "Mi fin se acerca"; perdía el juicio, se me doblaban las piernas, caí al suelo desplomado: los ojos muertos, la cara amoratada, sin aliento, con espuma en la boca. Se acercó el médico: "De ésta se muere", dijo. Me llevaron al hospital, y reviví de inmediato. Otras dos veces me sacaron para el castigo, furiosos, muy furiosos conmigo, y las dos veces les engañé; en cuanto acabó la tercera tanda de mil, me desmayé; pero en la cuarta cada baquetazo era como una puñalada en el corazón, cada uno pasaba por tres: ¡me pegaban tan fuerte! Se ensañaron conmigo. Así que este último millar mezquino (¡maldito sea!) valió por los tres primeros y, de no haberme muerto casi al final (tan sólo quedaban doscientos palos), habrían seguido golpeándome hasta matarme. Pero yo no me dejé someter: volví a engañarles y volví a desmayarme; otra vez me creyeron, y cómo no iban a creerme si el médico se lo creía. Eso sí, en los doscientos que me quedaban, me golpearon después con toda su rabia, tan fuerte que dos mil habrían sido un castigo más leve; pero, bueno, se quedaron con dos palmos de narices y no pudieron conmigo. ¿Y por qué? Pues por lo mismo: porque desde niño he crecido bajo el látigo. Por eso sigo vivo hoy. ¡Ay, cuánto me han pegado, cuánto me han pegado en toda mi

vida!», añadió al final de su relato, como sumido en una triste reflexión, como si se esforzara por recordar y calcular cuántas veces le habían pegado. «Pero no —concluyó, después de una breve pausa —, no se puede calcular cuántas veces me han pegado. Y, además, ¿para qué? Faltarían números». Me miró y se echó a reír, pero de forma tan bondadosa que no pude dejar de corresponderle con una sonrisa. «¿Sabía usted, Alexánder Petróvich, que ahora, cuando tengo un sueño por la noche, siempre sueño con que me están pegando? No tengo otra clase de sueños». Es verdad que a menudo gritaba por la noche, y que solía gritar a pleno pulmón, hasta el punto de que los reclusos le sacudían para despertarle: «Pero ¿cómo gritas así, demonio?». Era un tipo con buena salud, más bien bajo, alegre y bullicioso, de unos cuarenta y cinco años, que se llevaba bien con todo el mundo, aunque también es cierto que era muy aficionado a robar, motivo por el que le pegaban a menudo; pero, la verdad, ¿quién no tenía esa costumbre allí y a quién no le habían pegado por eso?

Quiero añadir una sola cosa: yo siempre me quedaba asombrado de la bondad fuera de lo común, de la falta de malicia, con que las víctimas de los castigos contaban cómo les habían azotado y quién les había azotado. A menudo, no se percibía ni el más pequeño matiz de rabia o de odio en unos relatos que a mí, por momentos, me daban un vuelco al corazón y me aumentaban las palpitaciones. Y ellos, en cambio, contaban su historia y se reían como chiquillos. Un caso distinto es el de M…cki, por ejemplo, quien también me contó cómo fue su castigo; no era de origen noble, y le cayeron quinientos palos. Yo me había enterado por otros, y quise preguntarle si era verdad y cómo había ocurrido. Me respondió con laconismo, como si guardara cierto dolor íntimo, procurando esquivar mi mirada, y se ruborizó; al cabo de medio minuto me miró y vi brillar en sus ojos una chispa de odio, mientras sus labios temblaban de indignación. Tuve la sensación de que nunca había podido olvidar esa página de su pasado. Pero casi todos los reclusos (no garantizo que no hubiera excepciones) tenían una visión muy distinta del asunto. No es posible, pensaba yo en ocasiones, que se consideren totalmente culpables y merecedores de la pena, sobre todo cuando no han cometido un pecado contra sus compañeros, sino contra los jefes. En su mayoría, no se sentían culpables en

absoluto. Ya he comentado que no había notado en ellos ningún remordimiento de conciencia, ni siquiera cuando el delito se dirigía contra su propio entorno. Y no digamos cuando eran delitos contra los superiores. En estos casos, a veces me daba la impresión de que existía un criterio particular, por así decir, un criterio práctico o, más bien, realista. Se tomaba en consideración el destino, el carácter irrefutable del hecho, pero esto no era fruto de la reflexión, sino que se trataba de algo inconsciente, como cualquier creencia. El recluso, por ejemplo, aunque tiende siempre a sentirse legitimado en sus delitos contra los superiores, de modo que para él no tiene sentido plantearse siquiera la cuestión, es consciente, en términos prácticos, de que las autoridades tienen una visión completamente distinta de su crimen y, por tanto, de que él debe ser castigado, y en paz. Aquí, la lucha es recíproca. El criminal sabe muy bien, sin sombra de duda, que ha sido absuelto por el tribunal de los de su propio medio, de la gente humilde, que nunca, y esto también lo sabe él, le condenará definitivamente, y casi siempre le absolverá por completo, siempre y cuando su pecado no sea contra los suyos, contra sus hermanos, contra los de su misma condición humilde. Tiene la conciencia tranquila, y de su conciencia le viene la fuerza: no se altera moralmente, y eso es lo importante. Es como si sintiera que tiene donde apoyarse, y por eso no siente odio, sino que acepta lo sucedido como un hecho ineludible, que no ha empezado con él ni terminará con él, y que se prolongará aún durante mucho tiempo, en el curso de un combate que alguna vez fue establecido, un combate pasivo pero tenaz. ¿Qué soldado odia personalmente al turco cuando combate con él? Pero el turco le degüella, le clava la bayoneta, dispara contra él. De hecho, no todos los relatos eran totalmente fríos y desapasionados. Por ejemplo, cuando contaban la historia del teniente Zherebiátnikov, lo hacían con cierto matiz de indignación, aunque no muy fuerte. Las primeras noticias que tuve de este teniente Zherebiátnikov datan de mi primera estancia en el hospital, y procedían, claro está, de los relatos de los reclusos. Más tarde tuve ocasión de verle en persona, cuando estuvo destinado en nuestro cuerpo de guardia. Era un individuo de unos treinta años, alto, gordo, grasiento, de carrillos hinchados y colorados, con los dientes blancos y con una risa escandalosa, como la de Nozdriov[66]. Se le veía en la cara que era el hombre más superficial

del mundo. Se volvía loco de entusiasmo con los azotes y los palos cuando le tocaba dirigir la ejecución de un castigo. Me apresuro a añadir que yo ya por entonces veía al teniente Zherebiátnikov como un monstruo entre los suyos, y que así le veían también los demás reclusos. Había aparte de él otros ejecutores —en tiempos pasados, se entiende, en ese pasado no tan lejano, del cual se puede decir aquello de que «son historias recientes, pero cuesta creerlas[67]»— a los que les gustaba cumplir su cometido con celo y aplicación. Pero la mayoría lo hacía de un modo ingenuo, sin especial entusiasmo. En cambio, el teniente era una especie de refinadísimo sibarita de las ejecuciones. Amaba apasionadamente el arte de las ejecuciones, y lo amaba por puro amor al arte. Se recreaba en él y, como habría hecho un ajado patricio de la época del Imperio romano, hastiado ya de tantos placeres, ideaba nuevos refinamientos, nuevas aberraciones, para zarandear un poco y cosquillear de forma agradable su alma cubierta de grasa. Imaginemos que sacan un preso para pasarle por las baquetas y que Zherebiátnikov es el ejecutor: una simple ojeada a la larga formación de hombres provistos de gruesos bastones basta para inspirarle. Por su propia iniciativa, recorre la formación y recuerda con vehemencia a sus hombres que cada uno debe realizar su tarea con celo, a conciencia, pues de lo contrario… Pero los soldaditos ya sabían lo que significa ese «de lo contrario». Ya está aquí el delincuente, y si todavía no conoce a Zherebiátnikov, si todavía no ha oído hablar de él con todo lujo de detalles, seguro que el teniente le sorprende con alguno de sus trucos. (Naturalmente, no es más que uno de sus innumerables trucos; la imaginación del teniente era inagotable). Todo preso, en el momento en que le desnudan y le atan de las manos a las culatas de los fusiles, para que después puedan tirar de él los suboficiales a lo largo de la *calle verde*, empieza, por regla general, a suplicar al ejecutor, con voz lloriqueante y quejumbrosa, que el castigo sea lo más leve posible, que no lo agrave con una severidad excesiva: «¡Tenga piedad, Señoría —grita el infeliz—, tráteme como un padre, que pueda yo rezar por su Señoría toda la vida, no me busque la ruina, por compasión!». Eso es justamente lo que está esperando Zherebiátnikov; al instante, suspende la operación y, con un aire no menos emotivo, entabla conversación con el reo:

—Amigo mío —dice—, ¿y qué podría hacer yo por ti? No soy yo quien te castiga, sino la ley.

—Señoría, todo está en sus manos, ¡tenga compasión!

—¿Y piensas que no siento pena por ti? ¿Piensas que voy a disfrutar viendo cómo te azotan? ¡También yo soy un ser humano! ¿Lo soy o no? ¿Tú qué crees?

—De sobra lo sabemos todos, Señoría, nadie lo duda: sus Señorías son los padres, nosotros los hijos. ¡Sea un verdadero padre! —grita el recluso, que empieza a abrigar cierta esperanza.

—Pero, amigo mío, juzga tú mismo, inteligencia no te falta; yo sé muy bien que, por humanidad, debo mirarte con indulgencia y compasión, aunque seas un pecador.

—Su Señoría no dice sino la pura verdad.

—Sí, con compasión, por muy pecador que seas. Pero no se trata de mí, sino de la ley. ¡Fíjate bien! Yo sirvo a Dios y a la patria, y pesaría sobre mí un grave pecado si relajase la ley. Piénsalo bien.

—¡Señoría!

—Pero, en fin, ¡sea! Suerte que tienes. Sé que cometo un pecado, qué se le va a hacer… Me apiadaré de ti por esta vez, el castigo será ligero. Quién sabe si no te estaré perjudicando. Me apiado de ti, te concedo un castigo ligero, y tú te confías pensando que la próxima vez pasará lo mismo, y cometes otro delito. ¿Y entonces qué? Me pesará en el alma…

—¡Señoría!, me encomiendo ante propios y extraños. Como si estuviera ante el trono del Creador de los cielos…

—¡Bueno, bueno, ya está bien! ¿Me juras que de aquí en adelante vas a portarte bien?

—Que el Señor me aniquile y que en el otro mundo…

—No jures, que es pecado. Me fío de tu palabra, ¿me das tu palabra?

—¡¡¡Señoría!!!

—Bueno, escucha bien: voy a ser compasivo contigo por consideración a tus lágrimas de huérfano, ¿eres huérfano?

—Sí, Señoría, huérfano y sólo en el mundo, ni padre ni madre…

—Bien, todo sea por tus lágrimas de huérfano; pero fíjate bien, que es la última vez… Lleváoslo —añade con una voz tan bondadosa que el recluso ya no sabe qué oraciones elevar a Dios por tamaño benefactor. Pero he aquí que la temible procesión se ha

puesto en marcha, se lo han llevado; empieza a redoblar el tambor, y ya se levantan los primeros palos…— ¡Adelante con él! —se desgañita Zherebiátnikov—. ¡Sacúdele, zúrrale bien! ¡Abrásale! ¡Otra vez, dale otra vez! ¡Venga, dale más fuerte al huerfanito, dale más fuerte a ese granuja! ¡Sacúdele, sacúdele! —y los soldados le sacuden con todas sus fuerzas, los ojos del infeliz despiden chispas, y empieza a chillar. Zherebiátnikov corre tras él por el frente de la formación, riendo sin parar a carcajadas, llorando de la risa, llevándose las manos a los flancos, incapaz ya de mantenerse erguido; de modo que al final casi da pena verlo, al pobrecito. Está tan contento, se divierte tanto… Y sólo de vez en cuando cesa su risa sonora, saludable, estrepitosa, y se oye una vez más—: ¡Sacúdele, dale más fuerte! ¡Abrasa a ese granuja, abrasa al pobre huérfano!…

Pero también se le ocurrían otras variantes: sacan a uno para castigarle; el recluso, como siempre, empieza a suplicar. Zherebiátnikov en esta ocasión no se hace de rogar ni gesticula, sino que se lanza con toda franqueza:

—Mira, querido amigo —dice—, te voy a castigar como es debido, porque te lo mereces. Pero fíjate en lo que puedo hacer por ti: no te voy a atar las manos a las culatas. Vas a pasar tú solo, aunque con una novedad: tienes que correr con todas tus fuerzas de un lado a otro del frente. Así, aunque te caigan todos los baquetazos, la cosa será mucho más breve. ¿Qué te parece? ¿Quieres hacer la prueba?

El preso le escucha perplejo y desconfiado, y reflexiona: «¿Quién sabe? —piensa—, a lo mejor resulta así más fácil de verdad; si corro a más no poder, la tortura durará cinco veces menos, y puede que no todos los golpes me den».

—Muy bien, su Señoría, estoy de acuerdo.

—Entonces, yo también, ¡hala, a correr! ¡Atentos, que no se duerma nadie! —grita a los soldados, sabiendo de antemano que ni un solo palo va a dejar de caer en la espalda del reo; el soldado que falle el golpe también sabe de sobra a qué se expone. El recluso echa a correr con todas sus fuerzas por la *calle verde*, pero naturalmente no consigue recorrer más de quince filas; los palos, como el redoble de un tambor, como un relámpago, todos a una, caen de repente sobre su espalda, y el pobrecillo se desploma dando

un grito, como si hubiera sido segado, o abatido por una bala.

—No, su Señoría, es mejor como establece la ley —dice, levantándose lentamente del suelo, pálido y asustado, en tanto que Zherebiátnikov, que ya conocía de antemano todo el asunto y sabía cómo acabaría, estalla en carcajadas y se desternilla. Pero no hay forma de describir todas sus diversiones y todo lo que se contaba de él.

Algo distintas, en otro tono y con otro espíritu, eran las historias que se contaban sobre el teniente Smekálov, que desempeñó la función de jefe de nuestro presidio antes de que designaran para ese puesto al mayor. De Zherebiátnikov hablaban con bastante indiferencia, sin especial rencor, aunque en todo caso sin admirar sus hazañas, sin alabarle, con un visible desdén. En cierto modo, se le miraba incluso con desprecio, altivamente. Por el contrario, al teniente Smekálov se le recordaba con alegría y placer. Resulta que éste no era de ningún modo un amante de los azotes, no había en él elementos puramente *zherebiatnikovianos*. Pero tampoco era contrario a los azotes; lo verdaderamente singular era que hasta de sus azotes los presos se acordaban con cierto cariño: ¡hasta tal punto sabía aquel hombre contentar a los reclusos! Pero ¿cómo lo hacía? ¿Con qué medios había alcanzado tal popularidad? La verdad es que nuestras gentes, y acaso todo el pueblo ruso en general, están dispuestas a olvidar toda clase de tormentos por una sola palabra amable; lo constato como un hecho, sin pretender examinarlo en este caso desde este o aquel punto de vista. No resultaba complicado contentar a esa gente y alcanzar la popularidad entre ella. Pero el teniente Smekálov había alcanzado una popularidad especial, de modo que hasta sus azotes se recordaban poco menos que con ternura. «Era como un padre», solían decir los reclusos, y llegaban a suspirar comparando en el recuerdo a su antiguo jefe interino, Smekálov, con el actual, el mayor de la plaza. «¡Era un bendito!» Era una persona sencilla, bondadosa quizá, a su modo. Pero a veces ocurre que alguien no ya bondadoso, sino magnánimo incluso, es uno de los jefes y ¿qué pasa?, pues que nadie le aprecia, y en ciertos casos, además, se ríen de él. Pero Smekálov sabía hacer las cosas de tal modo que todos los presidiarios le aceptaban como a uno de los suyos, y eso constituía una gran habilidad o, mejor dicho, una de esas

capacidades innatas en las que no suelen reparar ni los mismos que las poseen. Cosa curiosa: entre esa clase de gente también los hay que no son nada buenos, y alcanzan a veces, sin embargo, una gran popularidad. No se muestran desdeñosos, no miran por encima del hombro a sus subordinados: ahí reside la causa, en mi opinión. No les ven como señoritos remilgados, no se percibe en ellos un talante aristocrático, sino que exhalan cierto aroma popular, que es en ellos innato. ¡Y cómo capta el pueblo ese aroma, Dios mío! ¡Qué no daría por él! Está dispuesto a cambiar al hombre más compasivo del mundo por el más severo, con tal de que este desprenda cierto tufillo a cáñamo, como el propio pueblo. Y si encima el hombre que así huele es realmente bondadoso, aunque lo sea a su manera, entonces ése sí que no tiene precio. El teniente Smekálov, como ya he dicho, en ocasiones infligía castigos dolorosos, pero sabía hacerlo de tal modo que no sólo no se enfurecían con él, sino que incluso más tarde, en mi época, cuando todo aquello ya había quedado muy atrás, aún recordaban con alegría y placer sus bromitas durante los castigos. Tampoco sabía gastar muchas: no andaba sobrado de fantasía artística. A decir verdad, su repertorio se reducía a una única broma, una tan solo, con la que se entretuvo a lo largo del año que estuvo en nuestro presidio; aunque puede que su encanto se debiera precisamente al hecho de ser la única. Había en todo ello una gran carga de ingenuidad. Supongamos que traían a un recluso culpable. Smekálov en persona preside la ejecución, con su sonrisa, sus bromas, haciendo preguntas al reo, preguntas sobre temas ajenos a la situación, sobre asuntos personales, familiares, sobre la vida en el presidio, y todo ello sin un propósito determinado, sin ninguna clase de zalamerías, sino sencillamente *porque de verdad tiene interés en saber todo eso*. Traen las varas, y una silla para Smekálov; se sienta e incluso enciende su pipa. Tenía una pipa muy larga. El reo empieza a suplicar… «No, hermano, tiéndete, ya para qué…», le dice Smekálov; el recluso suspira y se tiende. «Vamos a ver, querido amigo, ¿sabes de memoria cierta oración?» «¿Cómo no voy a saberla, Señoría? Somos cristianos, las aprendemos siendo niños». «Entonces, rézala». El preso ya sabe qué es lo que tiene que rezar, y sabe de antemano qué va a ocurrir durante el rezo, porque esta broma ya se ha repetido anteriormente unas treinta veces con otros. Y el propio Smekálov sabe que el recluso lo sabe; sabe que los

soldados que sostienen sus varas sobre la víctima tendida están cansados de oír hablar de esta misma broma, pero de todos modos la vuelve a repetir; hasta tal punto ha debido gustarle, tal vez precisamente porque él mismo la ha ideado, por vanidad de literato. El recluso empieza a rezar, los soldados de las varas aguardan, y Smekálov se inclina levemente en su asiento, levanta la mano, deja de fumar: está esperando la palabra precisa. Acabado el primer versículo de la oración, el preso llega por fin a las palabras «en los cielos». Era todo lo que hacía falta. «¡Alto!», grita enardecido el teniente, y en un instante, con un gesto inspirado, dirigiéndose al soldado que alza su vara, ordena: «Y tú, sirve bien al que está en el suelo».

Y estalla en carcajadas. Los soldados que le rodean sonríen maliciosamente; sonríe el ejecutor y no anda lejos de hacerlo también la propia víctima, a pesar de que nada más oírse la orden la vara ya está silbando en el aire, para cortar en ese mismo instante, como una navaja, el cuerpo del reo. Smekálov se regocija, se regocija precisamente por habérsele ocurrido una broma tan feliz, por haber compuesto él mismo lo de «en los cielos» y «en el suelo», que además rima. Smekálov se marcha de la ejecución muy contento consigo mismo, y el castigado se marcha casi contento, consigo mismo y con Smekálov, y en media hora ya está contando en el penal cómo se ha repetido por trigésimo primera vez la broma que ya se había repetido anteriormente treinta veces. «En una palabra: es un bendito. ¡Y un bromista!»

De vez en cuando, las evocaciones del bondadoso teniente tenían un cierto aire maniloviano[68].

—Pasabas a veces —contaba algún recluso, y el rostro se le iluminaba al recordarlo—, y él estaba sentado junto a la ventana, con su batín, bebiendo té y fumando su pipa. Te descubrías y él preguntaba: «¿Adónde vas, Aksiónov?». «Pues al trabajo, Mijaíl Vasílich, lo primero de todo es el taller», y él se reía… Ya digo: ¡un bendito!, ¡un alma de Dios!

—¡Y no tendremos otro igual! —comenta alguno de los oyentes.

CAPÍTULO III

EL HOSPITAL [CONTINUACIÓN] [69]

Si he hecho referencia ahora a los castigos, así como a los diversos ejecutores de estos interesantes cometidos, ha sido, en definitiva, porque hasta que no me trasladé al hospital no tuve mi primera noción clara de estos asuntos. Hasta entonces sólo los conocía de oídas. A nuestras dos salas venían a parar los azotados de todos los batallones, de las compañías de castigo y de las demás unidades militares acantonadas en nuestra ciudad y sus inmediaciones. Al principio, cuando observaba con avidez todo lo que me rodeaba, aquellas normas tan extrañas para mí, así como los castigados y los que se preparaban para recibir el castigo, me causaron lógicamente una profunda impresión. Yo estaba conmovido, confuso y asustado. Recuerdo que fue entonces cuando, movido por la impaciencia, empecé a indagar en todos los detalles de estos nuevos fenómenos, a escuchar las conversaciones y los relatos sobre este tema de los demás reclusos, a hacerles preguntas, a intentar sacar conclusiones. Deseaba, entre otras cosas, conocer con precisión todos los grados de las condenas y ejecuciones, con todos los matices de éstas, y el punto de vista de los propios reclusos; me esforzaba por imaginarme el estado psicológico de los que marchaban al suplicio. Ya he dicho que, antes del castigo, son pocos los que conservan la sangre fría, incluidos aquellos que ya han sido azotados previamente y de forma reiterada. En general, el reo se ve dominado entonces por un terror agudo, puramente físico, involuntario e irresistible, que anula completamente su ser moral. Más tarde, en todos mis años de vida carcelaria, he podido fijarme, sin pretenderlo, en el caso de aquellos condenados que, tras

reponerse en el hospital de la primera tanda de palos, con la espalda recién curada, solicitaban el alta para poder recibir cuanto antes la segunda tanda y dejar así zanjada la sentencia estipulada. Semejante división del castigo en dos tandas obedece siempre al criterio del médico presente en la ejecución. Si el número de azotes correspondientes al delito cometido es superior a los que podría soportar el reo de una sola vez, entonces dividen el total en dos, o incluso en tres partes, en función de lo que dictamine el doctor en el momento mismo de la ejecución, es decir, de que considere que está en condiciones de seguir pasando por las baquetas, recibiendo los golpes, o que, por el contrario, esto entrañaría un riesgo para su vida. Por lo general, castigos de quinientos, de mil, o hasta de mil quinientos golpes se propinan en una sola tanda, pero si la sentencia asciende a dos o tres mil golpes su ejecución se divide en dos o incluso tres partes. Aquellos que, una vez restablecidos de la primera tanda de baquetazos en la espalda, salían del hospital para afrontar la segunda mitad del castigo normalmente se mostraban, ya desde la víspera de su marcha, sombríos y taciturnos. Daban la sensación de estar como abstraídos, con una especie de obnubilación poco natural. No se sumaban a las conversaciones, sino que preferían guardar silencio; lo más curioso es que los demás prisioneros tampoco les hablaban, y evitaban cualquier alusión a lo que les aguardaba. Ni una palabra de más, ni una muestra de condolencia; incluso procuraban prestar la menor atención posible al asunto. Eso era, desde luego, lo mejor para los condenados. Había excepciones, como en el caso de Orlov, de quien ya he hablado. Después de la primera mitad del castigo, lo único que le fastidiaba era que su espalda no acababa de curarse, por lo que tardaban en darle el alta; de ese modo, no podía recibir el resto de los palos, partir con su grupo hacia el lugar de deportación fijado y fugarse por el camino. Pero el proyecto le mantenía entretenido, y Dios sabe lo que se le pasaría por la cabeza. Era apasionado y vivaz por naturaleza. Se le veía muy contento y en estado de permanente excitación, aunque dominaba sus sentimientos. Lo cierto es que, antes de la primera mitad del castigo, pensaba que no saldría vivo de la ejecución, que moriría sin remedio. Le habían llegado diversos rumores sobre ciertas medidas previstas por los superiores, adoptadas incluso antes de condenarle; entonces se preparó para

morir. Pero tras superar la primera tanda recobró el ánimo. Le trajeron al hospital medio muerto por los golpes: yo nunca había visto hasta entonces unas llagas semejantes. Pero llegó con el corazón alborozado, confiado en seguir vivo, pensando que los rumores eran falsos, ya que le habían permitido salir con vida de los azotes; de ese modo, tras el largo período de encierro, pendiente de juicio, pronto empezó a soñar con el camino, la fuga, la libertad, los campos y los bosques… Dos días después de salir con el alta del hospital, murió en ese mismo hospital, en la misma cama de antes, al no poder resistir la segunda tanda. Pero ya he hecho mención de este asunto.

Y, sin embargo, los mismos prisioneros que pasaban unos días y unas noches tan penosos en vísperas del castigo soportaban luego el tormento con gran entereza, sin exceptuar a los más pusilánimes. Pocas veces les oí emitir un quejido durante su primera noche en el hospital, ni siquiera cuando les habían vapuleado de un modo espantoso; en general, la gente del pueblo sabe soportar el dolor. Algunas veces, intenté averiguar con exactitud cómo era de agudo ese dolor, con qué se podría comparar, en definitiva. La verdad es que no sé por qué me interesaba tanto esa cuestión. Lo que sí recuerdo es que no obedecía a un mero afán de curiosidad. Repito que yo estaba emocionado y conmovido. Pero, preguntase a quien preguntase, jamás obtenía una respuesta satisfactoria. «Te quema, es como un fuego», eso es todo lo que podía averiguar, en todos obtenía idéntica respuesta. «Te quema», ya está. En esta primera época, cuando traté más asiduamente a M…cki, también se lo pregunté a él. «Duele —respondió—, duele mucho; la sensación es como la de quemarte con fuego, como si te estuvieran abrasando la espalda». En resumen, todos decían lo mismo. Recuerdo, por otra parte, que también hice por entonces una extraña observación, de cuya exactitud no respondo especialmente, si bien la unanimidad en el juicio de todos los prisioneros la respalda con fuerza; se trata de lo siguiente: los azotes de vara, si se dan en grandes cantidades, constituyen el más severo de todos los castigos vigentes entre nosotros. A primera vista, se diría que esto es absurdo e imposible. Sin embargo, con quinientos, con cuatrocientos azotes incluso, se puede acabar con la vida de un hombre, y si pasan de quinientos eso es más que probable. Mil varazos seguidos no los resiste ni una

persona especialmente vigorosa. En cambio, quinientos baquetazos se pueden resistir sin riesgo alguno para la vida. Mil baquetazos puede aguantarlos, sin que corra peligro su vida, hasta una persona no demasiado fuerte. Ni siquiera con dos mil baquetazos se acaba con la vida de una persona medianamente fuerte y de naturaleza sana. Todos los reclusos coincidían en que los varazos son peores que los baquetazos. «Los azotes de vara son más penetrantes, hacen más daño», decían. Efectivamente, causan mayor sufrimiento que los baquetazos. Producen una irritación más aguda, afectan más intensamente a los nervios, los excitan en mayor medida, los alteran más allá de todo límite. No sé qué ocurrirá ahora, pero en tiempos no muy lejanos había caballeros a quienes la posibilidad de azotar a sus víctimas les proporcionaba una sensación que hacía pensar en el marqués de Sade o en la Brinvilliers[70]. Creo que en esa sensación hay algo dulce y doloroso a un tiempo, que es lo que deja helado el corazón de esos caballeros. Hay personas como tigres, ansiosas de lamer la sangre. Quien ha experimentado una sola vez el poder, el dominio ilimitado sobre el cuerpo, la sangre y el espíritu de otro hombre igual a él, que ha sido creado de la misma manera, que es su hermano por la ley de Cristo; quien ha experimentado el poder y la capacidad absoluta para humillar de la forma más denigrante a otra criatura portadora de la imagen divina, ese pierde por fuerza el control sobre sus propios sentimientos. La crueldad es un hábito: es susceptible de desarrollarse, y de hecho se desarrolla hasta convertirse en una enfermedad. Estoy convencido de que el mejor de los hombres puede endurecerse y embrutecerse, por culpa de ese hábito, hasta el nivel de las fieras. La sangre y el poder embriagan: la grosería y la depravación se van desarrollando; la inteligencia y el sentimiento admiten las mayores aberraciones, y acaban por considerarlas placenteras. La persona, el ciudadano, desaparece para siempre, cediendo paso al tirano, y el regreso a la dignidad humana, al arrepentimiento, al renacer, se convierte en algo punto menos que imposible. Además, en vista de que se puede ejercer semejante tiranía, el ejemplo cunde y se extiende por el cuerpo social de forma contagiosa: se trata de un poder muy seductor. Una sociedad que observa este fenómeno con indiferencia ya ha sido corrompida en sus mismos fundamentos. En resumen, el derecho al castigo corporal, otorgado a una persona para ejercerlo sobre otras,

es una de las lacras de la sociedad, así como uno de los medios más poderosos para exterminar en ella todo embrión, toda tentativa de desarrollar el espíritu cívico, y constituye la base más sólida para su descomposición absoluta e irreversible.

El verdugo causa repugnancia en la sociedad, pero no ocurre lo mismo, ni mucho menos, con el verdugo-caballero. En tiempos recientes ha encontrado alguna oposición, pero de momento ésta tan sólo se ha expuesto en los libros, de forma abstracta. Ni siquiera quienes se manifiestan en contra han sido capaces de sofocar en su interior ese deseo de poder absoluto. De hecho, cualquier fabricante, cualquier empresario, experimenta sin duda un excitante sentimiento de satisfacción al saber que a veces un trabajador depende, junto con toda su familia, única y exclusivamente de él. Probablemente la cosa sea así: una nueva generación no se desprende fácilmente de todo lo que ha recibido en herencia; tampoco renuncia fácilmente un hombre a todo lo que le ha llegado por medio de la sangre, lo que le ha sido transmitido, por así decir, con la leche materna. No son frecuentes las revoluciones tan repentinas. Reconocer la culpa y el pecado de la especie es poca cosa, muy poca cosa; es necesario desprenderse de él por entero. Y eso no se consigue en poco tiempo.

He mencionado al verdugo. Los atributos del verdugo los encontramos en estado embrionario en casi todos nuestros contemporáneos. Pero las facultades más bestiales del ser humano se desarrollan de forma desigual. Si en un individuo dado superan por su grado de desarrollo a los restantes atributos, entonces ese individuo, naturalmente, se convertirá en un ser horrible, monstruoso. Los verdugos pueden ser de dos tipos: algunos lo son por decisión propia; otros son forzosos, por obligación. El verdugo voluntario, lógicamente, es en todos los sentidos más indigno que el forzoso, el cual, sin embargo, es quien causa tanta repugnancia en la gente: una repugnancia que llega al espanto, a la náusea, al terror irracional, casi místico. ¿De dónde viene ese terror supersticioso que inspiran unos verdugos y esa indiferencia, cercana a la aprobación, que producen otros? Hay ejemplos extremadamente pintorescos: he conocido buenas personas, honorables incluso, respetadas por la sociedad, que, sin embargo, perdían los estribos al ver que un condenado soportaba los azotes sin gritar, sin suplicar,

sin pedir clemencia. Los castigados deben gritar a toda costa y suplicar clemencia. Así está establecido, eso es lo que se considera conveniente y necesario. Y si la víctima por una vez no había querido gritar, el ejecutor, un individuo a quien yo conocía y que seguramente podría considerarse en otros sentidos una persona bondadosa, se ofendía en tal caso y hacía de ello una cuestión personal. En principio, tenía la intención de ejecutar el castigo de forma leve, pero al no escuchar los habituales «Señoría, amado padre, tenga compasión, permita que rece por su Señoría toda la vida» y cosas así, se enfureció y propinó cincuenta golpes de más con el propósito de oír los gritos y las súplicas, hasta que lo consiguió. «Es intolerable: ya no hay educación», me respondía muy serio. Por lo que respecta al verdadero verdugo, el verdugo a la fuerza, por obligación, la cosa es bien sabida: se trata de un presidiario juzgado y condenado a la pena de deportación, a quien se retiene, sin embargo, en calidad de verdugo. Al principio se le confía a otro verdugo para que le adiestre en el oficio y, tras este aprendizaje, permanece definitivamente en el presidio, donde disfruta de una consideración especial, tiene una habitación aparte e incluso sus propios ahorros, aunque casi siempre está bajo vigilancia. Evidentemente, una persona viva no es una máquina: aunque el verdugo cumpla con su deber al dar los golpes, también puede llegar a entusiasmarse; bien es verdad que, aunque no deje de experimentar cierta satisfacción íntima, casi nunca abriga un odio personal hacia su víctima. La destreza en el golpe, el conocimiento de su técnica, el deseo de exhibirse ante sus camaradas y ante el público, todo esto azuza su amor propio. Se desvela por su arte. Aparte de esto, sabe muy bien que todo el mundo le rechaza, que en todas partes le recibirán y tratarán con un temor supersticioso, y no puede descartarse que esto también influya en él, reforzando su furia y sus instintos más salvajes. Hasta los niños saben que él «reniega de su padre y de su madre». Una cosa chocante, por lo que yo he podido ver, es que los verdugos son siempre personas instruidas, juiciosas, inteligentes y con un amor propio, un orgullo incluso, fuera de lo común. No sabría decir si ese orgullo se ha desarrollado como respuesta al desprecio generalizado que padecen, o si su fuerza radica en la conciencia del terror que inspiran en sus víctimas y en el sentimiento de dominio sobre ellas.

Tal vez, la misma aparatosidad y teatralidad de la situación en la que se presentan ante el público, encima de un cadalso, favorezcan el desarrollo en ellos de cierta arrogancia. Recuerdo que durante una época tuve la oportunidad de frecuentar y observar de cerca a un verdugo. Era un individuo de mediana altura, musculoso, enjuto, de unos cuarenta años, con un rostro bastante agradable y avispado, de cabello rizado. Siempre parecía extremadamente serio y sereno; aparentemente se comportaba como un caballero, sus respuestas eran lacónicas, razonables e incluso amables, aunque con una amabilidad un tanto altiva, como si tuviera algún motivo para mostrarse orgulloso ante mí. Los oficiales de la guardia a menudo se dirigían a él en mi presencia y, ciertamente, lo hacían con cierta deferencia. Como era consciente de esto, extremaba a propósito ante los superiores su cortesía, su sequedad y su altivez. Cuanto más amable se mostrara el oficial al dirigirse a él, más intratable parecía el verdugo; aunque no se apartaba en absoluto de su exquisita cortesía, estoy convencido de que en esos instantes él se consideraba infinitamente superior al oficial con el que estaba conversando. Era algo que podía leerse en su rostro. A veces, en los días más calurosos de verano, le enviaban con escolta a la ciudad, provisto de una larga y fina pértiga, a hacer una matanza de perros. En aquella pequeña ciudad había una cantidad desmesurada de perros sin amo que se multiplicaban a una velocidad extraordinaria. Durante la canícula, se volvían peligrosos, y, por orden de la autoridad, se enviaba al verdugo para exterminarlos. Al parecer, ni siquiera esta obligación tan humillante le hacía sentirse rebajado en lo más mínimo. Había que ver con qué dignidad deambulaba por las calles, acompañado de un hombre de escolta ya cansado, asustando con su sola presencia a cuantas mujeres y niños le salían al paso, con cuánta calma y altanería miraba a todos los que se iba encontrando. Por otra parte, los verdugos llevan una vida cómoda. Tienen dinero, comen muy bien, beben vodka. El dinero lo obtienen mediante soborno. Un reo civil, condenado al castigo corporal, siempre le dará algo por anticipado, aunque sea lo último que le quede. En cuanto a los condenados ricos, son los propios verdugos los que les exigen un pago, estipulando una cantidad acorde con los recursos estimados del reo; les cobran hasta treinta rublos, o incluso más en ocasiones. Con los muy ricos se producen largos regateos.

Desde luego, no pueden golpear muy flojo a los condenados, pues pondrían en peligro su propia espalda. Pero, a cambio de cierta suma, pueden prometer a la víctima que no le van a hacer mucho daño. Ésta casi siempre accede, pues de lo contrario el castigo podría ser realmente brutal, y eso depende enteramente del verdugo. A veces éste le exige una suma considerable a un reo muy pobre; entonces los parientes van a verle, regatean, le suplican… ¡mal asunto como no quede satisfecho! En tales casos, al verdugo le ayuda enormemente el terror supersticioso que inspira en los demás. ¡Cuántas historias asombrosas no se habrán contado sobre ellos! Lo cierto es que los propios reclusos me han asegurado que un verdugo es capaz de matar de un solo golpe. Pero, para empezar, ¿cuándo ha ocurrido esto? No niego que sea posible: lo decían con mucha convicción. Un verdugo me garantizaba personalmente que él podía hacerlo. También decían que los verdugos saben golpear con todas sus fuerzas en la espalda del criminal sin dejar la menor señal y sin que sienta el menor dolor. La verdad es que sobre todos estos secretos y refinamientos se cuentan demasiadas historias. Pero incluso cuando el verdugo ha aceptado un soborno para ejecutar el castigo con suavidad, el primer golpe lo da, en todo caso, con el mayor empuje posible, con todas sus fuerzas. Es algo que se ha convertido en una costumbre entre ellos. Los golpes siguientes los puede amortiguar, sobre todo si le han pagado por adelantado. Pero el primer golpe le pertenece, le hayan pagado o no. La verdad es que no sé por qué actúan así. Tal vez lo hagan para acostumbrar enseguida a la víctima a los golpes, con el objeto de que, después de uno muy violento, los siguientes, más leves, ya no le resulten tan dolorosos, o tal vez por el simple deseo de darse importancia ante el reo, de aterrorizarle, de dejarle estupefacto desde el primer momento para que comprenda con quién está tratando, por el deseo de exhibirse, en resumidas cuentas. En todo caso, el verdugo se encuentra, antes del castigo, en un estado de excitación; en ese momento es un actor: el público se asombra y se asusta viéndole, y él disfruta al gritarle a su víctima antes del primer golpe: «¡Prepárate, que te voy a achicharrar!», palabras habituales, y fatídicas para la ocasión. Es difícil imaginar hasta dónde puede llegar la degeneración del ser humano.

En mi primera época en el hospital, no me cansaba de escuchar

todas estas historias de los presidiarios. A todos se nos hacía tremendamente aburrida la estancia. ¡Todos los días eran tan parecidos! Por la mañana al menos nos distraía la visita de los doctores, seguida al poco rato por la comida. Como es natural, en medio de aquella monotonía las comidas constituían una distracción notable. Había distintas dietas, en función de las enfermedades. Ciertos pacientes sólo tomaban una sopa con algo de grano; otros únicamente papilla; a otros les daban un plato de sémola, que tenía muchos adeptos. Los reclusos, después de guardar cama una larga temporada, se volvían delicados y apreciaban las exquisiteces. Cuando estaban convalecientes o casi sanos ya, les daban un poco de carne cocida «de toro», como allí la llamaban. La mejor dieta era la de quienes padecían de escorbuto: carne de vaca con cebolla, rábano y demás, rematado a veces con un poco de vodka. El pan podía ser, dependiendo de las enfermedades, negro o medio blanco, suficientemente cocido. Tanta formalidad y detallismo en la asignación de las dietas hacía reír a los enfermos. Naturalmente, en el caso de ciertas enfermedades era el propio paciente el que no quería comer nada. En cambio, los enfermos que tenían apetito comían lo que querían. Algunos se intercambiaban los platos, de modo que los de un régimen pensado para cierta enfermedad iban a parar a quienes tenían otra totalmente diferente. Había pacientes con una dieta blanda que adquirían carne de vaca o raciones para escorbúticos, y bebían *kvas* y cerveza del hospital, comprándosela a quienes la tenían indicada en su dieta. Todo esto se vendía y revendía por dinero. La ración de carne de vaca tenía un precio muy elevado: costaba quinientos kopeks en billetes. Si no había a quien comprársela en la sala, se mandaba a un guardián a la otra sala de presidiarios; si allí tampoco había, se le mandaba a las salas de los soldados, las salas «libres», como las llamábamos. Siempre se encontraba a alguien dispuesto a vender. Quien lo hacía se mantenía únicamente a base de pan, pero a cambio sacaba algún dinero. Por supuesto, la pobreza estaba extendida, pero los que tenían cuartos se hacían incluso traer del mercado rosquillas, golosinas, y cosas así. Nuestros guardianes hacían todos esos encargos de forma totalmente desinteresada. Después de la comida venían los ratos más aburridos: no teniendo otra cosa que hacer, algunos dormían, otros charlaban, otros discutían, otros contaban

alguna historia en alta voz. Si no traían nuevos enfermos, el aburrimiento era aún mayor. La llegada de un nuevo camarada casi siempre producía cierta expectación, sobre todo si nadie le conocía. Le examinaban, intentaban averiguar quién era, de dónde venía, por qué motivo. Los que despertaban mayor interés en este sentido eran los que estaban en tránsito: éstos siempre tenían algo que contar, aunque no sobre sus asuntos privados; sobre estas cuestiones, salvo que tomara la iniciativa el propio interesado, nunca se hacían preguntas. Se preguntaban cosas como «¿de dónde vienes?, ¿con quién?, ¿por qué camino?, ¿adónde vas?», y otras por el estilo. Algunos, al escuchar una nueva historia, recordaban de pronto, como de pasada, algo de su propia experiencia: los diversos traslados, las cuerdas de presos, los alguaciles, los jefes de las partidas. Los azotados también aparecían normalmente en esos momentos, al atardecer. Siempre producían una gran impresión, como ya he comentado, pero no los traían diariamente, y los días en que no venía ninguno reinaba en la sala una especie de desgana, como si todos aquellos individuos estuviesen completamente hartos unos de otros, hasta el punto de que las disputas estallaban fácilmente. Nos alegraba incluso la llegada de los locos, a quienes traían para examinarlos. El ardid de simular la locura para eludir un castigo se usaba ocasionalmente entre los procesados. A algunos les desenmascaraban pronto o, más bien, ellos mismos decidían cambiar de táctica: un recluso que se había pasado tres o cuatro días haciendo locuras, de pronto, como si tal cosa, recobraba la sensatez, se calmaba y empezaba a pedir el alta con pesar. Ni los demás reclusos ni los doctores se lo reprochaban o intentaban avergonzarles, recordándoles sus tretas recientes: sin mediar palabra les daban el alta y los despachaban, y a los dos o tres días estaban de vuelta, tras sufrir el castigo. Por lo demás, tales casos eran en general poco frecuentes. Pero los locos auténticos, cuando los traían para someterles a examen, suponían para toda la sala un verdadero castigo divino. A algunos de estos locos, alegres y vivaces, que gritaban, bailaban y cantaban, les recibían los reclusos al principio casi con entusiasmo. «¡Una distracción, por fin!», decían mirando a uno de esos tipos que nos acaban de traer, y que hacía muecas sin parar. Pero a mí me resultaba muy duro, muy doloroso, ver a esos desventurados. Nunca he podido mirar con frialdad a un

loco.

Además, muy pronto las muecas incesantes y las inquietantes salidas de tono del loco, traído y acogido entre risas, nos habían agotado ya a todos, y a los dos días nadie tenía paciencia para soportarlas más. A uno de éstos le tuvieron unas tres semanas con nosotros, y lo único que nos apetecía era salir corriendo de la sala. Y justo entonces, como hecho a propósito, nos trajeron a otro. Éste me produjo una impresión muy especial. Era mi tercer año de presidio. Durante el primer año o, más bien, los primeros meses de mi vida en prisión, en primavera, había ido con un grupo a una fábrica de ladrillos a dos *verstas* de distancia, para trabajar junto a los obreros encargados del horno, transportando materiales. Había que reparar los hornos para los futuros trabajos de verano, en los que se empleaban ladrillos. Una mañana, en la fábrica, M…cki y B…ski me presentaron al vigilante, el suboficial Ostrozski, que residía allí. Era un polaco ya mayor, de unos sesenta años, alto, delgado, con un aspecto muy atractivo, majestuoso incluso. Llevaba muchísimo tiempo sirviendo en Siberia y, aunque era de origen humilde (había llegado como soldado procedente del ejército del año treinta), M…cki y B…ski le estimaban y respetaban. Leía constantemente una Biblia católica. Estuve conversando con él, y se mostraba muy amable al hablar, contando las cosas de forma muy juiciosa y amena; parecía realmente bondadoso y digno de respeto… No volví a verle en los dos años siguientes, tan sólo oí decir que le habían abierto una investigación por cierto asunto; de pronto, un buen día, lo trajeron a nuestra sala: era uno de los locos. Entró dando aullidos y risotadas y se lanzó a bailar por toda la sala, haciendo gestos absolutamente indecentes, como si bailara la *kamárinskaya*. Los reclusos estaban entusiasmados, pero a mí me apenó mucho. A los tres días ya no sabíamos dónde meternos. Él discutía a cada paso, se peleaba, gritaba, cantaba aunque fuera de noche y tenía unas ocurrencias tan repugnantes que todos estábamos ya sencillamente asqueados. No tenía miedo de nadie. Le ponían la camisa de fuerza, pero para nosotros eso era casi peor, aunque sin la camisa estuviera siempre buscando camorra y enzarzándose con casi todos. A lo largo de esas tres semanas, toda la sala se levantó unánimemente en varias ocasiones para solicitar al médico jefe que trasladara aquella joya a la otra sala de reclusos.

Pero allí, a su vez, pedían al cabo de un par de días que nos lo devolvieran. Y como resultó que nos encontramos a la vez con dos locos inquietos y pendencieros, entonces las dos salas se los intercambiaban y alternaban. Y lo cierto es que eran a cuál peor. Todos respiramos más tranquilos cuando por fin se los llevaron a otra parte…

Me acuerdo también de otro loco pintoresco. Un día de verano nos trajeron a un procesado sano, con pinta muy desmañada, de unos cuarenta y cinco años, con el rostro desfigurado por la viruela, con unos ojillos hinchados y enrojecidos y un aire especialmente lúgubre y sombrío. Lo instalaron a mi lado. Resultó ser un individuo muy pacífico, que no hablaba con nadie y no se movía de su sitio, como si estuviera dándole vueltas a algún asunto. Empezaba a oscurecer cuando de pronto se volvió hacia mí. Directamente, sin más preámbulos, pero con la expresión de quien va a comunicar un secreto extraordinario, empezó a contarme que uno de esos días tendría que recibir dos mil baquetazos, pero que la cosa había cambiado, porque la hija del coronel G. había intercedido por él. Yo le miré con escepticismo y le respondí que, en mi opinión, la hija del coronel no estaba en condiciones de hacer nada. Yo todavía no sospechaba lo que pasaba: no lo habían traído como loco, sino como enfermo corriente. Le pregunté cuál era su enfermedad. Me contestó que no lo sabía, que por alguna razón lo habían traído, pero que estaba completamente sano, y que la hija del coronel se había enamorado de él; que ella, dos semanas antes, había pasado en coche por delante del cuerpo de guardia justo cuando él estaba mirando por los barrotes de la ventana. Le vio y en ese mismo instante se enamoró de él. Desde entonces, había estado tres veces en el cuerpo de guardia con diversos pretextos: la primera vez entró con su padre a ver a su hermano, un oficial que estaba de servicio en la guardia; la segunda, fue con su madre a repartir limosnas y, pasando a su lado, le susurró que le amaba y que le sacaría de allí. Resultaba curioso oírle contar aquella historia tan disparatada, que, evidentemente, había surgido de principio a fin de su mente infeliz y trastornada. Tenía una fe ciega en que se libraría del castigo. Hablaba de su amor apasionado por aquella damisela en un tono tranquilo y confiado; aun teniendo en cuenta la absoluta falta de sentido de su relato, resultaba totalmente incongruente escuchar

una historia romántica como aquélla, sobre una muchachita enamorada, de labios de un cincuentón con una fisonomía tan triste, apesadumbrada y poco agraciada. Era asombroso lo que el miedo al castigo había producido en aquel alma asustadiza. Es posible que efectivamente hubiera visto a alguien por la ventana, y la locura, que se estaba gestando en su interior a causa del temor, creciendo de hora en hora, había encontrado repentinamente su vía de salida, su forma externa. Ese soldado desafortunado, que probablemente no habría pensado en toda su vida en señoritas de buena familia, de pronto se inventó toda una novela, en un intento instintivo de aferrarse a ese clavo ardiendo. Yo escuché atentamente su historia sin decir nada, e informé del caso a los demás reclusos. Pero, cuando los otros empezaron a mostrar su interés, él se calló pudorosamente. Al día siguiente el médico le interrogó durante un largo rato y, como él le dijo que no padecía de nada, y efectivamente el examen reveló que estaba sano, le dieron el alta. Pero no supimos que habían anotado el *sanat* en su hoja hasta después de que los doctores hubieran salido de nuestra sala, de modo que no fue posible prevenirles. Ni siquiera nosotros mismos sospechábamos todavía cuál era el problema principal. Y en realidad todo obedecía a un error de los superiores que nos lo habían enviado, al no explicar con qué fin lo habían hecho. Existía cierta negligencia en este caso. Aunque es posible que ni siquiera quienes lo habían mandado al hospital tuvieran las ideas muy claras y dudaran de su locura, y que, basándose tan sólo en rumores imprecisos, lo hubieran enviado para ponerlo a prueba. De cualquier manera, al infeliz se lo llevaron a los dos días para propinarle su castigo. El cual le cogió, al parecer, totalmente desprevenido: hasta el último instante no pudo creerse que le fueran a castigar, y cuando ya le estaban arrastrando por la formación se puso a gritar pidiendo socorro. La segunda vez no lo ingresaron en nuestra sala, donde no había camas libres, sino en la otra. Pero yo me interesé por su suerte y averigüé que se había pasado ocho días sin decir una sola palabra, y que estuvo muy desasosegado y enormemente triste… Después, cuando se le curó la espalda, se lo llevaron a no sé dónde. Yo, al menos, no he vuelto a tener noticias de él.

Con respecto a los tratamientos y medicinas en general, por lo

que yo pude apreciar, los enfermos leves casi nunca seguían las indicaciones y no tomaban los medicamentos, pero los más graves, y en general los que estaban realmente enfermos, guardaban cama de muy buen grado y tomaban escrupulosamente sus pociones y polvos, aunque los más apreciados entre nosotros eran los remedios de uso externo. Las ventosas, las sanguijuelas, las cataplasmas, las sangrías, remedios tan venerados por el pueblo llano, que tanto confía en ellos, eran muy bien recibidos, con verdadero placer incluso. Una circunstancia singular me llamó la atención: las mismas personas que soportaban con tanta entereza los dolores más espantosos causados por los palos y las varas no era raro que se quejaran, se retorcieran y hasta gimotearan por una ventosa cualquiera. ¿Se habían acostumbrado en exceso a la buena vida, o es que sencillamente se las daban de finos de esa manera? No sé cómo explicarlo. Es verdad que nuestras ventosas eran de un tipo especial. El instrumento con el que se hacen en la piel las incisiones instantáneas lo había perdido o estropeado un buen día el practicante, en tiempos remotos, o tal vez se había estropeado solo; de ese modo, ahora se veía obligado a realizar las incisiones requeridas con una lanceta. Para cada ventosa hay que practicar unas doce incisiones. Con ese instrumento no duele. Tiene doce cuchillitas que actúan a la vez, instantáneamente, y el daño ni se nota. Pero los cortes con la lanceta ya son otra cosa. En comparación, la lanceta corta mucho más despacio: el dolor es apreciable; como para aplicar, por ejemplo, diez ventosas hay que practicar ciento veinte incisiones semejantes, en conjunto la cosa era ya bastante dolorosa, desde luego. Yo tuve que pasar por ello y, aunque fue doloroso y molesto, tampoco lo fue hasta el punto de no poder dominarme y ponerme a lloriquear. En ocasiones resultaba cómico ver a un gigantón, fuerte como un roble, retorciéndose de dolor y empezando a gemir. Todo esto podría compararse con el caso de esos individuos que responden con firmeza y serenidad en las situaciones más comprometidas, pero que en casa, cuando no tienen nada que hacer, se muestran apáticos y caprichosos, no quieren comer lo que les ponen y no paran de discutir y protestar: que si nada está a su gusto, que si todo el mundo les molesta, que si les hacen sufrir…; en una palabra, «se quejan de puro vicio», como se suele decir de esta clase de señores, si bien es verdad que

también se encuentra gente así entre el pueblo llano; y en nuestro presidio, dada la convivencia generalizada, se encuentran más a menudo de lo que sería deseable. En nuestra sala a veces ocurría que alguno de estos tipos delicados era provocado por sus compañeros, y había quien le insultaba; entonces él se callaba, como si hubiera estado esperando justamente a que le insultaran para callarse. Uno de los que más detestaba a esa clase de individuos era Ustiántsev, que nunca dejaba escapar la ocasión de meterse con ellos. En general, no dejaba escapar ninguna ocasión de enzarzarse con quien fuese. Para él, se trataba de un placer y de una necesidad, a causa de su enfermedad se entiende, aunque en parte también a causa de su estupidez. Al principio miraba muy serio, fijamente, y después, con voz serena y convencida, empezaba a recitar su sermón. Cualquier asunto le valía: como si le hubieran encomendado el mantenimiento del orden y de la moralidad general.

—No pasa una por alto —decían los reclusos entre risas. Lo cierto es que le tenían respeto y evitaban discutir con él, y rara vez se reían.

—¡Hay que ver, todo lo que ha contado! Da para llenar tres carros.

—¿Y qué es lo que ha contado? Ya se sabe: no hay que descubrirse ante un necio. ¿Y por qué tiene que gritar con la lanceta? Hay que estar a las duras y a las maduras; hay que tener aguante.

—¿Y a ti qué te importa?

—No, amigos —terciaba uno de los reclusos de la sala—. Esos pinchazos no son nada, ya lo he comprobado; y nada duele más que un buen tirón de orejas.

Todos se rieron.

—¿Es que a ti te han tirado de las orejas?

—Claro que sí. ¿Qué te creías?

—Será por eso por lo que las tienes de punta.

Efectivamente, ese presidiario, Shapkin, tenía unas orejas muy largas, que sobresalían por los dos lados. Era un vagabundo todavía joven, habilidoso y tranquilo, que hablaba siempre con una especie de humor socarrón, cosa que daba un toque muy cómico a algunas de sus historias.

—¿Y yo cómo iba a saber que te habían tirado de las orejas? ¿Cómo se me iba a ocurrir, cabeza hueca? —intervino otra vez Ustiántsev, dirigiéndose a Shapkin con indignación, a pesar de que éste no se estaba refiriendo a él, sino a todo el mundo en general; pero Shapkin ni le miró.

—¿Y quién te lo hizo? —preguntó alguien.

—¿Quién? El jefe de policía, quién si no. Eso, amigos, tuvo que ver con el vagabundeo. Habíamos llegado a K.; éramos dos: otro vagabundo y yo. Se llamaba Efim, Efim a secas. Por el camino habíamos dado un buen golpe en casa de un campesino en Tólmina. Ese es el nombre de una aldea: Tólmina. Bueno, el caso es que llegamos y echamos un vistazo, a ver si allí también podíamos conseguir algo y largarnos después. En el campo no hay obstáculos, pero la ciudad te impone, ya se sabe. Así que lo primero que hicimos fue entrar en una taberna. Estábamos mirándolo todo, cuando se nos acercó un individuo con una pinta lamentable, con los codos agujereados, vestido a la alemana. Que si esto, que si lo otro.

»—¿Podría preguntaros por vuestros documentos? —nos dice.

»—No —respondemos—, no tenemos.

»—Vaya, vaya. Nosotros tampoco. Tengo aquí conmigo a otros dos buenos amigos —dice—, que también están a las órdenes del general Cuco[71]. De modo que me atrevo a pediros una cosa: estábamos aquí un poquillo achispados, pero ahora mismo no andamos muy bien de dinero. Si tuvierais la bondad de ofrecernos media botella…

»—Con muchísimo gusto —le decimos.

»Así que bebimos. Y en seguida nos hablaron de un asunto de robo en una casa, o sea, algo de nuestra especialidad. Había allí una casa, en las afueras, donde vivía un burgués rico, con un montón de bienes; decidimos ir de noche a enterarnos. Pero esa misma noche nos cazaron, nada más llegar a la casa del burgués rico, a los cinco que íbamos. Nos llevaron al puesto de policía, y luego a jefatura. El jefe dijo que nos interrogaría personalmente. Apareció con su pipa, y le trajeron una taza de té. Un tipo enorme, con patillas. Se sentó. Aparte de nosotros, ya habían traído a otros tres más, también vagabundos. Y vaya gente rara son los vagabundos, amigos: no se acuerdan de nada, ya puedes insistir, que todo lo han olvidado y no

saben nada de nada. El jefe de policía me espeta: "¿Y tú quién eres?". Soltó un rugido, como si estuviera dentro de un tonel. Y yo, claro, igual que todos, le digo:

»—Excelencia, yo no me acuerdo de nada, todo se me ha olvidado.

»—Espera, que aún tenemos que hablar —me dijo—, esa cara me resulta familiar.

»Me estuvo examinando a fondo, fijamente. Pero yo a él hasta entonces nunca le había visto siquiera. Se dirigió a otro:

»—¿Tú quién eres?

»—*Pon-pies-en-polvorosa*, Excelencia.

»—¿Así es como te llaman: *Pon-pies-en-polvorosa*?

»—Así mismo, Excelencia.

»—Bien, sea; tú eres *Pon-pies-en-polvorosa*, ¿y tú? —le preguntó a un tercero, se entiende.

»—*Y-yo-detrás*, Excelencia.

»—Pero ¿cómo te llamas?

»—Así me llamo: *Y-yo-detrás*, Excelencia.

»—Pero ¿quién te ha dado ese nombre, miserable?

»—Las buenas gentes, Excelencia. En este mundo nunca faltan buenas gentes, Excelencia, es cosa sabida.

»—¿Y quiénes son esas buenas gentes?

»—Se me ha olvidado por completo, Excelencia, permítame esperar merced de su magnanimidad.

»—¿Te has olvidado de todos?

»—De todos, Excelencia.

»—Pero tú también tendrías un padre y una madre… ¿Te acordarás de ellos, al menos?

»—Hay que suponer que sí los tendría, Excelencia, pero la verdad es que también de ellos me he olvidado por completo; puede que los tuviera, Excelencia.

»—¿Y dónde has estado viviendo hasta la fecha?

»—En el bosque, Excelencia.

»—¿Todo el tiempo en el bosque?

»—Todo el tiempo en el bosque.

»—¿Y en invierno qué?

»—No me he fijado en los inviernos, Excelencia.

»—Bueno, ¿y a ti cómo te llaman?

»—*Como-un-hacha*, Excelencia.

»—¿Y a ti?

»—*Afila-y-no-te-duermas*, Excelencia.

»—¿Y a ti?

»—*Afila-si-es-preciso*, Excelencia.

»—¿Y ninguno se acuerda de nada?

»—No nos acordamos de nada, Excelencia.

»Se queda quieto, riéndose, y ellos le miran con una sonrisa. En cambio, otras veces, como tropieces con él, te dan hasta en los dientes. Esa sí que es gente sana, bien alimentada.

»—Lleváoslos a prisión —dice—, ya me ocuparé más tarde de ellos; pero tú quédate —esto me lo decía a mí—. ¡Ven aquí y siéntate!

»Miro: una mesa, papel, una pluma. Pienso: "¿Qué pretenderá éste?".

»—¡Siéntate en esta silla, coge la pluma y ponte a escribir! —me dice, y me agarra de la oreja y empieza a tirar. Yo le miraba como el diablo al pope.

»—No sé escribir, Excelencia —le digo.

»—¡Que escribas!

»—Tenga piedad, Excelencia.

»—¡Escribe como puedas, pero escribe! —y me seguía tirando de la oreja, sin parar, y luego me la retorcía; os aseguro, amigos, que habría preferido que me sacudieran trescientas veces con la vara: he visto las estrellas—. ¡Escribe de una vez!

—¿Qué le pasaba? ¿Se había vuelto loco o qué?

—No, no se había vuelto loco. Es que un escribiente de T…k, poco antes, había hecho una jugarreta: había cogido dinero del Estado y se había largado; y también tenía las orejas puntiagudas. Lo habían hecho saber por todas partes. Y, como yo encajaba más o menos con la descripción, por eso me preguntaba a mí: quería ver si yo sabía escribir y cómo lo hacía.

—¡Buena historia, muchacho! ¿Y dolía mucho?

—Ya os lo he dicho: dolía mucho.

Resonó una carcajada general.

—Y qué, ¿al final escribiste?

—¿Y para qué iba a escribir? Empecé a arrastrar la pluma, venga a arrastrarla por el papel, hasta que el otro se cansó. Luego, claro,

me soltó unos diez guantazos, y me dejó marchar, a prisión, se entiende.

—¿Y de verdad sabes escribir?

—Antes sabía, pero desde que empezaron a escribir con pluma, la verdad es que he perdido la costumbre…

Con esta clase de relatos, o mejor dicho, con esta charlatanería, pasábamos a veces el tiempo, tan aburrido. ¡Aquello sí que era aburrimiento, Señor! Días interminables, asfixiantes, todos idénticos. ¡Si hubiera habido un libro, por lo menos! Y, sin embargo, yo, sobre todo al principio, iba con frecuencia al hospital, a veces enfermo, a veces sencillamente a descansar, por salir del presidio. El presidio era muy duro, aún más duro que el hospital, más duro moralmente. La maldad, la enemistad, las querellas, la envidia, los enredos constantes contra los que éramos nobles, los rostros feroces, amenazantes… En el hospital, en cambio, a todos nos medían por el mismo rasero, y vivíamos de forma más amistosa. Los momentos más tristes de todo el día coincidían con la caída de la tarde, a la luz de las velas, y con el comienzo de la noche. Nos vamos a dormir temprano. Una débil lamparilla luce a lo lejos, junto a la puerta, como un punto brillante, pero nuestro rincón está casi en tinieblas. El ambiente se hace fétido, irrespirable. Alguien que no consigue dormir se incorpora y se pasa hora y media sentado en la cama, inclinando la cabeza con el gorro de dormir puesto, como si estuviera pensando en algo. Y le miras durante una hora entera, intentando adivinar en qué estará pensando, para matar también el tiempo como sea. Y entonces empiezas a soñar, a recordar el pasado, y en tu imaginación se dibujan cuadros amplios y vivos; te vienen a la memoria ciertos detalles que en otros tiempos nunca habrías recordado, o que no habrías sentido con esa intensidad. Intentas entonces adivinar el futuro: ¿cómo saldrás del presidio?, ¿adónde irás entonces?, ¿cuándo sucederá?, ¿regresarás alguna vez a tu lugar de origen? Piensas y piensas sin parar, y la esperanza empieza a agitarse en tu alma… Pero en otra ocasión sencillamente te dedicas a contar: uno, dos, tres…, hasta que te duermes con la cuenta. Una vez llegué hasta tres mil sin dormirme. De pronto alguien empieza a revolverse. Ustiántsev se pone a toser con su tos descompuesta, de tísico, seguida de débiles gemidos, diciendo en cada ocasión: «¡He pecado, Señor!». Y se hace extraño

escuchar esa voz rota, sorda, de enfermo, en medio del silencio general. Y en un rincón hay otros que tampoco duermen y charlan desde sus camas. Uno empieza a contar historias de su vida, sobre cosas lejanas, ya pasadas, sobre vagabundeos, sobre los hijos, la mujer, las viejas costumbres. Y comprendes, oyendo tan sólo ese lejano cuchicheo, que jamás recuperará todo eso, que él, el que lo cuenta, es ya un miembro amputado de aquel cuerpo; el otro le escucha. Sólo se puede oír un susurro monótono, tranquilo, igual que el agua cuando murmura a lo lejos, en alguna parte… Recuerdo que una vez, en una larga noche de invierno, escuché un relato. Mi primera impresión fue la de que se trataba de una especie de sueño febril, como si yo estuviera en la cama con fiebre y lo hubiera soñado, ardiente y delirante…

CAPÍTULO IV

EL MARIDO DE AKULKA (RELATO)

La noche ya estaba avanzada, pasaban de las once. Me había dormido, pero de repente me desperté. La débil lucecilla de la lámpara apartada apenas iluminaba la sala… Casi todos dormían. Hasta Ustiántsev dormía, y podía oírse en la oscuridad su respiración dificultosa y el carraspeo constante de los esputos en la garganta. A lo lejos, en el vestíbulo, resonaron de pronto los pasos lentos de la guardia que se aproximaba para efectuar el relevo. La culata de un fusil golpeó el suelo con estrépito. Se abrió la sala; el cabo, avanzando con cautela, hizo el recuento de los enfermos. Un minuto más tarde cerraron la sala, colocaron un nuevo centinela, se alejó la guardia y se hizo nuevamente el silencio. Entonces, sólo yo me di cuenta de que a escasa distancia, a mi izquierda, había dos enfermos en vela que parecían cuchichear entre sí. Cosas así sucedían en las salas: a veces, dos vecinos de cama se pasaban días y meses tumbados el uno al lado del otro sin decirse ni una sola palabra, y un buen día, de pronto, entablan conversación animados por la hora nocturna y uno empieza a contarle al otro todo su pasado.

Al parecer, llevaban un buen rato hablando. Se me había escapado el comienzo, y tampoco en ese momento podía captar todo lo que decían; pero poco a poco me fui habituando, hasta que empecé a entenderlo todo. No podía dormir; ¿qué hacer, pues, sino escuchar?… Uno de ellos contaba su historia con pasión, tumbado a medias en la cama, con la cabeza levantada y el cuello vuelto hacia su compañero. Se le notaba enardecido, excitado, con ganas de contar su historia. El que escuchaba, con aire taciturno y totalmente

impasible, estaba sentado en la cama con las piernas estiradas, y muy de vez en cuando emitía una especie de mugido como respuesta o como señal de interés por el narrador, aunque se diría que lo hacía más bien por cortesía, sin autenticidad, y a cada paso se atiborraba la nariz de rapé que iba sacando de su cuernecillo. Este era el soldado disciplinario Cherevin, de unos cincuenta años, pedante sombrío, frío razonador y necio henchido de amor propio. El narrador, Shishkov, un tipo aún joven que no llegaba a la treintena, era un preso civil que trabajaba en el taller de costura. Hasta entonces yo apenas le había prestado atención; y tampoco después, durante el resto de mi estancia en el presidio, me vi empujado a ocuparme de él. Era una persona vacía y extravagante. A veces permanecía en silencio, apartado de todos, se mostraba displicente y se pasaba semanas enteras sin decir nada. Otras veces, en cambio, se entrometía en todo tipo de asuntos, empezaba a andarse con chismes, se acaloraba por naderías, iba de barracón en barracón llevando noticias, calumniaba, perdía los estribos. Le pegaban, y volvía a recluirse en su silencio; era un tipo cobarde e insustancial. Todos le trataban con cierto desprecio. Era bajo de estatura, delgado, con ojos que parecían inquietos y, a veces, vagamente pensativos. Si tenía que contar alguna cosa, empezaba con vehemencia, con pasión, agitando las manos incluso, pero de pronto se interrumpía bruscamente o saltaba a otro asunto, se dejaba llevar por nuevos detalles y se olvidaba del tema inicial. Se enzarzaba en frecuentes peleas, y nunca dejaba de echarle algo en cara a su rival, acusándole de alguna falta cometida contra él, y le hablaba con sentimiento, al borde del llanto… No tocaba nada mal la balalaika, y le gustaba hacerlo; y en las fiestas, si le obligaban, llegaba a bailar, e incluso bailaba con gracia… No era difícil obligarle a hacer cualquier cosa… No tanto porque fuera especialmente sumiso, sino porque le gustaba, por camaradería, participar en todo y complacer a los demás.

Tardé bastante en penetrar en el sentido de la narración. Además, al principio me pareció que Shishkov se apartaba constantemente del tema y se entretenía en detalles secundarios. Quizá se diera cuenta de que a Cherevin prácticamente le traía sin cuidado su relato, pero se diría que trataba de convencerse de que su oyente era todo oídos, y tal vez le habría resultado muy doloroso

convencerse de lo contrario.

—… Cuando iba al mercado, todo el mundo se inclinaba a su paso, le rendían honores; en una palabra, era un ricachón.

—¿Dices que tenía un comercio?

—Sí, un comercio. Pero fíjate que en nuestra tierra, entre los propios comerciantes, hay mucha pobreza. Pobreza de verdad. Las mujeres son las que llevan el agua, desde el mismísimo río, a lo alto del barranco, allá arriba nada menos, para regar los huertos; venga a trabajar, dale que te pego, y al llegar el otoño la cosecha no da ni para un triste *schi*. Una ruina. Pero él tenía muchas tierras, braceros que le labraban sus campos, tres braceros tenía, además de su propio colmenar; comerciaba con miel, y también con ganado, y en nuestra tierra, vaya, se le tenía un gran respeto. Era ya muy viejo, a sus setenta años no podía con sus huesos, tenía los cabellos blancos y era bastante grande. Cuando aparecía en el mercado con su abrigo de zorro, todos le festejaban. Y con sinceridad. «Buenos días, Ankudim Trofímich, *bátiushka*». «Que tengas buenos días», contestaba. De manera que no despreciaba a nadie. «¡Larga vida, Ankudim Trofímich!» «¿Cómo van tus asuntos?», preguntaba. «Pues nuestros asuntos, blancos como el carbón. ¿Y usted cómo está, *bátiushka*?» «Seguimos vivos y, pecadores que somos, también holgazaneamos», decía. «¡Larga vida, Ankudim Trofímich!» Así que nunca despreciaba a nadie, y al hablar cada una de sus palabras era tan valiosa como un rublo. Era muy leído, un erudito, siempre estaba leyendo libros sagrados. Sentaba a su vieja mujer enfrente de él: «Escucha, mujer, intenta comprender». Y empezaba con sus explicaciones. La vieja mujer no es que fuera muy vieja; se había casado con ella en segundas nupcias, para tener hijos, pues con la primera no había tenido ninguno. Bueno, con esta segunda, o sea, con María Stepánovna, tenía dos, todavía menores de edad: al pequeño, Vasia, lo tuvo a los sesenta años, mientras que Akulka[72], la hija mayor, tenía dieciocho años.

—¿Ésa era tu mujer?

—Espera un poco; primero tenemos a Filka Morózov sacando pecho con sus andanzas. «Tú reparte —le dice Filka a Ankudim—. Dame los cuatrocientos rublos, ¿acaso soy uno de tus obreros? No quiero negocios contigo, ni llevarme a tu Akulka. Yo ahora no quiero ataduras. Mis padres han muerto, así que me beberé el

dinero y después me ganaré la vida; me alistaré como soldado y dentro de diez años volveré a veros convertido en mariscal de campo». De modo que Ankudim le dio el dinero; ajustaron las cuentas, porque el padre de Filka y el viejo habían sido socios en los negocios.

»—Eres un perdido —le dijo. Y el otro respondió:

»—Bueno, perdido o no, ya se verá, pero contigo, barba blanca, se aprende a beber la leche gota a gota. Tú pretendes ahorrar de dos céntimos, y recoges toda clase de inmundicias, no vayan a servir para el puchero. Yo escupiría en todo eso. Ya puedes ahorrar, que se lo llevará el diablo. Yo soy un hombre de carácter, así que a tu Akulka no la aceptaré en ningún caso. De todos modos, ya he dormido con ella…

»—¿Cómo te atreves a ofender a un padre honrado y a una hija honrada? —dijo Ankudim—. ¿Cuándo has dormido con ella, grasa de serpiente, sangre de lucio? —y temblaba de pies a cabeza. El propio Filka lo contaba.

»—Pues no sólo no se casará conmigo —dijo—, sino que me las arreglaré para que tu Akulka ya no se case con nadie; nadie la tomará por esposa, ni siquiera Mikita Grigórich la tomará, pues ahora está deshonrada. Desde el otoño habíamos unido nuestras vidas. Pero yo ahora no llegaría a un acuerdo ni por cien *cangrejos*[73]. Prueba a darme ahora esos cien *cangrejos*, y no los aceptaré…

»¡Y vaya si se lo pasó en grande, el mozo! Hasta el punto que la tierra temblaba, y su fama resonaba por toda la ciudad. Reclutó un grupo de camaradas y, como tenía un montón de dinero, estuvo tres meses de parranda, hasta gastarlo todo. “Yo —solía decir—, cuando se me acabe el dinero, venderé la casa, liquidaré todo, y después me alistaré o, si no, me iré por ahí de vagabundo”. Estaba borracho de la mañana a la noche, iba en un coche de dos caballos con cascabeles. Y las chicas estaban locas por él. Tocaba muy bien la *tiorba*[74].

—Así que con Akulka ya antes había tenido un asunto.

—Espera un poco. Yo por entonces había enterrado a mi padre, y mi madre se dedicaba a hacer rosquillas; trabajábamos para Ankudim, y de eso vivíamos. No nos iba nada bien. Bueno, también teníamos una alquería, pasado el bosque, donde se sembraba trigo,

pero más tarde, faltando ya mi padre, lo vendimos todo, porque yo también me di a la buena vida, amigo. A mi madre le sacaba el dinero a base de palizas…

—Palizas, eso no está nada bien. Es un pecado tremendo.

—Estaba siempre borracho, amigo mío, día y noche. Nuestra casa aún se mantenía mal que bien; aunque podrida, seguía siendo nuestra. Pero lo que es dentro de la *isba*, como no cazaras una liebre… Pasábamos tanta hambre, que a veces masticábamos un trapo viejo durante semanas. Mi madre venga a regañarme, pero yo, ¡como si nada!… Yo, amigo, no me apartaba por entonces de Filka Morózov. Día y noche con él. Me decía: «Toca para mí la guitarra, y baila, que yo estaré tumbado, tirándote dinero, porque no hay persona más rica que yo». ¡Qué no haría aquel hombre! Aunque no aceptaba nada robado: «Yo no soy un ladrón —decía—, sino un hombre honrado». «Vamos a casa de Akulka —dijo una vez—, a embadurnar su puerta de alquitrán; porque no quiero que Akulka se case con Mikita Grigórich. Ahora mismo, con tal de evitarlo, renunciaría a la cosa más exquisita». Porque el viejo, con quien quería casar a su hija, ya desde antes, era con Mikita Grigórich. Mikita era también un viejo; era viudo, con gafas, se dedicaba al comercio. En cuanto oyó que circulaban rumores sobre Akulka, se echó para atrás: «Para mí, Ankudim Trofímich, sería una gran deshonra, y tampoco deseo casarme, ya tengo muchos años». El caso es que le embadurnamos la puerta a Akulka. ¡Menudas palizas le dieron en casa por este motivo, menudas palizas! María Stepánovna gritaba: «¡Yo te mato!». Y el viejo: «En tiempos pasados, cuando vivían los venerables patriarcas, la habría cortado en rodajas sobre una hoguera, pero ahora en este mundo no hay sino tinieblas y corrupción». A veces los vecinos, de un extremo al otro de la calle, podían oír los alaridos de Akulka: la azotaban desde la mañana hasta la noche. Mientras, Filka iba proclamando por el mercado: «¡Admirable muchacha es esa Akulka, compañera de jaranas! ¿Dónde vas tan aseada, tan compuesta y arreglada? ¿A quién quieres tú? Yo a ellos ya se lo he pasado por las narices; se acordarán de mí». En esta época, yo también me encontré una vez a Akulka, que pasaba con unos cubos, y le grité: «Buenos días, Akulina Kudímovna. Salud a su merced; dónde vas tan aseada; dime una cosita: ¿con quién vives que tanto recibes?». Eso es todo lo que

le dije. Y cómo me miraba: con unos ojos enormes, aunque ella estaba flaca como un palillo. Cuando su madre la vio mirándome, se creyó que estaba bromeando conmigo, así que le gritó desde su portón: «¿Qué haces ahí chismorreando, desvergonzada?». De modo que ese día venga otra vez a sacudirla. A veces se pasaba una hora entera golpeándola. «La mato a palos, que ésta ya no es mi hija».

—De modo que era una descarriada.

—Tú sigue escuchando, amigo mío. Yo entonces no paraba de emborracharme con Filka; una vez se me acerca mi madre, estando yo en la cama: «¿Qué haces ahí en la cama, sinvergüenza? No eres más que un bandido». Me puso de vuelta y media. «Lo que tienes que hacer es casarte; mira, cásate con Akulka. Ahora estarían encantados de dártela; sólo en dinero, te darán trescientos rublos». Le contesté: «Pero ahora todo el mundo la tiene por deshonrada». «Pareces tonto —me dijo—, el matrimonio todo lo tapa; eso que ganas si ella se siente culpable ante ti de por vida. Y con su dinero nosotros podremos arreglárnoslas. Ya he hablado con María Stepánovna. Me ha escuchado con mucho interés». Respondí: «Venga el dinero: veinte rublos encima de la mesa y entonces me casaré». Así que, aunque no te lo creas, me emborraché de un tirón hasta el mismo día de la boda. Pero todavía me amenazó Filka Morózov: «Te voy a romper todas las costillas, marido de Akulka, y, si me apetece, me voy a acostar con tu mujer cada noche». Le dije: «¡Mientes, carne de perro!». Bueno, entonces me cubrió de vergüenza delante de toda la calle. Me fui corriendo a casa: «No me quiero casar, a menos que me den ahora mismo otros cincuenta rublos».

—¿Pero te la daban a ti como esposa?

—¿A mí? ¿Y por qué no? No éramos precisamente gente sin honra. Mi padre tan sólo al final de su vida, por culpa de un incendio, se había arruinado; si no, aún seríamos más ricos que ellos. Ankudim me dijo: «Vosotros no tenéis donde caeros muertos». Le respondí: «Y vuestra puerta, según dicen, está bien embadurnada de alquitrán». Y él: «¡Así que te pones gallito con nosotros! Demuestra entonces que ella ha perdido su honra; aunque las bocas chismosas no hay quien las tape. Ya sabes dónde está la puerta, no te cases. Pero eso sí: el dinero que te han dado, devuélvelo». Entonces decidí hacer lo siguiente con Filka: por medio de Mitri

Bykov mandé decirle que iba a avergonzarle delante de todo el mundo, y hasta el día de la boda, amigo mío, estuve borracho todo el tiempo. No volví a estar sobrio hasta que llegó el momento de la ceremonia. Cuando nos trajeron de la iglesia, nos sentamos y el tío Mitrofán Stepánich va y dice: «Aunque no haya sido muy honroso, es igual de válido, y lo hecho hecho está». Y el viejo, Ankudim, también estaba bebido, y se puso a llorar; estaba sentado y las lágrimas le corrían por la barba. En cuanto a mí, amigo, mira lo que hice: llevaba un látigo encima, en un bolsillo; me lo había guardado antes de la boda con la intención de recrearme con Akulka, para que supiera qué es eso de casarse sin honra, y también para que la gente viera que yo no estaba haciendo el bobo al casarme.

—¡Bien hecho! Así se daría cuenta de que en adelante…

—No, amigo mío. Calla un poco. En nuestra tierra, nada más volver de la iglesia, llevan a los novios a la despensa[75], mientras los demás se quedan bebiendo. Así que a Akulka y a mí nos dejaron en la despensa. Ella estaba pálida, sin una gota de sangre en el rostro. O sea, que tenía miedo. Los cabellos los tenía también claros como el lino. Los ojos muy grandes. Y no decía nada, ni se la oía, como si hubiera una muda en la casa. Daba una impresión muy extraña. Y te querrás creer, amigo, que yo había dejado el látigo preparado, colocado al lado mismo de la cama, pero ella, mi querido amigo, resultó que era completamente inocente.

—¡Qué me dices!

—Completamente inocente; tanto como la más honrada de la casa más honrada. ¿Y por qué había tenido que soportar semejante tormento? ¿Por qué la había cubierto de oprobio Filka Morózov delante de todo el mundo?

—Pues sí…

—Entonces salté de la cama y me puse de rodillas delante de ella, juntando las manos: «Mi buena Akulina Kudímovna, perdona a este imbécil por haber creído que eras una de ésas; ¡perdóname, soy un canalla!». Y ella, sentada en la cama delante de mí, me miraba y, con las manos colocadas sobre mis hombros, se reía, y al mismo tiempo le corrían las lágrimas; se reía y lloraba… Entonces salí al encuentro de los demás y dije: «Ahora, como me encuentre a Filka Morózov, puede dar su vida por terminada». Los viejos no sabían a qué santo rezar para darle las gracias. La madre quería echarse a los

pies de su hija y daba alaridos. Y el padre dijo: «Si lo hubiéramos sabido, hija querida, te habríamos buscado otro marido distinto de éste». Y cómo fuimos los dos a la iglesia el domingo siguiente: yo llevaba un gorro de astracán, un caftán de fino paño y unos bombachos de terciopelo; ella llevaba un abrigo nuevo de piel de conejo y un pañuelo de seda. Así que, si yo era digno de ella, ella era digna de mí. ¡Así es como íbamos! La gente se quedaba admirada al vernos: yo me defiendo muy bien solo, y, aunque no esté bien ensalzar ante los demás a mi Akulínushka, tampoco hay por qué denigrarla, de modo que no desmerecería entre las mejores…

—Así que todo iba bien.

—Sí, pero atiende. El día siguiente a la boda, aunque estaba beodo, me alejé en cuanto pude de los invitados; me escapé como si tal cosa y salí corriendo. Iba diciendo: «¡Traedme aquí a ese holgazán de Filka Morózov, traedme a ese miserable!». Lo fui gritando por todo el mercado. Estaba borracho como una cuba; de manera que cerca de la casa de los Vlásov me tuvieron que agarrar entre tres individuos y llevarme a casa a la fuerza. Mientras tanto, en la ciudad ya circulaban los rumores. Las muchachas comentaban en el mercado: «¡Eh, chicas!, vosotras que sois tan listas, ¿sabéis una cosa? Resulta que Akulka era inocente». A los pocos días, va Filka y me dice en público: «Véndeme a tu mujer, y tendrás todo el dinero que quieras para beber. Uno de aquí, el soldado Yashka, se casó justamente por eso: no dormía con su mujer, pero se tiró tres años borracho». Le dije: «¡Eres un canalla!». «Y tú un idiota. Porque a ti te casaron estando beodo. Después de eso, ¿cómo podías darte tú cuenta de nada?» Al llegar a casa grité: «¡Me casasteis borracho!». Mi madre no consiguió sujetarme; le dije: «Te han tapado los oídos con oro, madre. ¡Tráeme a Akulka!». Y empecé a sacudirla. Venga y venga a sacudirla, durante dos horas la sacudí, hasta que ya no pude más de cansancio; ella se pasó tres semanas en la cama sin levantarse.

—Claro, claro —observó Cherevin en un tono flemático—, si no se las pega, ya se sabe… Pero ¿tú la habías sorprendido con un amante?

—No, no, lo que es sorprenderla, no la sorprendí —comentó Shishkov tras una pausa y haciendo cierto esfuerzo—. Pero me

resultaba muy humillante, me fastidiaban los comentarios de la gente, y el que estaba detrás de todo era siempre Filka. Decía: «Tu mujer es como un modelo, sirve para que la gente la mire». Un día nos reunió a un grupo de invitados y se destapa con lo siguiente: «Su mujer es un alma caritativa, noble, atenta, tratable, buena con todo el mundo; ¡así es ahora su mujer! Pero este joven se ha olvidado de que fue él precisamente quien le embadurnó la puerta de alquitrán». Yo estaba borracho, y él me agarró del pelo en ese momento, y me obligó a bajar la cabeza: «Baila —me dijo—, marido de Akulka, yo te voy a tener así sujeto del pelo y tú baila para divertirme». «¡Eres un canalla!», grité. Y él: «Iré acompañado a verte, y a tu mujer Akulka la pienso azotar en tu presencia, todo el tiempo que me apetezca». Así que yo, después de aquello, aunque te parezca mentira, no me atreví a salir de casa en un mes; «Como venga, me cubrirá de infamia», pensaba yo. Y por ese mismo motivo empecé a pegarla…

—A pegarla, ¿para qué? Es más fácil atar las manos que la lengua. Tampoco conviene pegar en exceso. Hay que corregir, enseñar, pero sin olvidar las caricias. Para eso están hechas las mujeres.

Shishkov guardó silencio durante un rato.

—Era humillante —reanudó el relato—, volví a coger esa costumbre, y hubo días en que la estuve pegando de la mañana a la noche: se levantaba mal y seguía peor. Si no la pegaba, me aburría. Ella se sentaba a mirar por la ventana, en silencio, llorando… No paraba de llorar, y la verdad es que a mí me daba pena, pero la pegaba. Por su culpa, la madre me reñía una y otra vez: «¡Miserable, eres carne de presidio!». Yo le gritaba: «La mataré; y que nadie se atreva a decirme nada, porque me casasteis con engaños». Al principio, el viejo Ankudim también intervenía, él mismo venía a mí: «Atiende, Dios sabrá qué artículo habrá que aplicarte, pero ten la seguridad de que encontraré el medio de que la justicia caiga sobre ti». Pero más tarde desistió. En cuanto a María Stepánovna, se sometió por completo. Una vez vino y me rogó entre lágrimas: «Vengo a ti con una petición enojosa, Iván Semiónych; se trata de un asunto pequeño, pero mi ruego es muy grande. Permítenos ver la luz, *bátiushka* —y hacía reverencias—, cálmate, ¡perdónala! Las malas personas calumniaron a nuestra hija:

como tú muy bien sabes, era aún inocente cuando la tomaste…». Se echó a mis pies llorando. Pero yo le respondí envalentonado: «¡No estoy dispuesto a seguir escuchando! Haré con vosotros lo que se me antoje, porque yo ya no respondo de mis actos; y en cuanto a Filka Morózov, es mi compañero y mi mejor amigo…».

—¿Así que otra vez andabais de juerga juntos?

—¡Qué va! No había forma de acercarse a él. Se había dado en cuerpo y alma a la bebida. Había liquidado todos sus bienes y había cerrado un trato con un rico burgués: iría a filas en lugar del hijo mayor de éste. Y es que en nuestra tierra, cuando se hace ese trato, hasta el mismísimo día en que te llaman a filas, todo lo de la casa está a tu disposición, y te conviertes en el amo absoluto. El dinero del contrato lo recibes íntegramente en el momento de la partida, pero hasta entonces vives en la casa del señor, a veces hasta seis meses. ¡Y hay que ver las que arman algunos a costa de los señores! ¡Más vale sacar a los santos de la casa, para que no se avergüencen con lo que allí ocurre! Piensa el que se marcha: «Yo me voy de soldado en lugar de tu hijo, o sea, que soy vuestro benefactor y me tenéis que respetar, y, si no, me echo atrás». De ese modo, Filka lo puso todo patas arriba en casa de aquel burgués: dormía con la hija, le tiraba de las barbas al padre cada día después de comer, hacía todo lo que le venía en gana. Que si su baño diario, que si echaran vodka para producir el vapor, que si las mujeres le tenían que llevar en volandas al baño… Una vez vuelve a casa de correrse una juerga, y se queda parado en mitad de la calle: «¡No quiero entrar por la puerta! ¡Derribad la cerca!», de modo que tienen que derribar una parte de la cerca, en un sitio distinto al de la puerta, para que él entre. Por fin terminó el plazo, lo llamaron a filas y hubo que bajarle la borrachera. Gente y más gente le seguía en tropel, le siguieron por toda la calle: «¡A Filka Morózov se lo llevan a servir!». Él hacía reverencias a diestra y siniestra. Y en ese preciso momento volvía del huerto Akulka; en cuanto la vio, justo delante de nuestra puerta, Filka gritó: «¡Alto!». Saltó de la carreta, e hizo ante ella una profunda reverencia. Le dijo: «Alma mía, florecilla silvestre, te he querido estos dos años, y ahora entre músicas me llevan de soldado. Perdóname, hija honrada de un padre honrado, porque he sido un canalla contigo; toda la culpa ha sido mía». Y repitió la reverencia. Akulka al principio se quedó paralizada, como con miedo, pero

después le hizo una reverencia hasta la cintura, y dijo: «Perdóname también tú a mí, buen mozo, yo a ti no te guardo ningún rencor». Yo entré en la *isba* detrás de ella: «¿Qué le has dicho, perra?». Y ella, aunque no te lo creas, me miró y dijo: «Ahora le quiero a él más que a nada en el mundo».

—¡Hay que ver!

—En todo ese día no volví a dirigirle la palabra… Tan sólo al atardecer le dije: «Akulka, te voy a matar». No pude dormir en toda la noche, salí al zaguán a beber un poco de *kvas*, y ya empezaba a despuntar la aurora. Entré en la *isba*: «Akulka, prepárate que vamos a la alquería». Yo ya tenía pensado ir, y mi madre sabía que iríamos. «Bien pensado —dijo ella—. Es época de faenas, y el bracero que hay allí lleva al parecer casi tres días malo de la tripa». Enganché la carreta en silencio. Según se sale de nuestra ciudad, hay que atravesar unas quince *verstas* de bosque, y allí, detrás del bosque, está nuestra alquería. Nos habíamos adentrado unas tres *verstas* en el bosque, cuando detuve el caballo: «Baja, Akulina, ha llegado tu hora». Ella me miró, muerta de miedo, y se quedó parada delante de mí, sin decir nada. Dije: «Estoy harto de ti. ¡Rézale a Dios!». En ese momento la agarré del pelo; tenía unas trenzas muy gruesas y largas, me las enrollé en una mano, y le sujeté el cuerpo por detrás, apretándola por ambos lados con mis rodillas; saqué el cuchillo, le eché la cabeza hacia atrás y le clavé el cuchillo en el cuello… Ella se puso a chillar, la sangre brotó con fuerza, yo tiré el cuchillo, la rodeé por delante con mis brazos, me tendí, la abracé y me puse a gritar encima de ella, dando alaridos como un loco; ella gritaba, y yo también gritaba; todo su cuerpo temblaba, quería escapar de mis brazos, pero su sangre caía sobre mí, y caía con fuerza azotando mi cara, y caía con fuerza en mis manos, y seguía cayendo con fuerza su sangre. La solté, el miedo se apoderó de mí, dejé allí el caballo, y eché a correr, a correr sin parar, hasta que llegué a casa y entré por la parte de atrás, y me metí en el baño: nuestro baño era ya muy viejo, un lugar inservible. Me metí detrás del banco y allí estuve acurrucado hasta la noche.

—¿Y qué fue de Akulka?

—Pues ella, por lo visto, se levantó después de irme yo y también echó a andar hacia casa. La encontraron más tarde a unos cien pasos de aquel lugar.

—O sea, que no llegaste a degollarla.

—No… —Shishkov se paró unos instantes.

—Hay una vena, por lo visto —comentó Cherevin—, que, si no se corta a la primera, el hombre sigue debatiéndose y, por mucha sangre que derrame, no se muere.

—Pero ella sí que murió. La encontraron muerta al anochecer. Se difundió la noticia, empezaron a buscarme y me encontraron ya de noche, en el baño… Ya va para cuatro años, si echas la cuenta, viviendo aquí —añadió, después de una pausa.

—Ejem… Claro, si no se las pega, no se puede esperar nada bueno —observó Cherevin en un tono desapasionado y metódico, sacando otra vez el rapé. Empezó a aspirarlo largamente, haciendo una pausa de vez en cuando—. Pero entonces, amiguito —continuó —, tú también quedas como un botarate. Una vez yo sorprendí a mi mujer con un amante. Así que la llamé al cobertizo y doblé unas riendas. Le dije: «¿A quién le hiciste tu juramento? ¿A quién?». Y ya estaba dándole con las riendas; estuve sacudiéndola bien sacudida durante hora y media. Y ella entonces gritaba: «Te lavaré los pies y luego me beberé el agua». Avdotia se llamaba.

Capítulo V

La temporada de verano

Pero ya estamos a primeros de abril, ya se acerca la Semana Santa. También van empezando poco a poco los trabajos veraniegos. Cada día el sol es algo más cálido y brillante; el aire huele a primavera y produce en el organismo una reacción estimulante. Los hermosos días que van llegando conmueven también al hombre encadenado, y hacen nacer en él deseos, aspiraciones y pesares. Se diría que se añora con más fuerza la libertad bajo un radiante rayo de sol que en un desapacible día de invierno o de otoño, cosa que puede apreciarse en todos los presos. Es como si estuvieran contentos con los días luminosos, pero al mismo tiempo crece en ellos cierta impaciencia, cierta impetuosidad. De hecho pude observar que en primavera son más frecuentes las disputas en el penal. Se oyen más a menudo los ruidos, los gritos, los alborotos; hay más líos; por otra parte, durante el trabajo se puede sorprender en cualquier sitio una mirada pensativa y tenaz que apunta a la azulada lejanía, hacia algún lugar en la otra orilla del Irtish, donde empieza el mantel inabarcable, con sus mil quinientas *verstas*, de la libre estepa de Kirguizia[76]; o se puede escuchar algún suspiro profundo, a pleno pulmón, como de alguien ávido por respirar aquel aire lejano y libre para aliviar su alma oprimida, encadenada. «¡Ay!», dice por fin el recluso, y de pronto, como si quisiera sacudirse los sueños y las reflexiones, agarra impaciente y sombrío la pala o coge los ladrillos que hay que llevar de un sitio a otro. Al cabo de un minuto ya se ha olvidado de aquella sensación repentina y empieza a reír o a blasfemar, dependiendo de su carácter; o, si no, con un ardor insólito y totalmente desproporcionado, se aplica a su tarea, si es

que le han asignado alguna, y se pone a trabajar… a trabajar con todas sus fuerzas, como queriendo sofocar con la dureza del trabajo algo que en su interior le agobia y le oprime. Toda ésta es gente fuerte, que está en su mayor parte en la flor de su vida y de su vigor… ¡Qué pesados resultan los grilletes en esta época! No estoy poetizando en este momento, estoy convencido de la veracidad de mi observación. Además, con el calor, bajo el sol radiante, cuando escuchas y sientes con toda tu alma, con todo tu ser, la naturaleza que está renaciendo alrededor de ti con su infinita fuerza, se vuelven aún más duros los cerrojos de la prisión, la vigilancia y las imposiciones. Aparte de esto, es en estos días primaverales cuando por Siberia y por toda Rusia, con las primeras alondras, se empiezan a ver vagabundos: gentes de Dios que huyen de los presidios y se refugian en los bosques. Después de la mazmorra sofocante, después de los tribunales, después de los grilletes y los palos, deambulan a sus anchas, allí donde se les antoje, por los lugares más hermosos y más libres; beben y comen cuando se les presenta la ocasión, a la buena de Dios, y por las noches duermen plácidamente en un rincón cualquiera, en los bosques y campos, sin mayores preocupaciones, sin el pesar de la prisión, como los pájaros del bosque, y al dormirse sólo tienen que despedirse de las estrellas del cielo, bajo el ojo de Dios. No puede negarse que es duro en ocasiones, que se pasa hambre, que llega a ser agotador estar «a las órdenes del general Cuco». Pueden pasarse días enteros sin ver el pan; tienen que ocultarse y apartarse de todo el mundo; hace falta robar y saquear, y hasta matar en ocasiones. «El colono es como un niño chico: todo lo que ve se le antoja», dicen en Siberia de los colonos. Este dicho puede aplicarse con todo rigor, si no más, a los vagabundos. Raro es el vagabundo que no es un bandolero, rarísimo el que no es un ladrón, aunque más por necesidad, se entiende, que por vocación. Hay vagabundos contumaces. Algunos huyen incluso tras haber cumplido su condena a trabajos forzados, cuando les han instalado ya como colonos. Se esperaría que estuvieran satisfechos de su situación como colonos, con las necesidades cubiertas, pero no es así. Algo les arrastra, algo les llama lejos de allí. La vida en los bosques, la vida mísera y terrible, pero libre y llena de aventuras, posee un encanto secreto y seductor para quien la ha experimentado alguna vez; por eso se ve cómo se dan a la fuga

incluso personas tímidas y metódicas que ya habían prometido convertirse en unos perfectos sedentarios y en unos labradores eficientes. Los hay incluso que se casan, tienen hijos, viven unos años en un sitio y, de pronto, un buen día, desaparecen dejando boquiabiertos a la mujer, a los hijos y a todo el distrito donde están empadronados. En la prisión me mostraron a uno de estos fugitivos incorregibles. No había cometido ningún delito importante, o al menos no se contaba nada en ese sentido, y, sin embargo, se pasaba la vida huyendo. Había estado en las fronteras rusas del sur, más allá del Danubio, había estado en las estepas de Kirguizia, en el este de Siberia, en el Cáucaso… por todas partes había estado. Tal vez, quién sabe, en otras circunstancias habría llegado a ser un nuevo Robinson Crusoe con su pasión por los viajes. Por cierto, que todo lo que sé sobre él me lo contaron otras personas, porque él apenas hablaba en el penal y se limitaba a decir lo más indispensable. Era un hombrecillo diminuto, ya en la cincuentena, de una mansedumbre fuera de lo común y con una expresión tan imperturbable, por no decir obtusa, que rayaba en la idiotez. En verano le gustaba sentarse al sol y siempre estaba canturreando alguna cancioncilla, aunque tan bajito que no se le oía a cinco pasos. Los rasgos de su cara parecían anquilosados; comía poco, más que nada pan; jamás se compró ni una sola rosquilla, ni un vasito de vodka; es poco probable que alguna vez tuviera dinero, es poco probable incluso que supiera contar siquiera. Todo le dejaba completamente indiferente. A veces daba de comer a los perros del penal en su propia mano, cosa que nosotros nunca hacíamos. En general, a los rusos no les gusta dar de comer a los perros. Decían que se había casado, dos veces incluso, decían que tenía hijos en alguna parte… Ignoro por completo por qué había venido a parar al presidio. En el penal, todos esperaban que también se largara de allí; pero fuera porque no había llegado aún su momento o porque ya se le habían pasado los años, lo cierto es que él vivía tranquilamente su vida, adoptando una especie de actitud contemplativa con el extraño ambiente que le rodeaba. Es cierto que tampoco podía uno fiarse de él, pero, bien mirado, ¿para qué iba a fugarse?, ¿qué iba a ganar con ello? Y, sin embargo, en conjunto, la vida de vagabundo, por los bosques, es un paraíso al lado de la vida en prisión. Eso se da por descontado: no cabe la

menor comparación. Será un destino duro, pero es el que se ha elegido. Precisamente por eso, en Rusia, cualquier recluso, esté donde esté, siente cierta inquietud en primavera, con los primeros rayos amables de sol. Eso no significa que todos tengan la intención de evadirse: puede afirmarse positivamente que sólo uno de cada cien toma esa decisión, tanto por las dificultades como por las responsabilidades que implica; pero los noventa y nueve restantes al menos sueñan en cómo y adónde se podría huir; al menos transportan su alma, aunque no sea más que un deseo, aunque no pase de ser una mera posibilidad. Algunos cuando menos recuerdan cómo en otro tiempo se escaparon… Me he venido refiriendo a los condenados. Pero, como es natural, los que más a menudo, con mucha diferencia sobre los demás, se atreven a emprender la huida son los presos pendientes de juicio. Los condenados a un número de años de hecho sólo se deciden a huir al principio de su reclusión. Cuando ha cumplido ya dos o tres años de trabajos forzados, el recluso empieza a valorar ese tiempo transcurrido y poco a poco se va haciendo a la idea de que es mejor concluir de forma legal el período de trabajos y convertirse después en un colono, antes que afrontar semejante riesgo y el previsible desastre en caso de fracaso. ¡Y el fracaso es muy probable! Acaso tan sólo una décima parte consigue cambiar su suerte. Entre los condenados, los más propensos a intentar la huida son los que han sido sentenciados a muchos años. Quince o veinte años parecen una eternidad, y los condenados a tales períodos están siempre dispuestos a soñar con un cambio de suerte, aunque hayan cumplido ya diez años de trabajos. Por último, las marcas personales son en parte un obstáculo para la huida. Cambiar la suerte, ésa es la expresión técnica. Así, en los interrogatorios, si le acusan de intento de fuga, el recluso responde que pretendía cambiar su suerte. Esta expresión un tanto libresca se puede aplicar literalmente al caso que nos ocupa. Los fugitivos no tienen exactamente el proyecto de alcanzar la completa libertad, cosa que saben que es casi imposible, sino el de ir a parar a otro establecimiento penitenciario, o el de ser instalados como colonos, o bien el de ser juzgados nuevamente, por un nuevo delito cometido en el curso de su vagabundeo; en resumen: acabar donde sea, siempre que no sea en la antigua prisión, lugar del que ya están completamente hartos. Todos estos

fugitivos, si a lo largo del verano no son capaces de encontrar un lugar fortuito, no frecuentado, donde pasar el invierno; si, por ejemplo, no dan con algún encubridor de presos fugados, que se lucra de esa manera; si, en fin, no se hacen, a veces mediante el asesinato, con un documento de identidad que les permita vivir en todas partes, entonces, al llegar el otoño, si no les han atrapado antes, se presentan en su mayor parte, formando grupos compactos, en las ciudades y en los presidios, en calidad de vagabundos, y entran en las cárceles para pasar el invierno, no sin esperanzas, desde luego, de volver a fugarse en verano.

También sobre mí ejercía su influjo la primavera. Recuerdo con qué avidez miraba a veces a través de las rendijas de la empalizada, quedándome así largo rato, con la cabeza apoyada en ella, fijándome de forma obstinada e insaciable en la hierba que verdeaba sobre el terraplén de la fortaleza o en el azul cada vez más intenso del cielo lejano. Mi inquietud y mi añoranza aumentaban día a día, y cada vez me resultaba más aborrecible el presidio. El odio que yo, como noble, despertaba constantemente, durante los primeros años, en los reclusos, se había convertido para mí en algo insoportable, que me envenenaba la vida. En el curso de esos primeros años ingresé con frecuencia en el hospital, sin ninguna dolencia, con el único fin de alejarme de ese odio general, encarnizado, que nada podía aplacar. «Vosotros, picos de hierro, ¡nos habéis masacrado!», nos decían los reclusos, ¡y cómo envidiaba yo a la gente del pueblo que ingresaba en prisión! A ellos enseguida les acogían todos como camaradas. Y por todo ello, la primavera, fantasma de la libertad, contento general de la naturaleza, se manifestaba en mí de un modo triste e irritante. A finales de la Cuaresma, creo que en la sexta semana, me tocó ayunar. Todo el penal, a partir de la primera semana, había sido dividido por el suboficial jefe en siete tandas, una por cada semana de Cuaresma, para el ayuno. De ese modo, en cada tanda había unos treinta hombres. La semana de ayuno me gustó mucho. Los ayunadores eran eximidos de los trabajos. Íbamos a la iglesia, situada a poca distancia del presidio, dos o tres veces al día. Hacía mucho tiempo que yo no iba a la iglesia. El servicio de Cuaresma, que tan bien conocía desde la remota infancia, en casa de mis padres, las solemnes oraciones, las profundas reverencias: todo eso reavivó en

mi alma un pasado muy, muy lejano, y evocaba en mí las impresiones de los años infantiles; y recuerdo que me resultaba muy agradable cuando, por la mañana, pisando el suelo que se había helado levemente durante la noche, nos llevaban bajo escolta, con los fusiles cargados, a la casa de Dios. Por cierto que la escolta no entraba en la iglesia. Dentro de la iglesia formábamos un grupo compacto, al lado mismo de la puerta, en el lugar más apartado, de modo que apenas si podíamos oír el vozarrón del diácono y muy de vez en cuando adivinábamos entre la multitud la casulla negra y la calva del sacerdote. Yo recordaba cómo, siendo aún niño, en la iglesia, echaba algunas miradas a la gente humilde apiñada junto a la puerta, que se retiraba servilmente ante unas tupidas charreteras, ante un grueso *barin* o ante una dama emperifollada pero extraordinariamente devota, los cuales tenían siempre que pasar hasta los primeros sitios y estaban dispuestos a reñir a cada instante por ocupar el mejor. Me parecía entonces que allí, junto a la entrada, se rezaba de una forma diferente a la nuestra, se rezaba con mansedumbre, con fervor, postrados en el suelo con plena conciencia de la propia humildad.

Y ahora era yo el que estaba en esos mismos sitios, y ni siquiera en ésos; nosotros íbamos encadenados y cubiertos de infamia; todo el mundo se apartaba de nosotros, como si nos tuviera miedo; nos daban limosna cada vez y recuerdo que eso me parecía en cierto modo agradable, y que una sensación particular, exquisita, contribuía a ese extraño agrado. «Si ha de ser así, que sea», pensaba. Los reclusos rezaban con mucho fervor, y todos llevaban a la iglesia en cada ocasión su humilde kopek para la vela o para contribuir a la colecta. «Yo también soy un hombre —pensaba tal vez, o lo sentía, cuando hacía su ofrenda—, y ante Dios todos somos iguales…» Comulgábamos en la primera misa. Cuando el sacerdote, sosteniendo el cáliz, pronunciaba las palabras «… pero, como al ladrón, a mí recíbeme», casi todos se postraban en el suelo, con gran ruido de cadenas, tomando aquellas palabras al pie de la letra, como si se refirieran a ellos.

Pero por fin llegó la Santa Pascua. De parte de las autoridades, cada uno de nosotros recibió un huevo y una porción de bizcocho de harina. Llovieron otra vez sobre el presidio las limosnas de la ciudad. Volvió a visitarnos el sacerdote con la cruz, volvieron las

visitas de las autoridades, volvió la sopa sustanciosa, volvieron las borracheras y los desórdenes: todo idéntico, punto por punto, a la Navidad, con la diferencia de que ahora podíamos pasear por el patio de la prisión y calentarnos al sol. Había ahora más luz y más espacio que en invierno, pero también más tristeza. Las largas e interminables jornadas de verano resultaban especialmente insoportables durante las fiestas. Entre semana, por lo menos, el día se hacía más corto con el trabajo.

Los trabajos veraniegos fueron verdaderamente mucho más duros que los del invierno. La mayor parte de los trabajos estaban asociados a las obras de ingeniería. Los reclusos tenían que edificar, cavar la tierra y poner ladrillos. Otros se ocupaban de tareas de cerrajería, carpintería y pintura en la restauración de los edificios públicos. Un tercer grupo iba a una fábrica a hacer ladrillos. Este último trabajo era considerado el más pesado entre nosotros. La fábrica se hallaba a tres o cuatro *verstas* de la fortaleza. Cada día, durante todo el verano, a eso de las seis de la mañana, un grupo de unos cincuenta hombres marchaba a fabricar ladrillos. Para este trabajo escogían a peones, es decir, a reclusos que no eran artesanos ni estaban asignados a un taller concreto. Llevaban consigo el pan, porque debido a la distancia no parecía conveniente regresar a la prisión para el almuerzo, lo cual habría supuesto ocho *verstas* de más, y comían ya por la tarde, al volver al penal. Se fijaba la tarea para todo el día, y era de tal magnitud que un recluso apenas podía cumplirla en una jornada completa de trabajo. En primer lugar, era preciso cavar y retirar la arcilla, traerse cada uno el agua que necesitaba, pisotear la arcilla en una fosa especial y, finalmente, hacer con ella una gran cantidad de ladrillos, me parece que unos doscientos, si es que no llegaban a los doscientos cincuenta. Yo sólo tuve que ir dos veces a la fábrica. Los que iban regresaban al atardecer, muy cansados, agotados, y durante todo el verano les echaban en cara a los demás que a ellos les tocaba el trabajo más duro. Eso, al parecer, les servía de consuelo. Pese a todo, no faltaban algunos que iban de buena gana: en primer lugar, porque el trabajo se hacía fuera de la ciudad; era un sitio al aire libre, donde uno podía estar a sus anchas, a orillas del Irtish. Cuando menos, mirar alrededor era un placer: ¡no se veía la rutina de la fortaleza! Además se podía fumar libremente, y hasta podía uno

tumbarse media horita con gran placer. En cuanto a mí, seguía yendo como antes al taller, o al alabastro, o bien era empleado en el acarreo de ladrillos en las obras. En relación con esto último, en una ocasión me tocó acarrear ladrillos desde la orilla del Irtish hasta un barracón en construcción, a unos setenta *sazhen* de distancia, atravesando el terraplén de la fortaleza, y este trabajo duró unos dos meses seguidos. Me llegó a gustar, a pesar de que la cuerda con la que llevaba la carga me hacía una rozadura continua en los hombros. Pero lo que me gustaba era que gracias al trabajo mis fuerzas aumentaban de forma visible. Al principio sólo podía llevar de una vez hasta ocho ladrillos, cada uno de ellos de unas doce libras. Pero después llegué hasta los doce y aun hasta los quince ladrillos, lo cual me alegraba mucho. En el presidio, la fuerza física es tan necesaria como la moral para soportar todas las incomodidades materiales de esa vida maldita.

Y yo quería seguir viviendo después del presidio…

Por otra parte, si me gustaba llevar ladrillos no era sólo porque con este trabajo fortalecía mi cuerpo, sino también porque el trabajo tenía lugar en la orilla del Irtish. La razón de que mencione tan a menudo esta orilla es porque era el único lugar desde donde se podía ver el mundo creado por Dios, los horizontes puros y despejados, las estepas libres, despobladas, que me producían una extraña impresión por su absoluta soledad. Sólo en la orilla se podía uno colocar de espaldas a la fortaleza y no tenerla a la vista. Los demás lugares de trabajo se hallaban todos dentro de la fortaleza o muy cerca de ella. Desde los primeros días odié esa fortaleza, especialmente ciertos edificios. La residencia de nuestro mayor me parecía un sitio maldito y repulsivo, y siempre que pasaba junto a ella la miraba con aversión. En cambio, en la orilla era posible olvidarse de todo: contemplabas aquella extensión desierta, inacabable, como el prisionero contempla la libertad desde la ventana de su celda. Allí todo me era querido y grato: el sol cálido y brillante en el azul insondable del cielo y la remota canción del kirguiz que me llegaba desde la orilla opuesta. Si pasabas un buen rato mirando, acababas por distinguir alguna humilde *yurta*[77], ennegrecida por el humo, perteneciente a algún *baigush*[78]; distinguías la pequeña columna de humo de la *yurta*, y a la kirguiz atareada con su pareja de carneros. Todo aquello era pobre y

salvaje, pero libre. Distinguías un pájaro en el aire azul y transparente, seguías su vuelo durante un largo rato, con insistencia: tan pronto rozaba la superficie del agua como desaparecía en el azul o volvía a mostrarse como un punto fugaz… Hasta una triste florecilla mustia que hallé a comienzos de la primavera en una grieta de la orilla rocosa atrajo dolorosamente mi atención. Durante todo aquel primer año de presidio la tristeza era insoportable y me producía irritación y amargura. Por culpa de esa tristeza, aquel año no me di cuenta de muchas de las cosas que pasaron a mi alrededor. Cerraba los ojos y no quería fijarme en nada. Entre mis compañeros de presidio malvados y odiosos, yo no reparé en las buenas personas, en quienes eran capaces de pensar y de sentir a pesar de la corteza repulsiva que les recubría. Entre las palabras hirientes, no supe apreciar en ningún momento la palabra amigable y cordial, tanto más valiosa puesto que no la dictaba interés alguno, sino que a menudo procedía directamente de un alma que acaso había sufrido y soportado más que la mía. Pero para qué extenderse sobre esta cuestión… Yo me alegraba sobremanera cuando me sentía tremendamente cansado al regresar al penal: ¡tal vez así podría dormir! Porque en verano dormir allí era un suplicio, casi peor aún que en invierno. Es cierto que los atardeceres eran a veces deliciosos. El sol, que no había dejado de dar en todo el día en el patio de la prisión, por fin se iba poniendo. Empezaba a hacer fresco, y caía después la noche de la estepa, casi fría en comparación. Los reclusos, mientras esperaban a que cerraran las puertas, solían pasear en grupos por el patio. Aunque la mayoría se agolpaba en la cocina. Allí siempre se suscitaba algún debate esencial para la vida en el penal: se discutía sobre esto y aquello, se analizaban a veces ciertos rumores, frecuentemente absurdos, pero que despertaban un interés especial en estas personas separadas del mundo. Así surgió, por ejemplo, la noticia de que a nuestro mayor le iban a destituir. Los reclusos eran ingenuos como niños, ellos mismos sabían que la noticia era absurda, que la había difundido un charlatán famoso por sus despropósitos, el preso Kvásov, al que habían decidido hacía ya tiempo no dar crédito, pues cada palabra suya era una mentira; y, sin embargo, todos se aferraban a la noticia, hacían juicios y comentarios, se recreaban, para acabar finalmente por enfadarse consigo mismos y por avergonzarse de

haber creído a Kvásov.

—¿Y quién iba a echarle? —grita uno—. No temas: tiene buenas agarraderas, ya sabrá aguantar.

—¡Siempre habrá otros que estén por encima de él, digo yo! —replica otro, un tipo vehemente y nada tonto, con mucha experiencia, aunque aficionado a discutir como el que más.

—¡Un cuervo no le saca los ojos a otro! —observa un tercero en tono sombrío, como hablando para sus adentros; es un individuo ya canoso, que está dando cuenta de su *schi*, retirado en un rincón.

—¿Y te crees que los que están por encima de él van a venir a preguntarte si tienen que quitarle? —añade indiferente un cuarto, rasgueando ligeramente la balalaika.

—¿Y por qué no? —replica enfurecido el segundo—. La gente humilde no pide otra cosa, así que, si empiezan a hacer preguntas, ya podéis declarar todos. Porque aquí me parece que se grita mucho, pero, a la hora de la verdad, todo el mundo se echa atrás.

—Pero ¿qué te creías? —dice el de la balalaika—. Así son los presidios.

—Pero el otro día —continúa el discutidor, sin escuchar en su acaloramiento—, sobró algo de harina. Recogimos los restos, una cantidad insignificante, y los mandamos a vender. Pues no pudo ser, porque se enteró; uno le fue con la noticia; nos lo confiscaron: por economía, según decían. ¿Creéis que hay derecho?

—Pero ¿tú a quién quieres quejarte?

—¿A quién? Al mismísimo *levisor*[79] que va a venir.

—¿A qué *levisor*?

—Pues es verdad, compañeros, que va a venir un *levisor* –dice un muchacho espabilado, que sabe leer y escribir, escribiente de oficio, y que ha leído *La duquesa de La Vallière* o algo por el estilo. Es un bromista que siempre está animado, pero le respetan por sus conocimientos y su experiencia. Sin hacer caso a la curiosidad general suscitada por el futuro inspector, se va directamente a la cocinera, o sea, al de cocina, y le pregunta si hay hígado. Nuestras *cocineras* traficaban a menudo con esta clase de cosas. Compraban, por ejemplo, un gran trozo de hígado con su propio dinero, lo preparaban y lo vendían en porciones a los reclusos.

—¿De un *grosh* o de dos? —pregunta *la cocinera*.

—Que sea de dos, ¡así me tendrán envidia! —responde el preso

—. Un general, compañeros, todo un general viene desde Petersburgo; va a inspeccionar toda Siberia. Es seguro. Lo dijeron en casa del comandante.

La noticia desató una agitación extraordinaria. Durante un cuarto de hora se suceden las preguntas: pero ¿qué general es ése?, ¿general de qué?, ¿de qué grado?, ¿superior a los generales de aquí? Los grados, los jefes, quién es superior a quién, quién puede destituir a quién y quién de ellos tiene que someterse: sobre todos estos temas les encanta charlar a los reclusos; incluso discuten y se insultan por los generales, llegando casi a las manos. A primera vista, no se entiende ese interés. Pero resulta que a través del conocimiento minucioso de los generales y de los oficiales de todo tipo se puede medir el grado de sabiduría, de inteligencia y de importancia de cada cual en la sociedad, antes de su ingreso en prisión. Normalmente, las conversaciones sobre autoridades superiores se consideran las más distinguidas y trascendentales en el penal.

—Parece que la cosa va en serio, compañeros, van a cambiar al mayor —observa Kvásov, un hombrecillo colorado, fogoso y absolutamente incoherente. Él había sido el primero en dar la noticia sobre el mayor.

—¡Seguro que soborna a alguien! —replica con una voz entrecortada el recluso canoso, que ya había acabado con su plato de *schi*.

—Y vaya si puede sobornar —dice otro—. ¡Con todo lo que ha pillado! Antes de venir aquí, mandaba un batallón. Hace bien poco quería casarse con la hija de un *protopope*[80].

—Pero no se ha casado: le mostraron el camino de la calle; demasiado pobre, por lo visto. ¡Bonito novio! No tiene más que lo puesto. En Pascua le desplumaron jugando a las cartas. Fedka lo ha contado.

—Sí, es de esos que, sin gastar, lo pierden todo.

—Ay, amigo, yo también estuve casado. ¡Mal asunto es casarse para un pobre! Te casas, y hasta la noche se te hace corta —señala Skurátov, que se acaba de sumar a la conversación.

—¡Claro, hombre! De ti estábamos hablando —comenta el joven descarado, antiguo escribiente—. Y tú, Kvásov, escucha bien lo que te digo, eres un auténtico majadero. Pero ¿tú te crees que el mayor

puede untar a un general como ése, y que un general así va a venir de Petersburgo expresamente para inspeccionar al mayor? Mira que eres tonto, chico, ya te digo.

—Pero, bueno, ¿es que, por ser general, ya no va a aceptar regalos, o qué? —replica con escepticismo alguno del grupo.

—Seguro que no los acepta, pero, si los acepta, serán de los gordos.

—Claro, como corresponde a su grado.

—Un general siempre pilla algo —afirma Kvásov categóricamente.

—¿Qué pasa, que tú has untado a alguno? —dice despectivamente Baklushin, que acaba de entrar—. ¿Has visto siquiera un general alguna vez?

—Pues claro que he visto.

—Mientes.

—Tú sí que mientes.

—Muchachos, si de verdad ha visto a alguno, que nos diga ahora mismo a qué general conoce. Venga, dilo, porque yo me conozco a todos los generales.

—He visto al general Siebert —responde Kvásov, vacilante.

—¿A Siebert? Ese general no existe. Será que algún Siebert te miró un momento por la espalda; a lo mejor era un teniente coronel, y tú, del miedo, creíste que era un general.

—Que no; vosotros escuchadme —grita Skurátov—, que soy un hombre casado. Claro que había un general así en Moscú: Siebert, alemán de origen, pero ruso. Todos los años se confesaba con un pope ruso, para la fiesta de la Asunción, y no bebía más que agua, como si fuera un pato. Se bebía cada día cuarenta vasos de agua del Moscova. Según decían, el agua le servía para tratarse de no sé qué enfermedad; me lo dijo su propio ayuda de cámara.

—Con tanta agua, seguro que criaba ranas en la tripa —comentó el recluso de la balalaika.

—¡Bueno, ya está bien! Se habla de cosas serias, y ellos… ¿Qué inspector será ése, amigos? —pregunta con preocupación un preso muy inquieto, Martynov, un militar ya mayor, antiguo húsar.

—¡Hay que ver las mentiras que corren por ahí! —advierte uno de los escépticos—. ¿De dónde las sacará la gente y qué hará luego con ellas? Todo esto no es más que una bobada.

—Nada de eso, ¡no es ninguna bobada! —replica dogmático Kulikov, que hasta este momento había guardado un silencio majestuoso. Es un individuo influyente, rayando en la cincuentena, con unos rasgos sumamente agradables, y unos modales altivos y desdeñosos. Es consciente de todo ello y le sirve de orgullo. Es medio gitano, ejerce de veterinario y gana un buen dinero en la ciudad curando caballos, mientras que en el penal se dedica al tráfico de vodka. Es un hombre inteligente y con mucho mundo. Muy parco en palabras, se diría que regalaba un rublo cada vez que abría la boca—. Es la pura verdad, amigos —continúa tranquilamente—, yo lo oí ya la semana pasada; va a venir un general, de los más importantes, para inspeccionar toda Siberia. Ni que decir tiene que intentarán untarle, pero no será nuestro Ocho-ojos el que lo haga; éste no se atreverá ni a presentarse ante él. Hay generales y generales, amigos. Los hay de todas clases. Lo que sí os digo es que nuestro mayor, pase lo que pase, seguirá en su puesto. Seguro. Nosotros no tenemos ni voz ni voto, y, en cuanto a los jefes, no van ellos a denunciar a uno de los suyos. El inspector echará un vistazo al presidio y luego se marchará, e informará de que lo ha encontrado todo en orden…

—Esa es la verdad, amigos, pero el mayor está muerto de miedo: lleva borracho desde por la mañana.

—Pues por la noche le toca otra ronda, según Fedka.

—Por mucho que frotes, un caballo negro no se vuelve blanco. Ni que fuera su primera borrachera.

—No, y sería una desgracia si tampoco el general hiciera nada. ¡Ya está bien de reírles las gracias! —decían preocupados los reclusos, hablando entre ellos.

Las noticias sobre el inspector se extienden por todo el penal en un santiamén. Los que deambulan por el patio se van pasando con impaciencia la información. Otros mantienen la boca cerrada a propósito, conservando su sangre fría, para darse de ese modo mayor importancia. Un tercer grupo se muestra indiferente. En los porches de los barracones se arrellanan algunos presos con sus balalaikas. Otros siguen con su cháchara. También los hay que se ponen a entonar canciones, pero en general esta tarde hay mucha excitación en el ambiente.

Pasadas las nueve, hacían el recuento, nos conducían a las

barracas y nos dejaban encerrados para la noche. Las noches eran cortas: nos despertaban antes de las cinco de la mañana, pero nadie era capaz de dormirse antes de las once. Hasta esa hora siempre había movimiento, charlas y a veces, al igual que ocurría en invierno, *maidán*. Las noches eran sofocantes, con un calor insoportable. Aunque el frescor nocturno entrara por las ventanas entornadas, los reclusos se pasaban las noches enteras revolviéndose en sus camastros, como si delirasen. Las pulgas pululaban por millares. También se criaban en invierno, y en cantidad más que suficiente, pero a partir de la primavera se multiplicaban en tal medida que no pude creerlo hasta que no lo sufrí en mis propias carnes, pese a que antes ya lo había oído comentar. Y según iba avanzando el verano, se volvían cada vez más feroces. Es cierto que uno puede acostumbrarse a las pulgas, y yo mismo lo he experimentado, pero sólo a base de sufrimientos. Hasta tal punto nos martirizaban que al final nos asaltaba una especie de fiebre, que te hace sentir que no estás durmiendo, sino delirando. Finalmente, cuando cerca ya del amanecer hasta las pulgas acababan por apaciguarse y parecían totalmente quietas, cuando con el frescor del alba ya estábamos a punto de conciliar un sueño placentero, de pronto resonaba el redoble implacable del tambor junto a la entrada del presidio, tocando diana. Mientras te ponías la pelliza, maldecías los sonidos estridentes y precisos que escuchabas, y que podrías ir contando uno por uno, y, entretanto, a través del sueño se te metía en la cabeza la idea insoportable de que al día siguiente pasaría lo mismo, y al otro, y así durante varios años seguidos, hasta el momento mismo de la libertad. Pero ¿cuándo llegará esta libertad —pensabas—, y dónde estará ahora? Sin embargo, había que despertarse; empezaban las idas y venidas usuales, las apreturas… Los hombres se vestían, se preparaban para el trabajo a toda prisa. Menos mal que también a medio día se podía dormir como una hora.

Lo que habían dicho del inspector era cierto. Los rumores se iban confirmando cada día con más fuerza, y al final todos sabían con seguridad que venía de Petersburgo un importante general para inspeccionar toda Siberia, que ya había llegado y estaba en Tobolsk. Cada día llegaban nuevos rumores al presidio. Llegaban también de la ciudad: según decían, todo el mundo temblaba de miedo e

intentaba hacer todo lo posible para ofrecer su mejor cara. Se comentaba que las autoridades preparaban recepciones, bailes, fiestas. Enviaban partidas enteras de reclusos a arreglar las calles de la fortaleza, a allanar terrenos, a repintar las vallas y los postes, a revocar fachadas, a engrasar…, en una palabra, querían arreglar en un instante todo lo que tendrían que enseñar. Los reclusos se daban perfecta cuenta de lo que pasaba, y sus comentarios eran cada vez más acalorados, más vivos. Su fantasía no conocía límites. Estaban dispuestos incluso a presentar una reclamación, en el momento en que el general les preguntara si estaban satisfechos. Y, mientras tanto, pasaban el tiempo discutiendo e insultándose. El mayor estaba muy agitado. Visitaba el penal más a menudo, gritaba más a menudo, arremetía contra la gente más a menudo, mandaba más a menudo a la gente al cuerpo de guardia y vigilaba con más empeño que nunca la limpieza y el orden. Por aquel entonces, como hecho a propósito, se produjo en la prisión un pequeño incidente que, por otra parte, lejos de inquietar al mayor, como cabría esperar, le produjo cierta satisfacción. En el curso de una riña, un recluso hirió a otro con una lezna en el pecho, justo debajo del corazón.

El autor del delito se llamaba Lómov; el que recibió la herida era conocido en el penal como Gavrilka; era un vagabundo contumaz. No recuerdo si tenía otro sobrenombre; allí siempre le llamaban Gavrilka.

Lómov procedía de una familia de campesinos acomodados de la aldea de T… del distrito de K… Todos los Lómov vivían formando una gran familia: el anciano padre, los tres hijos varones y un tío. Eran labradores ricos. Por toda la provincia se comentaba que su capital llegaba a los trescientos mil rublos en papel moneda. Trabajaban la tierra, curtían pieles y comerciaban, pero sus principales ocupaciones eran la usura, el encubrimiento de vagabundos y de objetos robados, y demás habilidades. Los campesinos de medio distrito les debían dinero y estaban a su merced. Los Lómov pasaban por ser inteligentes y astutos, pero acabaron por envanecerse, sobre todo cuando un personaje muy importante de aquella región empezó a alojarse en su casa en sus desplazamientos, trabó conocimiento con el padre y le tomó afecto por su sagacidad y destreza. Ellos se imaginaron de pronto que estaban por encima de las leyes, y empezaron a embarcarse en toda

clase de empresas ilegales, cada vez más y más arriesgadas. Todo el mundo murmuraba, todos deseaban que se los tragara la tierra; pero ellos llevaban la cabeza cada vez más alta. Jefes de policía, asesores letrados, no eran ya nada para ellos. Al final perdieron el tino y se hundieron, pero no por nada malo ni por sus delitos ocultos, sino por una falsa acusación. Tenían, a unas diez *verstas* de su aldea, un gran caserío, una *zaímka*, como las llaman en Siberia. En una ocasión, a comienzos del otoño, había allí alojados seis braceros kirguises, sometidos a la familia desde hacía tiempo. Una noche los seis fueron degollados. Se puso en marcha la investigación, que duró mucho tiempo. Con ese motivo, salieron a la luz muchos otros asuntos sucios. Los Lómov fueron acusados del asesinato de sus braceros. Ellos mismos lo contaban así, y todo el presidio lo sabía: había habido sospechas de que debían mucho dinero por su trabajo a los braceros, y como, a pesar de su fortuna, eran avaros y codiciosos, habían degollado a los kirguises para no pagarles la deuda. En el curso de las investigaciones y del juicio toda su fortuna se hizo humo. Murió el viejo. Los hijos fueron deportados a distintos lugares. Uno de los hijos, junto con el tío, vino a parar a nuestro penal, sentenciado a doce años. ¿Y qué ocurrió? Resulta que eran totalmente inocentes de la muerte de los kirguises. Más adelante apareció en nuestro mismo penal Gavrilka, pícaro y vagabundo bien conocido, de carácter jovial y despierto, que cargó con todas las culpas. No llegué a saber, por cierto, si él mismo había decidido confesar, pero todo el presidio estaba absolutamente convencido de que los kirguises habían muerto a manos de Gavrilka. Éste había tenido tratos con los Lómov cuando era vagabundo. Había ingresado en el penal con una condena breve, como soldado prófugo y vagabundo. Había degollado a los kirguises con ayuda de otros tres vagabundos; pensaban pasárselo en grande y desvalijar la *zaímka*.

No conozco la razón, pero los Lómov no despertaban simpatías en la prisión. Uno de ellos, el sobrino, era un joven inteligente, muy tratable; pero su tío, el que había herido con la lezna a Gavrilka, era un *mujik* estúpido y pendenciero. Antes de este incidente, ya se había peleado con muchos presos, y se había llevado lo suyo. Todos apreciaban a Gavrilka por su carácter alegre y su buen conformar. Aunque los Lómov sabían que era un criminal y que ellos estaban

en prisión por su culpa, nunca se habían peleado con él; la verdad es que nunca coincidían, y Gavrilka tampoco les prestaba la menor atención. Y de improviso se produjo su discusión con Lómov tío por culpa de una moza totalmente repulsiva. Gavrilka empezó a presumir de que gozaba de sus favores; el *mujik* se puso celoso y un buen día le hirió con la lezna.

A pesar de haberse arruinado durante el proceso, los Lómov vivían en el penal como ricachones. Estaba claro que tenían dinero. Tenían su propio samovar y tomaban té. Nuestro mayor estaba enterado y odiaba a ambos Lómov con toda su alma. A nadie se le escapaba que intentaba crearles dificultades y que en general la tenía tomada con ellos. Los Lómov achacaban la actitud del mayor a su deseo de sacarles el dinero. Pero ellos no estaban dispuestos a contribuir.

Desde luego, si Lómov hubiera clavado un poco más a fondo la lezna, habría matado a Gavrilka. Pero de hecho la cosa no pasó de un rasguño. Dieron parte al mayor. Recuerdo que llegó a la carrera, jadeante y visiblemente satisfecho. En un tono sorprendentemente afable, como si se tratara de su propio hijo, se dirigió a Gavrilka.

—¿Qué, amigo, podrás llegar así al hospital por tu propio pie? No, la verdad es que será mejor preparar un carro. ¡Enganchad el caballo! —gritó precipitadamente al suboficial.

—Pero yo, Excelencia, yo no siento nada. Sólo ha sido un ligero pinchazo, Excelencia.

—Tú no lo sabes, tú no lo sabes, hijo mío; ya verás… Es un sitio peligroso; todo depende del sitio; te ha acertado justo debajo del corazón, ¡el muy bandido! Y en cuanto a ti, en cuanto a ti —rugió, dirigiéndose a Lómov—, ¡esta vez sí que te vas a enterar de quién soy yo! ¡Al cuerpo de guardia!

Y efectivamente consiguió que se enterase. Juzgaron a Lómov y, aunque la herida no fuera más que un leve pinchazo, la intención era evidente. Al criminal le prolongaron la condena a trabajos forzados y le dieron mil palos. El mayor estaba más que satisfecho…

Por fin llegó el inspector.

Al día siguiente de su llegada a la ciudad, vino a nuestro penal. Era un día de fiesta. Desde hacía ya varios días, todo estaba limpio, pulido y aseado. Los reclusos, recién rapados, llevaban uniformes

blancos, limpios. Durante el verano, según el reglamento, había que ponerse chaquetas y pantalones de tela blanca. Cada uno llevaba cosido a la espalda un círculo negro, de unos dos *vershok* de diámetro. Toda una hora estuvieron enseñando a los reclusos lo que tenían que contestar en el caso de que aquella destacada personalidad los saludara. Se hicieron ensayos. El mayor se agitaba como un poseso. Una hora antes de la aparición del general todos estaban en sus puestos, firmes como estatuas, con las manos en las costuras del pantalón. Por fin, a la una de la tarde llegó el general. Era un general importante, tan importante que, al parecer, los corazones de todos los jefes de Siberia Occidental debían temblar con su llegada. Hizo una entrada solemne y majestuosa; tras él se precipitó el nutrido séquito de autoridades locales que le acompañaban; había varios generales, coroneles. También un civil, un caballero alto y atractivo con frac y botines, igualmente llegado de Petersburgo y que se comportaba con extraordinaria desenvoltura e independencia. El general a menudo se dirigía a él, y con mucha consideración. Esto intrigó notablemente a los reclusos: ¡un civil, tratado con tanto respeto, y encima por un general así! Después se supo su apellido y quién era, pero los comentarios fueron innumerables. Nuestro mayor, que iba ceñido y llevaba un cuello naranja, con los ojos inyectados en sangre y la cara enrojecida y granujienta, no pareció causar al general una impresión especialmente agradable. Como muestra de su absoluto respeto al distinguido visitante, no llevaba gafas. Se mantenía a cierta distancia, tieso como un palo, esperando febrilmente, con todo su ser, el momento en que le necesitaran para cualquiera cosa, con el fin de acudir volando a satisfacer los deseos de Su Excelencia. Pero no le necesitaron para nada. El general recorrió los barracones en silencio, echó un vistazo en la cocina y, por lo visto, probó el *schi*. Alguien le hizo fijarse en mí: le dijeron quién era, y que provenía de la nobleza.

—¡Ah! —respondió el general—. ¿Y qué tal se porta ahora?

—Hasta el momento, de forma satisfactoria, Excelencia —le contestaron.

El general hizo una señal con la cabeza y a los dos minutos salió del presidio. Los reclusos, evidentemente, estaban ofuscados y aturdidos, y en todo caso un tanto perplejos. Naturalmente, de

presentar alguna clase de reclamación contra el mayor, ni hablar. La verdad es que el mayor ya se había asegurado completamente de eso, por anticipado.

Capítulo VI

Los animales del presidio

La compra de Gnedkó[81], que se produjo poco tiempo después en el penal, constituyó para los reclusos una ocupación y una distracción mucho más agradables que la visita de aquella destacada personalidad. Estaba estipulado que en el penal se dispusiera de un caballo para traer el agua, llevarse las basuras y demás. Su cuidado corría a cargo de un preso. Éste iba a todas partes con él, naturalmente con escolta. Nuestro caballo tenía trabajo en abundancia de la mañana a la noche. Gnedkó llevaba mucho tiempo a nuestro servicio. Era un caballo manso, pero bastante consumido ya. Una hermosa mañana, la víspera de San Pedro, Gnedkó, trayendo la barrica para la tarde, se cayó y murió a los pocos minutos. Los reclusos lo sintieron mucho; todos se congregaron, hicieron comentarios, discutieron. Los reclusos que eran soldados de caballería retirados, gitanos o veterinarios, entre otros, exhibieron en esta ocasión numerosos conocimientos específicos en materia caballar, e incluso debatieron entre ellos, pero a Gnedkó no lo resucitaron. Yacía muerto, con el vientre hinchado, que todos se sentían obligados a tocar con el dedo; dieron cuenta al mayor de lo que había sucedido por voluntad divina, y éste decidió que había que comprar cuanto antes un nuevo caballo. El mismo día de San Pedro, por la mañana, cuando estábamos todos reunidos tras la misa, empezaron a traer caballos en venta. Ni que decir tiene que la decisión sobre la adquisición debía ser cosa de los propios presos. Entre nosotros había verdaderos entendidos, y engañar a cerca de doscientos cincuenta individuos que antes se habían dedicado sólo a eso no era cosa fácil. Acudieron kirguises, tratantes, gitanos,

comerciantes. Los reclusos esperaban impacientes la aparición de cada nuevo caballo. Estaban contentos como niños. Lo que más les halagaba era que ellos, como si fueran hombres libres, como si de verdad saliera el dinero de *su propio* bolsillo, se iban a comprar un caballo y tenían todo el derecho a hacerlo. Tres caballos trajeron para llevárselos después, hasta que el trato se cerró con el cuarto. Los tratantes que entraban en el penal miraban cuanto les rodeaba con cierta extrañeza y una especie de timidez, e incluso de vez en cuando dirigían la mirada a los centinelas que les habían acompañado. Una tropa semejante de doscientos individuos rapados, marcados, encadenados, y además en su terreno, en su madriguera de presidiarios, cuyo umbral nadie traspasa, inspiraba algo parecido al respeto. Los nuestros recurrieron a todo tipo de argucias cuando probaban cada caballo que les traían. No hubo parte del cuerpo que no miraran, no dejaron nada sin palpar, y por añadidura lo hicieron con un aire tan diligente, tan serio y preocupado que de aquello parecía depender el bienestar fundamental de la prisión. Los cherqueses incluso montaban de un salto en el caballo; se les encendían los ojos y parloteaban rápidamente en su dialecto incomprensible, mostrando los blancos dientes y haciendo gestos con sus rostros morenos de narices aguileñas. Algún ruso fijaba toda su atención en aquella discusión, como si quisiera penetrar en ella con la mirada. No entendía ni una sola palabra, pero intentaba adivinar, aunque fuera por la expresión de los ojos, qué es lo que habían decidido: ¿valía o no valía el caballo? Aquella atención tan intensa posiblemente le habría parecido extraña a un observador ajeno al asunto. ¿Por qué se preocupaba de tal manera un preso, y además un preso cualquiera, sumiso, oprimido, que delante de sus propios compañeros no se atrevía a decir ni pío? Era como si él personalmente se estuviera comprando ese caballo, como si de verdad no le diera lo mismo que se comprara uno u otro. Aparte de los cherqueses, los que más sobresalían eran los gitanos y los antiguos tratantes: a ellos se cedía el primer puesto y la primera palabra. En aquella ocasión se produjo incluso una especie de noble desafío, especialmente entre dos individuos: el recluso Kulikov, gitano, cuatrero y tratante, y un astuto *mujik* siberiano, veterinario autodidacta, que no llevaba mucho tiempo en el penal, pero ya había conseguido quitarle a

Kulikov toda su clientela de la ciudad. Resulta que nuestros veterinarios autodidactas eran muy apreciados en toda la ciudad, y no sólo los artesanos o los comerciantes, sino incluso las personas de más alto rango acudían al penal cuando tenían algún caballo enfermo, y eso a pesar de que en la ciudad había algunos verdaderos veterinarios titulados. Hasta la llegada de Yolkin, el *mujik* siberiano, Kulikov no conocía rival, tenía una gran clientela y, por consiguiente, obtenía una abundante retribución. Como buen gitano, era un consumado charlatán y sabía bastante menos de lo que aparentaba. Gracias a sus ingresos, era un aristócrata entre los reclusos. Por su experiencia, su talento, su audacia y decisión, hacía tiempo que se había ganado el respeto involuntario de todos los reclusos del penal. Éstos le escuchaban y le obedecían. Pero hablaba poco: se diría que cada palabra le costaba un rublo, y sólo las pronunciaba en las ocasiones más trascendentales. Era decididamente fatuo, pero había en él mucha energía auténtica, genuina. Aunque entrado en años, era muy guapo e inteligente. A quienes éramos de origen noble nos trataba con una especie de delicadeza, con cortesía, y al mismo tiempo con una dignidad extraordinaria. Creo que, si le hubieran vestido con elegancia y le hubieran presentado como un conde en un club cualquiera de la capital, se habría encontrado allí a sus anchas, jugando al *whist* y conversando divinamente, poco pero con aplomo, y en toda la velada es posible que nadie descubriera que no era un conde, sino un desharrapado. Lo digo con toda seriedad: hasta tal punto era listo, perspicaz y ágil de entendimiento. Además, sus modales eran exquisitos, era un auténtico dandi. Seguramente, había visto de todo en su vida. Lo cierto es que su pasado era un enigma, oculto entre nieblas. En el penal estaba en la sección especial. Pero con la llegada de Yolkin, un cismático de unos cincuenta años que sería un simple *mujik*, pero el más astuto de los *mujiks*, la fama de Kulikov como veterinario se eclipsó. En cosa de dos meses le arrebató casi toda su clientela de la ciudad. Fue capaz de curar, sin mayores dificultades, caballos que Kulikov había desahuciado hacía tiempo. Incluso curaba caballos de los que se desentendían los veterinarios titulados de la ciudad. Este *mujik* había ingresado en prisión en compañía de otros por un asunto de falsificación de moneda. ¡Quién le mandaría, a sus años, tomar parte en semejante negocio! Él

mismo nos contaba, burlándose de sus propias hazañas, que con tres monedas de oro auténticas sólo les había salido una falsa. Kulikov se sentía un tanto afrentado por los éxitos como veterinario de su rival, pues hasta su propia fama entre los reclusos había empezado a declinar. Mantenía a una querida en el arrabal, usaba una casaca de terciopelo, llevaba una sortija de plata y un pendiente, gastaba sus propias botas ribeteadas, y de pronto, por culpa de la falta de ingresos, se había visto obligado a hacerse tabernero. Por eso todos esperaban que ahora, con ocasión de la compra del nuevo Gnedkó, los enemigos llegaran a las manos. Los reclusos aguardaban con curiosidad. Cada uno de ellos tenía sus propios partidarios. Los más lanzados de cada partido empezaban ya a agitarse, y poco a poco se iban intercambiando insultos. El propio Yolkin ya había contraído su rostro malicioso, componiendo la más sarcástica de las sonrisas. Sin embargo, todo ocurrió de otra manera: Kulikov no tenía la menor intención de recurrir a los insultos, pero incluso sin insultos tuvo una actuación magistral. Empezó por ceder, escuchando con respeto las observaciones críticas de su rival, pero, cogiéndole en un desliz, le hizo ver, con tanta modestia como firmeza, que se estaba equivocando y, sin dar tiempo a Yolkin a reaccionar y replicarle, demostró que se equivocaba precisamente en esto y en esto otro. En definitiva, Yolkin fue atacado de forma imprevista y muy habilidosa, y aunque de todos modos acabó en lo más alto, los partidarios de Kulikov también se quedaron satisfechos.

—No, muchachos, éste no va a dejar que le apeen tan rápido, sabe defenderse muy bien. ¡Y de qué modo! —decían unos.

—¡Yolkin sabe más! —decían otros, aunque su comentario resultaba un tanto conciliador. Ambas partes habían adoptado de pronto un tono marcadamente conciliador en sus comentarios.

—No es que sepa más, es que tiene muy buena mano. Pero en cuestión de ganado, Kulikov tampoco se queda atrás.

—¡No, no se queda atrás el amigo!

—No, no se queda atrás…

Por fin eligieron y compraron un nuevo Gnedkó. Era un magnífico ejemplar, joven, precioso, fuerte y con una pinta muy cariñosa y alegre. Ni que decir tiene que en todos los demás aspectos también era intachable. Empezó el regateo: pedían treinta rublos, los nuestros daban veinticinco. Regatearon con calor;

durante un buen rato, subían y bajaban las ofertas. Al final, incluso ellos lo encontraron ridículo.

—Pero ¿es que vas a sacar el dinero de tu propio bolsillo, o qué? —decían unos—. ¿A qué viene tanto regateo?

—¿Qué pasa, que os da pena el fisco? —gritaban otros.

—Lo cierto, compañeros, es que, con eso y con todo, son fondos… de la comunidad…

—¡De la comunidad! Está visto que a los tontos como nosotros no hace falta sembrarlos: crecemos solos…

Finalmente, por veintiocho rublos, se cerró el trato. Informaron al mayor, y se decidió hacer la compra. Naturalmente, enseguida sacaron el pan con la sal e introdujeron al nuevo Gnedkó en el penal con todos los honores. No debió de haber ni un solo recluso que se quedara en esta ocasión sin darle unas palmadas en el cuello o sin acariciarle el hocico. Ese mismo día engancharon a Gnedkó para traer agua, y todos fueron con curiosidad a ver qué tal acarreaba el nuevo su barrica. Nuestro aguador, Román, miraba al nuevo caballo con especial satisfacción. Era un *mujik* de unos cincuenta años, taciturno y serio. La verdad es que de ordinario los cocheros rusos son sumamente serios y taciturnos, como si efectivamente el trato constante con los caballos comunicara al hombre una seriedad, una circunspección incluso, muy peculiares. Román era tranquilo, afable con todo el mundo, poco locuaz, tomaba rapé, que llevaba en un cuernecillo, y desde tiempo inmemorial había tenido permanentemente a su cargo los caballos del penal. El recién comprado era ya el tercero. Allí todos estaban convencidos de que el pelaje bayo era el que le iba bien al penal, *el de la casa*, por así decir. También Román lo sostenía. Por nada del mundo habrían comprado un caballo pío, por ejemplo. El puesto de aguador había sido asignado a Román de forma permanente, en virtud de no se sabe qué derecho, y a nadie se le habría ocurrido nunca disputárselo. Cuando murió el anterior Gnedkó, a nadie, ni siquiera al mayor, se le pasó por la cabeza acusar de nada a Román: Dios lo había querido, eso era todo, y Román era un buen cochero. Muy pronto Gnedkó se convirtió en el favorito del penal. Por mucho que los reclusos fueran gente dura, no por eso dejaban de acercarse a menudo a acariciarlo. A veces, al regresar del río, Román cerraba la puerta que le había abierto el suboficial, y mientras tanto

Gnedkó, tras entrar en el recinto del presidio, se paraba a esperarle con la barrica, mirándole de reojo. «¡Sigue tú solo!», le gritaba Román, y Gnedkó entonces reemprendía la marcha solo y llevaba la carga a la cocina, y allí se quedaba quieto hasta que llegaban *las cocineras* y los encargados de los cubos para coger el agua. «¡Qué listo eres, Gnedkó! —le gritaban—. ¡Ha venido solo! ¡Qué obediente!»

—Hay que ver, no es más que un animal, ¡y cómo entiende!

—¡Bravo, Gnedkó!

Gnedkó meneaba la cabeza y resoplaba, como si efectivamente entendiera y lo contentaran los elogios. Y nunca faltaba alguien que le trajera enseguida pan y sal. Gnedkó se lo tomaba y volvía a hacer una señal con la cabeza, como diciendo: «¡Ya sé, ya sé quién eres! Yo soy un caballo muy gracioso, y tú eres un buen hombre».

A mí también me gustaba ofrecerle pan a Gnedkó. Resultaba agradable mirar su hermoso hocico y sentir en las palmas sus labios suaves y tibios que aceptaban mi ofrecimiento con presteza.

En general, los reclusos habrían podido disfrutar con los animales y, si se lo hubieran permitido, habrían estado encantados de criar en el penal un montón de animales domésticos y aves. Seguramente, pocas cosas habrían podido contribuir mejor que una ocupación de ese tipo a ablandar y ennoblecer el carácter endurecido y brutal de los presos. Pero no se lo permitían. Ni el reglamento ni las autoridades lo consentían.

No obstante, a lo largo de mi estancia en el penal, hubo unos cuantos animales, por motivos diversos. Aparte de Gnedkó, tuvimos algunos perros, unos gansos, el macho cabrío Vaska, así como un águila que estuvo con nosotros una temporada.

Tal y como ya he contado anteriormente, como perro fijo del penal tuvimos a Shárik[82], un perro listo y bueno con el que yo siempre me llevé muy bien. Pero como en general el perro es considerado por el pueblo llano un animal impuro al que no hay que hacer ni caso, allí casi nadie prestaba atención a Shárik. Siempre a lo suyo, dormía en el patio, comía de las sobras de la cocina y no despertaba un interés especial en ningún sentido, aunque conocía a todo el mundo, y a todos en el penal nos consideraba sus amos. Cuando los presidiarios volvían del trabajo, al grito de «¡Cabo!», lanzado junto al cuerpo de guardia, salía

corriendo al portalón, recibía amigablemente a cada cuadrilla, movía la cola y miraba a los ojos, de forma cariñosa, esperando al menos alguna caricia. Pero a lo largo de muchos años no obtuvo ni una sola caricia de nadie, excepto las mías. Por este motivo, a mí me quería más que a nadie. No recuerdo de qué modo apareció más tarde un segundo perro, Belka[83]. En cuanto al tercero, Kultiapka[84], yo mismo lo introduje en el penal: lo traje un día del trabajo, siendo todavía un cachorro. Belka era una criatura rara. Lo había atropellado una carreta, y tenía la espalda hundida, de modo que, cuando corría, desde lejos daba la impresión de que lo que corría era una pareja de animales blancos pegados el uno al otro. Además, era un perro con pinta de tiñoso, con ojos legañosos; el rabo lo tenía raído, sin un solo pelo casi, y siempre lo llevaba entre las piernas. Maltratado por el destino, parecía haberse resignado a su suerte. Nunca ladraba ni gruñía a nadie, como si no se atreviera a hacerlo. Pasaba casi todo el tiempo detrás de los barracones, por el pan; si veía a algún recluso, inmediatamente, desde cierta distancia, se tendía sobre la espalda, en señal de sumisión: «Haz conmigo lo que te apetezca, porque yo, ya ves, no pienso resistirme». Y cada vez que adoptaba esa postura, el recluso en cuestión le daba una patada o algo por el estilo, considerándolo un deber ineludible. «¡Toma, asqueroso!», le decían los reclusos. Pero Belka no se atrevía ni a quejarse, y, cuando no podía aguantar el dolor, emitía unos aullidos ahogados y lastimeros. Del mismo modo, también se tendía ante Shárik o ante cualquier otro perro, cuando tenía que salir por su cuenta fuera de la prisión. Una vez ocurrió que se había tendido, como siempre, en actitud sumisa, cuando un mastín orejudo se lanzó contra él gruñendo y ladrando. Pero a los perros les gusta la sumisión y la humildad en sus congéneres. El feroz perro se calmó de inmediato, se paró pensativo al lado del perro obediente que estaba tumbado ante él, patas arriba, y poco a poco, con gran curiosidad, empezó a olfatearlo por todo el cuerpo. ¿Y qué podría estar pensando en aquel instante Belka, todo tembloroso? «¿Se me echará encima este bandido?», se le debió pasar por la cabeza. Pero, después de olfatearlo detenidamente, el mastín decidió dejarlo, al no encontrar nada de particular interés en él. Belka se levantó de un salto y nuevamente se incorporó, renqueante, a la hilera de perros que acompañaba a un tal

Zhuchka[85]. Y, aunque seguramente sabía que nunca tendría una relación estrecha con Zhuchka, el mero hecho de seguirlo cojeando a distancia constituía ya un consuelo para sus desgracias. Por lo que se ve, ya había dejado de preocuparse por su honor. Habiendo renunciado a cualquier posible carrera en el futuro, vivía pendiente únicamente de procurarse su pan, y era plenamente consciente de ello. Yo intenté acariciarlo una vez; fue para él algo completamente nuevo e inesperado, hasta el punto que de pronto se echó, se tendió con las cuatro patas contra el suelo, se puso a temblar con todo el cuerpo y empezó a gruñir ruidosamente de la emoción. Me daba pena, y muchas veces lo acariciaba. Pero él, cuando me veía, gruñía sin falta. Era verme desde lejos y empezar a gruñir sin descanso, de un modo excesivo y lastimero. La historia terminó cuando otros perros lo destrozaron en el terraplén del exterior del penal.

Totalmente distinto era el carácter de Kultiapka. No sabría decir por qué me lo traje al penal desde el taller cuando no era más que un cachorrillo aún ciego. Me agradaba darle de comer y criarlo. Shárik desde el primer momento tomó a Kultiapka bajo su protección y dormía con él. Cuando Kultiapka creció un poco, le permitía que le mordisqueara las orejas, que le tirara de los pelos y que jugara con él como suelen jugar los cachorros con los perros adultos. Lo raro de Kultiapka fue que apenas creció en altura, solamente lo hizo en longitud y anchura. Tenía un pelo lanudo, de color gris claro, algo ratonil; una oreja le caía hacia abajo, la otra apuntaba hacia arriba. Era de carácter impetuoso y entusiasta, como cualquier cachorro que, alegre porque ha visto a su amo, se pone a gruñir, a chillar, se le sube encima para lamerle la cara y se muestra dispuesto a dar rienda suelta a toda clase de sentimientos: «¡Con tal de que se note el entusiasmo, poco importa el decoro!». Daba igual dónde estuviera yo: al grito de «¡Kultiapka!» él aparecía de improviso desde cualquier rincón, como si saliera de debajo de la tierra, y con entusiasmo desbordante volaba a mi encuentro, rodando como una pelota y haciendo cabriolas de camino. Yo estaba como loco por ese pequeño monstruo. Se diría que el destino había dispuesto para su vida únicamente satisfacción y alegrías. Pero un buen día el preso Neustróyev, que se dedicaba a coser zapatos de mujer y a curtir pieles, se fijó especialmente en él. Algo despertó de pronto su interés. Llamó a Kultiapka, le pasó

repetidamente la mano por el pelo, lo colocó boca arriba y lo estuvo sacudiendo cariñosamente. Kultiapka, sin desconfiar de nada, gruñía complacido. Pero a la mañana siguiente desapareció. Lo busqué mucho tiempo: se había esfumado sin dejar ni rastro; y sólo al cabo de dos semanas se aclaró todo: la piel de Kultiapka le había encantado a Neustróyev. Había desollado al perro, había preparado la piel y había forrado con ella unos botines de terciopelo, de invierno, que le había encargado la mujer del auditor. Hasta me enseñó los botines cuando estuvieron terminados. El pelo había quedado espléndido. ¡Pobre Kultiapka!

En nuestro penal muchos se dedicaban al curtido de pieles y con frecuencia llevaban consigo perros de hermosos pelajes que desaparecían en cuestión de segundos. Algunos perros eran robados, a otros incluso los compraban. Recuerdo que una vez vi a dos reclusos por detrás de la cocina. Estaban muy atareados deliberando. Uno de ellos sujetaba con una cuerda un perro grande, magnífico, que tenía toda la pinta de ser de una raza valiosa. Algún lacayo canalla se lo había hurtado a su señor y se lo había vendido a nuestros zapateros por treinta kopeks de plata. Los reclusos se disponían a colgarlo. Era algo muy sencillo: le quitaban la piel y arrojaban el cuerpo a un vertedero grande y profundo, situado en un extremo del penal, y que en verano, en los días más calurosos, apestaba de un modo espantoso. Sólo lo limpiaban muy de cuando en cuando. El pobre animal parecía comprender qué clase de destino le aguardaba. Nos iba dirigiendo miradas inquisitivas e inquietas a los tres que allí estábamos, por turno, y sólo de vez en cuando se decidía a menear su rabo caído, de pelo lanudo, como intentando ablandarnos con esa señal de confianza. Yo me marché en cuanto pude, y ellos, claro, culminaron su tarea con éxito.

También las ocas aparecieron en el penal un poco por casualidad. Quién las había criado y a quién pertenecían realmente son cosas que desconozco, pero lo cierto es que durante un tiempo sirvieron de distracción a los presos e incluso llegaron a ser conocidas en la ciudad. Habían nacido en el penal y habitaban en la cocina. Cuando los polluelos crecieron un poco, tomaron la costumbre de ir todos juntos, en grupo, acompañando a los reclusos al trabajo. En cuanto redoblaba el tambor y todo el presidio se encaminaba a la salida, nuestras ocas, dando un chillido, echaban a

correr detrás de nosotros; desplegando sus alas, salvaban de un salto, una tras otra, el elevado umbral del portillo y rápidamente se dirigían al flanco derecho, donde quedaban alineadas, esperando que acabara la repartición de los distintos grupos. Siempre se sumaban a la cuadrilla más numerosa, y durante el trabajo se quedaban picoteando por los alrededores. Nada más ponerse en marcha el grupo, de vuelta a la prisión, también ellas empezaban a andar. En la fortaleza se corrió la voz de que acompañaban a los reclusos al trabajo. «¡Mira, allí van los presos con sus ocas! —decían cuando se cruzaban con ellos—. ¡Qué bien enseñadas las tenéis!» «¡Tomad, por las ocas!», añadía alguno, y les daba limosna. Pero, a pesar de todo ese apego, una vez, con ocasión del término de un ayuno, fueron sacrificadas.

En cambio, por nada del mundo habrían sacrificado a nuestro macho cabrío Vaska, de no haberse dado circunstancias muy especiales. Tampoco en este caso sabría decir de dónde había salido y quién lo había traído; el caso es que de pronto apareció en el penal un pequeño cabrito, todo blanco: una verdadera preciosidad. A los pocos días, todos estábamos prendados de él, que se había convertido en la distracción general y hasta en la alegría de todos. Encontramos incluso un motivo para conservarlo: hacía falta un macho cabrío en el penal, para tenerlo en las cuadras[86]. Sin embargo, no vivía en las cuadras, sino en la cocina, primero, y más tarde por todo el presidio. Era la criatura más graciosa y más revoltosa que se pueda imaginar. Cuando lo llamaban, acudía corriendo, saltaba sobre los bancos y las mesas, se daba topetazos con los reclusos, siempre alegre y divertido. Una tarde, cuando ya le apuntaban unos cuernecillos respetables, al lesguino Babái, que estaba sentado en la escalinata de un barracón en compañía de otros presos, se le ocurrió jugar con él a darse cabezazos. Llevaban ya un buen rato dándose golpes con la frente —diversión favorita de los presos con el animal—, cuando de improviso Vaska subió de un salto al escalón más alto, justo cuando Babái se daba la vuelta, se puso de pie un instante sobre sus patas traseras, recogió las pezuñas delanteras y con todas sus fuerzas le dio un golpe al recluso en el cogote, con lo que éste cayó dando tumbos de la escalinata, para delirio de todos los presentes, empezando por el propio Babái. En resumen, todos querían a Vaska con locura. Cuando empezó a

crecer, como resultado de una deliberación general muy concienzuda, fue sometido a cierta operación que nuestros veterinarios dominaban a la perfección. «Si no, olerá a macho cabrío», decían los presidiarios. Después de la operación, Vaska empezó a engordar terriblemente. Además, lo cebaban como si lo fueran a sacrificar. Finalmente, creció hasta convertirse en un magnífico macho cabrío, con larguísimos cuernos, de una corpulencia fuera de lo común. Al andar, iba bamboleándose. También él tomó el hábito de venir con nosotros al trabajo, para regocijo de los reclusos y del público que lo veía pasar. Todos conocían a Vaska, el macho cabrío del penal. Si en alguna ocasión, por ejemplo, los reclusos iban a trabajar a la orilla del río, donde tenían que arrancar ramas flexibles de sauce, cogían de paso algunas hojas y flores en el borde del río y adornaban con todo esto a Vaska: le recubrían los cuernos con ramas y hojas y le colocaban guirnaldas por todo el dorso. Al regresar al penal, Vaska iba siempre delante de los presidiarios, engalanado y embellecido, y éstos iban detrás, orgullosos ante los paseantes. La admiración por el macho cabrío llegó hasta tal punto que algunos concibieron un proyecto infantil: «¿Y si le dorásemos los cuernos a Vaska?». No se limitaron a decirlo, sino que quisieron llevarlo a cabo. Recuerdo, sin embargo, que le pregunté a Akim Akímich, nuestro mejor dorador después de Isái Fómich, si en verdad sería posible dorarle los cuernos al macho cabrío. Primero miró atentamente al animal, reflexionó profundamente y respondió que tal vez sería posible, «pero será poco duradero y, además, completamente inútil». Así quedó la cosa. Vaska podría haber vivido mucho tiempo en el penal, y haber muerto probablemente de una crisis respiratoria, pero una vez, volviendo del trabajo a la cabeza de un grupo de reclusos, engalanado y embellecido, se cruzó en su camino el mayor, que iba en carruaje. «¡Alto! —gritó—. ¿De quién es este macho cabrío?» Se lo explicaron. «¿Cómo? ¡Un macho cabrío en el penal, y sin mi permiso! ¡Suboficial!» Acudió el suboficial, y en ese mismo instante se ordenó el sacrificio inmediato del animal. Había que desollarlo y vender la piel en el mercado: lo que se obtuviera por ella iría a engrosar el presupuesto para los presidiarios; en cuanto a la carne, serviría para acompañar el *schi*. Se habló de ello en el penal, y a todos les dio mucha pena, pero en cualquier caso nadie se atrevió a

desobedecer. Vaska fue degollado al borde del vertedero. La carne la compró, en su totalidad, uno de los reclusos, lo cual reportó a la prisión un rublo y medio. Con ese dinero se compró pan blanco, y el comprador de Vaska lo vendió, a su vez, por partes a sus camaradas para asarlo. La carne resultó excepcionalmente sabrosa.

Durante un tiempo también vivió en la prisión un águila *(karagush)*[87], un ejemplar de águila de la estepa, una especie de pequeño tamaño. Alguien la había traído herida y extenuada al penal. Todo el presidio la rodeó; no podía volar: arrastraba por tierra el ala derecha y tenía una pata dislocada. Recuerdo qué miradas tan feroces lanzaba a su alrededor, examinando a la curiosa multitud, abriendo el pico curvo, dispuesta a vender cara su vida. Cuando, hartos ya de mirarla, los presos empezaron a dispersarse, el águila se apartó cojeando, dando saltitos sobre una pata y agitando el ala sana, hasta el extremo más distante del penal, donde se agazapó en un rincón, apretada con fuerza contra la empalizada. Allí pasó unos tres meses, sin salir en todo ese tiempo ni una vez de su rincón. Al principio iban a menudo a verla, y azuzaban a los perros contra ella. Shárik se lanzaba con fiereza contra ella, pero luego se veía que le daba miedo acercarse del todo, cosa que divertía mucho a los reclusos. «¡Menuda fiera! —decían—. No se rinde». Más adelante, el propio Shárik empezó a maltratarla cruelmente; ya no sentía temor y, cuando lo azuzaban, se las apañaba para agarrarla por su ala dañada. El águila se defendía encarnizadamente, con las garras y con el pico; orgullosa y salvaje, como un monarca herido, agazapada en su rincón, examinaba con la mirada a los curiosos que se acercaban a verla. Finalmente, todos se cansaron de ella; la dejaron en paz y la olvidaron, si bien cada día podían verse al lado de ella pedazos de carne fresca y un recipiente con agua. De modo que alguien se ocupaba del águila. Al principio no quiso comer, y así estuvo unos cuantos días; finalmente empezó a aceptar el alimento, aunque nunca lo tomaba de la mano, ni en presencia de la gente. Varias veces tuve ocasión de observarla desde lejos. Como no veía a nadie y creía que estaba sola, a veces se decidía a apartarse un poco de su rincón: avanzaba cojeando a lo largo de la empalizada hasta alejarse diez o doce pasos de su sitio, después regresaba, y otra vez volvía a salir, como si estuviera haciendo ejercicio. En cuanto me veía, volvía de inmediato a su

rincón, cojeando y dando saltitos, pero a toda prisa, y una vez allí echaba la cabeza hacia atrás, abría el pico y erizaba el plumaje, aprestándose para la lucha. Nunca fui capaz de aplacarla con caricias: intentaba darme picotazos y peleaba, no aceptaba la carne de vaca que le ofrecía y, todo el tiempo que estaba al lado de ella, me miraba fijamente a los ojos de un modo feroz y penetrante. Apartada, rencorosa, esperaba la muerte, sin fiarse de nadie, sin someterse a nadie. Al final pareció que los reclusos volvieron a acordarse del águila, y aunque nadie se había preocupado ni había pensado siquiera en ella durante unos dos meses, de pronto se despertó una especie de compasión generalizada por el ave. Se apuntó la idea de sacarla del penal. «Si tiene que morir, que no sea en prisión», decían algunos.

—Ya se sabe, es un ave libre, tenaz, no hay forma de acostumbrarla a la prisión —asentían otros.

—Desde luego, no es como nosotros —aportó alguien.

—¡Mira éste!, te has quedado calvo: es un pájaro, y nosotros somos personas.

—El águila, amigos, es el zar de los bosques… —había empezado Skurátov, pero esta vez no le prestaron atención.

Un día, después de la comida, cuando el tambor anunció la salida para el trabajo, cogieron el águila, le cerraron el pico con la mano porque intentaba combatir ferozmente, y se la llevaron fuera del penal. Llegaron hasta el terraplén. Los reclusos, unos doce, que integraban esta cuadrilla estaban intrigados por ver adónde iría. Curiosamente, todos parecían satisfechos, como si fueran ellos mismos quienes, en alguna medida, recobraban la libertad.

—¡Bestia inmunda! Le haces un favor, y todavía intenta darte picotazos —decía el que la estaba sosteniendo, mirando casi con cariño al ave furiosa.

—¡Suéltala, Mikitka!

—A este diablo, desde luego, no lo metes en una maleta. Lo que necesita es la libertad, la auténtica libertad, la buena, la de verdad.

Desde el terraplén, soltaron el águila hacia la estepa. Era un día frío y gris de pleno otoño. El viento silbaba en la extensión desnuda y resonaba en la hierba de la estepa: amarillenta, reseca, hecha jirones. El águila se lanzó en línea recta, agitando el ala lastimada, como si se apresurara a escapar de nosotros, partiendo a la ventura.

Los reclusos seguían con curiosidad las apariciones intermitentes de su cabeza en la hierba.

—¿Os habéis fijado? —dijo uno, pensativo.

—¡Y nunca mira para atrás! —añadió otro—. Ni una sola vez, compañeros, ha mirado para atrás, ¡sólo piensa en escapar!

—¿Qué te creías, que iba a girarse para darte las gracias? —observó un tercero.

—La libertad, ya se sabe. Y ella ya presiente la libertad.

—Sí, la libertad…

—Y ya no se la puede ver, compañeros…

—¿Qué hacéis ahí parados? ¡En marcha! —gritaron los soldados de la escolta, y todos, en silencio, se dirigieron despacio al trabajo.

CAPÍTULO VII

LA RECLAMACIÓN

Como comienzo de este capítulo, el editor de las memorias del difunto Alexánder Petróvich Goriánchikov considera su deber transmitir al lector la siguiente información.

En el primer capítulo de las *Memorias de la casa muerta* se dijeron algunas palabras sobre un parricida, de origen noble. Entre otras cosas, se le citó como ejemplo de la insensibilidad con la que a veces los reclusos se refieren a los crímenes que han cometido. También se dijo que el asesino no había confesado su crimen ante el tribunal, pero que, a juzgar por los relatos de las personas que conocían todos los detalles del asunto, los hechos resultaban hasta tal punto claros que era imposible no creer en su culpabilidad. Estas mismas personas le contaron al autor de las *Memorias* que la conducta del criminal era totalmente disoluta, que había contraído deudas y había matado a su padre por el afán de hacerse con la herencia. Además, toda la ciudad donde había servido anteriormente el parricida contaba la historia de idéntica forma. Sobre este último hecho, el editor de las *Memorias* cuenta con testimonios bastante fiables. Por último, en las *Memorias* se dice que en el penal el asesino mostraba siempre un estado de ánimo excelente, de lo más alegre; que era un individuo extravagante, superficial, irreflexivo en grado sumo, aunque de ningún modo estúpido, y que el autor nunca había apreciado en él ninguna clase de crueldad particular. Y allí mismo se añadían las siguientes palabras: «Como es natural, yo no creía en ese crimen».

Hace unos días, el editor de las *Memorias de la casa muerta* recibió una notificación procedente de Siberia, donde se informaba

de que el criminal estaba realmente en lo cierto, y se había visto sometido injustamente a trabajos forzados durante diez años; su inocencia ha sido reconocida por la justicia, de forma oficial. Que los verdaderos criminales han sido encontrados y han confesado, y que el desdichado ya ha sido puesto en libertad. El editor no tiene ni la más pequeña duda sobre la veracidad de esta información…

No hay nada más que añadir. Es inútil hablar y extenderse sobre la carga profundamente trágica de este hecho, sobre una vida arruinada en plena juventud por el peso de una acusación tan espantosa. Los hechos se comentan y se bastan solos para causar estupor.

Pensamos asimismo que, si un hecho semejante ha sido posible, esa sola posibilidad añade un nuevo rasgo, y de una extraordinaria intensidad, a la singularidad y plenitud del cuadro de la *Casa muerta*.

Ahora, podemos continuar.

Ya he contado antes cómo pude finalmente aceptar mi situación en el presidio. Pero éste «finalmente» llegó de un modo muy difícil y doloroso, demasiado lentamente. En realidad, necesité casi un año para lograrlo, y ese año fue el más duro de toda mi vida. Por eso, se ha grabado por entero en mi memoria. Creo que puedo recordar cada hora de ese año, y emplazarla con toda exactitud. También he dicho que otros reclusos tampoco podían *habituarse* a esta vida. Recuerdo que en ese primer año a menudo hacía las siguientes reflexiones: «¿Y ellos? ¿Acaso ellos han podido habituarse? ¿Habrán conseguido serenarse?». Estas cuestiones me preocupaban enormemente. Ya he mencionado que los reclusos no vivían allí como instalados en su casa, sino como si estuvieran en una posada, de viaje, en una etapa cualquiera del camino. Incluso las personas deportadas de por vida se mostraban inquietas o sentían nostalgia, y todos ellos, inevitablemente, soñaban con algo prácticamente imposible. Aquella incesante inquietud, expresada sin palabras, pero que resultaba evidente; aquel ardor y aquella impaciencia singulares nacidos de esperanzas que a veces se manifestaban involuntariamente, que en ocasiones eran tan infundadas que parecían puro delirio y que a menudo permanecían vivas —y esto era lo más asombroso— en las mentes aparentemente más prácticas; todo esto daba un aspecto y una personalidad nada comunes a este

lugar, y casi se podría decir que eran precisamente tales rasgos los que constituían su propiedad más característica. Se tenía la impresión, casi desde el primer vistazo, de que fuera del presidio no había nada semejante. Allí no había más que soñadores, cosa que saltaba a la vista. Eso producía una sensación dolorosa, justamente porque aquel espíritu soñador comunicaba a la mayor parte del presidio un aire taciturno y sombrío, un aire malsano, en cierto modo. La inmensa mayoría era callada y rencorosa hasta el odio, y evitaba delatar sus esperanzas. La ingenuidad, la franqueza, eran tratadas con desprecio. Cuanto más quiméricas fueran las esperanzas, cuanto más sintiera el propio soñador que lo eran, con más tenacidad y más pudor las ocultaba en su interior, pero no era capaz de renunciar a ellas. Tal vez, quién sabe, algunos se avergonzaban de ellas en su fuero interno. En el carácter ruso hay tanto sentido de la realidad y rigor en las opiniones, como espíritu de burla interior de uno mismo… Es posible que esta permanente y oculta insatisfacción estuviera en el fondo de toda la impaciencia que aquellas personas exhibían en sus relaciones cotidianas, de tanta intolerancia y de tanta ironía recíproca. Y si, por ejemplo, uno de ellos, algo más ingenuo y más ansioso, se adelantaba de improviso y expresaba en voz alta aquello que todos tenían en la cabeza, y se lanzaba abiertamente a manifestar sus sueños y esperanzas, a ése, de inmediato, de un modo grosero, le arrinconaban, le interrumpían y se burlaban de él; pero tengo la impresión de que los perseguidores más celosos eran precisamente quienes tal vez habían ido más lejos que él en sus sueños y esperanzas. Como ya he dicho, a las personas ingenuas, sin malicia, en general se las tenía sencillamente por unos imbéciles que no merecían más que el desprecio. Allí todos eran tan sumamente distantes, estaban tan llenos de amor propio, que llegaban a despreciar al individuo bondadoso, carente de ese amor propio. Aparte de esos parlanchines ingenuos y más bien simples, para todos los demás, es decir, para los poco habladores, se podría establecer una división tajante entre buenos y malos, entre sombríos y luminosos. Los sombríos, los malvados, eran los más numerosos, sin comparación; si entre ellos se encontraba alguno que por su naturaleza era más dado a conversar, seguro que se trataba de un chismoso infatigable y de un envidioso inquietante. Se entrometían

en todo lo ajeno, y, sin embargo, ellos nunca ponían al descubierto su alma, sus secretos. Eso no estaba de moda, no era lo adecuado. Los buenos eran un grupo muy pequeño; eran tranquilos, callados, guardaban para sí sus esperanzas más firmes, y tendían más que los sombríos, desde luego, a tener fe y a confiar en esas esperanzas. Además, creo que había en el penal otra categoría: la de los totalmente desesperados. Era el caso, por ejemplo, del viejo de Starodub; de todos modos, su número era muy reducido. El viejo tenía un aspecto tranquilo (ya he hablado de él), pero, a juzgar por ciertos indicios, es de suponer que su estado espiritual sería espantoso. Por otra parte, tenía una tabla de salvación, una salida: la oración y la idea del martirio. Seguramente, también formaba parte del grupo de los desesperados, de quienes habían abandonado la última esperanza, aquel recluso enloquecido, lector empedernido de la Biblia, al que también me he referido en otro lugar, y que se lanzó contra el mayor con un ladrillo; sin embargo, como no es posible vivir sin alguna clase de esperanza, concibió su propia salida, que era la del martirio voluntario, casi artificial. Declaró que se había arrojado sobre el mayor sin rencor alguno, movido tan sólo por el deseo de recibir el suplicio. ¡Quién sabe qué proceso psicológico se habría verificado entonces en su alma! Sin una meta, sin la ambición de alcanzarla, no puede vivir ningún hombre vivo. Al quedarse sin meta y sin esperanzas, el ser humano, presa de la tristeza, se convierte muchas veces en un monstruo… La meta de todos los reclusos era la libertad y la salida del presidio.

Por otra parte, me estoy esforzando por dividir todo el presidio en categorías; pero ¿es esto posible? Comparada con todas las conclusiones del pensamiento abstracto, incluidas las más sutiles, la realidad es infinitamente variada, y no admite divisiones tajantes y masivas. La realidad tiende a la fragmentación. También allí teníamos nuestra propia vida, diferenciada, y, aunque fuera una vida cualquiera, de todos modos existía, y no sólo la vida oficial, sino la interior, la particular de cada uno.

Sin embargo, tal y como ya he recordado en parte, en los comienzos de mi estancia en el presidio yo ni podía ni sabía penetrar hasta lo más profundo de esta vida, y por eso todas sus manifestaciones externas me atormentaban con una tristeza inefable. A veces, sencillamente me daba por odiar a aquellos

hombres que padecían como yo. Incluso les envidiaba y culpaba al destino. Les envidiaba porque ellos, después de todo, estaban entre camaradas, se comprendían unos a otros, aunque en el fondo a todos ellos, igual que a mí, les produjera hastío y repugnancia esa camaradería impuesta a base de látigos y palos, esa cooperación forzada, y cada cual prefería apartar la mirada de los demás y dirigirla hacia otro lado. Vuelvo a repetir que esta envidia, que me visitaba en mis momentos de mal humor, tenía un fundamento legítimo. De hecho, están totalmente equivocados quienes dicen que al noble, instruido y demás, le resulta exactamente igual de duro el paso por penales y prisiones que a un campesino cualquiera. Conozco esta idea, la he oído enunciar en los últimos tiempos, y he leído cosas al respecto. La base de esta idea es válida y humana. Todos somos personas, todos somos seres humanos. Pero es una idea excesivamente abstracta. No tiene en cuenta un gran número de condiciones prácticas que no se pueden comprender sino en la realidad misma. No pretendo decir con esto que los nobles, las personas instruidas, tengan sensaciones más refinadas, más dolorosas, o que estén más desarrollados. Difícilmente se puede someter el alma y su grado de desarrollo a una escala determinada. Ni siquiera la instrucción puede servir como medida en este caso. Yo, antes que nadie, podría testimoniar que hasta en el ambiente menos instruido, en el más opresivo, he encontrado entre aquellos desdichados rasgos del más refinado desarrollo espiritual. En el penal se daba a veces el caso de conocer a una persona desde hacía varios años, y pensar de ella que no era una persona, sino una fiera, y despreciarla; y de improviso llega un momento casual en el que su alma, en un impulso involuntario, se abre al exterior, y te permite ver en ella tanta riqueza, tanto sentimiento, tanto corazón, una comprensión tan nítida del sufrimiento propio y ajeno, que abres los ojos y se te hace casi imposible creer, en un primer momento, lo que tú mismo has visto y oído. Pero también ocurre lo contrario: en ocasiones la educación va acompañada de tal barbarie, de tal cinismo, que da náuseas, y ya puedes ser muy comprensivo o estar muy favorablemente predispuesto, que no encuentras en tu corazón ni excusas ni justificaciones.

No estoy hablando del cambio de hábitos, de modo de vida, de alimentación y demás, que para el individuo de la clase social más

alta resulta más duro, claro está, que para el *mujik*, el cual muchas veces ha pasado hambre estando en libertad y que en prisión, al menos, puede saciarse con la comida. No voy a discutir esta cuestión. Admitamos que para un individuo, aunque sea de carácter débil, todo esto es algo insignificante en comparación con otros inconvenientes, si bien en el fondo el cambio de hábitos no es algo en absoluto insignificante o despreciable. Pero hay inconvenientes ante los cuales todo eso palidece hasta tal punto que ya no se presta atención ni a la suciedad del lugar, ni a las cadenas, ni a la comida exigua y poco higiénica. El holgazán más delicado, el sibarita más exquisito, después de trabajar todo un día con el rostro bañado en sudor, como jamás había trabajado estando en libertad, se come su pan negro y su *schi* con cucarachas. Uno se puede acostumbrar a esto, tal y como se señala en esa canción cómica de presidiarios sobre un tipo remilgado que va a parar a un presidio:

> *Me dan repollo con agua,*
> *y al comer, me crujen las orejas.*

No; más importante que esto es el hecho de que todo recién llegado, a las dos horas de su ingreso en el penal, se convierte en alguien igual a los demás, instalado en su hogar, miembro de pleno derecho de la comunidad del penal, igual que cualquier otro. Todos le entienden, y él entiende a todos; a todos les resulta conocido, y todos le consideran uno de los suyos. No ocurre lo mismo con un noble, con un señor. Por muy justo, bueno o inteligente que sea, durante años le odiarán y le despreciarán, todos en bloque; no le comprenden y, lo que es más importante, no confían en él. No es un amigo ni un camarada, y aunque consiga finalmente, con el paso de los años, que no le ultrajen, de todos modos nunca será uno de ellos: eternamente, dolorosamente, tendrá conciencia de su aislamiento y de su soledad. Este aislamiento se establece a veces sin ninguna mala intención por parte de los reclusos, surge inconscientemente. No es uno de los suyos, eso es todo. No hay nada más terrible que vivir fuera del propio ambiente. Un mujikque se traslade desde Taganrog al puerto de Petropavlosk[88] encontrará aquí de inmediato a otro mujik ruso como él, juntos podrán ponerse de acuerdo y entenderse, y a las dos horas es muy posible que estén

conviviendo en perfecta armonía en la misma isba o en la misma cabaña. No pasa lo mismo con los nobles. Estos están separados del pueblo llano por un profundísimo abismo, el cual no se advierte en todas sus dimensiones hasta que el noble, de pronto, a causa de circunstancias externas, se ve real y efectivamente privado de sus antiguos derechos y se convierte en un hombre del pueblo. De nada sirve frecuentar a la gente del pueblo toda la vida, encontrarse con ella todos los días a lo largo de cuarenta años seguidos, en virtud del cargo, por ejemplo, de un modo convencional, administrativo; o incluso a través de una relación amigable, como un benefactor y en cierto sentido como un padre: nunca se llega al verdadero fondo de las cosas. No pasará de ser una ilusión óptica, y nada más. Yo sé muy bien que todos, absolutamente todos, al leer esta observación dirán que estoy exagerando. Pero estoy convencido de que es verdad. No he llegado a esta convicción a través de los libros, de la especulación teórica, sino en la vida real, y he tenido tiempo más que suficiente para poder comprobarla. Tal vez, más adelante todos acabarán por reconocer hasta qué punto esto es cierto…

Los acontecimientos, desde el primer paso, parecían hechos a propósito para confirmar mis observaciones y contribuían a mi nerviosismo y mi dolor. En el primer año, yo daba vueltas por el penal casi siempre en solitario. Ya he comentado que mi estado de ánimo me impedía incluso valorar y distinguir a aquellos penados que habrían podido apreciarme, los mismos que más tarde llegarían a apreciarme, aunque nunca hayamos llegado a tratarnos como iguales. Yo también tenía camaradas, de la nobleza, pero esta camaradería no me servía para aliviar el peso de mi alma. Creo que habría preferido no tener ni que mirar, pero no tenía escapatoria. He aquí, a modo de ejemplo, una de aquellas situaciones que, desde el principio, me hicieron ver con toda claridad que estaba aislado y que mi posición en el penal era especial. Una vez, en aquel primer verano, hacia agosto, en un día claro y caluroso entre semana, poco después de mediodía, cuando todos estábamos descansando, como de costumbre, antes del trabajo vespertino, todo el presidio se levantó de pronto como un solo hombre y empezó a formar en el patio. Yo no supe nada hasta ese preciso momento. En aquella época solía estar tan encerrado en mí mismo que no me daba ni cuenta de lo que pasaba alrededor. Y, sin embargo, en el penal

hacía ya tres días que existía una sorda inquietud. Puede que esa inquietud hubiera empezado a cundir bastante antes incluso, como más tarde pude comprender al recordar involuntariamente ciertas conversaciones de los presos, así como el encono especial en el trato, el mal humor y la mordacidad que se apreciaba en ellos en los últimos tiempos. Yo lo achacaba a la dureza del trabajo, al tedio de las interminables jornadas veraniegas, a los sueños involuntarios en los bosques y en la añorada libertad, a las noches tan cortas, en las que se hacía muy difícil dormir a pierna suelta. Posiblemente todo esto se había combinado ahora y había explotado, pero el pretexto para la explosión era la comida. Hacía ya días que la gente se quejaba ruidosamente, mostraba su indignación en los barracones y sobre todo cuando se reunía en la cocina para la comida y la cena; había protestas contra *las cocineras* e incluso probaron a reemplazar a uno de cocina, pero enseguida echaron al nuevo y restituyeron al antiguo. En resumen, todo el mundo estaba nervioso.

—Con un trabajo tan duro, y nosotros comiendo tripas —refunfuñaba alguno en la cocina.

—Si no te gusta, pide manjar blanco[89] –seguía otro.

—*Schi* con tripas, hermanos, me encanta —añade un tercero—, está riquísimo.

—Y si no hay más que tripas un día y otro día, ¿también eso te gusta?

—Lo que está claro es que ya va siendo hora de que nos den carne —dice un cuarto—; nosotros en la fábrica ésa nos matamos a trabajar y después de la faena lo que te apetece es zampar de verdad. ¡Y mira lo que te dan: tripas!

—Y si no le ponen tripas, le pondrán corazón[90].

—Nosotros sí que tenemos que hacer de tripas corazón para aguantarlo. Tripas, corazón: siempre están con la misma canción. ¡Menuda comida! ¿Hay derecho a esto?

—Sí, el forraje es malo.

—Seguro que él se llena los bolsillos.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿De quién si no? Mi barriga sí que es asunto mío. Tendríamos que plantear una reclamación todos unidos, y ya se vería.

—¿Una reclamación?

—Sí.

—Poco te iban a zurrar a ti con esa reclamación. ¡Zopenco!

—Eso es verdad —apunta rezongando uno que hasta el momento no había intervenido—, es fácil de decir, pero luego… ¿Y qué quieres plantear en la reclamación?; eso para empezar, ¿eh, cabezota?

—Ahora os lo diré. Si todo el mundo está de acuerdo, yo mismo hablaré también con los otros. Con los pobres, se entiende. Aquí hay quien puede permitirse comprar su propia comida, y quien tiene que conformarse con lo que le dan.

—¡Mira este envidioso, cómo se fija en todo! Se le van los ojos detrás de lo que tienen otros.

—No te preocupes tanto de lo ajeno, más vale que espabiles y te ocupes de tus cosas.

—¡De mis cosas!… Podemos estarnos aquí dándole vueltas a este asunto hasta que nos salgan canas. Tú debes ser rico, ya que quieres quedarte de brazos cruzados…

—Sí, rico… Yeroshka sí que es rico: tiene un perro y un gatito.

—¡Es verdad, amigos, no podemos seguir quietos! Ya basta de reírles las gracias. Nos sacan la piel a tiras. ¿Por qué no nos movemos?

—¿Por qué? Tú te crees que te lo van a dar todo por las buenas, bien masticadito, como es tu costumbre. ¡Pero esto es un penal, ahí está la diferencia!

—O sea, lo de siempre: siembra la discordia en el pueblo, Señor, y alimenta a los gobernantes.

—Eso mismo. El Ocho-ojos sí que ha engordado. Se ha comprado una pareja de caballos grises.

—Pues anda que no le gusta beber.

—El otro día, jugando a las cartas con el veterinario, acabaron peleándose.

—Toda la noche estuvieron jugando. Tuvo a nuestro mayor en un puño durante dos horas. Eso dice Fedka.

—Y por eso le ponen corazón al *schi*.

—¡Mira que sois estúpidos! Nosotros no estamos en situación de protestar.

—Pero si vamos todos, ya veremos qué clase de explicación nos da. ¡Hay que mantenerse firmes!

—¡Una explicación! En los ídolos[91], ahí es donde te va dar, y

sanseacabó.

—Y luego un consejo de guerra.

En resumen, todo el mundo estaba agitado. Realmente, en esa época la comida que nos daban era mala. Y además todo se vino a juntar. Lo más importante era el ambiente de pesadumbre, el sufrimiento callado y permanente. Los presidiarios son pendencieros y levantiscos por naturaleza; pero no es frecuente que se subleven todos juntos o en grandes grupos. La causa de esto es la perpetua discordia. Todos se daban perfecta cuenta de eso: de ahí que hubiera en el penal más maldiciones que hechos. Y, sin embargo, en este caso la agitación no pasó sin consecuencias. Empezaron a formar corrillos, discutían en los barracones, blasfemaban, evocaban con ira todo el mandato del mayor; se dedicaban a sacar a la luz todos los entresijos del penal. Unos cuantos estaban especialmente inquietos. En este tipo de situaciones siempre aparecen instigadores, cabecillas. Los cabecillas suelen ser en estos casos, es decir, cuando hay alguna protesta, gente especialmente notable, y no sólo en la prisión, sino también en todo tipo de asociaciones, destacamentos militares, etc. Constituyen un tipo humano particular, muy parecido en todas partes. Son personas fogosas, sedientas de justicia, que están convencidas, con absoluta ingenuidad y honradez, de que aquélla puede alcanzarse de forma ineludible, incontestable y, ante todo, inmediata. Esta gente no es más estúpida que los demás, algunos de ellos son incluso muy inteligentes, pero su excesivo entusiasmo les impide ser astutos y calculadores. En todos estos casos, si hay también personas que saben dirigir a la masa con habilidad y ganar la partida, se trata entonces de un tipo distinto de cabecillas y jefes naturales del pueblo, un tipo extremadamente infrecuente entre nosotros. Pero los del otro tipo, al cual me estoy refiriendo ahora, el de los instigadores y cabecillas de la protesta, casi siempre terminan fracasando y engrosando la población de cárceles y presidios. Son derrotados por culpa de su fogosidad, pero es precisamente la fogosidad la que les permite influir en las masas. Al fin y al cabo, éstas les siguen de buena gana. Su ardor y su sincera indignación llegan a todo el mundo, y hasta los más indecisos acaban por unirse a ellos. Su confianza ciega en el triunfo consigue seducir a los escépticos más correosos, a pesar de que a veces las bases de esa

confianza sean tan endebles y tan infantiles que, visto desde fuera, resulta asombroso que tengan seguidores. Pero lo fundamental es que ellos marchan siempre en cabeza, avanzando sin ningún temor. Se lanzan como toros con los cuernos listos para embestir, muchas veces sin conocer bien el asunto, sin tomar precauciones, sin ese jesuitismo práctico que a menudo permite a los individuos más viles y desacreditados ganar la partida, conseguir su objetivo y salir a flote. Ellos en cambio se rompen los cuernos sin remedio. En la vida corriente, son personas atrabiliarias, cascarrabias, irritables e impacientes. Casi siempre son terriblemente limitadas, lo cual, por cierto, es uno de los secretos de su fuerza. Pero lo más molesto en su caso es que, apartándose de su objetivo central, se lanzan a menudo oblicuamente; descuidando la cuestión principal, se pierden en detalles insignificantes. Eso es lo que les lleva a la ruina. Pero las masas pueden entenderles; ahí reside su fuerza… Por cierto que aún hay que decir un par de cosas sobre lo que pasó con la reclamación.

En nuestro presidio había varios individuos a los que habían traído por participar en alguna protesta. Eran ellos los que estaban más agitados. Sobre todo, Martynov, que antes había servido como húsar, un tipo fogoso, inquieto y suspicaz, aunque también honrado y justo. Otro era Vasili Antónov, un hombre que se enfurecía sin perder los estribos, con la mirada insolente, la sonrisa sarcástica y altiva, extraordinariamente culto, y también, por lo demás, honrado y justo. Pero no es posible enumerar a todos: eran muchos. Petrov, entre otros, iba y venía incesantemente, prestaba mucha atención a lo que se decía en todos los corrillos, hablaba poco y, por lo visto, estaba muy desasosegado y fue el primero en salir a toda prisa del barracón cuando empezaron todos a formar.

Un suboficial del penal, que desempeñaba la función de sargento primero, salió de inmediato, asustado. Una vez formados, los hombres le rogaron cortésmente que le dijera al mayor que todo el presidio deseaba hablar con él y plantearle personalmente una serie de puntos. Detrás del suboficial salieron todos los inválidos, que quedaron formados en el otro lado, enfrente de los presidiarios. El encargo que había recibido el suboficial era excepcional y le llenó de temor. Pero no se atrevía a no transmitírselo inmediatamente al mayor. En primer lugar, porque, si el penal ya se había levantado,

todavía podía ocurrir algo peor. Todos nuestros superiores eran, en lo tocante al penal, de una cobardía extrema. En segundo lugar, porque, incluso si no pasaba nada y todo el mundo entraba en razón y se dispersaba, en cualquier caso un suboficial tendría que informar de inmediato a sus superiores de todo lo ocurrido. Pálido y temblando de miedo, se fue a toda prisa en busca del mayor, sin intentar siquiera interrogar o exhortar a los reclusos. Veía que en ese momento no tenían intención de ponerse a hablar con él.

Sin saber nada de nada, también yo salí a formar. Todos los detalles del caso los conocí posteriormente. En ese momento pensé que habría alguna clase de control, pero, como no vi a los guardias que efectuaban los controles, me extrañé y empecé a mirar a mi alrededor. Los rostros se mostraban emocionados y excitados. Algunos incluso estaban pálidos. En general, todos parecían preocupados y guardaban silencio, a la expectativa, hasta que llegara el momento de hablar ante el mayor. Pude advertir que muchos me miraban con un asombro fuera de lo común, aunque luego se volvieron sin decir nada. Se veía que les parecía raro que hubiera venido a formar con ellos. Claramente, no creían que yo también pudiese manifestar mi protesta. Pero enseguida casi todos los que estaban alrededor de mí volvieron a dirigirme la palabra. Todos me miraban intrigados.

—¿Y tú qué haces aquí? —me preguntó en tono grosero y en voz alta Vasili Antónov, que estaba algo más alejado de mí que otros y que hasta ese momento siempre me había tratado de usted y se había mostrado muy cortés conmigo.

Le miré perplejo, intentado comprender qué podría significar aquello, sospechando que ocurría algo fuera de lo normal.

—De verdad, ¿para qué has venido? ¡Lárgate al barracón! —dijo un muchacho joven, un preso militar con el que no había tenido ningún trato, y que era un tipo bueno y tranquilo.

—Como estaban formando —le respondí—, pensé que había algún control.

—¡Fijaos, ha venido arrastrándose! —gritó uno.

—Pico de hierro —soltó otro.

—¡Espachurramoscas[92]! –exclamó un tercero con indecible desprecio. Aquel nuevo mote suscitó una carcajada general.

—Le han destinado a la cocina para hacerle un favor —añadió

otro más.

—Para ellos, todos los sitios son un paraíso. Están en presidio, pero comen bollos y compran cochinillos. Tú eres de los que comen de lo que compran, no sé qué andas buscando aquí.

—No es éste un sitio adecuado para usted —dijo Kulikov, viniendo hacia mí con desenvoltura; me cogió del brazo y me sacó de la formación.

También él estaba pálido, sus ojos negros echaban chispas y se mordía el labio inferior. No conservaba la sangre fría mientras esperaba al mayor. Por cierto: a mí me encantaba observar a Kulikov en todas las situaciones de ese tipo, es decir, siempre que las circunstancias le obligaban a exhibirse. Sabía aparentar mejor que nadie, pero también actuaba. Creo que hasta a su propia ejecución habría ido con elegancia, hecho un dandi. En ese momento, cuando todos me tuteaban y me insultaban, él ponía todo su empeño en subrayar su deferencia hacia mí, al tiempo que sus palabras tenían una fuerza especial, y hasta cierta arrogancia, que excluía la posibilidad de réplica.

—Nosotros estamos aquí para tratar de nuestros asuntos, Alexánder Petróvich, y usted, en cambio, no tiene nada que hacer. Vaya a cualquier parte, aguarde… Todos los suyos están en la cocina, vaya allí.

—¡Al quinto infierno, allí tendrías que ir tú! —corrigió alguien.

A través de la ventana entreabierta de la cocina pude distinguir efectivamente a nuestros polacos; me pareció, por cierto, que allí había mucha más gente además de ellos. Desconcertado, me fui a la cocina. Las risas, los improperios y los golpeteos (que entre los reclusos sustituían a los silbidos) resonaron a mi paso.

—¡No les ha gustado! ¡Vaya, vaya! ¡Ahí lo tienes!…

Hasta ese momento nunca me había sentido tan humillado en el penal, y aquella vez la situación era para mí verdaderamente dura. Había llegado mi peor momento. En la entrada de la cocina me encontré con T…wski[93], de la nobleza, un joven firme y magnánimo, sin una gran instrucción y que apreciaba tremendamente a B…ski. Los presidiarios le distinguían de todos los demás e incluso en parte le estimaban. Era valiente, viril y fuerte, y eso se manifestaba en todos sus gestos.

—¡Eh, Goriánchikov —me gritó—, venga aquí!

—Pero ¿qué está pasando?

—Están presentando una reclamación, ¿no lo sabía? Por supuesto, no les van a conceder nada, ¿quién iba a creer a unos presidiarios? Empezarán a buscar a los instigadores, y, si nosotros estuviéramos ahí, se entiende que seríamos los primeros en cargar con la acusación de rebelión. Recuerde por qué motivo nos han traído aquí. A ellos simplemente les molerán a palos, pero a nosotros nos formarían un consejo de guerra. El mayor nos odia y estaría encantado de buscarnos la ruina. Él mismo se justificará a costa nuestra.

—Sí, y los presidiarios le entregarán nuestras cabezas —añadió M…cki, una vez que entramos en la cocina.

—¡Descuide, que no se apiadarán! —continuó T…wski.

En la cocina, además de los nobles, había bastante más gente, unos treinta hombres en total. Todos ellos se habían mantenido al margen, ya que no querían manifestar su queja, unos por cobardía, otros porque estaban absolutamente convencidos de que cualquier protesta era totalmente inútil. Allí estaba Akim Akímich, enemigo acérrimo y natural de todo clase de protestas de esa índole, que pudieran alterar el normal discurrir del servicio y de las buenas costumbres. Esperaba en silencio y con absoluta tranquilidad la conclusión del asunto, sin inquietarse en lo más mínimo por su desenlace, totalmente persuadido, por el contrario, del ineluctable triunfo del orden y la autoridad. También Isái Fómich estaba allí, perplejo sobremanera, con la cabeza baja, muerto de miedo, escuchando con toda atención nuestra conversación. Estaba enormemente intranquilo. Estaban también todos los presidiarios polacos plebeyos, que se habían unido a los nobles. Había algunos tipos rusos tímidos, gente siempre callada y abatida. No se habían atrevido a sumarse al resto, y aguardaban con tristeza el desenlace. Por último, se veían algunos reclusos taciturnos, siempre severos, gente nada tímida. Éstos se habían quedado por su convencimiento obstinado y desdeñoso de que todo eso no era más que una estupidez y de que nada bueno podía salir de ahí. Pero creo que de todos modos en aquel momento no las tenían todas consigo, no se les veía tan seguros. Y comprendían que, aunque tuvieran razón en lo de la reclamación, como luego efectivamente se comprobaría, de todos modos reconocían que habían roto en cierto sentido con el

grupo, y era como si hubieran puesto a sus camaradas en manos del mayor. También apareció por allí Yolkin, aquel astuto *mujik* siberiano que había llegado al presidio por un asunto de falsificación de moneda y, como veterinario, se había quedado con la clientela de Kulikov. El viejo de Starodub estaba también allí. *Las cocineras*, sin dudarlo, se habían quedado unánimemente en la cocina, muy probablemente con el convencimiento de que formaban parte de la Administración, y en consecuencia no estaría bien oponerse a ella.

—Sin embargo —empecé, dirigiéndome indeciso a M…cki—, excepto éstos, casi todos se han sumado.

—¿Y a nosotros qué nos importa? —gruñó B…ski.

—Nosotros correríamos un riesgo cien veces mayor si fuéramos a protestar; ¿y para qué? *Je haïs ces brigands*[94]. ¿De verdad han pensado ustedes, por un instante, que la reclamación saldrá adelante? ¿Qué necesidad hay de inmiscuirse en sus necedades?

—Esto no va a dar ningún resultado —continuó un presidiario, un viejo testarudo y enrabietado. Almázov, que estaba allí, se apresuró a secundarle:

—Aparte de que azoten a medio centenar, ningún resultado.

—¡Ha llegado el mayor! —gritó alguien, y todos se lanzaron ansiosos hacia las ventanas.

El mayor había llegado a toda prisa; estaba furioso, endemoniado, rojo; llevaba las gafas puestas. Sin decir nada, pero con toda decisión, se aproximó al frente de la formación. En casos como éste, no le faltaba arrojo y sabía conservar la presencia de ánimo. También es cierto que siempre estaba medio borracho. Incluso su gorra grasienta con la cinta naranja y sus sucias charreteras plateadas resultaban en aquel momento de mal agüero. Le seguía el escribiente Diátlov, un personaje de una importancia excepcional en nuestro presidio, cuyas riendas manejaba en realidad, y que tenía influencia sobre el mayor; era un hombre astuto, muy encerrado en sí mismo, pero no era mala persona. Los reclusos estaban contentos con él. Detrás iba nuestro suboficial, que por lo visto ya había tenido tiempo de recibir una reprimenda terrible, aunque aún se esperaba otra diez veces peor; tras él iban tres o cuatro soldados de escolta, no más. Los reclusos, de pie y sin sus gorras desde el momento mismo en que habían ido a buscar al

mayor, ahora se habían erguido, recuperando la posición de firmes; cada uno había rectificado la colocación de los pies, al tiempo que se quedaba fijo en el sitio, a la espera de la primera palabra o, mejor dicho, del primer grito del jefe supremo.

Éste no se hizo esperar; desde la segunda palabra el mayor empezó a berrear a pleno pulmón, soltando incluso algún gritillo en esta ocasión: hasta ese punto estaba enfurecido. Desde las ventanas podíamos ver cómo corría a lo largo del frente de la formación, se abalanzaba, hacía preguntas. La verdad es que, debido a la distancia, ni sus preguntas ni las respuestas de los reclusos las podíamos oír. Lo único que alcanzamos a distinguir fueron sus gritos destemplados:

—¡Amotinados!… ¡Ya os caerán buenos palos cuando tengáis que pasar por las baquetas! ¡Provocadores! ¡Tú eres uno de ellos! ¡Tú! —Se lanzó sobre uno.

No pudimos oír la respuesta. Pero al cabo de un minuto vimos cómo se apartaba un recluso y se dirigía al cuerpo de guardia. Un minuto después le siguió otro, y luego otro más.

—¡Os presentaréis todos ante un consejo de guerra! ¡Ya os enseñaré! ¿Quién está ahí en la cocina? —soltó un chillido, al vernos por las ventanas abiertas—. ¡Venid todos aquí! ¡Venga, traedlos aquí de inmediato!

El escribiente Diátlov vino a buscarnos a la cocina. Aquí se le dijo que no teníamos queja alguna. Se volvió de inmediato e informó al mayor.

—¡Ajá, no tienen ninguna queja! —exclamó, bajando en dos tonos la voz, visiblemente satisfecho—. Da lo mismo, ¡todos para acá!

Salimos. Sentía que lo hacíamos con vergüenza. Lo cierto es que íbamos con la cabeza gacha.

—¡Ajá, Prokófiev! También Yolkin, y tú, Almázov… Quietos, quietos ahí, en grupo —nos decía el mayor con una voz algo atropellada pero suave, mirándonos con simpatía—. M…cki, tú también estás aquí… hay que apuntar los nombres. ¡Diátlov! Ahora mismo hay que apuntar a todos los contentos por una parte y a todos los descontentos por otra, desde el primero hasta el último, y que se me entreguen sus nombres en un papel. ¡Os voy a llevar a todos… ante un consejo de guerra! ¡A todos, sinvergüenzas!

El papel hizo efecto.

—¡Nosotros estamos contentos! —se oyó un grito triste en la muchedumbre de los descontentos, aunque sin mucha decisión.

—¡Ajá, contentos! ¿Quién está contento? Los que estén contentos, que salgan.

—¡Estamos contentos! ¡Estamos contentos! —se sumaron unas cuantas voces.

—¡Contentos! O sea, que os habían incitado, ¿verdad? ¿De modo que había provocadores, sediciosos? ¡Tanto peor para ellos!

—¡Lo que hay que ver, Señor! —resonó una voz en la muchedumbre.

—¿Quién ha gritado eso?, ¿quién ha sido? —aulló el mayor, corriendo hacia el extremo de donde había surgido la voz—. ¿Has sido tú, Rastorgúyev? ¡Al cuerpo de guardia!

Rastorgúyev, un joven alto e hinchado, salió y se dirigió lentamente hacia el cuerpo de guardia. De ninguna manera había sido él el que había gritado, pero, como le habían señalado, no se le ocurrió discutir la orden.

—¡Revienta de puro gordo! —gritó el mayor a sus espaldas—. Fijaos en esa jeta hinchada, ni en tres días… ¡Voy a dar con todos vosotros! ¡Los que estén contentos, que salgan!

—¡Nosotros, Excelencia! —resonaron decenas de voces preocupadas; los demás guardaban un silencio tenaz. Era cuanto necesitaba el mayor. Se veía que le interesaba zanjar el asunto cuanto antes, y zanjarlo con algún tipo de acuerdo.

—¡Muy bien, conque ahora *todos* están contentos! —proclamó atropelladamente—. Eso ya lo veía yo… ya lo sabía. ¡Todo es obra de los provocadores! Está claro, entre ellos hay provocadores —continuó, dirigiéndose a Diátlov—. Hay que llegar hasta el fondo. Y ahora… ahora todo el mundo a trabajar. ¡Que toque el tambor!

Él personalmente presenció cómo se dispersaba la gente. Los reclusos, en silencio y cabizbajos, se marcharon a sus diferentes trabajos, contentos al menos de poder apartarse cuanto antes de su vista. Pero, tras la dispersión, el mayor se fue inmediatamente al cuerpo de guardia y les ajustó las cuentas a los «provocadores», aunque sin demasiada severidad. Tenía prisa. Uno de ellos, según contaron luego, pidió perdón, y él se lo otorgó de inmediato. Era evidente que no las tenía todas consigo e incluso es posible que

hubiera pasado miedo. Una reclamación, en cualquier caso, es siempre una cosa que exige mucho tacto, y, aunque en realidad no se podía decir que la queja de los reclusos hubiera sido una auténtica reclamación, porque había sido formulada ante el propio mayor, y no ante la superioridad, seguía siendo algo incómodo, inadecuado. Lo que más le turbaba era que todos se habían alzado unánimemente. Había que sofocar el conflicto a toda costa. A los «provocadores» los soltaron pronto. Al día siguiente mejoró la comida, aunque no por mucho tiempo, la verdad. En los primeros días el mayor empezó a visitar el penal con más frecuencia y a detectar anomalías con más frecuencia. Nuestro suboficial iba de acá para allá, preocupado y descentrado, como si todavía no hubiera podido salir de su asombro. En cuanto a los reclusos, tardaron mucho tiempo en apaciguarse, aunque ya no estaban agitados como antes, sino alarmados en silencio, como aturdidos. Algunos incluso se sentían humillados. Otros, cuando se referían a este asunto, lo hacían rezongando, y de muy mala gana además. Muchos parecían irritados y se burlaban abiertamente de lo que habían hecho, como arrepentidos de su reclamación.

—¡A ver, amigo, róete ese hueso! —decía uno.

—¡Hay que estar a las duras y a las maduras! —añade otro.

—¿Quién le pone el cascabel al gato? —señala un tercero.

—A los nuestros, ya se sabe, jarabe de palo. Y menos mal que no nos han hecho azotar a todos.

—Y tú, en adelante, procura que no se te vaya la fuerza por la boca, ¡te irá mejor! —dice alguien con irritación.

—¿Me intentas dar una lección, sabiondo?

—Claro que sí.

—¿Y tú de dónde has salido?

—Pues, por ahora, todavía soy un hombre, ¿y tú?

—El residuo de un perro, eso es lo que eres.

—Eso lo serás tú.

—¡Bueno, bueno, ya está bien! ¡Ya habéis armado suficiente jaleo! —les gritan de todas partes a los que están discutiendo.

Aquella tarde, el mismo día de la reclamación, volviendo del trabajo, me encontré con Petrov detrás de los barracones. Me estaba buscando. Se acercó a mí y murmuró algo que podrían ser dos o tres exclamaciones indeterminadas, pero enseguida se calló y, con aire

distraído, echó a andar maquinalmente a mi lado. Todo lo ocurrido me seguía pesando en el alma, y me pareció que Petrov me iba a dar alguna explicación.

—Dígame, Petrov —le pregunté—, ¿sus compañeros no están enfadados con nosotros?

—¿Quién está enfadado? —preguntó, como volviendo en sí.

—Los reclusos con nosotros… con los nobles.

—¿Y por qué iban a estar enfadados con ustedes?

—Bueno, pues porque no hemos apoyado la reclamación.

—¿Y qué interés tenían ustedes en plantear una reclamación? —me preguntó, como si estuviera haciendo un esfuerzo por comprenderme—; pero si ustedes pueden comprarse su comida.

—¡Ay, Dios mío! Pero también hay algunos de los suyos que se compran la comida y, sin embargo, han protestado. Además, nosotros tendríamos que haberlo hecho… por camaradería.

—Pero… ¿cómo?… ¿Ustedes camaradas nuestros? —preguntó asombrado.

Le miré un segundo: decididamente no me había entendido, no entendía adónde quería ir yo a parar. En cambio, yo a él le entendí perfectamente en aquel momento. Entonces, por primera vez, una idea que se removía oscuramente en mi cabeza desde hacía tiempo y que me había estado rondando se había aclarado por fin, y de pronto comprendí lo que hasta entonces apenas había alcanzado a intuir. Comprendí que a mí nunca me ofrecerían su camaradería, ni aunque fuera más presidiario que nadie, ni aunque estuviera condenado por los siglos de los siglos, ni aunque fuera de la sección especial. Pero lo que se ha quedado grabado con más claridad en mi memoria es la cara que puso Petrov en aquel momento. En su pregunta: «¿Ustedes camaradas nuestros?», se percibía una ingenuidad tan auténtica, un asombro tan sincero. Pensé: ¿no habrá en estas palabras algo de ironía, de rencor, de burla? Nada de eso había: sencillamente, tú no eres mi camarada, eso es todo. Tú sigue tu camino, y nosotros el nuestro; tú tienes tus propios asuntos, y nosotros los nuestros.

Realmente yo había pensado que después de la reclamación ellos simplemente nos devorarían y nos harían la vida imposible. No sucedió nada de eso: no oímos ni el menor reproche, ni la menor insinuación de un reproche, ni hubo ninguna animadversión

añadida. Simplemente, nos fastidiaban un poco, como de costumbre, igual que antes, y nada más. Por cierto que tampoco se enfadaron ni lo más mínimo con los que no habían querido adherirse a la reclamación y se habían quedado en la cocina, ni con los que empezaron a gritar que todo el mundo estaba contento. Nadie lo mencionó siquiera. Esto último en particular no lo he podido comprender.

CAPÍTULO VIII

LOS CAMARADAS

Como es lógico, yo me sentía más inclinado a relacionarme con los míos, es decir, con «los nobles», sobre todo en los primeros tiempos. Pero de los tres antiguos miembros de la nobleza rusa que había en el presidio (Akim Akímich, el espía A…v y el que era considerado parricida), yo únicamente tenía trato y conversación con Akim Akímich. Debo reconocer que tan sólo me acercaba a Akim Akímich llevado por la desesperación, por así decir, en los momentos de mayor aburrimiento y cuando ya no veía la posibilidad de acercarme a nadie más que a él. En el capítulo anterior hice un intento de dividir a todas las personas del penal en categorías, pero ahora, al recordar a Akim Akímich, pienso que se puede añadir una nueva categoría. La verdad es que él era su único integrante. Se trata de la categoría de los presos absolutamente indiferentes. Presos absolutamente indiferentes, es decir, presos a quienes les daba lo mismo vivir en libertad o en reclusión, allí ni los había ni los podía haber, como es lógico, pero Akim Akímich parecía ser la excepción. Se instaló en el presidio como si se dispusiera a pasar en él toda la vida: todo lo que le rodeaba, empezando por su jergón, su almohada y sus enseres, fue colocado de forma perfectamente sólida, estable y duradera. No había allí ni el menor rastro de provisionalidad, nada recordaba a un vivac. Tenía por delante muchos años de vida en el presidio, pero es dudoso que alguna vez pensara siquiera en la salida. Con todo, si se había reconciliado con la realidad, no había sido por gusto, desde luego, sino por disciplina, lo cual, por cierto, venía a ser lo mismo para él. Era un buen hombre y la verdad es que me ayudó al principio con sus

consejos y prestándome algunos servicios; pero confieso que a veces, sobre todo en los primeros tiempos, me producía sin pretenderlo un aburrimiento inigualable que contribuía a empeorar mi estado de ánimo, ya de por sí decaído. Pero, justamente a causa de mi aburrimiento, yo solía entablar conversación con él. A veces uno sentía ansiedad de escuchar una palabra viva cualquiera, aunque fuera amargada e impaciente, aunque fuera puro rencor: se trataba, al menos, de haber maldecido juntos nuestro destino; pero él guardaba silencio, pegando sus farolillos, o se dedicaba a contar qué revista había pasado en el año tal, quién mandaba la división y cuál era su nombre y su patronímico, y si quedó satisfecho con la revista o no, y cómo habían sido cambiadas las señales de los tiradores, etc. Y todo con esa voz tan monótona, tan ceremoniosa, como agua cayendo gota a gota. Por no animarse, casi no se animaba ni cuando me contaba cómo su participación en cierta acción en el Cáucaso le hizo acreedor a la cruz de Santa Ana en la espada. Tan sólo su voz se tornaba en ese momento especialmente grave y seria; cuando pronunciaba el nombre de «Santa Ana», la bajaba un poco, dándole un cierto tono misterioso, y luego se quedaba singularmente callado y serio por espacio de unos tres minutos… Aquel primer año pasé por momentos tontos en los que me daba (siempre de improviso) por odiar a Akim Akímich sin venir a cuento, y maldecía en silencio al destino por habernos hecho vecinos de camastro, colocados cabeza con cabeza. Por lo general, una hora más tarde yo ya me lo estaba reprochando. Pero esto sólo ocurrió durante el primer año; después me reconcilié de todo corazón con Akim Akímich y me avergoncé de mis tonterías pasadas. De puertas afuera, sin embargo, recuerdo que nunca llegamos a discutir.

Aparte de aquellos tres, durante mi estancia en el penal hubo allí otras ocho personas de la nobleza. Con algunos de ellos tuve una relación bastante estrecha, grata incluso, pero no con todos. En los mejores había algo de enfermizo, de excluyente, de extremadamente intransigente. Más tarde, con dos de ellos sencillamente dejé de hablarme. Había únicamente tres con cierta instrucción: B…ski, M…cki y el anciano Z…ski, que había sido profesor de matemáticas en alguna parte, un viejo respetable, bueno, muy excéntrico y, pese a su formación, un individuo

extremadamente limitado, en mi opinión. Muy distintos eran M…cki y B…ski. Con M…cki me entendí muy bien desde el primer instante; nunca discutí con él y le respetaba, pero lo que es tomarle afecto, sentirme cercano a él, de eso nunca fui capaz. Era una persona profundamente suspicaz e irritable, pero que sabía dominarse de un modo asombroso. Precisamente era esa capacidad, tan desarrollada en su caso, lo que menos me gustaba de él: daba la sensación de que nunca abriría totalmente su corazón a nadie. Aunque también puedo estar equivocado. Era por naturaleza fuerte y noble en grado sumo. Su habilidad extraordinaria, un tanto jesuítica incluso, y su prudencia en el trato con las gentes daban prueba de un escepticismo profundo, disimulado. Y, sin embargo, era un alma desgarrada precisamente por esa dualidad: por una parte el escepticismo, por otra una fe honda, inquebrantable, en ciertas convicciones y esperanzas personales. Con todo, a pesar de su gran habilidad para el trato, era enemigo acérrimo de B…ski y de su amigo T…wski. B…ski era un hombre enfermo, con cierta tendencia a la tisis, irritable y nervioso, pero en el fondo muy bondadoso y magnánimo. Su irritabilidad le llevaba en ocasiones a ser extremadamente intransigente y caprichoso. Yo no podía soportar ese temperamento, y en consecuencia me aparté de B…ski, aunque nunca dejé de apreciarle; en cambio, no reñí con M…cki, pero nunca llegué a apreciarle. Al distanciarme de B…ski, me vi inmediatamente distanciado también de T…wski, aquel joven al que hice referencia en el capítulo anterior, al hablar de la reclamación. Eso me dio mucha pena. T…wski, sin ser una persona instruida, era un joven bueno y valeroso, un joven estupendo, en una palabra. Pero apreciaba y respetaba a B…ski hasta tal punto, sentía por él tal veneración, que a quienes se apartaban algo de él, por poco que fuera, pasaba a considerarlos de inmediato casi como enemigos. Creo que más adelante también rompió con M…cki a causa de B…ski, aunque intentó resistirse largamente. Lo cierto es que todos estaban moralmente enfermos: eran biliosos, irritables, suspicaces. Era comprensible: su situación era muy dura, mucho más dura que la nuestra. Estaban lejos de su patria. Sobre algunos de ellos pesaba una larga condena de deportación, diez años, doce años, y, lo que es más importante, sentían una profunda prevención contra todo lo que les rodeaba; lo único que veían en los reclusos

era su fiereza y no podían, ni tan siquiera querían, distinguir en ellos ni un solo rasgo bueno, humano, lo cual también era comprensible: la fuerza de las circunstancias, del destino, les había impuesto ese punto de vista tan desdichado. Estaba muy claro que la tristeza les resultaba sofocante en prisión. Con los cherqueses, con los tártaros, con Isái Fómich, eran cordiales y afables, pero a todos los demás reclusos los evitaban con repugnancia. Tan sólo el *viejo creyente* de Starodub les merecía un respeto absoluto. También resulta destacable el hecho de que ningún recluso, en todo el tiempo que pasé en el presidio, les reprochara ni su origen, ni su fe, ni su forma de pensar, cosa que puede darse en nuestro pueblo con respecto a los extranjeros, fundamentalmente alemanes, aunque muy raramente, por cierto. Por lo demás, con respecto a los alemanes lo único que hacen es reírse de ellos; los rusos humildes ven algo profundamente cómico en los alemanes. A los extranjeros que había allí los presidiarios les trataban hasta con respeto, bastante más que a nosotros, los rusos, y jamás les tocaban. Pero ellos, al parecer, nunca quisieron darse cuenta de esto ni tomarlo en consideración. He mencionado antes a T…wski. Fue él quien, durante el traslado desde su primer lugar de deportación hasta nuestra fortaleza, llevó en brazos a B…ski casi todo el trayecto, cuando éste, débil de salud y de constitución, estaba rendido tras casi media etapa. Habían sido deportados anteriormente a U… gorsk[95]. Allí, según contaban ellos, estaban bien, es decir, bastante mejor que en nuestro penal. Pero habían entablado correspondencia, completamente inocente por lo demás, con otros deportados de otra ciudad, y por eso se había juzgado necesario trasladar a los tres a nuestro penal, para ser vigilados más de cerca por las autoridades. El tercer camarada era Z…ski. Antes de que llegaran estos tres, M…cki estaba solo en el presidio. ¡Qué tristeza debió sentir durante su primer año de deportación!

Z…ski era ese viejecillo que estaba rezando constantemente, del que ya he hablado. Todos los presos políticos eran hombres jóvenes, algunos muy jóvenes; tan sólo Z…ski pasaba de los cincuenta años. Era una persona honrada, desde luego, pero algo rara. Sus camaradas, B…ski y T…wski, no le apreciaban demasiado y ni siquiera le hablaban; le tenían por testarudo y chiflado. No sé hasta qué punto tenían razón en este caso. En presidio, como en cualquier

otro lugar donde la gente se amontona no por su voluntad, sino a la fuerza, creo que surgen antes los roces e incluso los odios mutuos que en libertad. Muchas circunstancias contribuyen a ello. Por otra parte, Z…ski era verdaderamente un individuo bastante obtuso y que podía resultar molesto. Tampoco sus otros camaradas se llevaban bien con él. Yo nunca me peleé con él, pero no tuvimos una relación estrecha. Parecía dominar su especialidad, las matemáticas. Recuerdo que siempre se esforzaba por explicarme, en su ruso deficiente, cierto sistema astronómico que él mismo había concebido. Me dijeron que alguna vez lo había publicado, pero en el mundo científico no había recibido más que burlas. En mi opinión, estaba un poco mal de la cabeza. Se pasaba los días enteros rezando de rodillas, con lo que se había ganado el respeto generalizado del presidio, respeto del que disfrutó hasta su muerte. Murió en nuestro hospital, tras una penosa enfermedad, ante mis ojos. Por otra parte, el respeto de los forzados ya lo había obtenido nada más aparecer en el presidio, después de su historia con nuestro mayor. En el trayecto desde U…gorsk hasta nuestra fortaleza no les habían rapado la cabeza, y les había crecido la barba, de manera que, cuando les condujeron directamente hasta el mayor, éste se enfureció, indignado por semejante infracción disciplinaria, de la que ellos, por cierto, no tenían ninguna culpa.

—¡Qué pinta traen! —gritó desencajado—. ¡Vagabundos, bandidos!

Z…ski, que por entonces apenas entendía el ruso, al creer que les estaban preguntado si eran vagabundos o bandidos, respondió:

—Nosotros no somos vagabundos, somos condenados por delitos políticos.

—¡Cóoomo! ¿Insolencias, tú? ¡A mí con insolencias! —aulló el mayor—. ¡Al cuerpo de guardia! ¡Cien golpes de vara, ahora mismo, sin perder un minuto!

Castigaron al anciano. Se tumbó para recibir los varazos sin hacer ninguna objeción, clavó sus dientes en una mano y soportó el castigo sin emitir un solo grito, un solo gemido, sin hacer el más leve movimiento. Entre tanto, B…ski y T…wski ya habían entrado en el penal, donde M…cki les estaba esperando junto al portón, y se lanzó sin más a abrazarles, a pesar de que nunca les había visto hasta entonces. Alterados por el recibimiento dispensado por el

mayor, le contaron todo lo ocurrido con Z…ski. Recuerdo cómo me lo contó M…cki: «Yo estaba fuera de mí, no comprendía lo que me pasaba, temblaba como si tuviera escalofríos. Esperé a Z…ski junto al portón. Debía llegar allí directamente desde el cuerpo de guardia, donde le habían azotado. De pronto se abrió el portillo: Z…ski, sin mirar a nadie, pálido, con los labios descoloridos y temblorosos, pasó entre los presidiarios reunidos en el patio, que ya sabían que habían castigado a un noble, entró en el barracón, fue derecho a su sitio y, sin decir una palabra, se puso de rodillas y empezó a rezar. Los presidiarios estaban admirados, conmovidos incluso. Cuando vi a este anciano —seguía diciendo M…cki—, con el pelo blanco, que había dejado allá en su patria a la mujer y a los hijos; cuando le vi de rodillas, tras haber sufrido un castigo infame, y rezando, salí corriendo del barracón y me pasé dos horas enteras casi sin conocimiento; estaba furioso…». Desde aquel momento, los presidiarios le tomaron un gran respeto a Z…ski y le trataban siempre con mucha consideración. Lo que más les había gustado fue que no hubiera gritado con los varazos.

No obstante, es preciso decir toda la verdad: a partir de este ejemplo no se puede juzgar en absoluto la actitud de las autoridades en Siberia con los deportados nobles, fueran estos rusos o polacos. Lo único que muestra este ejemplo es que se puede tropezar con una mala persona y, naturalmente, si resulta que esta mala persona es un jefe destacado en algún sitio, la suerte de un deportado, en el caso de que este mal jefe la tome personalmente con él, puede llegar a ser muy complicada. Pero no se puede dejar de reconocer que las más altas autoridades en Siberia, de las que depende el tono y la predisposición de todos los demás jefes, son muy escrupulosas con los deportados nobles e incluso en ocasiones intentan ser con ellos más condescendientes que con los presos del pueblo llano. Las causas de esto son claras: en primer lugar, esas altas autoridades pertenecen también a la nobleza; en segundo lugar, ya se habían dado anteriormente casos de nobles que no aceptaban recibir sumisamente los azotes y se lanzaban contra los ejecutores, con desenlaces horribles; en tercer lugar, y esto es en mi opinión lo principal, hace ya mucho tiempo, treinta y cinco años atrás, había aparecido súbitamente en Siberia una masa de nobles deportados[96], y eran estos deportados los que, a lo largo de treinta

años, habían sabido conquistar y mantener el prestigio por toda Siberia, de modo que las autoridades de mi época, obedeciendo a una costumbre ya antigua, heredada, miraban inconscientemente al condenado noble de cierto tipo con distintos ojos que a los demás deportados. En línea con sus superiores, los jefes de menor rango se habían acostumbrado a mirarles del mismo modo, adoptando de aquéllos, se entiende, la actitud y el tono, sometiéndose, plegándose a ellos. Es cierto que muchos de estos jefes de menor rango no veían con buenos ojos estas disposiciones de sus superiores y las criticaban en su fuero interno, y habrían estado realmente encantados a poco que no les hubieran impedido hacer las cosas a su modo. Pero no se lo permitían en absoluto. Tengo sólidas razones para pensar así, y he aquí por qué. La segunda categoría de trabajos forzados, a la que yo pertenecía, y que estaba formada por reclusos adscritos a una fortaleza bajo mando militar, era incomparablemente más dura que las otras dos categorías, es decir, que la tercera (reclusos adscritos a fábricas) y que la primera (a minas). Era más dura no sólo para los nobles, sino para todos los reclusos, precisamente por el hecho de que en esta categoría los jefes y el régimen eran íntegramente militares, muy parecidos a los de las compañías disciplinarias en Rusia. Los mandos militares son más severos, el reglamento más riguroso, siempre con los grilletes, siempre con escolta, siempre bajo llave: todo esto no se da en la misma medida en las otras dos categorías. Al menos eso es lo que decían todos los reclusos del penal, y entre ellos había algunos que conocían bien el asunto. Todos se habrían pasado gustosos a la primera categoría, que de acuerdo con la ley debería ser la más penosa, e incluso soñaban con ello muy a menudo. En cuanto a las compañías disciplinarias, todos los que habían pasado por ellas las recordaban con espanto y estaban convencidos de que en toda Rusia no había nada peor que las compañías disciplinarias de las fortalezas, y pensaban que Siberia era un paraíso al lado de la vida en tales sitios. En consecuencia, si con un régimen tan severo como el de nuestro penal, sometido a la autoridad militar, bajo la mirada del propio gobernador general y, finalmente, teniendo en cuenta los casos (que a veces se daban) de terceras personas que de forma no oficial, bien por malicia o por celo en el desempeño del servicio, estaban dispuestas a denunciar ante quien correspondiera que a los

delincuentes de tal categoría determinado jefe mal intencionado les otorgaba privilegios; si en un sitio así, como decía, a los condenados de la nobleza se les tenía una consideración algo distinta a los restantes presidiarios, entonces, con más razón, en la primera y tercera categorías debían de gozar aún de mayores ventajas. Por tanto, basándome en lo que ocurría en el sitio donde yo estaba, creo posible opinar en este sentido sobre el conjunto de Siberia. Todos los rumores y relatos que me llegaban a este respecto, procedentes de deportados de la primera y tercera categorías, confirmaban mi hipótesis. De hecho, a todos los nobles del penal los jefes nos trataban con especial atención y cuidado. En lo referente al trabajo y el régimen de vida no había en absoluto ninguna clase de miramientos con nosotros: las mismas tareas, los mismos grilletes, los mismos cerrojos; en una palabra, todo idéntico a los demás reclusos. Además, ningún alivio habría sido factible. Sé que en aquella ciudad, *en aquel pasado cercano, ya tan lejano*, había tal cantidad de soplones, tantas intrigas, tantos individuos dispuestos a cavarles la tumba a los demás, que las autoridades, naturalmente, temían cualquier denuncia. ¡Y nada más terrible en aquella época que una denuncia por favorecer a cierta clase de delincuentes! Así, todos sentían algún temor, y nosotros estábamos en las mismas condiciones que los demás reclusos, aunque con respecto a los castigos corporales sí existían algunas diferencias. Es verdad que nos habrían azotado sin el más mínimo reparo en caso de merecerlo, es decir, si hubiéramos cometido alguna infracción. Lo exigía el deber profesional, así como el principio de igualdad ante los castigos corporales. Pero lo que es castigarnos así por las buenas, a la ligera, a nosotros no se nos castigaba, mientras que con los reclusos normales sí se daba, desde luego, esa clase de trato irreflexivo, sobre todo por parte de algunos mandos subalternos y de los partidarios de tomar medidas y de imponer respeto a la menor ocasión. Sabíamos que el comandante, al enterarse de lo ocurrido con el viejo Z…ski, se había indignado enormemente con nuestro mayor y le había advertido de que en lo sucesivo no tuviera la mano tan larga. Eso es lo que todos me contaron. También se supo en el penal que el propio gobernador general, que confiaba en el mayor y le tenía cierto aprecio como funcionario cumplidor y como persona capacitada, al conocer lo ocurrido, le reprendió

igualmente. Y nuestro mayor se dio por enterado. Cuánto le habría gustado, por ejemplo, coger en falta a M…cki, a quien odiaba por culpa de las calumnias de A…v, pero nunca consiguió hacerle azotar, y eso que siempre estaba pendiente de algún posible pretexto, persiguiéndole y buscándole las vueltas. Pronto la historia de Z…ski fue conocida por toda la ciudad, y la opinión pública estaba contra el mayor; muchos le afearon su conducta, algunos incluso de forma desagradable. Me acuerdo ahora de mi primer encuentro con el mayor. A nosotros, es decir, al otro deportado noble con el que ingresé en el penal y a mí, nos habían asustado ya en Tobolsk con historias sobre el carácter desagradable de este individuo. Los viejos deportados de la nobleza que se encontraban allí desde el año veinticinco, que nos habían recibido con una profunda simpatía y a los que tratamos mientras estuvimos en tránsito, nos previnieron contra nuestro futuro jefe y nos prometieron hacer todo lo que estuviera en su mano, por medio de sus conocidos, para defendernos de su persecución. De hecho, tres hijas del gobernador general, que habían llegado por entonces de Rusia para visitar a su padre, recibieron unas cartas de ellos y al parecer le hablaron en nuestro favor. Pero ¿qué podía hacer él? Tan sólo le dijo al mayor que tuviera algo más de cuidado. Hacia las tres de la tarde llegamos nosotros, es decir, mi camarada y yo, a esta ciudad, y la escolta nos llevó directamente a presencia de nuestro nuevo amo. Estuvimos esperándole en su antesala. Entretanto, fueron a llamar al suboficial del penal. Nada más aparecer éste, salió también el mayor. Su rostro colorado, granujiento y feroz nos causó una pésima impresión: como una araña siniestra precipitándose sobre una mosca desvalida caída en su tela.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a mi camarada. Hablaba deprisa, con brusquedad, a trompicones, y se notaba que quería impresionarnos.

—Tal.

—¿Y tú? —continuó, volviéndose a mí, mirándome fijamente a través de sus gafas.

—Tal.

—¡Suboficial! Llévelos ahora mismo al penal, que les rapen en el cuerpo de guardia como a civiles, media cabeza, de inmediato; y mañana mismo que les cambien los grilletes. ¿Qué capotes son

éstos? ¿De dónde los han sacado? —preguntó de pronto, fijándose en los capotes grises con unos círculos amarillos en la espalda, que nos habían proporcionado en Tobolsk y con los cuales nos habíamos presentado ante los ojos preclaros de Su Excelencia—. ¡Un uniforme nuevo! Seguramente es eso, algún nuevo uniforme… Todavía está en proyecto… en Petersburgo… —decía, mientras nos hacía darnos la vuelta—. ¿No traen nada? —preguntó de pronto al guardia que nos acompañaba.

—Traen su propia ropa, Excelencia —respondió el guardia, poniéndose firme repentinamente, con un ligero sobresalto incluso. Todos le conocían, todos habían oído hablar de él, todos le tenían miedo.

—Que les quiten todo. Que les dejen solamente la ropa interior, si es blanca; si traen alguna prenda de color, que se la quiten también. Todo lo demás, que se subaste. El dinero, que lo anoten en el registro. Un recluso no tiene pertenencias —continuó, mirándonos con severidad—. ¡Tened cuidado y portaos bien! ¡Que no tenga que oír hablar de vosotros! Si no… ¡el castigo cor-po-ral! A la menor falta, ¡las vaaaras!

Toda aquella tarde, por la falta de costumbre, estuve medio enfermo tras semejante acogida. Además, lo que veía en el penal reforzaba mi impresión; pero ya he contado cómo fue mi ingreso.

He dicho poco antes que a nosotros no nos concedían, ni se habrían atrevido a concedernos, ningún privilegio, ningún alivio en el trabajo en comparación con los demás reclusos. Una vez, sin embargo, hubo un intento al respecto: durante tres meses, B…ski y yo fuimos a la oficina de ingenieros a trabajar como escribientes. Pero esto se hizo a hurtadillas y lo decidieron los mandos de ingenieros. Quiero decir que seguramente todos los demás que tenían que estar al corriente lo sabían, pero hacían como si no lo supieran. Esto sucedió cuando el destacamento estaba bajo el mando de G…kov. El teniente coronel G…kov nos vino como caído del cielo, estuvo con nosotros muy poco tiempo —si no me equivoco, no pasó del medio año, tal vez menos—, y se marchó a Rusia, dejando una impresión extraordinaria en todos los presos. Los presos no es que le quisieran, es que le adoraban, si se puede usar aquí esta expresión. No sé cómo lo consiguió, pero lo cierto es que les conquistó desde el primer momento. «¡Es como un padre!

¡Un verdadero padre!», decían a cada momento los reclusos, en el tiempo en que estuvo al mando de la unidad de ingenieros. Por lo visto, era un vividor increíble. Era de baja estatura, tenía una mirada insolente, arrogante. Pero al mismo tiempo era amable con los presidiarios, casi cariñoso, y les quería de verdad, igual que un padre. No sabría decir por qué les tenía tal aprecio, pero el caso es que no podía ver a un preso sin decirle una palabra afectuosa y alegre, sin reírse juntos, sin bromear con él, y lo fundamental es que no había en ello el menor sentimiento de superioridad, nada que expresara desigualdad o que se pudiera tomar como una simple caricia de jefe. Era un camarada, uno de los nuestros, tanto como el que más. Pero a pesar de todo ese talante democrático, que era instintivo en él, jamás se tomaron con él los reclusos ninguna clase de confianzas o se mostraron irrespetuosos. Al contrario. Eso sí, al preso que se encontraba con él se le iluminaba la cara, se quitaba la gorra y sonreía viéndole aproximarse. Y si el teniente coronel le decía algo, era como si le diera un rublo. La verdad es que hay personas así de populares. Miraba con bravura, andaba siempre con decisión, con gallardía. «¡Un águila!», solían decir de él los reclusos. Por supuesto, no estaba en su mano aliviar su situación: tan sólo tenía mando sobre los trabajos de ingeniería, los cuales seguían su curso eterno, legalmente establecido para siempre, con independencia del jefe que los dirigiera. Si acaso, cuando se encontraba casualmente con un grupo de trabajo y veía que habían terminado su tarea, en vez de retenerlos más tiempo del necesario les dejaba marchar antes del toque de tambor. Pero lo que nos gustaba era la confianza que depositaba en los presidiarios, la ausencia en él de puntillosidad mezquina y de irritabilidad, y el que jamás recurriera a un trato humillante en su condición de jefe. Si hubiera perdido mil rublos, creo que hasta el mayor de los ladrones del penal, en caso de haberlos encontrado, se los habría llevado. Estoy totalmente convencido. Con qué profunda simpatía se enteraron los presos de que su *jefe-águila* se había enemistado a muerte con nuestro odiado mayor. Eso ocurrió cuando todavía no se había cumplido un mes desde su llegada. En tiempos, nuestro mayor y él habían servido juntos. Tras una larga separación, volvieron a encontrarse como viejos amigos y empezaron a correrse juntos sus juergas. Pero de pronto rompieron. Discutieron y G…kov

se convirtió en enemigo mortal del mayor. Se decía que incluso habían llegado a las manos en aquella ocasión, lo cual bien podría ser cierto tratándose del mayor: era amigo de pelearse. Los reclusos, en cuanto se enteraron, se volvieron locos de alegría. «¡Cómo iba a entenderse el Ocho-ojos con alguien así! El otro es un águila, y el nuestro un…», y solían añadir algo que no se puede imprimir. Había un interés enorme por saber quién había zurrado a quién. De haber sido falsos los rumores acerca de su pelea (cosa que no se puede descartar), los presidiarios lo habrían sentido mucho. «No, seguro que ha ganado el teniente coronel —decían—, es pequeño pero valiente; el otro se habrá escondido debajo de la cama, hazme caso». Pero G…kov se marchó al poco tiempo, y los reclusos cayeron de nuevo en el desaliento. La verdad es que todos los jefes de ingenieros que tuvimos fueron buenos: yo vi pasar por allí a tres o cuatro; «Pero nunca volveremos a tener otro igual —decían los presidiarios—, aquél era un águila, un águila y además nuestro protector». El caso es que este G…kov nos apreciaba enormemente a todos los nobles, y en su etapa final nos mandó ir a B…ski y a mí a trabajar de vez en cuando a su oficina. Después de su marcha, la cosa se organizó de forma más regular. Entre los ingenieros había individuos (muy especialmente uno)[97] que nos tenían una gran simpatía. Nosotros íbamos allí a copiar documentos, e incluso estábamos mejorando nuestra escritura, pero un buen día llegó una orden de la superioridad para que nos devolvieran inmediatamente a nuestros anteriores trabajos: ¡alguien se las había arreglado para denunciarnos! Por otra parte, no nos vino mal: los dos estábamos ya hartos de la oficina. Después estuve casi dos años trabajando con B…ski, siempre juntos, sobre todo en el taller. Charlábamos, hablábamos de nuestras esperanzas, de nuestras convicciones. Era un hombre excelente, pero en ocasiones sus planteamientos resultaban muy extraños, un tanto extravagantes. No es raro ver a cierta clase de personas, realmente inteligentes, aferradas a veces a ideas totalmente paradójicas. Pero han sufrido tanto en la vida, han pagado un precio tan elevado por esas ideas, que renunciar a ellas les resulta excesivamente doloroso, casi imposible. A B…ski le dolía cada réplica que recibía y me respondía con acritud. Es muy posible que en muchos aspectos tuviera más razón que yo, no lo sé; pero al final nos separamos, y eso me hizo mucho daño: era tanto lo que

habíamos compartido.

Entretanto, M…cki se iba volviendo con el paso de los años cada vez más triste y más sombrío. La tristeza le dominaba. Antes, en mis primeros tiempos en el presidio, él era más comunicativo, su alma se abría pese a todo más a menudo y con más amplitud al mundo exterior. Llevaba ya más de dos años en prisión cuando yo llegué. Al principio mostraba un gran interés por todo lo que había ocurrido en el mundo en esos dos años, cosas que él desconocía completamente por haber permanecido en prisión; me interrogaba, prestaba atención, se conmovía. Pero hacia el final, con los años, todo lo sucedido pareció reconcentrarse en su interior, en su corazón. Las brasas se cubrían de ceniza. Cada vez se mostraba más irritado. «*Je haïs ces brigands*», me repetía a menudo, mirando con odio a los presidiarios, a los cuales yo ya había aprendido a conocer más de cerca, y ningún razonamiento mío en favor de ellos le causaba el menor efecto. No comprendía lo que le decía; alguna vez, distraído, parecía darme la razón, pero al día siguiente repetía una vez más: «*Je haïs ces brigands*». Por cierto que hablábamos a menudo en francés, y eso hizo que uno de nuestros vigilantes en el trabajo, el soldado de ingenieros Dranishnikov, a saber mediante qué razonamientos, nos llamara *praticantes*[98]. M…cki sólo se animaba cuando recordaba a su madre. «Está vieja y enferma —me decía—, me quiere más que a nada en el mundo, y yo estoy aquí sin saber siquiera si está viva o si ha muerto. En cuanto a ella, bastante tuvo con saber que me habían azotado…» M…cki no era noble, y antes de la deportación le habían sometido a castigo corporal. Al recordarlo, apretaba los dientes y trataba de apartar la mirada. En los últimos tiempos cada vez era más habitual verle paseando solo. Una vez, poco antes del mediodía, le mandó llamar el comandante. Éste salió a recibirle con una sonrisa alegre.

—Veamos, M…cki, ¿qué has soñado esta noche? —le preguntó.

«Me dio un vuelco el corazón —nos contó más tarde M…cki, al volver a nuestro lado—. Como si me lo hubieran atravesado».

—Soñé que recibía una carta de mi madre —respondió.

—¡Mejor, mejor! —replicó el comandante—. ¡Eres libre! Tu madre ha pedido clemencia… y han atendido sus súplicas. Aquí tienes su carta, y aquí está la orden que te concierne. Ahora mismo vas a salir del presidio.

Al volver, estaba pálido, todavía no se había repuesto de la noticia. Le felicitamos. Nos dimos la mano: las suyas estaban heladas y temblorosas. Muchos otros reclusos le felicitaban y se alegraban de su suerte.

Salió como colono, y se quedó en nuestra misma ciudad. Muy pronto le asignaron un destino. Al principio venía a vernos con frecuencia y, cuando podía, nos informaba de diversas cuestiones. Sobre todo le interesaban las noticias de política.

De los otros cuatro, es decir, aparte de M…cki, T…wski, B…ski y Z…ski, dos eran aún muy jóvenes y tenían una condena corta; su formación era escasa, pero eran honrados, sencillos y abiertos. El tercero, A…czukowski, era un tanto simplón y no tenía nada especial que ofrecer, pero el cuarto, B…m, una persona ya entrada en años, nos causó a todos una pésima impresión. No sé cómo había llegado a formar parte de aquella categoría de condenados, cosa que él mismo rechazaba. Era un alma grosera, llena de mezquindad pequeño burguesa, con hábitos y principios propios de un tendero enriquecido a base de escamotear las vueltas a los clientes. No tenía ninguna clase de formación y no se interesaba por nada que no fuera su propio oficio. Era pintor de brocha gorda, aunque un pintor magnífico, fuera de lo común. Pronto los jefes se enteraron de su talento, y toda la ciudad empezó a reclamar a B…m para que les pintara paredes y techos. En dos años repintó casi todas las viviendas oficiales. Como los ocupantes de estas viviendas le pagaban cada uno por su cuenta, él no vivía nada mal. Pero lo mejor fue que empezaron a mandar a otros camaradas con él para ayudarle en su trabajo. De los tres que le acompañaban asiduamente, dos aprendieron el oficio con él, y uno de ellos, T… wski, llegó a hacerlo igual de bien. Nuestro mayor, que también ocupaba una vivienda oficial, llamó a B…m cuando tuvo ocasión y le ordenó que le pintara todas las paredes y techos. B…m se esmeró especialmente con él: ni la casa del gobernador general la había pintado así de bien. La casa del mayor era de madera, de una sola planta, bastante decrépita y totalmente carcomida por fuera: en cambio, después de pintarlo, el interior quedó como un palacio, y el mayor estaba entusiasmado… Se frotaba las manos y no paraba de decir que se casaría sin falta. «Con una casa como ésta no es posible seguir soltero», añadía muy serio. Cada vez estaba más contento con

B…m, así como con los que le ayudaban en el trabajo. La faena duró un mes entero. En este tiempo el mayor cambió radicalmente de opinión sobre todos nosotros, y empezó a protegernos. La cosa llegó a tal punto, que un día mandó llamar de improviso a Z…ski.

—¡Z…ski! —dijo—, te he ofendido. Reconozco que te hice azotar sin razón. Estoy arrepentido. ¿Lo entiendes? Yo, precisamente *yo, yo*… ¡arrepentido!

Z…ski le respondió que sí, que lo entendía.

—¿Te das cuenta de que yo, *yo*, tu superior, te he llamado para pedirte perdón? ¿Eres capaz de apreciarlo? ¿Y *tú* quién eres a mi lado? ¡Un gusano! ¡Menos que un gusano: un presidiario! En cambio, yo soy mayor por la gracia de Dios[99]. ¡Mayor! ¿Lo entiendes?

Z…ski le respondió que también entendía eso.

—Bien, pues ahora quiero reconciliarme contigo. Pero ¿puedes sentir lo que eso supone, sentirlo plenamente, en toda su plenitud? ¿Estás capacitado para entenderlo, para sentirlo? Intenta comprenderlo: yo, yo, mayor… —y siguió de esa guisa.

El propio Z…ski me contó toda la escena. De modo que hasta en un hombre como ése, un borracho, un tipo absurdo e incoherente, había sentimientos humanos. Teniendo en cuenta sus ideas y su cultura, aquella actuación se podría considerar poco menos que magnánima. Bien es verdad que se vio muy facilitada por su estado de embriaguez.

Sus sueños no se cumplieron: no se casó, pese a la firmeza de su propósito, cuando terminaron de remozar su casa. No le esperaba el matrimonio, sino un proceso, y se vio obligado a pedir el retiro. En ese momento, salieron a relucir todos sus viejos pecados. Creo recordar que anteriormente había sido gobernador en aquella ciudad… El golpe le sobrevino de forma inesperada. En el penal la alegría por la noticia fue desorbitada. ¡Fue una verdadera fiesta, un triunfo! El mayor, según decían, lloraba como una viejecilla, deshecho en lágrimas. Pero no podía impedirlo. Se retiró, vendió su pareja de caballos grises, después tuvo que hacer lo mismo con el resto de sus propiedades, y cayó finalmente en la miseria. Más adelante, nos lo encontramos vestido de civil, con una levita gastada y una gorra con escarapela. Miraba a los presidiarios con rencor. Pero todo su encanto había desaparecido nada más

despojarse del uniforme. Con el uniforme era una tormenta amenazante, era un dios. Con la levita, de pronto ya no era nada de nada, parecía un lacayo. Es asombroso todo lo que representa el uniforme para esa clase de personas.

CAPÍTULO IX

LA EVASIÓN

Poco después del relevo del mayor, se produjeron transformaciones radicales en nuestra prisión. Dejó de existir como presidio destinado a trabajos forzados, y en su lugar se instituyó una compañía disciplinaria dependiente de la Administración militar, según el modelo de las compañías disciplinarias en Rusia. Eso implicaba que ya no iban a enviarnos más deportados destinados a trabajos forzados de segunda categoría. A partir de entonces, empezaría a poblarse únicamente con presos militares, personas que, por tanto, no habían sido privadas de los derechos propios de su condición, que seguían siendo soldados como los demás soldados, sólo que castigados, que vendrían con condenas cortas (hasta un máximo de seis años) y que al salir de prisión reingresarían en sus batallones como soldados rasos, lo mismo que eran antes. No obstante, los que regresaban a la prisión por haber reincidido en sus delitos eran condenados, como sucedía anteriormente, a veinte años. Lo cierto es que ya antes de esta reforma había en nuestro penal una sección de presos militares, pero vivían con nosotros, a falta de un lugar especial para ellos. Ahora todo el penal se había convertido en una sección militar de ese tipo. Por supuesto, los deportados que ya estaban en la prisión, los auténticos condenados a trabajos forzados, los civiles despojados de todos sus derechos, marcados y con la cabeza rapada, se quedaron hasta cumplir íntegramente sus condenas; como no llegaban otros nuevos, y los que habían permanecido allí iban cumpliendo poco a poco sus condenas y salían, en unos diez años en nuestro penal no quedaría ni uno solo de estos presidiarios. También se mantuvo la sección especial, a la

que de vez en cuando enviaban a grandes criminales sometidos a la administración militar, en espera de que se abriera en Siberia un centro destinado a los trabajos forzados más duros. De esa manera, nuestra vida continuó siendo esencialmente la misma de antes: idéntico modo de vida, idéntico trabajo y casi idéntica reglamentación; únicamente el sistema de mandos había cambiado y se había hecho más complejo. Habían puesto a un jefe militar al mando de la compañía, y junto a él había cuatro oficiales que se relevaban al frente de la guardia de la prisión. También desaparecieron los inválidos; sus funciones las desempeñaban doce suboficiales y un furriel. Los hombres fueron encuadrados en grupos de diez, y se designaron cabos entre los propios reclusos, de forma nominal, se entiende, y ni que decir tiene que Akim Akímich fue nombrado cabo a las primeras de cambio. Toda esta nueva organización y toda la prisión, con su personal y sus presos, siguieron como antes bajo el mando del comandante como jefe superior. Y eso es todo lo que ocurrió. Como es lógico, al principio los reclusos se preocuparon mucho, comentaban la situación e intentaban adivinar y descifrar quiénes serían los nuevos superiores; pero cuando vieron que en el fondo todo seguía como siempre, se tranquilizaron enseguida y nuestra vida continuó discurriendo por los cauces habituales. Pero lo más importante de todo es que se habían librado del antiguo mayor; todos se sentían relajados, con nuevos ánimos. Ya no se veían las caras asustadas de antes; todos sabían ahora que, en caso de necesidad, siempre podrían explicarse con sus superiores y que, salvo error, ya no pagarían justos por pecadores. Incluso se seguía vendiendo vodka de la misma forma y en idénticas condiciones que en el pasado, a pesar de que los inválidos de antes hubieran sido sustituidos por suboficiales. Éstos demostraron ser en su mayoría personas honradas y sensatas, que sabían cuál era su sitio. Bien es verdad que hubo algunos que, al principio, manifestaron cierta tendencia a fanfarronear y, sin duda por culpa de su inexperiencia, creyeron que podían tratar a los reclusos como soldados. Pero pronto también ellos se hicieron cargo de la situación. A algunos, los que más tardaban en enterarse, fueron los propios presos quienes les hicieron ver el fondo de la cuestión. Hubo conflictos bastante serios: por ejemplo, engatusaban a un suboficial, le hacían beber, y después le explicaban, a su modo,

claro, que había bebido con ellos y que por lo tanto… Así que al final los suboficiales veían con indiferencia o, más bien, hacían todo lo posible por no ver cómo pasaban los odres y se vendía vodka. Y no sólo eso: al igual que antes hacían los inválidos, iban al mercado y les traían a los reclusos roscas de pan, carne de vaca y cosas así, que pudieran pasar más o menos desapercibidas. Lo que no sé es a qué se debieron todos aquellos cambios, por qué se creó la compañía disciplinaria. Todo esto sucedió en los últimos años de mi condena. Pero todavía tenía que vivir dos años con aquel nuevo régimen…

¿Debería contar toda esa vida, todos mis años en prisión? No lo creo. Si fuera presentando por orden, consecutivamente, todo lo que ocurrió, todo lo que vi y experimenté en aquellos años, podría escribir, por descontado, tres o cuatro veces más capítulos de los que ya llevo escritos. Pero esa clase de descripción acaba por resultar, inevitablemente, demasiado monótona. Todos los episodios tendrían un aire excesivamente familiar, sobre todo si el lector ha podido ya, a partir de los capítulos precedentes, formarse una idea medianamente cabal de la vida de los condenados a trabajos forzados de la segunda categoría. Mi intención era la de presentar todo nuestro presidio y todo lo que yo viví en el curso de esos años en un cuadro nítido e intenso. No sé si lo habré conseguido. En buena medida, no me corresponde a mí juzgarlo. Pero estoy convencido de que podría darlo ya por terminado. Por si fuera poco, yo mismo empiezo a ser presa del tedio al abordar estos recuerdos. Además, es muy dudoso que sea capaz de recordarlo todo. Los años siguientes parecen haberse borrado de mi memoria. Estoy seguro de que muchas circunstancias las he olvidado completamente. Recuerdo, por ejemplo, que todos aquellos años, tan semejantes en el fondo, pasaron lentamente, tristemente. Recuerdo que aquellos días largos y aburridos eran tan monótonos como el agua que gotea de un tejado después de la lluvia. Recuerdo que tan sólo el anhelo de resurrección, de renovación, de una vida nueva me dio la fuerza para esperar y confiar. Y por fin me hice fuerte: esperaba, descontaba cada día que iba pasando y, aunque aún me quedaran mil días, disfrutaba al descontar uno más, lo despedía y lo enterraba, y al llegar el nuevo día me sentía feliz, porque ya no me quedaban mil días, sino novecientos noventa y nueve. Recuerdo que

en todo ese tiempo, a pesar de los centenares de camaradas, permanecí en un aislamiento terrible, y acabé por amar ese aislamiento. En mi soledad espiritual, me dedicaba a revisar toda mi vida anterior, examinando hasta el último detalle, y reflexionaba profundamente acerca de mi pasado; a solas, me juzgaba a mí mismo implacablemente, con toda severidad, y en ocasiones llegaba a bendecir el destino por haberme enviado esa soledad, sin la cual no habría sido posible ni ese juicio sobre mí mismo ni esa revisión tan estricta de mi vida anterior. ¡Y qué esperanzas animaban entonces los latidos de mi corazón! Entonces creía, decidía, me prometía a mí mismo que en el resto de mi vida ya no se repetirían los errores, las caídas, que antes había habido. Me trazaba un programa para toda mi vida futura, resuelto a seguirlo firmemente. En mí renacía una fe ciega: yo cumpliría todo aquello, yo podía cumplirlo… Esperaba, llamaba a la libertad para que se apresurase; quería someterme a nuevas pruebas, en un nuevo combate. Por momentos, una impaciencia febril me dominaba… Pero ahora me resulta doloroso evocar mi estado de ánimo de aquel entonces. Naturalmente, todo esto no me concierne más que a mí… Pero si lo he anotado ha sido porque, en mi opinión, cualquiera puede comprenderlo, ya que a cualquiera le ocurriría lo mismo si fuera a parar a una prisión por cierto tiempo, en la flor de sus años y de sus fuerzas.

Pero ¿a qué viene todo esto?… Mejor será que cuente alguna historia más, para no terminar con un corte muy brusco.

Se me ocurre que alguien podría preguntar: ¿es que era imposible evadirse de aquel presidio?, ¿nadie se escapó en todos esos años? Ya he escrito antes que un recluso, cuando ha pasado dos o tres años en prisión, empieza a valorar esos años y calcula inconscientemente que es mejor cumplir el resto de la condena sin complicaciones y sin riesgos, para salir al final de una forma legal y establecerse como colono. Pero un cálculo así se impone únicamente en la cabeza de un recluso con una condena no demasiado larga. El que tiene muchos años por delante es más probable que esté dispuesto a arriesgarse… Sin embargo, esto no sucedía en nuestro penal. No sé si es que tenían demasiado miedo, si la vigilancia era especialmente rigurosa, por estar en manos de militares, si se trataba del emplazamiento de nuestra ciudad, que no

era nada favorable (una zona despejada, de estepa): no sabría decir. Creo que todos estos motivos contribuían a explicarlo. El caso es que escaparse de nuestro presidio era realmente difícil. Con todo, en mis tiempos hubo un caso: dos lo intentaron, y además se contaban entre los criminales más notables…

Tras el relevo del mayor, A…v (que había sido su espía en el presidio) se quedó absolutamente solo, sin protección. Era todavía muy joven, pero su carácter se endurecía y se hacía más cerrado con el paso de los años. Por lo general, era un hombre audaz, decidido y muy listo además. Aunque habría seguido espiando y dedicándose a toda clase de actividades subterráneas si le hubieran dado la libertad, ya no le habrían cogido de un modo tan estúpido como la vez anterior, por culpa de su falta de previsión, ya que había pagado la estupidez cometida con la deportación. En el presidio también se ejercitaba a veces en el arte de la falsificación de documentos. Aunque no lo digo con total seguridad. Yo se lo oí comentar a otros reclusos. Decían que ya se dedicaba a trabajos de ese tipo cuando frecuentaba la cocina del mayor y que, desde luego, había obtenido con eso los beneficios esperados. En una palabra, parecía dispuesto a todo para cambiar su suerte. Yo tuve la ocasión de conocer en parte su espíritu: su cinismo le llevaba a una insolencia insultante, reflejada en las burlas más frías, y producía una repulsión insuperable. Creo que, si le hubiera apetecido mucho beberse un vaso de vodka y no hubiera podido conseguir ese vaso más que matando a alguien, no habría vacilado en cometer el crimen, siempre que hubiera podido hacerlo de tapadillo, sin que nadie se enterase. En prisión había aprendido a ser calculador. Así era el hombre en quien se fijó Kulikov, el recluso de la sección especial.

Ya he hablado de Kulikov. Ya no era joven, pero era apasionado, vivaz, fuerte, dotado de talentos excepcionales y de lo más variopintos. Estaba lleno de energía y todavía quería vivir; esa clase de personas conserva las ganas de vivir hasta la edad más avanzada. Y, puestos a asombrarse de que nadie se hubiera evadido del penal, sin duda de quien primero habría que asombrarse sería de Kulikov. Pero Kulikov se decidió. ¿Quién de los dos tenía más influencia sobre el otro: A…v sobre Kulikov o Kulikov sobre A…v? No lo sé, pero los dos se necesitaban y en este asunto cada uno era para el

otro el compañero idóneo. Se hicieron amigos. Creo que Kulikov contaba con que A…v prepararía los documentos. A…v pertenecía a la nobleza, era una persona de la alta sociedad, y esto anunciaba cierta variedad en sus aventuras futuras, en el caso de que consiguieran llegar a Rusia. A saber qué habrían acordado y cuáles serían sus esperanzas, aunque es seguro que tales esperanzas se saldrían de la rutina de rigor entre los vagabundos siberianos. Kulikov era actor por naturaleza, podía elegir en su vida numerosos papeles, y muy diversos; podía esperar muchas cosas, y como mínimo podía contar con que serían variadas. Para esa clase de personas la prisión debía de ser asfixiante. Se pusieron de acuerdo para fugarse.

Pero, sin la complicidad de un soldado de escolta, era imposible escapar. Había que implicar a uno de ellos en el plan. En uno de los batallones acantonados en la fortaleza servía un polaco, un hombre enérgico y, probablemente, merecedor de mejor suerte; era una persona ya entrada en años, decidida y seria. En su juventud, al poco de llegar a Siberia, se había fugado, impulsado por la profunda añoranza de su patria. Le cogieron, le azotaron y le tuvieron dos años en compañías disciplinarias. Cuando le mandaron de vuelta a su regimiento, como soldado, se lo pensó mejor y empezó a servir con celo, con todas sus fuerzas. En señal de reconocimiento, le nombraron cabo. Era un hombre con ambiciones, seguro de sí mismo y sabedor de su valía. En aquellos años le encontré en diversas ocasiones entre nuestros hombres de escolta. También los camaradas polacos me habían hablado algo de él. Me parecía que su antigua añoranza se había transformado en odio, un odio disimulado, sordo, incesante. Era un hombre dispuesto a todo, y Kulikov no se equivocaba al elegirle como compañero. Su apellido era Koller. Se pusieron de acuerdo y fijaron la fecha. Era el mes de junio, y los días eran calurosos. En aquella ciudad el clima es muy regular; en verano el tiempo es estable, hace calor: lo ideal para los vagabundos. Estaba claro que de ninguna manera podían marcharse directamente desde la fortaleza: la ciudad está en un lugar totalmente despejado, abierta por los cuatro costados. Alrededor no hay bosques hasta una distancia bastante considerable. Era preciso cambiarse de ropas, vestirse de civiles, y para eso había que llegar primero hasta el arrabal, donde Kulikov tenía desde hacía tiempo

un refugio. No sé si sus buenos amigos del arrabal estarían al corriente del plan. Hay que suponer que sí, aunque éste es un punto que más tarde, en el proceso, no acabó de aclararse. Aquel año, en un rincón del arrabal, acababa de iniciar su carrera una joven bastante agraciada, apodada *Vanka-Tanka*[100], que había hecho concebir grandes esperanzas y que en buena medida las satisfaría después. También la llamaban *Ogón*[101]. Por lo visto ella también intervino en este asunto. Kulikov se estaba arruinando con ella desde hacía un año. Nuestros valientes se presentaron una mañana y se las ingeniaron astutamente para que les mandaran con el recluso Shilkin, que era fumista y estucador, a enlucir los barracones de los batallones que estaban vacíos, pues los soldados que los ocupaban llevaban un tiempo de campamento. A…v y Kulikov le acompañaron para ayudarle en el acarreo de materiales. Koller se ofreció como escolta, pero, como se precisaban dos hombres de escolta por haber tres reclusos, al propio Koller, como soldado veterano y cabo, le confiaron de buena gana un joven recluta con vistas a iniciarle e instruirle en las funciones de escolta. Eso indica que los fugitivos debían ejercer una fortísima influencia sobre Koller, y que éste tenía que confiar plenamente en ellos, en vista de que después de tantos años de servicio, y un servicio fructífero en los últimos años, un hombre sensato, serio y calculador como era él se había decidido a seguirles.

Llegaron a los barracones. Serían las seis de la mañana. Aparte de ellos, no había nadie más. Después de haber estado trabajando cosa de una hora, Kulikov y A…v le dijeron a Shilkin que tenían que ir al taller, en primer lugar para ver a alguien, y en segundo lugar para, ya de paso, coger cierto instrumento que les faltaba. Con Shilkin había que actuar astutamente, es decir, con la mayor naturalidad posible. Era moscovita, fumista de profesión, del artesanado de Moscú, listo, taimado, inteligente, poco hablador. De aspecto era enclenque y esmirriado. Podría haberse pasado toda la vida en chaleco y batín, al estilo moscovita, pero el destino lo dispuso de otro modo, y tras largas peregrinaciones había acabado por instalarse allí, en la sección especial, o sea, entre los más temibles criminales militares. No sé qué habría hecho para protagonizar semejante trayectoria, pero nunca se le notaba especialmente descontento; actuaba con tranquilidad y regularidad;

tan sólo en ocasiones bebía de forma desmesurada, pero incluso en esos casos se comportaba correctamente. Evidentemente, no estaba en el secreto, pero tenía una mirada perspicaz. No cabe duda de que Kulikov le había hecho creer con un guiño que iban a buscar vodka, del cual se habían provisto en el taller ya desde el día anterior. Eso le tocó a Shilkin en lo más hondo; se separó de ellos sin abrigar ninguna sospecha y se quedó solo con el joven recluta, mientras Kulikov, A…v y Koller se dirigían al arrabal.

Transcurrió media hora; los ausentes no volvían y de pronto Shilkin, cayendo en la cuenta, se puso a cavilar. El joven se sintió muy apurado. Empezó a hacer memoria: Kulikov estaba bastante raro; en un par de ocasiones, A…v parecía haberle susurrado algo, y Kulikov le había hecho un guiño al menos dos veces, eso lo había visto él; en aquel momento todo eso le venía a la cabeza. En Koller también había notado algo: aunque sólo fuera el hecho de que, al separarse de ellos, hubiera empezado a recitarle la lección al recluta, explicándole todo lo que tenía que hacer en su ausencia, y eso no resultaba muy natural, al menos en el caso de Koller. En resumen, cuanto más recordaba Shilkin, mayores eran sus sospechas. Mientras tanto, el tiempo pasaba, los otros no regresaban y su intranquilidad llegaba a un grado extremo. Se daba perfecta cuenta del riesgo que corría en este asunto: las sospechas de los superiores podían volverse hacia él. Podían pensar que había dejado marchar a sus camaradas sabiendo lo que ocurría, habiendo llegado a un acuerdo con ellos, y, si tardaba en comunicar la desaparición de Kulikov y A…v, tales sospechas cobrarían mayor verosimilitud aún. No había tiempo que perder. Se acordó en ese momento de que últimamente Kulikov y A…v andaban siempre juntos, cuchicheaban a menudo y paseaban frecuentemente por detrás de los barracones, lejos de todas las miradas. Recordó que ya anteriormente había pensado algo acerca de ellos… Dirigió una mirada inquisitiva a su escolta: estaba bostezando, apoyado en su arma, y con total inocencia se hurgaba la nariz con el dedo, de modo que Shilkin no se dignó siquiera a transmitirle sus reflexiones, sino que sencillamente le dijo que le siguiera hasta el taller de ingenieros. En el taller había que preguntar si ellos habían estado allí. Pero resultó que nadie les había visto. Todas las sospechas de Shilkin se aclararon: «En el caso de que hubieran ido sencillamente al arrabal

a beber y a divertirse, cosa que Kulikov hacía de vez en cuando —pensaba Shilkin—, las cosas no habrían discurrido de este modo». Se lo habrían dicho, porque no valía la pena ocultárselo. Shilkin dejó el trabajo, y sin pasar por el barracón, fue directamente a la prisión.

Eran casi las nueve cuando se presentó ante el sargento primero y le comunicó lo que pasaba. Éste se acobardó y al principio no quería ni creerlo. Por supuesto, Shilkin le había presentado todo esto como una mera conjetura, como una sospecha. El sargento primero se marchó a toda prisa a ver al mayor. El mayor se dirigió sin dilación al comandante. Un cuarto de hora más tarde ya se habían adoptado todas las medidas precisas. Informaron al mismísimo gobernador general. Los criminales eran importantes, y por su culpa podrían recibir una fuerte reprimenda de Petersburgo. Con o sin razón, A…v se contaba entre los condenados por delitos políticos; Kulikov era de la sección especial, es decir, era un archicriminal, y militar por añadidura. Hasta entonces no se conocía ningún caso de alguien de la sección especial que se hubiera evadido. A propósito de esto, se recordó que, según el reglamento, cada recluso de la sección especial debía estar custodiado en el trabajo por dos soldados de escolta o, como mínimo, por uno para él solo. Esta norma no se había observado. Por tanto, se trataba de un asunto desagradable. Se enviaron correos urgentes a todos los distritos, a todas las localidades de la zona, para dar noticia de los evadidos y hacer llegar a todas partes su descripción. Mandaron cosacos en su búsqueda, para capturarles; también enviaron mensajes a los departamentos y provincias vecinas… En resumidas cuentas, estaban muertos de miedo.

Entretanto, en la prisión había surgido otra clase de inquietud. Los reclusos, a medida que volvían del trabajo, se enteraban de inmediato de lo ocurrido. La noticia se había propagado rápidamente. Todos la acogían con una alegría fuera de lo común, aunque disimulada. A todo el mundo le dio un vuelco el corazón… Aparte de que este suceso rompía la monotonía de la prisión y agitaba el hormiguero, una evasión, y más aún una evasión como aquélla, encontraba una respuesta cordial en todas las almas, en las que volvía a tocar cuerdas que no sonaban desde hacía mucho tiempo; algo parecido a la esperanza, a la audacia, a la posibilidad

de cambiar la suerte se removió en todos los corazones. «Si esas personas se han escapado, ¿por qué no…?» Y cada uno, con esta idea, cobraba nuevos ánimos y miraba a los demás con aire desafiante. En cualquier caso, de pronto todos se sentían orgullosos y empezaron a contemplar con desdén a los suboficiales. Ni que decir tiene que la prisión se había visto rápidamente invadida por los superiores. El comandante en persona se presentó allí. Los reclusos estaban envalentonados y miraban de un modo osado, algo despectivo incluso, como diciendo sin palabras, pero con toda firmeza: «Por lo que se ve, nosotros sabemos hacer bien las cosas». Por supuesto, ya se contaba con esa presencia generalizada de superiores. También se contaba con que no faltarían los registros, y todo había sido puesto previamente a buen recaudo. Se sabía que en estos casos los superiores siempre toman las medidas con retraso. Así ocurrió: hubo un gran alboroto; lo revolvieron todo, miraron en todas partes y no encontraron nada, claro. Cuando fueron a trabajar después de comer, los reclusos llevaban una escolta reforzada. Al anochecer, los guardias se informaban de todo lo que ocurría en la prisión a cada momento; recontaron a los presos una vez más de lo habitual y se equivocaron en los cálculos dos veces más de lo habitual. Esto causó un nuevo revuelo: nos hicieron salir a todos al patio y procedieron a otro recuento. Después volvieron a contar de más al hacerlo barracón a barracón… En una palabra, hubo un gran ajetreo.

Pero a los presos les traía sin cuidado. Todos exhibían una desenvoltura extraordinaria, y, como suele ocurrir en estos casos, se comportaron con absoluta corrección durante toda aquella tarde: «No hay que darles ningún pretexto». Por supuesto, los superiores pensaban: «¿No habrá quedado en la prisión algún cómplice de los fugados?». Y ordenaron vigilar de cerca y escuchar atentamente a los reclusos. Pero éstos no hacían más que reírse. «¡Ni que en este tipo de asuntos fuera uno dejando cómplices detrás!» «Estas cosas se hacen sin que nadie se entere, es la única manera». «Pues menudos son Kulikov y A…v, como para ir dejando huellas. Lo han hecho de forma magistral, con todo secreto. Esta gente ha salido de muchas dificultades; también sabrá salir de esta prisión». En resumen, la fama de Kulikov y A…v aumentaba; todos estaban orgullosos de ellos. Sentían que su hazaña llegaría hasta la más lejana

descendencia de los presidiarios, que sobreviviría a la prisión.

—¡Unos maestros! —decían unos.

—Mira que pensaban que de aquí no se escaparía nadie. ¡Pues ya se han escapado! —añadían otros.

—¡Se han escapado! —intervino un tercero, mirando alrededor con cierto aire autoritario—. Pero ¿quiénes son los que se han escapado?… ¿Acaso tú estás a su altura?

En otra ocasión, el recluso al que iban dirigidas estas palabras habría respondido sin duda al desafío, defendiendo su honor. Pero en este caso se calló modestamente. «La verdad es que no todo el mundo es como Kulikov y A…v; primero hay que demostrar lo que uno vale…»

—La verdad, amigos, ¿qué hacemos aquí? —rompió el silencio un cuarto, sentado discretamente junto al ventanuco de la cocina; hablaba con cierto tono cantarín, que delataba una oculta suficiencia, algo debilitada, y apoyaba una mejilla en la palma de la mano—. ¿Qué hacemos aquí? Para estar vivos, no parecemos hombres; para estar muertos, no parecemos difuntos. ¡Maldita sea!

—Esto no es como un zueco que te puedas sacudir del pie como si tal cosa. ¿A qué viene esa maldición?

—Pues mira Kulikov… —quiso terciar uno de los más entusiastas, un mozalbete joven e ingenuo.

—¡Kulikov! —intervino enseguida otro, mirando de reojo, despectivamente, al muchacho ingenuo—. ¡Kulikov!

Eso quería decir: ¿es que hay muchos Kulikov?

—Fijaos en A…v, compañeros, ¡qué listo ha sido!

—¡Y tanto! Es capaz de liar al mismísimo Kulikov. ¡No hay quien pueda con él!

—Lo que me gustaría saber, amigos, es si a estas horas andarán ya muy lejos…

Y de inmediato se suscitó la discusión: ¿habrán llegado muy lejos?, ¿qué dirección habrán tomado?, ¿adónde les convendría ir?, ¿cuál es el distrito más próximo? Había allí gente que conocía los alrededores. Les escuchaban con interés. Se habló de los pobladores de las aldeas vecinas, y se llegó a la conclusión de que no eran favorables. Los que viven cerca de la ciudad están ya muy curtidos; no sólo no ayudarían a los fugados, sino que los capturarían y los entregarían.

—El *mujik* de por aquí lleva una vida muy dura, amigos, ¡y menudo es el *mujik*!

—¡No te puedes fiar de ellos!

—Estos siberianos, orejas saladas[102]… Como no les caigas en gracia, te matan.

—Bueno, pero nuestros compañeros…

—Ya se entiende: a cada cual lo suyo. Y los nuestros tampoco son mancos.

—Ya nos enteraremos, si no nos morimos antes.

—¿Y tú qué crees? ¿Los cogerán?

—¡No los van a coger en la vida! —responde otro de los entusiastas, dando un puñetazo en la mesa.

—Ya; bueno, ahora veremos cómo se va desarrollando todo.

—Pues lo que yo pienso, amigos —interviene Skurátov—, es que, si yo fuera vagabundo, no me cogerían en la vida.

—¿A ti?

Estallan las risas; algunos ponen cara de no querer ni oír. Pero Skurátov ya se ha lanzado.

—¡En la vida me cogerían! —sigue con decisión—. Yo, amigos, a menudo le doy vueltas a esto, y no salgo de mi asombro: creo que me colaría por una grieta antes de dejarme atrapar.

—Descuida, que en cuanto te entrara hambre, no tardarías en ir a pedirle pan a un *mujik*.

Carcajada general.

—¿A pedirle pan? ¡No digas tonterías!

—Si no haces más que darle a la lengua. El tío Vaska y tú matasteis a uno que traía la muerte a las vacas[103], por eso estáis aquí.

Las carcajadas crecen. A los tipos serios se les ve cada vez más indignados.

—¡Estás mintiendo! —grita Skurátov—, ha sido Mikitka el que ha lanzado ese infundio contra mí, y ni siquiera contra mí, sino contra Vaska, y a mí, ya de paso, me han metido en el mismo saco. Yo soy de Moscú, y conozco el mundo de los vagabundos desde niño. Cuando me enseñaba a leer el sacristán, y me tiraba de la oreja para obligarme a repetir la plegaria que empieza: «Apiádate de mí, oh Dios, por tu inmensa misericordia…», yo decía, en cambio: «Me llevaron a la policía por tu culpa…»[104]. Así empezó

mi carrera, cuando no era más que un crío.

Todos volvieron a reírse. Justo lo que le hacía falta a Skurátov, que no podía pasarse sin hacer el bufón. Pronto se cansaron de él y volvieron a ocuparse de temas serios. Los que emitían juicios eran, sobre todo, los más mayores y los expertos en la materia. Los más jóvenes, y los más tranquilos, se limitaban a observarles complacidos e intentaban enterarse bien de lo que decían; el grupo que se había juntado en la cocina era muy numeroso; por descontado, allí no había suboficiales. En su presencia no se habrían dicho todas esas cosas. Entre los que mejor se lo pasaban, me fijé en un tártaro, Mametka, bajo, de pómulos salientes, con un tipo extremadamente cómico. Apenas hablaba ruso y no entendía casi nada de lo que los otros estaban diciendo, pero él también se esforzaba por escuchar, levantando la cabeza por encima del gentío, y disfrutaba enormemente.

—¿Qué, Mametka, *yakshi*[105]*?* –le abordó Skurátov, que no tenía nada mejor que hacer, tras haberle dado de lado todos los demás.

—*¡Yakshi, yakshi!* –farfulló animándose Mametka, asintiendo a Skurátov con su cómica cabeza—. *¡Yakshi!*

—¿No les cogerán, *yok*[106]?

—*¡Yok, yok!* –y Mametka volvió a removerse, agitando incluso los brazos esta vez.

—O sea, si tú te has confundido, yo no me he dado ni cuenta, ¿verdad?

—¡Eso, eso, *yakshi*! –insistió Mametka, asintiendo con la cabeza.

—Muy bien, pues *yakshi*.

Y Skurátov, tras darle a Mametka un golpe en el gorro, que se le quedó encasquetado hasta los ojos, salió de la cocina de un excelente humor, dejando a aquel algo desconcertado.

Durante toda una semana, las medidas severas se mantuvieron en la prisión, al igual que ocurrió con las persecuciones redobladas y las pesquisas por los alrededores. No sé cómo lo harían, pero a los reclusos les llegaban de inmediato y con absoluta precisión todas las novedades sobre las maniobras de los superiores fuera de la prisión. Los primeros días todas las noticias eran favorables a los fugados: nadie sabía nada de ellos, habían desaparecido sin más. A los nuestros no se les borraba la sonrisa de la cara. Se desvaneció

cualquier posible inquietud sobre el destino de los fugados. «¡No encontrarán nada, no cogerán a nadie!», decían con suficiencia.

—Nada de nada; ¡ni rastro!

—Adiós; no os preocupéis por mí, ¡hasta la vista!

Ya sabíamos que todos los campesinos de la zona estaban movilizados, que todos los lugares sospechosos, todos los bosques, todos los barrancos estaban vigilados.

—Tonterías —decían burlonamente los presos—, seguro que ellos cuentan con alguien que ahora les tiene acogidos.

—¡Sin duda! —añadían otros—, menudos son ellos, todo lo tenían previsto de antemano.

Las conjeturas iban aún más lejos: empezaron a decir que a lo mejor los evadidos estaban todavía en el arrabal, en algún sótano, esperando a que pasara la alarma, al tiempo que les volvía a crecer el pelo. Podían vivir ahí seis meses, o un año, y después marcharse…

En definitiva, todos estaban poseídos por una especie de espíritu novelesco. Pero, de pronto, unos ocho días después de la evasión, se extendió el rumor de que ya habían dado con su rastro. Naturalmente, ese rumor absurdo fue inmediatamente rechazado con desprecio. Pero aquella misma noche el rumor se confirmó. Los reclusos empezaron a alarmarse. A la mañana siguiente, en la ciudad se decía que ya los habían capturado, que estaban de camino. Después de comer conocimos más detalles: los habían capturado a setenta *verstas* de allí, en cierta aldea. Finalmente nos llegó una información precisa. El sargento primero, que venía de ver al mayor, afirmó positivamente que los traerían al atardecer, directamente al cuerpo de guardia de la prisión. Ya no podía haber más dudas. Resulta difícil transmitir el impacto que esta noticia causó en los presos. Al principio parecían enfurecidos, después se sintieron abatidos. Más tarde se observó cierta inclinación a la burla. Empezaron a reírse, pero ya no de los captores, sino de los capturados; primero sólo unos pocos, más tarde casi todos, salvo algunos individuos serios y firmes que tenían las ideas muy claras y a quienes las burlas no parecían afectar. Éstos miraban con desdén a la masa inconstante y guardaban silencio.

En resumen, en la misma medida en que antes habían ensalzado a Kulikov y A…v, ahora los echaban por tierra, no sin satisfacción.

Como si los dos fugados hubiesen ofendido a todos los demás. Se contaba en un tono despectivo que habían sentido unas ganas terribles de comer, que no habían sido capaces de soportar el hambre y que habían entrado en una aldea para pedir allí pan. Esto constituía el máximo grado de humillación para un vagabundo. La verdad es que estos relatos no eran auténticos. Habían dado con el rastro de los evadidos; éstos se ocultaron en un bosque, pero el bosque fue rodeado por todas partes. Al ver que no tenían ninguna posibilidad de salvación, ellos mismos se entregaron. No podían hacer otra cosa.

Pero cuando efectivamente los trajeron al atardecer, atados de pies y manos, entre guardianes, todo el presidio se precipitó a la empalizada para ver qué iban a hacer con ellos. Claro está que no pudieron ver nada, aparte del coche del mayor y del comandante junto al cuerpo de guardia. Los fugados permanecieron incomunicados, fueron encadenados y, al día siguiente, se presentaron ante un consejo de guerra. Las burlas y el desprecio de los presidiarios se desvanecieron rápidamente. Conocieron más detalles del asunto: supieron que no tenían más alternativa que la de entregarse, y se pusieron a seguir con todo interés la marcha del consejo de guerra.

—Les van a sacudir mil baquetazos —decían unos.

—¡Ni lo sueñes! —decían otros—, se los van a cargar. A…v, a lo mejor, se lleva mil, pero al otro se lo cargan: recuerda, querido amigo, que es de la sección especial.

Sin embargo, no dieron en el blanco. A…v se llevó tan sólo quinientos palos; tuvieron en cuenta su buena conducta anterior y el hecho de que se tratase de su primera infracción. Kulikov recibió, me parece, mil quinientos. Los castigos se ejecutaron con bastante clemencia. Ellos, como personas prudentes, no comprometieron a nadie ante el tribunal, hablaron claramente, con precisión, y dijeron que habían huido directamente de la fortaleza, sin detenerse en ninguna parte. Por quien más lo sentí fue por Koller: lo perdió todo, dejó allí sus últimas esperanzas, y sufrió el castigo más duro, creo que fueron dos mil baquetazos; después fue internado como recluso en alguna parte, desde luego no en nuestro presidio. El castigo de A…v fue ejecutado de forma suave, compasiva; los médicos contribuyeron a ello. Pero él se envalentonó y en el hospital decía

en voz alta que ya había pasado por todo, que estaba dispuesto a todo y que aún le quedaba mucho por hacer. Kulikov se comportó como siempre lo había hecho, es decir, con seriedad, con toda corrección, y, cuando regresó a la prisión después del castigo, daba la impresión de no haberse ausentado nunca. Pero los presos ya no le miraban del mismo modo: a pesar de que Kulikov supiera mantener el tipo en todas las circunstancias, los reclusos, en el fondo de su alma, habían dejado de respetarle, y empezaron a tratarle sin miramientos. En conclusión, la gloria de Kulikov declinó drásticamente a partir de esta evasión. La gente le da tanta importancia al éxito…

CAPÍTULO X

LA SALIDA DEL PRESIDIO

Todo esto ocurrió en mi último año de presidio. Este último año, al igual que ocurre con el primero, lo guardo vivamente en mi memoria, sobre todo el período final. Pero para qué hablar de detalles. Recuerdo tan sólo que en ese año, pese a mi impaciencia por concluir cuanto antes la condena, la vida me resultaba más fácil que en los años anteriores de deportación. En primer lugar, porque yo ya tenía entre los reclusos amigos y conocidos que habían asumido definitivamente que yo era un buen hombre. Muchos de ellos confiaban en mí y me estimaban sinceramente. Un soldado de ingenieros estuvo a punto de llorar cuando nos acompañó, a otro compañero y a mí, en el momento de salir del presidio; y cuando a continuación, ya libres, estuvimos viviendo todavía durante un mes en esa ciudad, en un edificio oficial, nos visitaba casi a diario, simplemente para vernos. Hubo también, sin embargo, personas duras e intratables hasta el final, a quienes por lo visto les costaba cruzar una palabra conmigo, Dios sabrá por qué. Se diría que había una barrera entre nosotros.

En los últimos tiempos disfruté de más ventajas que en todos los años de presidio. Descubrí que tenía conocidos entre el personal militar de esa ciudad, algunos de los cuales eran viejos compañeros de escuela. Reanudé las relaciones con ellos. A través de ellos pude conseguir más dinero, escribir a mi familia e incluso tener libros. Llevaba ya varios años sin leer un solo libro, y es difícil transmitir la extraña y a la vez emocionante sensación que me produjo la lectura de mi primer libro en prisión. Recuerdo que empecé a leerlo al atardecer, con el barracón ya cerrado, y me pasé toda la noche

leyendo, hasta el alba. Se trataba de un número de una revista. Fue como si un mensaje de otro mundo me llegara volando; toda mi vida anterior estaba ahí ante mí, brillante y luminosa, y yo intentaba adivinar según iba leyendo: ¿me habré alejado mucho de esa vida?, ¿habrán vivido mucho allí sin mí?, ¿qué les inquieta ahora?, ¿qué problemas intentan resolver? Le daba mil vueltas a cada palabra, leía entre líneas, me esforzaba por encontrar sentidos ocultos, alusiones al pasado; intentaba descubrir las huellas de todo aquello que antes, en mis tiempos, había preocupado a la gente, y qué amargo me resultaba comprobar hasta qué punto esa nueva vida me era ajena y saber que yo ya no pertenecía a ese mundo. Tendría que acostumbrarme a todo lo nuevo, trabar conocimiento con una nueva generación. Me lancé con especial avidez sobre un artículo a cuyo pie había encontrado un nombre conocido, de una persona que, antes, me era cercana… Pero ya sonaban también los nuevos nombres: aparecían nuevos protagonistas, y yo me afanaba por conocerlos, y me fastidiaba mucho tener tan pocos libros en perspectiva y que me fuera tan difícil conseguirlos. Antes, con el antiguo mayor, era incluso peligroso introducir libros en el penal. En caso de registro, preguntaban sin falta: ¿De dónde proceden estos libros?, ¿dónde los has cogido?, ¿así que tienes relaciones?… ¿Y qué podía responder yo a esas preguntas? De ese modo, viviendo sin libros, yo me encerraba sin querer cada vez más en mí mismo, me hacía preguntas, intentaba responderlas, a veces me atormentaban… Pero ¡no hay forma de explicar todo eso!

Había ingresado en prisión en invierno, y por tanto debía salir en libertad también en invierno, el mismo mes y el mismo día en que había llegado. Con qué impaciencia estuve esperando el invierno, con qué placer miraba a fines del verano cómo amarilleaban las hojas de los árboles y perdía color la hierba de la estepa. Por fin pasó el verano, empezó a aullar el viento del otoño; aquí estaban ya revoloteando las primeras nieves… ¡Al fin llegó ese invierno, tanto tiempo esperado! A veces, el corazón me empezaba a latir con violencia, dando golpes sordos, al presentir la libertad con tanta fuerza. Pero, cosa curiosa, cuanto más corría el tiempo y el plazo se acercaba, con más calma, cada vez con más calma, me lo tomaba yo. Cerca ya de los días finales, llegué a asombrarme y me lo reprochaba: me parecía que me había vuelto totalmente frío e

indiferente. Muchos reclusos, al encontrarme en el patio en los ratos de descanso, venían a mí para felicitarme:

—Así que sale libre, amigo Alexánder Petróvich; dentro de nada libre. Nos va a dejar aquí, solos, desamparados.

—Y a usted, Martynov, ¿también le queda poco? —respondía.

—¡A mí! ¡Mejor ni hablar! Siete años todavía por delante…

Y suspira, se detiene, y mira distraído, como buscando el futuro con la mirada… Sí, muchos me felicitaban de todo corazón, con alegría. Era como si todos se hubieran vuelto más amables conmigo. Por lo visto, yo ya no era uno de ellos; se estaban despidiendo de mí. A K…czynski, de la nobleza polaca, un joven tranquilo y dócil, le gustaba mucho, como a mí, pasear por el patio en su tiempo libre. Pensaba que el aire fresco y el ejercicio le permitían conservar la salud y recuperarse de todo el daño que causaban las noches sofocantes en los barracones. «Estoy esperando su marcha con impaciencia —me dijo sonriente una vez, al encontrarnos durante el paseo—; cuando usted salga, *yo sabré entonces* que me queda justamente un año hasta mi salida».

Quisiera comentar, de paso, que, como consecuencia de nuestra tendencia a soñar y de la larga privación, en prisión la libertad nos parecía más libre que la verdadera libertad, tal y como ésta es de hecho en la realidad. Los reclusos tenían una idea exagerada de la libertad real, y esto era algo muy natural, inherente a todo recluso. Cualquier ordenanza zarrapastroso era considerado allí poco menos que un rey; era casi el ideal de hombre libre en comparación con los presidiarios, sencillamente porque iba sin rapar, sin grilletes y sin escolta.

La víspera del último día, en el crepúsculo, recorrí *por última vez* todo el presidio a lo largo de la empalizada. ¡Cuántos miles de veces habría recorrido esta empalizada en todos estos años! Aquí, detrás de los barracones, había errado durante mi primer año, solo, desamparado, hundido. Recuerdo que entonces me dedicaba a contar cuántos miles de días me quedaban. ¡Señor, qué lejos quedaba aquello! Aquí, en este rincón, estuvo cautiva nuestra águila; aquí me esperaba a menudo Petrov. Tampoco ahora se alejaba de mí. Se acercaba corriendo y, como si me leyera el pensamiento, marchaba en silencio a mi lado, dando la impresión de que algo, para sus adentros, le sorprendía. Me despedía sin

palabras de las ennegrecidas paredes de madera de nuestros barracones. Qué poco acogedoras me parecieron *entonces*, al principio. Sin duda, ellas también habían envejecido en este tiempo, pero yo no lo había notado. ¡Y cuánta juventud había sido inútilmente sepultada entre estas paredes, cuántas fuerzas grandiosas habían sucumbido en vano! Porque hay que decirlo todo de una vez: ésta era una gente extraordinaria. Se trataba, tal vez, de la gente mejor dotada, de la gente más fuerte de todo nuestro pueblo. Pero han perecido en vano esas fuerzas poderosas, han perecido de un modo anormal, ilegítimo, irremediable. ¿Y quién es el culpable?

Sí, ¿quién es el culpable?

Al día siguiente, muy temprano, antes de la marcha al trabajo, cuando apenas empezaba a amanecer, recorrí todos los barracones para despedirme de todos los reclusos. Muchas manos callosas, poderosas, me fueron tendidas amigablemente. Algunas estrecharon las mías con verdadera camaradería, aunque éstas fueron pocas. Otros ya habían comprendido perfectamente que yo era desde aquel momento un hombre completamente distinto a ellos. Sabían que tenía conocidos en la ciudad, que iría inmediatamente a ver a esos señores y me quedaría con ellos, como su igual. Lo sabían muy bien y, aunque se despidieran de mí con amabilidad, afectuosamente incluso, no se estaban despidiendo de un camarada, ni mucho menos, sino de un señor. Otros me volvían la espalda y se negaban secamente a responder a mi despedida.

Sonó el tambor y todos se marcharon al trabajo, pero yo me quedé. Aquella mañana Sushílov se había levantado antes que nadie para tener tiempo de prepararme el té. ¡Pobre Sushílov! Lloró cuando le regalé mi ropa de presidiario, camisas, protectores para los grilletes y algún dinero. «¡Esto no me hace falta, ninguna falta! —decía, esforzándose por dominar sus labios temblorosos—. A quien pierdo, y cómo, es a usted, Alexánder Petróvich. ¿Qué va a ser ahora de mí, aquí, sin usted?» Por última vez, Akim Akímich y yo nos dijimos adiós.

—¡Pronto le tocará a usted! —le dije.

—Todavía me queda mucho, muchísimo tiempo aquí —murmuró mientras estrechaba mi mano. Me eché a su cuello y nos besamos.

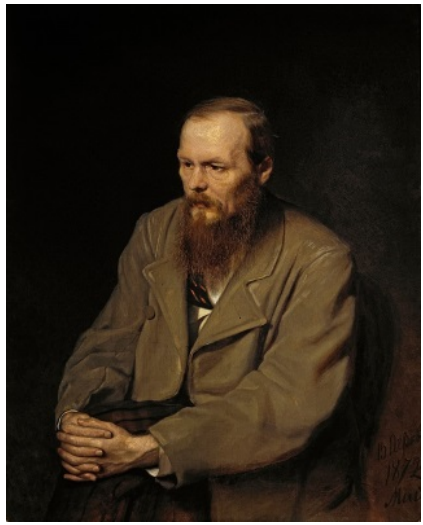
A los diez minutos de la marcha de los reclusos, nosotros dos, el camarada con el que había llegado y yo, salimos del penal, para nunca más volver a él. Había que ir directamente a la herrería para que nos quitaran los grilletes. Pero ya no nos acompañaba un soldado de escolta con su fusil: íbamos con un suboficial. Unos compañeros nuestros nos quitaron los grilletes en el taller de ingenieros. Esperé a que se los quitaran a mi camarada, y después me tocó a mí acercarme al yunque. Los herreros me colocaron con la espalda vuelta hacia ellos, me levantaron la pierna por detrás, la pusieron sobre el yunque… Se afanaban por hacerlo lo mejor posible, con toda su destreza.

—¡Ese remache, primero tienes que girar ese remache! —ordenaba el maestro herrero—; colócalo, así, muy bien… Ahora dale con el martillo…

Cayeron los grilletes. Los recogí… Quería sostenerlos en las manos, mirarlos por última vez. Me parecía asombroso que hubieran estado en mis pies hasta ese mismo instante.

—Venga, ¡id con Dios!, ¡id con Dios! —decían los presidiarios con voces entrecortadas, rudas, pero que denotaban cierta satisfacción.

¡Sí, con Dios! La libertad, una nueva vida, la resurrección de entre los muertos… ¡Qué momento tan maravilloso!



FIÓDOR MIJÁILOVICH DOSTOIEVSKI nació en Moscú en 1821, hijo de un médico militar. Estudió en un colegio privado de su ciudad natal y en la Escuela Militar de Ingenieros de San Petersburgo. En 1845, su primera novela, *Pobre gente*, fue saludada con entusiasmo por el influyente crítico Bielinski, aunque no así sus siguientes narraciones. En 1849, su participación en un acto literario prohibido le valió una condena de ocho años de trabajos forzados en Siberia, la mitad de los cuales los cumplió sirviendo en el ejército en Semipalatinsk. De regreso a San Petersburgo en 1859, publicó ese mismo año la novela *La aldea de Stepanichkovo y sus habitantes*. Sus recuerdos de presidio, *Memorias de la casa muerta*, vieron la luz en forma de libro en 1862, un año después que su primera novela larga, *Humillados y ofendidos*. Fundó con su hermano Mijaíl la revista *Tiempo* y, posteriormente, *Época*, cuyo fracaso le supuso grandes deudas. La muerte de su hermano y de su esposa el mismo año de 1864, la relación «infernal» con Apolinaria Susova, la pasión por el juego, un nuevo matrimonio y la pérdida de una hija le llevaron a una vida nómada y trágica, perseguido por acreedores y sujeto a contratos editoriales desesperados. Sin embargo, desde la publicación en 1866 de *Crimen y castigo*, su prestigio y su influencia fueron centrales en la literatura rusa, y sus novelas posteriores no

hicieron sino incrementarlos: *El jugador* (1867), *El idiota* (1868), *El eterno marido* (1870), *Los endemoniados* (1872), *El adolescente* (1875) y, especialmente, *Los hermanos Karamázov* (1879-1880). Sus artículos periodísticos se hallan recogidos en su monumental *Diario de un escritor* (1873-1881). Dostoievski murió en San Petersburgo en 1881.

Notas

[1] Fiódor Dostoievski: *Cartas a Misha* (1838-1864), traducción de Selma Ancira, Grijalbo-Mondadori, 1995. < <

[2] Rafael Cansinos-Assens: *Dostoievski, el novelista de lo subconsciente*, Madrid, Aguilar, s. f. < <

[3] Emilia Pardo Bazán: *La revolución y la novela en Rusia (Lecturas en el Ateneo de Madrid)*. Madrid, Imprenta y Fundición de M. Tello, 1887. <<

[4] Apelativo de Katilina (Catalina). [*Esta nota, como las siguientes a menos que se indique lo contrario, es de los traductores*]. < <

[5] En lugar de *ssylno* («deportado»), decían *silno* («forzado»). < <

[6] Expresión de los presos equivalente a sufrir el castigo de baquetas. < <

[7] Alpargatas de corteza de abedul. < <

[8] Carruaje ligero. < <

[9] Moneda de medio kopek. < <

[10] Sopa de coles con carne de vaca y sémola, que constituye uno de los platos típicos de la cocina rusa. < <

[11] Derivado de *parasha*, «cubo grande con agua». < <

[12] Deformación popular de *invalid* («inválido»). < <

[13] Bebida fermentada rusa. < <

[14] Cabeza de distrito de la provincia de Besarabia, devastada por la peste. < <

[15] Hijo de un soldado de la leva que, desde su nacimiento, era siervo del ejército. En 1856 se abolió esta forma de servidumbre militar. < <

[16] Natural de uno de los pueblos del noroeste del Cáucaso. < <

[17] En ruso, *raskólnik*. Ortodoxos que permanecieron fieles a la antigua fe, frente a las reformas del patriarca Nikon a mediados del siglo XVII, y que fueron excomulgados en 1667. En la Rusia del siglo XIX eran más de diez millones. < <

[18] Diminutivo ruso de la palabra francesa *trésor* («tesoro»). < <

[19] En ruso, *iurodivyj*. Alude a quien practica una forma de religiosidad popular que consiste en provocar y aceptar voluntariamente el dolor, sometiéndose, por amor de Cristo, a burla y escarnio realizando actos ridículos o reprobables. < <

[20] Mariashka, apelativo de Mariana; Javroshka, apelativo popular de Fevronia; Dvugróshovaya, apodo que literalmente significa «la de dos *groshes*». < <

[21] En ruso, *suflery*, adaptación del francés *souffleur*. < <

[22] Iván el Cargador y María Hipo. El dicho significa tener el vientre revuelto por el hambre. < <

[23] La región de Starodub, situada en la provincia de Chernígov, repartida entre las actuales Rusia y Ucrania, constituyó a partir de 1669 el lugar en el que se refugiaron los *viejos creyentes (staroviery)* o cismáticos (*raskólniki)*, y en el que construyeron villas libres (*slobody)*. Al ser perseguidos de nuevo, se trasladaron a la isla de Vietka, situada en el río Sozh, y de allí regresaron a Starodub en 1764 por orden de Catalina II. < <

[24] Chaqueta larga que se abrocha a un lado. < <

[25] Especie de ravioli, rellenos de carne. < <

[26] Juego de palabras. El apellido Sirotkin procede de *sirotá* («huérfano»). < <

[27] Literalmente: «padrecito»; era un tratamiento familiar, a la vez que respetuoso, dirigido a parientes y vecinos. < <

[28] Botella de un *shtof*, equivalente a litro y medio. < <

[29] Medida rusa equivalente a 0,71 metros. < <

[30] En la religión musulmana Isa (Jesús) es considerado un profeta de Dios. < <

[31] Ucranianos. < <

[32] Nombre de una serie de calles del barrio de los artesanos y comerciantes, con numerosas tiendas y restaurantes. En Petersburgo había tres calles comerciales con este nombre: Bolshaya Meshánskaya, Srédnaya Meshánskaya, Málaya Meshánskaya. < <

[33] Famoso pintor ruso del siglo XIX. < <

[34] Plato ucraniano que consiste en una pelota de pasta cocida en sopa o leche. < <

[35] El tratamiento formal, de respeto, en ruso consiste en llamar a alguien por el nombre y el patronímico. < <

[36] Proverbios de los presos. < <

[37] Adaptación libre de un proverbio siberiano que se decía para dar las gracias en una casa de baños. Al final del baño ruso, es costumbre fustigar la espalda con una ramita de abedul. Skurátov alude a que fue fustigado con el látigo en el cadalso, como castigo corporal por los delitos que cometió. <<

[38] El suboficial se dirige a un preso y usa *Hablador* como si fuera su nombre. < <

[39] Los *viejos creyentes* predicaban contra el tabaco. < <

[40] Nombre popular de San Petersburgo. < <

[41] Medida rusa equivalente a 2,13 metros. < <

[42] Alude a la marquesa de La Vallière (1644-1710), favorita de Luis XIV que aparece en la novela de Alexandre Dumas *El vizconde de Bragelonne* (1848-1850). < <

[43] Apelativo de Luká. <<

[44] Alusión al inválido del barracón, que se encargaba de las compras. < <

[45] Nombre que los presos daban al verdugo. <<

[46] En hebreo *sabbat* significa «descanso». < <

[47] Antigua medida de longitud equivalente a 4,4 centímetros. < <

[48] Antigua moneda equivalente a diez kopeks. < <

[49] Medida para el vodka, equivalente a 0,3 litros. < <

[50] Apelativo familiar de Alexánder. < <

[51] Prisma de tres caras en las que estaban escritos los decretos de Pedro I sobre la observación de las leyes. Se colocaba sobre la mesa de los tribunales, como emblema de la justicia. < <

[52] El día de Navidad y dos días de Pascua. < <

[53] Sopa de cereales, a modo de papilla o gachas de lujo. < <

[54] En tártaro, «está mal, está mal». < <

[55] En el original, se señala la relación entre *kopital* (deformación de *kapital*) y el verbo *kopit* («amontonar, reunir, acumular»). < <

[56] El desliz del personaje es idéntico en el original ruso, donde aparece *s anbitsiej* por *s ambitsiej*. < <

[57] Ironía evidente: *Butylkin* deriva de *butylka*, «botella». < <

[58] Vodevil de P. G. Grigóriev (1807-1854), representado en San Petersburgo hacia 1830; su título completo era *Filatka y Miroshka, rivales* o *Cuatro novios y una novia*. < <

[59] El nombre *Kedril* no tenía, en principio, relación con Kirill, sino que surgió como una deformación de *Pedrillo*, personaje asociado a Don Juan en obras de origen occidental, especialmente italiano, difundidas en Rusia a partir del siglo XVII. < <

[60] Vanka el Incorregible. < <

[61] «Señor, amo»; a menudo con un matiz despectivo («señorito»). < <

[62] Canción y danza popular rusa, célebre por su carácter satírico. El compositor Mijaíl I. Glinka (1804-1857) realizó una versión orquestal de este tema popular. < <

[63] La canción *El sol se está poniendo, el tiempo se ha perdido* (1799), de S. Mitrofanov, se incorporó al acervo popular y tuvo una gran difusión a lo largo del siglo XIX. < <

[64] Tales saquitos con incienso (en ruso *ládonka*) se llevaban sobre el pecho, a modo de amuletos o escapularios, para prevenir las enfermedades, ahuyentar los malos espíritus, etc. < <

[65] Los calmucos son un pueblo mongol occidental, asentado en diversas regiones de Rusia meridional, Asia Central y China; tradicionalmente eran musulmanes en su mayoría. < <

[66] Personaje de *Almas muertas*, de Nikolái V. Gógol. < <

[67] Cita de la comedia *La desgracia de ser inteligente*, de Alexánder S. Griboiédov (1795-1829). < <

[68] En referencia a Manílov, personaje de *Almas muertas* de Gógol. Es un terrateniente iluso y soñador, cuyo nombre se ha hecho proverbial en ruso: el *manilovianismo* equivale a una especie de sentimentalismo beato. < <

[69] Todo lo que aquí escribo sobre castigos y ejecuciones ocurría en mis tiempos. Ahora, según he oído, las cosas han cambiado y siguen cambiando. *[N. del A.]* <<

[70] Célebre envenenadora francesa del siglo XVII. Dostoievski pudo saber de ella a través de la obra *Crimes célèbres* (1839), de Alexandre Dumas. < <

[71] Es decir, que viven en los campos, donde canta el cuco. Quiere decir que también son vagabundos. *[N. del A.]* < <

[72] Forma familiar del nombre Akulina; más adelante también aparece el diminutivo Akulínushka. < <

[73] *Cangrejo* (en ruso *rak*) era una de las denominaciones populares para el billete de diez rublos, debido a su color rojo; cien *cangrejos* son, por tanto, mil rublos. < <

[74] Instrumento de cuerda, parecido al laúd. < <

[75] Los llevaban a la despensa porque, al ser una de las escasísimas dependencias separadas en la vivienda campesina rusa, se utilizaba también como dormitorio para los recién casados. <<

[76] Realmente, el territorio que se extiende al oeste del río Irtish forma parte del moderno Kazajstán; en el siglo XIX, los rusos raramente distinguen entre el pueblo kazako y el kirguiz, los cuales, por lo demás, tienen numerosas afinidades. < <

[77] Tienda circular, usual entre los pueblos nómadas de las estepas de Asia Central, como el kazako, el kirguiz y otros. < <

[78] Miembro de la clase más pobre de estos pueblos nómadas. < <

[79] Deformación del término ruso *revizor* (inspector de la administración, revisor), difundido gracias a la célebre comedia satírica de Gógol *El inspector (Revizor,* 1836). < <

[80] Dignidad eclesiástica, equiparable a la de arcipreste en la Iglesia católica. < <

[81] El nombre del animal deriva del adjetivo *gnedój*: «bayo», esto es, de color blanco amarillento. < <

[82] Bolita. < <

[83] Blanco. < <

[84] Muñón. <<

[85] Perro de corral. < <

[86] A menudo había cabras o machos cabríos en las cuadras, para alejar los insectos de los caballos. < <

[87] «Águila» en kazako. < <

[88] Taganrog está situado en Rusia meridional, a orillas del mar de Azov; la ciudad portuaria de Petropavlosk, por el contrario, está en el extremo oriental del territorio ruso, a miles de kilómetros de distancia, en la península de Kamchatka. < <

[89] Plato a base de pechugas de gallina, azúcar, leche y harina de arroz. < <

[90] En el original hay un juego de palabras intraducible entre *s userdiem*, «con ganas, con celo», expresión que aparece en el texto, y *s oserdiem*, «con pulmón (como órgano, y, en este caso, como producto de casquería)», expresión sobrentendida. El propio autor lo comenta en una nota: «Los reclusos decían en broma “con ganas” (*s userdiem*), en vez de “con pulmón” (*s oserdiem*)». <<

[91] En los dientes. *[N. del A.]* <<

[92] Coloquialmente, *espachurrar moscas* significaba «beber». < <

[93] Se trata de S. Tokarzewski, condenado por sus actividades como nacionalista polaco; como ocurre con otros personajes, Dostoievski abrevia su nombre de diversas maneras (*T…ki, T…ski, T…wski, T…rzewski*) que unificamos en *T…wski*. <<

[94] Odio a esos bandidos. <<

[95] Se trata de Ust-Kamenogorsk, en el actual Kazajstán. < <

[96] Alusión a los decembristas, condenados por su participación en la insurrección de diciembre de 1825 contra el zar Nicolás I. < <

[97] Alude al subteniente Konstantín I. Ivanov, casado con una hija del decembrista Annenkov, quien efectivamente ayudó en la medida de sus posibilidades a Dostoievski. < <

[98] En el original aparece la palabra *fershel*, deformación del germanismo *feldsher* («practicante»); el soldado basa su apodo en el hecho bien conocido de que a menudo la medicina, sobre todo la militar, era ejercida en Rusia por extranjeros (pero normalmente alemanes, y no franceses: de ahí la perplejidad del narrador). < <

[99] Palabras textuales; esta expresión no era exclusiva de nuestro mayor: también la empleaban muchos mandos subalternos, sobre todo los procedentes de los rangos inferiores. *[N. del A.]* <<

[100] Tentetieso. < <

[101] Fuego. < <

[102] Este mote dirigido a los siberianos surgió por su afición a los *pelmeni*, plato de pasta típico de Siberia: cada *pelmén*, por su forma, recuerda una pequeña oreja; de hecho, la palabra está tomada del komi, lengua urálica, donde significa «oreja de pan». < <

[103] Es decir, mataron a un hombre, o a una mujer, de quien se sospechaba que difundía un maleficio que ocasionaba la muerte del ganado. En nuestro presidio había un asesino de esta clase. *[N. del A.]* <<

[104] En el original hay un juego de palabras que se pierde en la traducción; las frases correspondientes son: *Pomiluj mia, Bozhe, po velitsej milosti tvoiej*, y *Poveli menia v politsiiu po milosti tvoiei*. Además, la plegaria que enseña el sacristán (Salmo 50) aparece en eslavo eclesiástico, mientras que la versión de su discípulo está en ruso. < <

[105] «Bien» en tártaro. < <

[106] «No» en tártaro. < <